Jose Mola





La maldición del sí quiero



Una novela
(des)romántica







SUMA

Jose Mola

La maldición del sí quiero

Una novela (des)romántica

SUMA

En memoria de nuestra Cari Trini,
Alberto (Beto) Clavijo

Naturalmente, todo idealista se echa encima enemigos, pero nosotros preferimos sacar la cuenta de nuestros amigos, que son muchos más.

ISABEL ALLENDE, *El zorro*

Aviso:

Que nadie se vaya a tomar demasiado en serio lo que escribo, porque todos los personajes, nombres, marcas, entidades, situaciones y otros aspectos que aparecen en esta novela son ficción y fruto de la calenturienta imaginación de mis lectoras cero. Por lo tanto, no me hago responsable de ningún parecido (directo o indirecto) con la realidad. En ese caso, sería pura coincidencia.

Aconsejo:

Abandonar la lectura y pedir ayuda si alguna de las cinco historias principales te conecta con traumas del pasado.

EL AUTOR

Prólogo

¿Virgencita de Guadalupe?

Seguro que más de una vez os han dicho: «Pero ¡qué intensa eres!». Me refiero a cuando tú estás en modo *total fall in love* y la persona que opina está soltera. No voy a negar que yo he sido de esos porque, aunque soñaba con enamorarme cada dos por tres, al mismo tiempo pertenecía al bando de los que no se arriesgaban. ¿Por qué? Por miedo, pero hubo un momento en el que eso cambió. Que conste que no fue fácil, ¡pero al final se logró! Eso sí, primero tuve que tocar fondo, huir a la desesperada y dejarlo todo atrás; y, con ello, dejar más tirado que una colilla al que podría haber sido el amor de mi vida… (o eso creía). Y ahora, y si me lo permites, me gustaría compartir contigo el secreto de cómo pasé de ser un simple espectador a convertirme en el protagonista de mi propia telenovela.

Me presento: me llamo Beto, tengo veintiocho años, estudié Relaciones Públicas en la Complu de Madrid y mi vida hace un año y medio no era lo que me había imaginado cuando terminé la carrera: tenía un trabajo precario que me tenía amargado, no llegaba a fin de mes y mi «novio» me tenía agobiadísimo con el hecho de que me negara a poner una etiqueta a nuestra relación. Así que hui, en autobús, pijama y Crocs a casa de mis padres. Aquel me pareció el

sitio más seguro para afrontar mi crisis existencial porque, además, los treinta estaban a la vuelta de la esquina y, para colmo, se declaró una pandemia mundial, nos confinaron y todas mis neurosis se multiplicaron por mil… Menos mal que soy optimista por naturaleza y que, gracias a las redes sociales, logré ver la luz al final del túnel… Y, entre *scroll* y *scroll*, apareció un seguidor al que le di coba y, tras un par de semanas de tonteo, me pidió ser mi «corona-novio»… Y, aunque parezca contradictorio por mi parte, le dije que sí… Pensé: «Si vamos a morir, mejor que sea con novio».

Eso me sentó divinamente, porque, cuando estoy enamorado, me empodero, me siento capaz de todo y estoy mucho más alegre de lo normal. Tanto fue así que, en cuanto se pudo, volví a hacer las maletas y crucé el charco, porque el corona-novio no vivía en Murcia, sino en México… Se llamaba Rodrigo Pérez y, aunque no fue el único hombre con el que mantuve una relación en el país de las rancheras, sí que puedo asegurar que fue el más especial de todos. ¡Ay, mi galán! (suspirito). Con Rodrigo aprendí que deseo, contradicción y éxtasis pueden convertirse en amor… Pero no es de Rodrigo de quien quiero hablar, sino de Manu, el ex al que dejé tirado en Madrid, porque lo bueno de verdad empieza cuando se me terminó el visado de turista (y los pesos) y me encontraba de regreso a España, en mitad del océano Atlántico, concretamente, en el vuelo CDMX-Madrid. Ahí fue cuando me pasó la cosa más insólita de todas: justo cuando salía del minúsculo baño del avión (no me sienta bien la leche de vaca), un rayo de sol se coló por una de las ventanillas para impactar de forma directa en mi cara, dejándome completamente cegado; y, cuando logré reaccionar y abrir los ojos, me pareció ver a Manu y, como por arte de magia, un olor a rosas

recién cortadas invadió el pasillo del avión… Y una figura de mujer se apareció frente a mí y yo le pregunté: «¿Virgencita de Guadalupe?». Y ella sonrió… Así que interpreté las cosas como lo que eran: una aparición mariana que me revelaba que debía reconquistar a Manu. En ese momento, me hice la siguiente promesa: «Esta vez, "sí, quiero"».

Y… Bueno… Intentando llevarla a cabo pasó de todo… Eso sí, a toro pasado, puedo asegurar que no me arrepiento de nada y que las mejores historias empiezan así: siguiendo tu intuición, por muy loca que esta pueda parecer de entrada.

1

El milagrito de San Miguel de Allende

Beto

El compromiso siempre me había dado vértigo y, aunque no perdía la esperanza de encontrar a alguien especial, en cuanto me sentía atado, buscaba cualquier elegante excusa para salir corriendo como una gacela. Mi récord en pareja, una vez pronunciada la maldición del «sí, quiero», no pasaba de los tres meses, y todo el mundo sabe que eso en matemática gay son casi tres años. Mi mecanismo de defensa tan solo necesitaba una semana para empezar a advertir defectos, manías y traumitas. No se trataba de los demás, porque oportunidades hubo, sino del terror que me provocaba la idea de tener una pareja seria. Por supuesto, y al mismo tiempo, me quejaba: «¡Nunca voy a encontrar novio!», o peor aún: «Terminaré compartiendo piso con Josemari», que es ese amigo que siempre lloriquea en el karaoke: «¡Ya no puedo más! Vivir así es morir de amor». La verdad, no me sentía preparado. Era un quiero y no puedo, un sí pero no, y Sisi, que representa todo lo opuesto a Josemari y quien siempre ha tenido la capacidad de tener hasta diez

novios a la vez, se burlaba: «Eres la gata Flora, si te la meten, chillas, y, si te la sacan, lloras».

Obviamente, todo este autoboicot fue antes de mi aventura en México, antes de alcanzar esa mejor y más desatada versión de mí mismo. Mi gran comadre en el país del chile, la Doña Buchona, ya me lo advirtió la primera vez que me miró a los ojos. Me tomó por la barbilla, parpadeó con sus largas pestañas de *drag queen*, ladeó la cabeza, frunció el ceño y dijo muy seriamente: «Le auguro muy buenos amantes en México y, al mismo tiempo, le odio y le envidio por ello». Para luego añadir: «México curará tu corazón». No me quedó claro si fue una bendición o una maldición, pero la profecía se cumplió, y Rodrigo, mi corona-novio, tuvo algo que ver.

Rodrigo y yo solíamos escaparnos el fin de semana. A él le gustaba llevarme a lugares nuevos y a mí «cogernos» en entornos bucólicos. En una de esas, fuimos a San Miguel de Allende, uno de los llamados pueblitos mágicos, a unas tres horas en camión de CDMX. Allí, me compré la artesanía típica: el corazón de San Miguel de Allende en hojalata, con sus alas y sus fueguitos. No tenía ni idea, pero por lo visto a esos corazones se les clava un alfiler con un objeto para pedirles «el milagrito». Me lo explicó Rodrigo. Él también se compró uno, y muy sonriente afirmó: «Voy a pedirle que te enamores de mí y te quedes a vivir acá para siempre». Obviamente, no importó que Rodrigo fuese el tío más sexy sobre la faz del planeta, esas palabras activaron mi mecanismo de defensa contra el compromiso y no tardamos en dejar de vernos. En fin… Esta historia viene al caso porque el milagrito que pidió Rodrigo funcionó…, pero no con él. El «milagro» se obró en el último momento, cuando

estaba de regreso a España, saliendo del baño de aquel avión y se me apareció la Virgencita… ¡Ahí lo entendí *todo*!

Es posible que creas que perdí la cabeza en México y que el chile habanero dañó mis neuronas, o incluso que tomo infusiones con ayahuasca para desayunar, pero no es el caso. Aquello fue un *download* (una «revelación», en palabras de Sisi), e inicié un diálogo conmigo mismo: «¡Espera! ¿Esa señora era…? ¿Podría llegar a ser…? ¡No! ¿O sí…? ¡Madre mía! ¿Y si esto ha sido *la* señal? ¡*La* revelación! ¡No! ¿O sí? ¿O no? ¡No puede ser! ¿Se me acaba de aparecer la Virgencita? ¿Es neta? Y… ¡Espera! ¿Qué me ha querido decir?». Entonces, miré al frente y, volviendo a mi asiento, fue cuando creí ver a otra persona que conocía muy pero que muy bien: Manu. ¿Estaba sentado en mi butaca?, ¿me estaba saludando? ¿Sonreía sin rencores aun habiéndolo dejado tirado como una colilla en Madrid? Tuve que cerrar y abrir los ojos tres veces para que desapareciera… Pero yo lo había visto… Era él… ¡No había lugar a dudas! ¡Vi a Manuel Petulante! Todo estaba claro y yo estaba *ready*, pero, para que cambiase mi suerte, primero debía tomar las riendas. Así que empecé por escribirle una carta que, sin yo saberlo, nos terminaría cambiando la vida y la forma de entender el amor a todos para siempre.

2

La carta (parte I)

BETO

Sé perfectamente lo que pensó el señor que tenía sentado a mi derecha cuando ocupé mi butaca en el avión, ya que torció el cuello como un búho y puso cara de haber olido un pedo ajeno, pero me dio igual. Yo tenía una tarea muy importante, así que saqué mi boli y me puse a escribir en una servilleta, porque, si te pilla la inspiración, hay que aprovecharla. No obstante, solo escribí dos líneas. El cansancio me ganó la batalla y me quedé dormidísimo, ya que la noche anterior la Doña Buchona me sacó de antros para celebrar la despedida de CDMX. Eso sí, en cuanto llegué a Madrid, me puse a escribir:

Noviembre

En algún lugar del océano entre CDMX-MAD

¡Hola, Manu!

Ya lo sé... Ahora mismo estás pensando: «A ver por dónde me sale el loco este con una carta escrita a mano». Además, te imagino con el ceño fruncido y el morro torcido mientras la sostienes a un metro de distancia, como si fuese una bolsa con una caca de perro dentro. Pero, tranquilo, la carta ni huele ni muerde... ¿O sí? (ja, ja, ja).

En fin... Antes de que empieces a leer (y, posiblemente, te dé un infarto) te informo de algo: no voy borracho, aunque tú deberías ponerte un vinito... El caso es que hace mucho que no nos vemos, concretamente desde que me fui de Madrid sin darte la explicación que te hubiese gustado, cara a cara, y que, por supuesto, merecías... Cuando volvimos a retomar el contacto, una vez se te pasó el enfado, tampoco es que habláramos del temita precisamente... Pero ahora he tenido tiempo para viajar y reflexionar sobre muchas cosas. Entre ellas, sobre nosotros. Entiendo mejor qué fue lo que me pasó, cómo me sentí y por qué me fui como me fui... Y, como no soy de los que les gusta quedarse con el «y si...», voy a intentar darte una explicación algo más razonable que aquel wasap que te envié con la frasecita: «Ya no puedo más...». (Te acaba de venir a la cabeza la canción de Camilo Sesto, ¡y lo sabes! Ja, ja, ja).

Bromas aparte, quiero empezar hablándote de <u>las pequeñas cosas</u>. Me explico: he estado pensando en las decisiones que tomamos cada mañana, las que a simple vista parecen insignificantes. Por ejemplo, escoger el jersey usado del cesto de la ropa sucia porque está a mano, devorar un trozo de

pizza que sobró de la cena de anoche en lugar de preparar un capuchino con unas tostadas integrales o salir con el tiempo justo en vez de disfrutar de un paseo escuchando un pódcast de camino al trabajo... ¿Cuántas pequeñas cosas nos perdemos por las prisas?

Creo que las «pequeñas cosas» no son insignificantes, pero antes no les prestaba atención y me dejaba llevar por la inercia. Por eso, terminaba repitiendo los mismos errores, una y otra vez... Y, por eso, terminé huyendo... De Madrid, de ti y de mí mismo...

Esto que te digo ahora, por supuesto, no lo tuve en cuenta cuando nos conocimos. En aquel momento, estaba obsesionado con alcanzar ese maldito contrato laboral «de lo mío». Además, me sentía presionado porque ya había «perdido» dos años estudiando Psicología para terminar dejándola porque no me gustó. Y también soy aries con ascendente en Sagitario. Eso no sé exactamente qué significa, pero creo que tiene que ver con que soy un poco distraído y un culo de mal asiento.

Y Sisi también dice que soy «ese amigo gay del que toda hetero presume cuando va borracha». Es cierto. Con el segundo vinito, mis amigas empiezan a buscarme un novio guapo en la terraza de cualquier bar con el pretexto de que «no es posible que un chico como yo siga soltero».

Que sí, que sí..., ahora mismo me estás odiando, pero déjame que termine... El caso es que cuando llegaste a mi vida mi objetivo era conseguir trabajo y no un novio. Después de haberme graduado, estaba obsesionado con

mi primer contrato laboral y solo estaba centrado en dar lo mejor de mí como becario en aquel horroroso gabinete de comunicación política de cuyo nombre prefiero no acordarme... Entre mis prioridades no estaba enamorarme; y quisiera destacar que en eso siempre fui sincero. Evitaba distracciones porque tenía que conseguir el maldito contrato remunerado que mi coordinador me había prometido una vez terminase las prácticas. Pero, como sabes, eso no ocurrió... Allí empezaron a pasar los meses, mucho ji, ji, ji y mucho ja, ja, ja, pero yo no veía el contrato por ninguna parte. No me di cuenta, había dejado de ser un becario para convertirme en alguien que trabajaba por principios, es decir, gratis.

Era «el redixs», que fue el nombre cool que se le ocurrió a mi coordinador para «el responsable de redes del partido». Llevaba todas las cuentas municipales de toda la maldita Comunidad de Madrid. No te voy a preguntar si tienes idea de qué significa ser el redixs de más de cien cuentas de alcaldes y concejales chiflados porque te tocó vivirlo en primera persona cuando me llamaban a gritos a partir de las doce de la noche y nos arruinaban la cena, la cita o un polvo porque uno tenía más likes que otro...

Pero yo era Nicole en Todo por un sueño y quería mi contrato. Intentaba pensar solo en eso, en el final; y me decía: «Te van a contratar. No te puedes enfadar aún... Aguanta, Beto, ¡aguanta!». Pero no aguanté..., y llegó la gota que colmó el vaso y esa gota fue una frase de mi coordinador. Te juro que lo hubiese estrangulado si no hubiese pasado lo que pasó después... El

caso es que me dijo: «Qué suerte tienes de estar aquí y de vivir esta experiencia con nosotros... Si yo empezase de nuevo y estuviese en tu lugar... ¡Es que hasta pagaría por trabajar!».

Nunca te llegué a contar el show que monté cuando me dijo eso... No solo lo mandé a la mierda, sino que, además, le obligué a acompañarme al hospital mientras me autodespedía, porque, en mitad de mi brote de histeria contenida durante meses, me dio un ataque de ansiedad y me quedé tieso, tirado en el suelo y convulsionando... ¡Pero me fui! En camilla, en ambulancia y por todo lo alto: ¡Madre mía! Cuántas cosas hice ese día: me autodespedí, empaqueté todas mis cosas y, en un arrebato, volví a casa de mis padres y dejé Madrid. Bueno... Y te dejé a ti también..., pero es que... el mensaje que me enviaste esa mañanita en mitad de mi panic attack... ¡Fue muy fuerte! De eso tampoco hemos hablado...

¡¡¡RIIIIIIIIINNNNNNGGGGGGGGGGG!!!
RIIIIIIIIIII.
RIIIIIIIII.
RIIIIIIIII.
¡¡¡RIIIIII-RIIIIIINNNNNNGGGGGG!!!

«¡JODER!», exclamé cuando sonó el timbre, y mira que a mí no me gusta decir tacos. ¡Menudo susto me pegaron Josemari y Sisi! No podían ser otros por el modo en que tocaron. Todo era un desastre, porque ya llevaba un mes en Madrid y ni la carta estaba terminada

ni se la había dado a Manuel Petulante… ¿Por qué me estaba costando tanto terminarla? ¿Acaso no contaba con el beneplácito de mi Virgencita? Me estaba pasando como otras veces, me estaba despistando, y eso no podía ser.

3

Operación Refri

Beto

—No entra —se quejó Sisi, mi mejor amigue en Madrid—. ¿No lo ves?

—¿Y si le agregamos un poco de vaselina en la punta? —sugerí.

—Sí, claro… Y también le tiramos un litro de aceite de oliva por encima para que resbale un poco… ¡No te fastidia! —protestó Josemari, mi otro mejor amigo, mientras se sacaba un pañuelo de tela del bolsillo de su americana para secarse el sudor de la frente.

Para entendernos: Sisi es una moderna o moderne, pero no lo tenía claro porque hacía poco que se había declarado persona *non-binary*, mientras que Josemari se asemejaba más a «un marica de derechas», en palabras de Sisi.

—Si la lubricamos, tal vez no le haremos ningún rasguño… —comenté.

—Tal vez no le haremos ningún rasguño, pero nosotras vamos a terminar reventadas vivas —dijo Sisi irónico. A veces hablaba en femenino, otras en masculino y, por supuesto, en género neutro. Según le parecía.

—¡Es enorme! —añadió Josemari.

—Mmm… Grande… —apuntó Sisi lascivo.

—Como la inteligencia que no tienes… —murmuró Josemari negando con la cabeza.

—Josemari, ¿por qué no me sustituyes? —le pedí—. Ponte un rato debajo… ¡Estoy agotado! ¡No puedo más!

—¡¿Yooo?! —preguntó dejando clara su postura con la entonación —. Sí, claro… Por supuesto, ahora mismo voy a mancharme la camisa de Pedro del Hierro… ¡Lo que me faltaba!

—Te dije que vinieras cómodo…

—¿Qué culpa tengo yo de no tener ningún chándal? —protestó Josemari.

—Pues haber venido en pijama. Desde que has llegado no has hecho más que mirar mientras Sisi y yo sudamos la gota gorda.

—Tu amigo la Elle suda porque quiere… No veo que nadie le obligue apuntándole con una pistola…

—Qué manía tienes con ponerle motes a la gente, si luego te lo hacen a ti y te ofendes —le regañé; y era verdad, Josemari siempre le ponía motes a todo el mundo y lo hacía solo para molestar.

—Y qué manía la vuestra de cambiarle el género a la gente sin preguntar. ¡Y yo no me quejo! —se ofendió.

—Eso de que no se queja… —murmuró Sisi en voz alta—. Es mucho decir…

—¡Venga, va! Ahora la culpa va a ser mía, ¡como siempre! —se indignó—. La culpa de todo la tengo YO: de que este trasto sea inmenso, de que no quepa por ningún hueco, de que estemos atascados, de no tener ningún chándal y de estar cada día más calvo, más feo y más gordo.

—Vengaaa, *let´s get the party started!* ¡Ya tardaba la dramática en hacerse la víctima! —ironizó Sisi mientras le lanzaba la decimonovena pullita de la tarde—: ¿Por qué mejor no te vas a zorrear con los novios de tus amigos, que eso se te da de maravilla…?

Josemari cogió aire, volvió a coger aire y, finalmente, lo soltó. Después, decidió empezar a responderle a través de mí.

—Le dices a la Elle que estoy en un momento MUY zen de mi vida y NO pienso dejar que me altere. —Y añadió—: ¡Ah, sí! Y le dices también que no tengo la culpa de que la condición del ladrón sea la que piensan todos que son.

—Dile que se dice: «Cree el ladrón que todos son de su condición» —lo corrigió siguiéndole el juego y diciéndome a mí lo que le quería decir a él.

—¡Pues eso! —replicó Josemari, y yo miré a Sisi para que asimilara la respuesta.

—Ea, pues eso, que a mozo refranero…, o maricón, o putero —apostilló.

—¡¿Qué ha dicho?! —Josemari se puso más rojo que el chile y subió el volumen—: ¡Dile que no hay pueblo sin putas ni perro sin pulgas!

—¿TÚ me llamas puta a mí? —Se rio Sisi sarcásticamente y añadió ya mirándole a la cara—: Ofende quien puede y no quien quiere… ¡Cariñe!

El «cariñe» remató a Josemari, que no soporta que le hablen en género neutro. Así que se hizo el ofendido, aún más.

—¡Primero! Soy un hombre. ¡Segundo! No soy tu cariño… ¡Y tercero…! —Decidió callarse.

—¡Dilo, dilo! —le animó Sisi, que tenía ganas de fiesta.

—Pues que no me extraña que todo el mundo te critique…

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen, que soy un hipócrita como tú? —le provocó Sisi.

—¡¿Hipócrita yo?!

Josemari se llevó la mano al corazón completamente indignado con el comentario. Se le había quedado la boca más abierta que a las víctimas de Samara, la niña del pozo en *The Ring*, cuando se les mete el diablo dentro.

—Sí. Tú… Que vas de mosquita muerta… ¡Pero luego bien que te gusta calentar pollas ajenas!

En ese comentario tan elegante creí detectar cierto rencor y algo de resentimiento.

—¿Y eso lo dice el que se ha tirado a todo Madrid? —enfatizó Josemari, y puntualizó—: ¡Ah, no! A todo Madrid menos al portero del edificio…

—¿Qué portero? ¿Qué le pasa? —intervine por primera vez. El comentario me generó curiosidad. No sabía a quién se refería—. ¿Tan feo es?

—No, lo que pasa es que es automático —se burló con su risita estridente.

El chiste fue muy malo, pero debo reconocer que me hizo gracia. Me costaba imaginar un hombre al que Sisi dijera que no. No es de hacer muchos ascos y todo le parece bien… Digamos que su abanico de posibilidades siempre ha sido muy amplio. Él es lo que algunos llaman «de manga japonesa», es decir, de manga muuuy ancha. Aun así, me aguanté para intentar mantenerme neutral y no me reí con el comentario de Josemari.

—i¿Y qué pasa si disfruto de mi vida sexual?!

Sisi estaba acorralado en una esquina, con el sudor cayéndole por la frente y con un testículo colgando. No lo había comentado, pero Sisi muchas veces no lleva ropa interior y ese día decidió venir en minifalda. Por lo tanto, ese contexto no ayudaba a la situación. Fue por eso por lo que añadió: «Fea». Lo dijo con maldad, pero Josemari ni se inmutó porque estaba disfrutando de su ventaja. Pocas veces lograba desequilibrarlo.

—Que después no te quejes si te comparan con la bandera de Japón o te llaman otras cosas…

—Mira… Cariñe… Guarra es la que no se lava y puta la que cobra, y yo a mis mejores amigos, y a algunos de mis suscriptores, se lo hago gratis.

—¡Qué ordinariez y cuánta vulgaridad! —Sacudió la cabeza Josemari.

Finalmente, intervine y puse paz, porque si no eso iba a terminar como cualquier pelea de la Veneno cuando hacía la calle: ¡a palos! También porque no quería morir aplastado.

—¡Sois *bien* pesados! —me quejé—. Tan solo hemos bajado nueve escalones y aún quedan cinco pisos más… ¡¿Queréis dejar de pelearos de una maldita vez y ayudar?!

—¡Me tenéis harto con la puta nevera! —explotó Josemari—. ¡Tírala por el hueco de las escaleras y a tomar por culo! Yo te compro una nueva…

—*Halleluuu!* —celebró Sisi al fin con esa expresión que quería decir «aleluya»—. ¡Cómo le ha costado sacar la cartera a la rácana!

—¡Que no me llames rácana! ¡Que soy un hombre!

—Tenemos que llevarnos esta nevera, ya os lo he explicado. No es una cuestión de dinero, es una cuestión de principios… —les recordé.

—Principios que algunes no tienen… —añadió Sisi para más inri, y Josemari no le contestó, solo resopló.

Estábamos atascados en las escaleras del rellano de un edificio viejo de Usera porque debíamos sacar ese inmenso refri de aquel cuchitril en ese preciso instante, porque Thiago, su propietario y futuro *exroomie* en cuanto nos diéramos a la fuga, regresaría en menos de una hora. Durante semanas estuve durmiendo en una colchoneta de playa encima de cartones, comí encima de cajas llenas de zapatos, utilicé botes de garbanzos como vasos, bebí agua del grifo, calenté la comida en una estufa de gas y hasta me tuve que lavar el pelo con Fairy una vez porque el concepto «piso completamente equipado» lo entendíamos de modos muy distintos…

Según su punto de vista, me acusó de irme «rerrápido» y «de mala onda», por lo que se negó a devolverme la fianza. Por eso decidí de forma unilateral que mejor me llevaría su refri aprovechando que ese día se fue de excursión a El Escorial. Sabía que ese cacharro no costaba lo que me dejaba a deber de fianza, pero, como me sentía generoso, no propuse llevarnos la lavadora también.

Lo sé, mi plan de «ser el protagonista de mi propia telenovela» no estaba saliendo como había anunciado… ¡Y mira que le ponía ganas! Intentaba estar centrado, meditaba cinco minutos por las mañanas, hacía ejercicios para alinear mis chakras… Pero ni modo. En aquel

momento, todo eran preguntas sin respuesta: ¿Habría ofendido a mi Virgencita? ¿Era el karma? ¿Un plan del universo? ¿Se solucionaría todo después y terminaría convertido en un protagonista de éxito de cualquier serie *new adult* de Netflix? A veces me desanimaba un poco, pero es que los hechos objetivos no acompañaban: no tenía trabajo, no tenía dinero, seguía sin novio y mis dos únicos amigos no se soportaban. Además, cada día perdía más *followers* y, para rizar el rizo, tenía clamidia… ¡Pero no me iba a rendir! Porque, como diría Chenoa, sabía que «todo irá bien». Y, como a algo me tenía que aferrar, decidí que lo más práctico sería hacerlo a esa nevera de segunda mano que estábamos hurtando para llevar a casa de Prada, mi nueva *roomie.*

4

Chilango de corazón

BETO

—Como vuelvas a decir: «roomie», «depa», «refri», «güey», «no mames», «ahorita», «taco», «Benito Juárez» o «Chapultepec», ¡te meto la nevera por donde amargan los pepinos! —despotricó Sisi una vez iniciamos la marcha en su furgoneta. Luego añadió, sin delicadeza—: Y tú eres de culo estrecho… Así que ya verás lo que te conviene.

Por si no se había apreciado hasta el momento, un mes después de haber aterrizado en Madrid seguía con la mexicanidad en todo lo alto. Cada dos frases, metía una palabra chingona.

Eso los irritaba a ambos, y yo disfrutaba con ello, por eso exageraba todavía más.

—¡Cállense y pidan perdón a México, pinches pendejos! —Fue mi respuesta.

—Este se va unos meses a México y vuelve creyéndose Rocío Dúrcal… —apuntó Josemari y añadió criticando mi acento y mi vocabulario—: Y habla bien.

—No fueron «unos meses». Estuve un año —defendí con orgullo, porque yo siempre me sentí chilango, que, en palabras de Chavela Vargas, quiere decir «mexicano de corazón», sin importar en qué lugar del planeta hayas nacido.

—Además, ¿qué necesidad hay de ir disfrazado si no es carnaval? —dijo Josemari señalando mi poncho mexicano con desaprobación.

—Esto no es un disfraz, es un regalo muy especial que la Doña Buchona mandó tejer especialmente para mí a unas artesanas de la tianguis disidente de zona rosa antes de regresarme… —expliqué nostálgico. Extrañaba mucho a mi Doña (y a Àlex, por supuesto) y, antes de que Josemari sacase a relucir todos sus estereotipos racistas, le corté en seco con un discurso que ella misma me hizo memorizar para casos como este—: Lo que sucede es que ustedes tienen una visión del mundo colonialista, conquistadora y eurocentrista; y, hasta que no viajen y vivan un tiempo fuera, no serán capaces de entender que Europa no es el ombligo del mundo y que el español de la Real Academia es minoritario en el mundo.

—¡Venga! Si no tenía suficiente con el activista de las mil y una causas perdidas —se refería a Sisi—, ahora tenemos otro en defensa de los indígenas… Mira, mejor me voy a callar, que si digo lo que pienso me diréis que soy un facha.

—Cari, un poco lo eres… —apuntó Sisi dándole palmaditas en la cabeza como si fuese un cachorrito.

—¡Pues acabo de cambiar de opinión! ¡Ya no me voy a callar! El día que lo fui a recoger a la estación de Atocha pasé la vergüenza de mi vida. ¡Beto, esto es España! Te metiste en mi coche con unas pintas… ¡Jopé, que parecía el chófer de Juan Gabriel! Y todo el mundo nos miraba…

—¡Ay, Pepimari! ¡Cállate un mes! —opinó Sisi, y sobra decir cuánto protestó el otro ante este apodo, pero fue fácil hacerlo callar, tan solo tuve que subir el volumen de «La gata bajo la lluvia» que sonaba de fondo en la radio. Ese momento de karaoke fue uno de los más felices que tuvimos los tres juntos en los próximos meses. Las cosas se iban a complicar bastante entre ellos dos…

—¡Amorch, STOP! —gritó Sisi. Parecía haber recordado algo. Por cierto, conducía yo; y, aunque hacía mucho tiempo que no lo hacía, tampoco me choqué con demasiados bolardos.

—Espero que tengas una buena excusa para interrumpir el final de la canción… —se molestó Josemari.

—Debo atender mis necesidades sexoafectivas —comentó prácticamente saltando de la furgoneta en marcha. Por lo visto, había quedado con un tal Winston. Josemari le recriminó ir a follar con las uñas pintadas, y Sisi le respondió con una vulgaridad, seguida de un «deconstrúyete, cariñe». Después hizo una reverencia coreográfica y se fue moviendo el culo muy alegremente.

5

Un hombre de polo, camisa y zapato

BETO

—Es que no lo aguanto… ¡Está enfermo! —se quejó Josemari una vez Sisi desapareció—. Ahora, al hecho de ser un putón verbenero se le llama «sexoafectividad»… ¡Por el amor de Dios!

—Va, reconoce que en el fondo te gusta… —le provoqué.

—¡¿QUÉ?! Pero ¿tú me escuchas cuando te hablo? —Seguía detrás aguantando como podía la nevera—. Te he dicho mil veces que a mí lo que me gusta es un hombre de polo, camisa y zapato.

—¿Eres un fetichista de la ropa pija?

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Un hombre que viste con polos, camisas y buenos zapatos tiene una manera de ser, una educación y un saber estar que vosotros, los activistas del colectivo LGTBIQ plus, no tenéis… —La cara que puso cuando dijo «plus» fue muy reveladora—. Os gusta hablar y hablar, pero nunca escucháis nada que no sea de vuestra cuerda. Juzgáis a todos los que no son como vosotros, y, si el resto hace lo mismo, entonces, vais de víctimas y nos llamáis fachas… ¿Pues sabes qué te digo? ¡Paso de superioridades morales y me da igual que me

critiquéis! Es mi forma de pensar y punto. Me gustan los hombres de polo, camisa y zapato y no me voy a esconder.

Josemari acostumbra a necesitar muy poco para entrar él solo en bucles que reafirmen sus ideas. Inicia monólogos interiores en voz alta; parece que esté ensayando un discurso político para un mitin. Observé que, si el tema aludía a Sisi de alguna manera, se exaltaba más de lo habitual.

—¿Por qué tengo que fingir? ¿Por qué debo mentir sobre mis gustos y preferencias? ¿Acaso no deberían ser única y exclusivamente de MI ámbito privado? ¡Me da igual que Sisi y gente como él me critiquen o me cancelen en redes sociales! ¿Sabes por qué? Porque a eso se le llama totalitarismo —decía y decía. Yo intentaba prestarle atención, pero desconectaba por momentos, porque es evidente que él y Sisi son el día y la noche y yo los quería a los dos por igual, a cada cual con sus defectos y virtudes. En verdad, tenían cosas en común, como, por ejemplo, que cuando estaban enfrascados en una de sus peroratas es imposible dialogar con ninguno de los dos: para Sisi, Josemari era «una pechuga hervida», y, para este, Sisi era un «totalitario» que sufría una «adicción al sexo incurable». Una vez, Josemari llegó a decir: «Follar es de albañiles» refiriéndose a Sisi y, por supuesto, este ha dicho mil burradas más refiriéndose al otro porque les es muy pero que muy fácil enzarzarse en una discusión… Cuando me tienen harto siempre les digo lo mismo: «Del amor al odio tan solo hay un paso…». Y se ofenden por igual con el comentario.

—José María —le dije para que se callase de una vez—: ¡Ya!

—¿Es que no tengo razón? ¡Que conste que yo lo respeto todo! Soy tan abierto que hasta he quedado con hombres que no son de

mi estilo…

—¡¿Quéééé?! —lo tuve que interrumpir—. Eso no me lo habías contado.

—¿El qué? Yo te lo cuento todo, no como tú…

—¿Qué significa «he quedado con hombres que no son de mi estilo»? Aclara eso.

—Aaah —dijo restándole importancia—. Sí, es cierto. He intentado cuadrar en mis citas a algún choni de estos que te saludan con un «Ey, bro». —Ante mi cara atónita, añadió excusándose—: ¿Qué pasa? Para que después me digas que no soy abierto…

Luego dejó escapar una risita y me pidió canciones de Eurovisión porque quería más karaoke.

—¿Qué quieres escuchar?

—«La solitudine», de Laura Pausini. Y en italiano, que yo soy muy así, muy de estar encerrado y deprimido todo el día.

Inciso: cuando Sisi se refiere a Josemari como «lady drama» es por cosas como esta.

—Ni modo —le respondí poniendo «Dime» de Beth, todo un clásico. Él emitió un gritito de emoción y se entregó al tema.

Así era, contra todo pronóstico, Josemari, un atareado y aburrido abogado al que le encantaba la política y estaba metido en grupos de juventudes (conservadoras, por si había alguna duda). Era superultramegafán de Eurovisión; se conocía a todos los ganadores. Es más, le podías poner una canción, la que fuese, y te sabía decir nombre, intérprete, país y año. Su nivel de frikismo era tal que hasta sabía reconocer canciones de países como Rumanía, Lituania o Grecia que quedaron segundas o terceras en los concursos para representar a sus respectivos países. Eurovisión era lo único que

hacía que, de vez en cuando, se le notase más de lo habitual su homosexualidad. Él creía que no era evidente, pero esa es su opinión. Para mí, era lo único que hacía que no lo diese por perdido… Era escuchar los primeros acordes de una canción y se venían abajo todas sus defensas. Entonces, dejaba de hacer aquello a lo que estaba acostumbrado: reprimirse.

6

La loca de la pradera

BETO

Por fin, Josemari, la nevera y yo llegamos a un portal aparentemente en ruinas de Malasaña. Digo «aparentemente» porque Malasaña puede ser el infierno o el barrio más bohemio y más *cool* de todo Madrid, pero eso depende del *money*; y digo *money* y no pasta ni plata ni lana para evitar errores en la interpretación lingüística. Total, en los doscientos cincuenta metros cuadrados que componían todo el ático, vivía Pradera *aka* Prada para los amigos. Para ubicarla: Prada es hija única y la oveja negra de una familia muy poderosa de Parla. No obstante, ese detalle no la hacía ni fina ni delicada, porque es más basta que unas bragas de esparto. Nos conocimos una tarde en la presentación de una nueva marca de albariños en el mercado de San Antón; me la presentó Josemari. Ambos son amigos de la infancia y, además, sus familias están emparentadas políticamente, pero a ella eso de la política «se la sopla». Esto último traía a su madre de cabeza… Pero de su madre ya hablará Prada en otro momento. El caso es que Prada organiza eventos (y muchas otras cosas) y era la encargada de presentar una cata de vinos albariños a

un grupo selecto de enólogos, expertos en enoturismo e influencers. Josemari me invitó, y Sisi se coló diciendo que era uno de los fotógrafos del evento. Mientras Josemari intentaba que seguridad expulsase a Sisi, Prada y yo congeniamos y nos hicimos amigos al instante. Me contó que acababa de volver a Madrid (igual que yo), había estado un tiempo fuera (igual que yo) y no le apetecía vivir sola (¡igual que yo, otra vez!). Así que decidió adoptarme, y yo interpreté el hecho como la respuesta a la vela que le había puesto a mi Virgencita. Por el tema del dinero, me dijo que no me preocupase, pero, como no quería abusar y justo se le había estropeado su nevera, quise tener «un detallito». Y el resto es deducible…

—Pero ¡¿qué es esta mierda?! —exclamó Prada sin eufemismos cuando descargamos la nevera. Ella es así, no tiene filtro. Dejó su bolsa del Mercadona en el suelo, me abrazó con la misma fuerza que un oso y, después, empezó a escanear el electrodoméstico para sentenciar—: Esta porquería no entra en casa. Pensaba que ibas a traer una Smeg…

—Entonces ¿qué hago, la revendo por Wallapop? —pregunté.

—No vas a sacar ni para pagar la gasolina… —respondió pasándole un dedo por encima—. ¡Pero qué putísimo asco!

Prada aplica el método cartesiano, pero al revés: existe y luego piensa. Tiene el descaro de decir que le gusta la filosofía, la literatura y las bellas artes, pero yo solo la he visto leer novelas románticas de Danielle Steel. Prada es… fuertecita, por decirlo de alguna manera. Dice ser feminista, pero no le gustan las mujeres con pelos en los sobacos; se considera *gay friendly*, pero quiere crear su propio Orgullo hetero, y asegura no ser racista mientras, al

mismo tiempo, dice barbaridades como «prefiero no juntarme con tiraflechas». No voy a negar que tuve más de un conflicto ideológico con ella, pero mi tolerancia a sus despropósitos, a diferencia de Josemari, digamos que fue directamente proporcional al hecho de que pasé de vivir en un cuchitril a estar en el mejor ático de Malasaña.

—Ay, ay, ay… ¡Pensaba que me iba a dar un soponcio ahí dentro! —dijo Josemari cuando logró salir de la furgoneta secándose el sudor de la frente con su pañuelo. Luego añadió para reafirmar a Prada—: Eso mismo pensé yo cuando la vi…

—¡José María, güey! Si ya me conoses, ¿cómo dejaste que el güerito se presentase con esta vaina? —preguntó Prada imitando el acento mexicano de las telenovelas.

A Prada le gusta jugar a imitar acentos, pero lo hace mal, porque es muy fan de todas las series policiacas y mezcla el acento mexicano con el colombiano e incluso con el gallego. En todo caso, en mitad de su chapurreo dialéctico, se fijó en algo marrón oscuro que goteaba por la frente de Josemari, se lo tocó con el mismo dedo con el que había inspeccionado la nevera, lo olió y le preguntó:

—¿Qué tienes ahí, roña?

—Es maquillaje capilar, inculta —le respondió este ofendidísimo al revisar su pañuelo y ver la mancha.

—¡JA, JA, JA! —explotó ella en una carcajada—. ¡Ay, de verdad! No dejáis de sorprenderme… Cada día aprendo una cosa nueva con vosotros. —Y se seguía riendo ella sola entrando en un bucle del que no podía salir—. ¡Maquillaje para calvas! Me quedo muerta… ¡JA, JA, JA! ¡Muerta en la bañera!

Prada podía tomarse todas las libertades del mundo con Josemari por muchos motivos: de pequeños fueron juntos al colegio Juan Pablo II, le tocó ejercer de «novia tapadera» por un tiempo, aun llevándose diez años de diferencia (Prada aparentaba veintinueve y Josemari diez más), y sus madres eran íntimas y las que mandaban en el pueblo.

La madre de Prada no era de Parla, cosa que el padre sí, mientras que la familia de Josemari por parte de madre siempre habían sido los custodios del milagroso pozo de la ermita de Nuestra Señora de la Soledad. Este pozo dio nombre al pueblo en el siglo XIV cuando una joven muda de nacimiento bebió de sus aguas y recuperó la habilidad de «parlar» milagrosamente. Por lo tanto, la familia de Josemari estuvo relacionada con la clase política en Parla desde la instauración de la democracia e incluso antes por títulos nobiliarios, mientras que la familia de Prada llegó a la vida política por casualidad (o conveniencia) en un momento en el que el partido necesitó una inyección económica de donaciones privadas.

Isidro, el padre de Prada, es lo más importante en este mundo y un ejemplo que seguir para ella, pero, igual que a su hija, le aburre la política. No obstante, es presidente de un grupo de empresas familiares de tercera generación dedicadas a la charcutería y otros productos de alimentación y exportación de la marca España. Por lo tanto, es un hombre de negocios al que le pareció bien en un momento dado «pagar peaje» si eso le facilitaba las cosas en la empresa. Así fue cómo la familia de Prada entró en la política y cómo su madre aprovechó la baza para convertirse en baronesa política. Gracias a la donación de su marido, escaló posiciones en muy poco tiempo y se convirtió en una figura clave para el partido,

tanto en puestos orgánicos de toma de decisiones como de representación pública. Después, se hizo íntima de la madre de Josemari, que era la que se encargaba de los grupos religiosos del mismo partido, y las dos pasaron a ser conocidas como las Olsen de Parla por las nuevas generaciones, mientras que los de siempre las llaman la Pili y Mili, de Parla también.

—¡No os vais a creer lo que me acaba de pasar! —dijo Prada secándose las lágrimas del ataque de risa por el pelo de Josemari, o por la ausencia de este, mejor dicho.

—Si nos vas a contar que te ha venido la regla o cualquier otra marranada escatológica, te lo puedes ahorrar, que tengo prisa…

—¡José María! —dijo Prada levantando el brazo como la protagonista de *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix—. ¡Eso es chochofobia! —Y estalló en otra carcajada.

—Pero ¿qué dices ahora? —Josemari no podía ocultar su fastidio. Entre Prada, Sisi, la nevera y yo, lo teníamos harto.

—¡Hombre! Que yo aprendo muy rápido… A ver si te vas a creer que solo vosotros los ele-ge-te-be-i-cu-plus podéis tener fobias raras. ¡Yo también quiero una!

—A mí no me metas en ese saco, que sabes que no comulgo con esas tonterías… —aclaró.

Es innegable que Prada dice muchas barbaridades, pero al mismo tiempo es muy graciosa, muy inquieta y muy curiosa. A diferencia de Josemari, a ella le gusta entender el porqué de las cosas y, aunque tiene ciertos sesgos, suele terminar empatizando.

El día que nos conocimos, y para fastidio de Josemari, quedó fascinada con el «elle», con lo cual, ahora se le ha metido en la cabeza que tiene que saber más sobre el estilo de vida de los gais

modernos, «o como se diga ahora sin ofender a nadie», la cito literalmente. La tarde de la cata de vinos se hizo también íntima de Sisi y estuvieron hablando sobre cómo hacerse una pera para tener sexo anal, el *cruising*, así como *tips* para sacarse las mejores putifotos de tetas, entre otros muchos temas que preferí ni saber.

—Di lo que sea que tengas que decir, que me tengo que ir… —se impacientó Josemari. No paraba de mirar el reloj y el teléfono.

—Creo que Jon está en Madrid… —anunció en un tono grave.

—¿Ya estamos con la misma tontería de siempre?

—¿Qué Jon? —pregunté.

—Jovi —dijo ella con una mano en el pecho, a la altura del corazón, y aclaró con un suspiro más profundo que un seísmo de magnitud ocho—: Jon Bon Jovi…

—¿El cantante? —pregunté.

—¡No le hagas caso, que es tonta! —exclamó Josemari con poca amabilidad.

—Puedes llamarme loca y todo lo que quieras, pero sabes que, cuando ÉL está cerca, a mí me tiembla todo el cuerpo, me entra hipersensibilidad en los ojos y se me inflan las tetas… ¡Y ahora mismo me duelen las tetas y quiero llorar!

En ese momento no entendí nada, supuse que Bon Jovi sería el *sex symbol* de Prada, pero Josemari me aclaró que Prada se obsesionaba con él un par de veces al año y, después, se le pasaba. Esto era así desde que, una vez muchos muchos años atrás, ella pillara la cogorza del siglo en el Paraguas, el restaurante más pijo de Madrid, y este, muy amablemente, le aguantara la cabeza cuando se la encontró vomitando en el lavabo del baño.

—Vale, que sí, muy bien… Bon Jovi está en Madrid. ¿Podemos subir la puñetera nevera? Tengo que hablar contigo de una cosa crucial e imperante; y me quiero ir a mi casa, que mañana madrugo.

—José María, no quiero hablar ni del partido ni de mi madre —advirtió Prada, que lo veía venir.

Josemari se quedó con un dedo en el aire y la boca abierta, y, antes de que dijera nada, Prada añadió:

—No me ha interesado la política en la vida, pero, si me vas a decir que Jon va a ser el nuevo *Mr. President*, me puedo plantear hablar del tema…

Por supuesto, la intervención dio paso a una pequeña interpretación de Prada de la canción, moviendo los hombros como si fuese Marilyn Monroe cantándole al presidente, y Josemari le dedicó una de esas muecas que suele ponerle a Sisi cuando utiliza el género neutro.

—Por cierto, de una cosa sí que quiero hablar yo… —añadió ella—. ¿No se os habrá ocurrido hacer un puti-Tinder en casa aprovechando que he estado en la sierra unos días?

—No te preocupes. Está con ladillas; no puede quedar con nadie —informó Josemari sin respetar mi derecho a la intimidad.

—No son ladillas. Es clamidia —le corregí.

—¡¿Clamidia?! —exclamó horrorizada—. ¿Eso se pega? ¡Mira que ahora me tengo que cuidar por dos!

—¿Por dos? Ni que estuvieras embarazada… —dijo Josemari con sorna. Y añadió intentando hacer daño por la burla de lo del pelo—: Bueno…, ahora que me fijo…, un poco más inflada sí que estás…

Y así fue como nos enteramos de que Prada estaba embarazada. La última hora nos pilló tan desprevenidos que la nevera se nos

resbaló por las escaleras del portal. El ruido que provocó al caer mientras rodaba, así como las piezas que se iban desprendiendo junto a los trozos de plástico que salieron volando y alguna que otra chispa, le dieron todo el dramatismo que la situación requería.

7

Turboqueer

BETO

Hay gente que irrumpe en tu vida con la misma fuerza que los villanos de las segundas temporadas de cualquier serie *mainstream*. Acostumbran a ser muy carismáticas y tan solo necesitan ser ellas mismas durante cinco minutos para que sientas que las conoces de toda la vida. Estoy hablando de Sisi. No sé precisar el momento exacto en el que nos conocimos, solo que fue en la Complu y que ya entonces hacía muchas cosas. —Por cierto, para referirme a Sisi utilizaré todos los pronombres (masculinos, femeninos y neutros), porque él/ella/elle los mezcla indistintamente y no se ofende si yo también lo hago. Además, hay que tener en cuenta que, mientras ordenaba las ideas de esta tramas, Sisi estaba en pleno *queer-passing* y yo aún me estaba acostumbrando a su nueva identidad no binaria—. Su ocupación siempre ha sido polifacética: activista, artista, DJ, travesti, poeta, mocatriz… Pero empezó a destacar por ser el fotógrafo de las famosas *queer* de Madrid. De hecho, fue definirse como «turboqueer» en su porfolio y se le multiplicaron la lista de clientas, pero clientas que algunos matarían solo por poder

oler su perfume a lo lejos… La gente podrá burlarse de él todo lo que quiera, pero salir del armario como persona no binaria fue la decisión más rentable de su vida y se jactaba de que su trabajo era «el sueño de toda marica básica».

No obstante, cuando lo conocí no era el Sisi de esta historia. Era Samuel, o, por lo menos, así figuraba en la lista de alumnos de Psicología de la Publicidad, una asignatura optativa en la que coincidimos. Para convertirse en «le gran Sisi» hicieron falta muchas fiestas, viajes, amantes y una metamorfosis completa como la de Rosalía en *Motomami*. Sin embargo, en la universidad tampoco es que pasase inadvertido, ya apuntaba maneras… Camisetas del Rastro llenas de mensajes antisistema, rastas de colores desteñidas y desaliñadas, cinturones de pinchos y tachuelas y pulseras en los brazos de todos los festivales a los que había asistido. Samuel era un intento de Samantha Hudson antes de ser Samantha Hudson.

Sisi siempre ha sido de esas personas que te llevan a lugares a los que no sabes llegar por ti mismo como, por ejemplo, bares clandestinos a los que solo se puede acceder con contraseña, a *macroraves* secretas en la sierra o a cualquier estreno de alfombra roja haciéndonos pasar por azafatos. Cuando quedaba con él, sabía dónde empezaba todo, pero nunca dónde ni cómo iba a terminar. Un claro ejemplo de esto fue la tarde que se ofreció a ayudarme a trasladar la nevera y que más tarde le serviría para chantajearme. De camino a casa de Prada, cuando se bajó de la furgoneta y lo perdimos de vista para irse con uno de sus amantes, terminó en un hospital. ¿Cómo? Eso era lo que iba a desentrañar después de recibir el siguiente wasap:

Estoy camino del hospital, me he roto una kostilla, ven!

???!!!

Al enfermero de la ambulancia se le está poniendo dura! 🍆💦

No me asustes!

Espera! No te des mucha prisa en venir... Creo que me la quiere meter! 😈

Intenté llegar al hospital lo más rápido que pude, obviamente, pero el estado de salud de mi amigue me preocupaba más bien poco. Si su habilidad para escanear penes por debajo de la ropa seguía intacta, fuese lo que fuese lo que le había sucedido, no debía de ser nada grave. En realidad, por quien padecía era por el enfermero que iba en la ambulancia y quien, según él, se la quería meter.

Me tocó ir al hospital solo. Josemari se fue a toda prisa sin decir ni adiós ni esa cosa «tan importante» que se suponía debía decirle a Prada. Le llamó el secretario de su agrupación y salió corriendo… ¡a las diez de la noche pasadas! Menos mal que hacía mucho tiempo que no trabajaba en el mundo de la política, ni ganas que tenía… Por su parte, Prada tenía que sacar a pasear a Macaulay, su perro, y también se fue. Respecto a la pregunta «¿Quién era el padre?», tuvimos que resolverla en otro momento, porque ella no iba a explicar las cosas dos veces y, además, tenía hambre.

Por cierto, aparte del estado de salud de Sisi, había otro tema urgente: le había pedido que averiguara dónde vivía Manuel Petulante y si estaba soltero. Dos detalles que tener en cuenta si tenía pensado entregarle al día siguiente la carta que casi tenía terminada.

8

El dos romano

BETO

El diagnóstico médico de Sisi fue un esguince intercostal provocado por Sam, un oso de casi dos metros de altura, quien al levantarlo en un abrazo con exceso de ímpetu le provocó una «lesión en los ligamentos que se encuentran entre las costillas», me explicó el enfermero al que, supuestamente, Sisi se la ponía dura. Sam lo dejó lisiado intentando colocarlo en la posición correcta para ejecutar la postura del dos romano, pero voy a ir por partes. El dos romano es una doble penetración (no hace falta que googlees) y, respecto a Sam, era otro de los cientos de chulos de Sisi. En mi relato, sé que dije que Sisi había quedado con un tal Winston, pero, por lo visto y de camino a casa de este, recordó que Sam y Winston eran vecinos y pensó: «Me monto un trío y mato dos pájaros de un tiro».

Una vez en el hospital y ya en el ascensor camino del box, me topé con un chacal latino —entiéndase heterocurioso que se te insinúa, pero sabes que si hicieras algo con él tu vida podría peligrar —. Era muy jovencito e iba todo tatuado. No era muy guapo, pero desprendía un no sé qué sexual muy fuerte que me ponía

cachondo… Además, iba en chándal y sin ropa interior… Lo miré de reojo (¡como para no hacerlo!) y comprobé que se le marcaba *todo*… Y me dije para mis adentros: «¡Madre mía! Es acercarte a Sisi y entras en celo…». Pero había algo que me dejó dubitativo… ¿De qué me sonaba? Mientras pensaba en ello, me miró y me puse nervioso. Me clavó sus ojos de una manera… No sabría describirla… ¿Era una insinuación, una provocación, amabilidad? ¡Ay, no sé! Me vinieron a la mente pensamientos más propios de Sisi y hasta abrí Grindr (que no sé cuánto hacía que no lo utilizaba) una vez tomamos direcciones distintas para comprobar si estaba en la app. Pero no, no estaba y me quedé con las ganas. Quien sí que me aparecía conectado, y a cero metros, fue Sisi. Tardó cinco segundos en escribirme: «¡Deja de hacer la marrana en el hospital y sube a verme! Me aburrooo». Le dije que ya iba y seguí pensando de qué lo conocía… Pero la duda me la despejó Sisi nada más descorrer la cortina de la camilla en la que estaba tumbado. Era otro de sus chulos.

—¿Sabes lo que me da lástima de romper una relación? —dijo melancólico, con aspecto deslucido por culpa de la bata azul horrorosa que llevaba puesta. Lo único que destacaba era su pelo rosa chicle. No le contesté porque no tenía ni idea de a qué se refería, así que dejé que siguiera con su teatro.

—¡Tener que volver a empezar y conocer a otro idiota desde cero! —se quejó.

—¿De qué hablas?

—Sandro me ha dejado… —se lamentó postrándose en la camilla en pose final de vedete, dejando un pezón al aire para lucir nuevo

piercing, un aro con un corazón de amatista rosa; con ese, llevaba tres en la misma teta.

—¿No se supone que para que te dejen primero tienes que haber empezado algo? —comenté. Luego añadí, para hacerlo feliz—: Muy bonito. Y, ahora, ¿quién es Sandro?

Me había hablado de él esa semana (del mismo modo que me habló de Sam, de Winston, de Pedro, de Marc…) y me recriminó no recordarlo, porque «¡Si hasta te enseñé su capullo!». Entonces, até cabos y entendí por qué me sonaba el bulto que se observaba por debajo del chacal en el ascensor.

—¡Ah, vale! El *latin twink*, ¿no? ¡Pues lo acabo de conocer!

—¿Y POR QUÉ lo «acabas de conocer»? —preguntó posesivo y, claramente, celoso… Porque Sisi es muy liberal, pero de su plato mejor que no coma nadie.

—Me lo he cruzado en el ascensor —dije restándole importancia, pero él seguía con su ojo acusador intentando averiguar si ocultaba algún tipo de información relevante y me hizo relatarle la situación del ascensor cinco veces, por si acaso… Tanta insistencia hizo que le preguntara—: Pero ¿es tu novio?

—Bebé, mis novios son todos y *punch*. —Que en el lenguaje de Sisi viene a significar «Y caso cerrado». Y en mi vocabulario friki sería «Kamehameha».

—A ver… ¿Y qué le has hecho para que te deje?

—¡¿YO?! ¿Y tú te haces llamar MI amiga? ¡Lo que me faltaba! Cría putas y te quitarán los chulos… —Se mostró indignado porque obvié su presunción de inocencia.

—Vale. Reformulo: ¿qué te ha hecho ese caradura?

—Así está mejor —apostilló satisfecho y, entonces, me contó—: ¡Está loco, Beto! ¡Como una cabra! Además es obsesivo, celoso y un tóxico… Decía que quería venir a casa y dormir conmigo todos los días. Y acompañarme a los *shootings* como si fuese mi asistente o, peor aún, ¡mi mánager! ¡Qué agobio! ¡¿Qué somos ahora?!, ¡¿lesbianas?!

—Pero ¿tú le dejaste las cosas claras?

—*Évidemment* —afirmó con acento francés—. No soy una santa, pero tampoco el diablo. A veces, finjo demencia, porque si no terminaría volviéndome loca… Pero *everyone knows me*. ¿Hace falta ser explícito todo el tiempo? ¡Es TAN difícil! Sobre todo cuando vas cachonda… Créeme, no importa lo sincero que uno sea, la gente entiende lo que quiere por culpa de Disney. ¡Tienen el cerebro frito! Da igual lo que les digas, da igual que los insultes, los maltrates y los humilles… Es todo tan *delusional, crazy* y *toxic…* De verdaz, ¡estoy agotade de que vengan a pedirme tantas explicaciones!

—Entonces ¿qué quería? —pedí que concretara porque no entendí ni la mitad de su monólogo.

—Mejor dicho, ¡qué NO quería! *UNBELIEVABLE*. ¡Me ha amenazado! Bueno, a mí no, a Winston… ¡Dice que le va a dar una paliza si vuelve a ver un like suyo en mis posts! ¡A Winston! ¡Que le saca tres cabezas! Tú acabas de ver a Sandro en el ascensor, ¡si al lado de Winston parece un Pikachu! De verdad…, la gente está *overminded* y *uncontrolled* —exclamó sin dar crédito e insistió—: Y luego ha dicho que mi macho es él, que con su verga debería tener suficiente y que no necesito a ningún otro… ¡Ay, no sabes la vergüenza que acabo de pasar!

—Hay una cosa que no entiendo… ¿Por qué ha venido Sandro al hospital y no ha venido Winston? ¿O Sam? ¿No estabas en un trío con ellos?

—¿Tú interiorizas mis palabras cuando me tomo la molestia de adoctrinar? —preguntó en el mismo tono de indignación que suele emplear Josemari cuando cree que no lo escucho. Pero me volvió a relatar los hechos—: Winston no puede acompañarme porque tiene una relación supercerrada con su novio, con el que se va a casar este verano y que, por cierto, es una acelga de persona. ¿Qué quieres, que me acompañe Winston al hospital, el marido se entere de que me lo follo, le dé un infarto y en lugar de boda en Torremolinos nos vayamos de funeral?

—Sigo sin entender por qué vino Sandro al hospital…

Entonces Sisi inició otro monólogo sobre pros y contras de las parejas de tres y de lo maravilloso que sería un trimonio con Winston, Sandro y él como protagonistas, porque lo que le faltaba a uno lo complementaba el otro.

—Hablando de todo un poco… —dije redirigiendo la conversación a lo que de verdad me interesaba—. ¿Recuerdas que te pedí que averiguaras si Manu tenía novio?

Ese comentario provocó que Sisi levantara la vista de su teléfono, algo difícil de lograr… Estaba clasificando fotos porque en todo el rato de conversación recibió infinidad de notificaciones sin silenciar, y la gran mayoría correspondían a fotos de partes íntimas que le habían enviado por Grindr y que él, minuciosamente, guardaba en su álbum privado, la Pollapedia. Sisi las coleccionaba. De hecho, era más fácil que reconociera a alguien por su pene que por su cara. En una ocasión en la que necesité hablar con él urgentemente, utilicé el

ingenio y le pasé la foto del clítoris de una hiena (que tiene forma de pene y es mucho más largo) y funcionó. Me respondió *ipso facto*.

—Beto, un ex es un ex por algo… —sentenció con un tono severo —. Esto lo tenemos claro, ¿verdad?

—Claro, superclaro… Como el viento que vuela libre… Es solo que… Quiero ir a saludarlo y llevarle un alebrije… Nada… Un detallito que le he traído de México…

—¿Un… alebrije…? —repitió como un inquisidor—. Ya… ¿Y a mí por qué no me has traído uno?

—Eeeh… Esto… —Sisi me puso nervioso y activé mi acento mexicano como mecanismo de defensa, algo que resultó más sospechoso aún, pero salí del paso como pude—. ¡Cómo crees, güey! Pero si a ti te traje una estampita de la Virgencita… ¡Que es mil veces más chingona!

—Soy ateo —dijo tajante y prosiguió alargando todas y cada una de las sílabas que pronunció—. Ya… ¿Y… qué… más?

—¡Nada! De verdad… Solo quiero… Invitarlo a un café y disculparme por marcharme de aquella manera… Es que no le dije ni adiós… Me fui…, digamos…, mal…

No tenía ganas de explicarle mis verdaderas razones. ¿Cómo iba a decirle a Sisi que había decidido reconquistar a Manu porque se me había aparecido la Virgencita de Guadalupe en un avión? Pensaría que habría perdido el juicio y, además, siempre hemos entendido el amor desde puntos de vista muy distintos. Yo creía en el amor y, por eso, hasta fui capaz de prometerle amor eterno (y estricto celibato) a un Rodrigo en pandemia; y era plenamente consciente de que se trataba de un desconocido que vivía al otro lado del Atlántico, pero yo era feliz con mi enamoramiento y mis videollamadas, y los

wasaps de Rodrigo tenían el mismo efecto que una paloma mensajera del siglo III. Sisi no entendía estas cosas y, si salía el tema, me decía que yo no era un romántico, sino un idiota. Así que no, no tenía ganas de discutir, porque para hacerlo con Sisi se necesita mucha energía… Es por eso por lo que preferí no revelarle lo de la carta de momento.

—¿Y por qué necesitas saber si Manuel Petulante tiene *novio* para llevarle un *inocente* alebrije? —Por supuesto, enfatizó el «inocente» y «novio».

—Bueno… Verás… Esto… ¿Y por qué no tener esa información? Ya sabes… En verdad…, él y yo… —seguí improvisando.

—Ajá… ¿Él y tú…? Tú y él… ¡¿QUÉ?! —vociferó perdiendo la paciencia.

—¡Pues que éramos algo parecido a novios! —confesé—. Voy a quedar fatal si me presento por sorpresa y tiene pareja, ¿no te parece?

—¡¿Por sorpresa?! ¡VES! Si es que lo sabía… Escúchame bien, mamarracha: te prohíbo que hagas el santísimo ridículo con ese payaso insoportable y con mal gusto… Haz el favor de NO hacer una de las tuyas… ¡Porque te aviso que esta vez no voy a ser tu pañuelo de lágrimas!

—A veces eres peor que Josemari —reaccioné dolido—. ¡Ojalá te enamores como una persona normal algún día!

En ese momento, no se me ocurrió nada mejor que meter en una frase tres de las palabras que Sisi más detestaba en este mundo: «amor», «normal» y «Josemari». Una vez procesado mi reproche, escupió espuma por la boca, se le pusieron los ojos en blanco tres

veces y se le dibujó un aura llameante que casi lo hace levitar. Luego me respondió:

—Voy a perdonarte, porque en el fondo no tienes toda la culpa de tu falta de criterio… Pero no olvides lo que siempre dice Miércoles de la familia Addams: «Lo que es normal para una araña puede ser una pesadilla para una mosca». Lo que sea «normal», «convencional» o «habitual» para ti no significa que lo tenga que ser para los demás; y de lo que tú crees que es amor… ¡De eso mejor no voy ni a opinar! Ya te pegarás la hostia tú solito…

—Tarde o temprano tendrás que enamorarte, ya verás… —le dije con una sonrisa y dándole un gran abrazo como los de Prada, porque sabía que, a su manera, intentaba protegerme no sé de qué. Entonces, sonrió un poco también y me dio una patada para apartarme de encima suyo. Se me había olvidado su lesión en la costilla.

—¡Qué pesada eres! No me puedo enamorar porque no entiendo el amor como lo haces tú; y sé de lo que hablo, porque me he liado con gente de medio mundo y he probado todos los modelos de pareja: abierta, semiabierta, cerrada, desnatada, pareja abierta por separado, pareja abierta junta, pareja abierta que no se lo cuenta… Y, después de todo eso, lo tengo clarísimo: la gente necesita leer más y viajar el doble.

—A veces, creo que te da miedo enamorarte… —me atreví a decir.

—Mira, Beto… No opines de lo que no sabes. En esta vida hay tres cosas: sexo, amor y amor con sexo. Lo primero es una necesidad vital, lo segundo está tergiversado y lo tercero es muy bonito, pero se necesita demasiado tiempo para alcanzarlo. Además de una paciencia que, a día de hoy, tampoco tengo. ¿Qué crees, que no he

sufrido por amor? ¡Pues claro que sí! Por supuesto que hubo un cabrón mentiroso, hipócrita, sociópata e infiel…

—Eso nunca me lo has contado…

—Porque la mierda huele si se remueve.

—¿No se supone que soy tu mejor amigue? —protesté. Quería saber quién fue capaz de romper el corazón de Sisi, porque era algo que me costaba mucho imaginar. Por eso insistí—: Va, cuéntamelo… ¡Venga!

—¡Pesssada eres! ¿Qué quieres saber? ¿Que tuve un novio en el armario? ¿Que me dijo que me quería y me lo creí? ¿Que pillaba un tren cada fin de semana para ir a verlo a Barcelona y me costaban una pasta las excursiones? ¿Que creía que íbamos a ser felices y comer perdices para siempre? ¿Que desapareció de la noche a la mañana? ¿Que me sentí engañado, utilizado y usado? ¡Pues sí! Hubo un día en el que yo también fui una moralista de principios implacables y decía que quería una relación monógama, cerrada, romántica e idílica…

—Me cuesta mucho imaginarlo…

—¡Pues sorpresa! Una vez fui como tú: dulce, linda y sin personalidad. Incluso llegué a creer que a una persona se la quiere más si no te acuestas con otros… ¡Pero fíjate! ¡Se me pasó cuando me monté mi primer trío fuera de la pareja! Fin.

—¿Me estás diciendo que si no me monto un trío no tengo personalidad?

—La que no tiene personalidad es tu amiga la Pepimari. Ese lo único que tiene son prejuicios —se burló, y añadió en plan predicador—: Todos tenemos prejuicios, *obviously*, pero estoy muy cansade de ver cómo la gente no deja de inventarse excusas para

justificar sus verdaderas intenciones y cómo, mediante cuernos, mentiras y traiciones, terminan haciendo lo que en realidad les apetece. ¿Y sabes por qué? Porque todas somos zorras.

—Entonces ¿cómo habéis quedado Sandro y tú? —pregunté por zanjar el tema.

—Nada, me ha pedido chupármela por última vez y, después, se ha ido.

—¡¿Y tu madre?! —pregunté boquiabierto al recaer en las manchas de salpicaduras blancas que tenía en la bata. Antes de llegar me dijo que estaba de camino.

—Chica, tengo mis límites… —Se reía—. A mi madre la he mandado lejos. Ha ido a buscarme un sándwich de melatonina del Rodilla.

—¿Sándwich de melatonina? ¿Existe un sándwich para dormir?

—¡Pues claro que no, pava! Por eso mismo… —dijo quitándole importancia a su maldad. Después, empezó a hacerme muchas preguntas para las que aún no tenía respuesta—: ¿Cómo está Prada? ¡Ay, qué bien me cae! ¿Sabes? He decidido que la voy a llamar chocho-*nugget*, porque el otro día le estuve dando *tips* de cómo sacarse fotos del toto, me pasó un par para que las validara y me recordó a un pollito saliendo del cascarón. ¡Es lo más! De verdaz, no entiendo cómo puede ser amiga de la marica esa, reprimida y amargada. Bueno, tampoco entiendo cómo lo puedes ser tú, pero ya se te pasará… Solo dime, POR FAVOR, que le ha salido una almorrana en el culo por culpa de la nevera y el esfuerzo… —añadió riéndose como una bruja.

9

La carta (parte II)

BETO

En cuanto llegué del hospital, me tomé una *energy drink* junto a dos pastillas de cafeína y me puse a escribir, puesto que ya sabía dónde vivía Manu y mañana sin falta iba a llevarle la carta.

... Y hablando de «montar numeritos». ¿Recuerdas el día de las camisetas? Me refiero a cuando viniste a buscarme al trabajo en una moto enorme, vestido con un traje de marine y un altavoz portátil con la banda sonora de Oficial y caballero de fondo. ¿Se te había olvidado? Porque yo (y toda la oficina) seguimos recordándolo... Al principio no entendí nada, porque cuando iba a pedirte que apagaras la música del altavoz porque estaba muerto de vergüenza me dijiste mmmmmmy teatralmente que me callara y esperara... Y yo me quería morir, porque me imaginaba por dónde me ibas a salir... ¡Y te pusiste a bailar! (Bastante a lo Grease, por cierto. Ahí mezclaste un musical con otro). Y yo: ¿¿Hola?! Me quería morir... Pero, cuando

terminaste, no contento aún con todo eso..., te quitaste la chaqueta y vi que llevabas una camiseta blanca serigrafiada que ponía: «¿A QUÉ HA VENIDO UN CHICO COMO YO A UN LUGAR COMO ESTE?». Seguido, apareció tu amiga Anastacia bailando El lago de los cisnes y me entregó una caja de regalo enorme envuelta con un lazo más grande todavía. ¿Qué había ahí dentro? ¡Otra camiseta! Igual que la tuya, pero con un mensaje que daba respuesta a la pregunta de tu camiseta: «A RESCATARME». Y yo sin darme cuenta de que lo grabaste todo, lo subiste y hasta me etiquetaste...

Sí... Ese día entendí que ibas en serio y, aunque me puse la camiseta para hacerte feliz, por la noche te pedí que borrases el vídeo y que te lo tomases con más calma... Te cabreaste mucho, me acusaste de ser «poco romántico» y empezaste a desconfiar y a obsesionarte con la idea de «hacer lo nuestro oficial»... No te digo que todo eso no fuera bonito, pero, como intento explicarte en esta carta, en ese momento mis prioridades eran otras y todas aquellas muestras de amor eran demasiado para mí... Eso y que yo no soy artista de musical también.

Después, no pasó mucho tiempo hasta llegar al fatídico día en el que me fui de Madrid sin decirte ni adiós. Fue por muchos motivos: estrés, agobio, dinero, el trabajo... Y reconozco que no supe gestionar bien tu mensaje de aquel día... Me refiero a tu audio (bueno..., pódcast). Era larguísimo y solo recuerdo fragmentos, partes en las que me decías cosas como que no podías más, que no sabías qué éramos ni qué pensar o cómo comportarte conmigo.

Me preguntabas qué se suponía que debías sentir si algún tío me ponía corazones o fueguitos en las fotos. No quiero recrearme en ese momento, pero básicamente el mensaje era que estabas harto, que tú me lo dabas todo y que yo no te estaba dando ninguna seguridad. Recuerdo una metáfora que hiciste sobre nuestra «amistad», porque no te dejaba llamarme «novio». Dijiste que era igual que estar subiendo las escaleras de una piscina olímpica, pero, una vez en el trampolín y a punto de saltar, sentías que te ibas a estrellar porque en la piscina no había agua...

El resto se me hizo muy confuso. Piensa que yo lo estaba escuchando en una ambulancia camino del hospital con un ataque de ansiedad y mi coordinador al lado... Pero recuerdo frases como que «todo tiene fácil solución» y que no me pedías que nos fuéramos a vivir juntos, tan solo me pedías una pequeña prueba de lo que sentía por ti... Me dijiste que habías contratado a un fotógrafo para ir al Estanque Grande del parque del Retiro a hacernos unas fotos montados en las barcas para poder publicarlas y que, simplemente, me pedías hacer lo nuestro oficial.

Puede que a ti eso te diera tranquilidad..., pero a mí solo me dieron ganas de salir corriendo... Y eso hice, aunque siento haberlo hecho de aquella manera. Créeme que, cuando me fui de Madrid, estaba convencido de que en cuestión de días estaría de vuelta, que era una crisis momentánea, que tan solo necesitaba estar en casa con mi familia un tiempo para coger fuerzas... Jamás, y juro que cuando escribo jamás es jamás, pude imaginar

que todo se iba a prolongar de esta manera, que se desencadenaría lo que se desencadenó y que yo estaría dándote esta explicación un año y medio después... Pero ¿quién iba a ser capaz de adivinar que se iba a paralizar el mundo de aquella manera? ¿Cómo iba yo a saber que una pandemia nos iba a dejar encerrados durante casi tres meses? ¿Quién iba a imaginar que en mitad de esa locura encontraría trabajo en México? Ya te lo digo yo: esto no lo vio venir ni mi madre...

Pi-pi-pi-pi. Facetime entrante de LA DOÑA BUCHONA (ÀLEX). Por cierto, Facetime personalizado con el politono de Ana Bárbara, una diva mexicana cuyo *hit* bailé en todos los clubes del país. Nuevamente, volví a dejar de lado la carta.

Te buscaré, ¡bandido!
Te atraparé, ¡maldito!
Te lo jurooo...
Pagarás por mi amooooooor.

10

La Doña Buchona

Beto

La Doña Buchona, una de las *drag queens* más famosas de todo el mundo, y Àlex eran la misma persona, además de mi mayor apoyo en México. Me llamaba porque estaba a punto de aterrizar en Madrid. No me lo podía decir directamente debido a un contrato que había firmado con una productora, pero siempre hay modos de decir las cosas sin necesidad de ser explícitos. Su profesión era algo que generaba mucha confusión para quienes no estaban familiarizados con las *drag queens*. No sabían si era un hombre, una mujer, un disfraz… En su caso, empezó en el mundo del espectáculo siendo transformista, durante mucho tiempo imitó a otras artistas antes de crear su propio personaje. Lo hacía tan bien que durante más de cinco años fue la imitadora oficial de Ana Gabriel, Jenni Rivera o Selena Quintanilla. Se hizo muy popular en todo México porque iba a todos los programas de festividades a cantar, porque, además de imitar, cantaba. «¡Fue ponerme unos tacones y de ahí nos fuimos como hilo de media!», solía responder cuando le preguntaban cómo empezó. Pero, sin lugar a dudas, por lo que se hizo megafamosa fue

por interpretar al primer personaje *drag* de una telenovela de la Televisa. A partir de ahí, a la Doña le llovieron papeles de todo tipo: vendedora de tamales, dama de compañía, empleada del hogar y villana, por supuesto. También aprovechó el momento para grabar un álbum, montar un espectáculo de teatro llamado *Échale salsa al taco* con el que estuvo de gira varios años y contratar a un ayudante para que le escribiera un libro. La Doña trabajó muy duro y se formó en todo lo que pudo para no desaprovechar oportunidades que se iban presentando. Además, caía muy simpática, con lo cual se forjó un ejército de fans, más de un millón de seguidores en todo el mundo. Eso sí, Àlex separaba a la «hembra» del «macho», porque fuera de su trabajo era una persona muy tranquila a la que no le gustaba llamar la atención. No obstante, el día que recibí su llamada fue la Doña quien marcaba.

—Pero ¡¿cómo chingados está mi comadrita y jotilla fa-vo-ri-ta?! —Su acento era inconfundible.

—¡QUÉ ONDA! —grité emocionado—. ¡¿Cuánto hace que no hablamos?! ¡¿Un siglo?!

—¿«Hablamos»? —me reprendió elevando una de sus exageradas cejas—. Se dice «chismeamos», mana. ¿A poco llevas un mes en la Madre Patria y ya se te olvidó todo lo que te enseñé?

Me podría tirar horas hablando de Àlex porque su historia me fascina, pero lo que importa en este punto es que, desde el primer día, decidió ejercer de hermano mayor conmigo. Por algún motivo, le recordé a él mismo tiempo atrás. Àlex es originario de Barcelona, aunque podría pasar perfectamente por chiapaneco, porque llevaba más de diez años en México y se sentía más mexicano que la salsa Valentina. Total, no me hizo falta ser muy pesado e insistente para

invitarle a un *brunch*, hacernos comadres e ir de tragos y de *shopping* con sus jotos.

—¡Betito, lindo, preciosito mío! —dijo su chorro de energía y voz aguardientosa, como él mismo la definía—. ¡Agárrate porque el chisme que te traigo es BIEEENNN sabroso!

—¡Suéltalo y no te hagas el interesante más de la cuenta! —le repliqué.

—Recuerdas que, cuando nos conocimos, te dije que un día iba a ser la mera-mera de las dragas mexicanas.

—¡Ay, no te hagas la que no sabe! Siempre has sido la más… —Sobra decir que con Àlex se me activaba el acento.

—¡Ay, no es cierto! Bueno, sí… —Se rio para después seguir—. ¡Cómo sabes que me gusta que me chuleen! Párate tantito, el chisme es que ese sueño está bien cerca, comadre… ¡MUY cerquita! Como le dicen ustedes —dijo pronunciando a la española el «cerquita» con la ce y no con la ese.

—¡¿Cómo así?! —pregunté saltando de alegría. Imaginé a qué se refería—. ¡¿Entraste en el *reality*?!

—¡Ayyy, manita! Créeme que tengo todas las pinches ganas de contarte, pero no va a poder ser…

—¡¿No te atreverás a dejarme así?! ¡Culebra! ¿Cómo crees? —Y le sonreí infinitamente feliz por él. Sabía perfectamente a qué se refería y no necesitaba que me dijese más.

Además de insinuar cuál sería su nuevo proyecto profesional inmediato, en esa llamada hablamos de Manuel Petulante. Por lo visto, nunca le había hablado de él. Yo estaba convencido de que sí, pero según la Doña no.

—Güey, neta. Si te soy honesta, a mi jamás me mencionaste a ningún Manuel Petulante —aseguró pronunciado con soberbia «Petulante».

«Neta» es una expresión que solo existe en México y, si no eres mexicano, necesitas tomarte un tiempo para interiorizarla. A mí me pasó un poco como con el «fuera de juego» del fútbol, me costó entenderlo, pero digamos que es una coletilla final que viene a decir algo así como «es la verdad».

—Ah, ¿no? —dudé.

—No, belleza —reafirmó—. Créeme que recordaría ese nombre si lo hubieses mencionado alguna vez… ¿Manuel Petulante? ¿Qué clase de pendejo escoge un *naming* artístico que quiere decir «al pedo»? ¡No mames!

No lo había comentado todavía, aunque intuyo que se habrá supuesto, pero Manuel Petulante era cantante de musicales; y era bastante unánime que «Petulante» no sonaba como el mejor apellido artístico de alguien que quiere abrirse camino en ese mundillo, pero esto era evidente para cualquiera menos para él. El día que le sugerí explorar otras alternativas y combinar las primeras sílabas de sus apellidos para formar «Pego» (de Petulante y Gómez), estuvo un mes entero hablándome solo con monosílabos; y es que Manu… siempre ha sido muy… susceptible.

—Pues yo pensé que sí te había contado…

—¡Ay, no, mana! Platicamos acerca de muchos hombres, pero de ningún español… ¿Sabes de quién sí platicamos un chingo?

Claro que lo sabía y perfectamente, además… De Rodrigo, mi corona-novio, alguien a quien omití por completo en mi carta a Manuel Petulante. ¿Qué necesidad de revivir a los muertos? Como se

suele decir… Porque una cosa era sincerarse, pedir perdón y declarar mis sentimientos, y otra muy distinta era echarle vinagre a una herida abierta, ya que técnicamente lo conocí después de irme de Madrid, pero antes de dejar España, y eso, sumado al hecho de que estaba buenísimo, era algo que sabía que Manu no procesaría bien…

—El recuerdo de ustedes dos en mi *living* aún me perturba, comadre… —dijo con voz de estar cachonda—. Te odio y te envidio por ello al mismo tiempo.

—No te hagas la cínica que Rodrigo no te pelaba —puntualicé, porque siempre andaba con el teatro de que «se lo arrebaté».

—¡No, mamacita! No se haga la cínica usted, ¡que todo México sabía que Rodrigo, además de mi *personal trainer*, era mi amor platónico! Pero ustedes… ¡Malditas! La primera noche que durmieron en mi departamento me restregaron su amor en las narices y, además, cogieron… ¡en mi *living*, que lo escuché todo! —Y aún añadió más detalles—: ¡Le dieron como cajón que no cierra!

OK. Reconozco que el sexo con Rodrigo fue uno de los mejores de toda mi vida y que, las veces que lo practicamos, hicimos mucho ruido: hubo azotitos, gritos y también algún que otro golpe.

No mal pensemos, no fue maltrato, solo que, cuando nos dejábamos llevar por la pasión, el cuarto podía terminar con algún mueble roto: la lamparita, la mesita de noche, la pata de una cama o incluso llegamos a hacer algún agujero en una de las paredes de pladur barato. La verdad es que nos salieron caros los revolcones…

—Rrrodrigo Pérez —dijo la Doña pronunciando el nombre con fuerza y haciendo con las manos el ruido del cajón que no cerraba—. ¡Menudo tipazo! Tenía un culo como para hacerse creyente… ¡Y qué fregón! Ay, hermana… Créeme que nunca mencionaste al otro.

No, lo cierto es que no lo mencioné. Estaba demasiado estimulado con las novedades como para pensar en él; quien imagino que se la pasaría odiándome por haberlo dejado tirado. Y, quizá, hasta me llegó a culpar de la pandemia. Pero como diría Isabel Pantoja: «Así fue…». Aunque también es cierto que, sin ese giro dramático de los acontecimientos, ahora no estaría a punto de declararle mi amor a Manu.

—Pues ya sabes quién es. Luego lo checas en redes y lo ubicas —zanjé antes de que empezase a hacerme que pudiera confundirme acerca de mis sentimientos.

—Mejor me envías una *voice note* y me platicas todo, todito, porque ahorita me van a quitar el celular y para cuando me lo devuelvan esta historia se me habrá olvidado… —apuntó confirmando mis sospechas: estaba de rodaje.

—¿Y cuándo te voy a ver? ¡Te extraño!

—Más tarde de lo que me gustaría. Más pronto de lo que crees…

—¡¿Estás en España?!

—¡Mensa, ya te dije que no puedo platicarte nada! Pero te dejo una tareíta: te voy a enviar un formulario, complétalo. Es importante. Es para hacer una voladita.

—¿Qué formulario?

—Te amo, te adoro, te quiero, *byeeeeee*. —Y colgó.

En ese momento me invadió una nostalgia muy grande, pero era una mezcla de felicidad y vacío a la vez. Tenía ganas de llorar y de reír, porque la Doña me hacía sentir muy feliz, pero no poder abrazarla me entristecía. Exactamente la misma sensación que me secaba la garganta cuando colgaba una llamada de mis padres o de un amigo cuando vivía en México. Prada se preocupó cuando fui a

buscar un vaso de agua y pasé por el salón. Por un momento pensó que la historia de amor con Manuel Petulante se había jodido sin haber llegado a empezar. Ella estaba muy emocionada con la idea de la carta, el reencuentro y mi declaración de amor, y me dijo: «¡Yo quiero boda, que nunca he estado en una boda gay!». Como de costumbre, me hizo reír. Entonces le conté que, simplemente, extrañaba a mi amigo Àlex y le expliqué quién era. Ella lo empezó a seguir y me preguntó: «Pero vamos a ver… ¿Qué es? ¿Un chico? ¿Una chica? ¿Un chico que se siente chica o una chica que es chico pero quiere ser chica? Joder, ¡qué lío!». Así que tuve que explicarle las diferencias entre ser un transformista, ser una *drag queen*, ser una mujer trans o, simplemente, ser artista. Después, completamos juntos el formulario. Era el sorteo para un viaje con gastos pagados a la «se-de-emequis» para el estreno de no sé qué *reality*.

11

Manuel Petulante «oficial»

Beto

No podía llegar un año después, sin previo aviso, y plantarme por sorpresa en la puerta de Manu con una banda de mariachis tocando el «Mucho corazón». ¿Qué pretendía, que me dijera «sabía que volverías…» mientras dejaba escapar una lagrimita, me abrazaba y me besaba apasionadamente? Seamos realistas: eso quedaba muy bien en mi foto mental, pero la realidad era otra muy distinta. Manu hacía un año y medio que no me veía. Habíamos hablado y teníamos una relación cordial, pero esa relación era digital, no en carne, hueso y riguroso directo. Lo único que sabía a ciencia cierta era su nueva dirección y que no tenía novio, pero no tenía ni idea de en qué onda se encontraba conmigo en ese momento. Así que lo mejor sería ir a tantear el terreno. Quería comprobar si, al mirarme a los ojos, seguía teniendo ese brillo… Y, en función de ese detalle, pues ya iría viendo. Por lo tanto, en lugar de una *gran* declaración de amor, empecé por una minisorpresa y no le llevé la carta, que no había terminado porque me quedé dormido, pero sí uno de los muchos alebrijes que compré en el Mercado de Artesanías de la Ciudadela.

De mi plan inicial, solo mantuve la idea de presentarme por sorpresa en su casa, pero a la sorpresa añadí un palo selfi, un estabilizador, un par de focos, la Alexa para poner la canción y un cañón de confeti que tomé prestado del estudio de Sisi. Obvio, pensé que le gustaría que grabase su reacción. Además, y para la ocasión, me puse el poncho. Esa prenda me hacía sentir fuerte y abrazado por Àlex, que fue quien me la regaló. Definitivamente, eso era lo más adecuado. No podía declararme sin antes disculparme. Conocía a Manu y sabía que para él era importante que primero le rindiese pleitesía. Sin lugar a dudas, una orquesta de mariachis hubiese sido *too much.*

Una vez logré entrar en su portal, subí por las escaleras porque el ascensor no funcionaba y empecé a disponer el set de rodaje. Un vecino pasó a sacar al perro, me miró y me preguntó: «¿Esto de qué programa es? ¿Cuándo sale?». Y yo le dije que por la noche en Telemadrid. Una vez logré que se marcharan los curiosos y lo tuve todo listo, agarré con fuerza el estabilizador, corregí la luz del foco, miré a cámara con mi perfil bueno, me dije: «Vamos que nos vamos…» y le di al On. Llamé al timbre de aquella puerta tan fea, tan vieja y tan señorial y esperé a que Manu abriera… Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… Nadie contestaba y a mí me iba a dar algo. Llamé una segunda vez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… «¡Ay, que me muero!», gritaba para mis adentros. ¡Estaba atacado! Nadie contestaba y mi corazón se puso a mil, dos mil, tres mil, cuatro mil, cinco mil, seis mil… Pero, antes de contar qué pasó cuando Manu abrió la puerta, y por darle a esto un poco de *hype*, como diría Sisi, creo que viene al caso que matice la palabra «oficial».

La oficialidad siempre ha sido algo muy importante para Manuel Petulante. No sé si tiene que ver con el hecho de ser artista, pero es alguien que necesita encarecidamente hacerlo todo «oficial». Por ejemplo: que forma parte del elenco de un nuevo musical (aunque solo sea para hacer de reno en una función navideña), pues hay que lanzar un comunicado oficial; que ha asistido a un estreno, una gala benéfica o simplemente ha ido al cine a ver una peli (por gusto y disfrute), pues hay que hacer un post oficial; que se abre un nuevo perfil en cualquier red social (que se va a autogestionar él), pues hay que añadir al final del nombre de usuario la palabra «oficial» después de una barra baja: @manuelpetulante_oficial. Así con todo, como con el hecho de tener un novio oficial.

Todos mis amigos siempre me han recordado lo diferentes que somos Manu y yo, pero creo que eso mismo fue lo que me llamó la atención de él: éramos una *rara avis* el uno para el otro. Nuestra relación siempre fue diferente, creo que esa es la palabra. Muy diferente a todo lo que había vivido hasta la fecha. Mientras que él estaba acostumbrado a tener romances solo con actores, bailarines, cantantes, modelos y gente cuyas lecturas no iban mucho más allá de los créditos de un disco de Taylor Swift, yo no estaba acostumbrado a salir con artistas; y menos aún con alguien tan guapo y con unos pectorales más grandes que las tetas de Prada recién parida… No quiero decir con esto que yo fuese un cultureta, leía bastante por trabajo, pero en diagonal tirando a zigzag. Tampoco estaba acostumbrado a la teatralidad en una relación amorosa (o musicalidad. No sabría cómo definirlo…). Me daba los buenos días, me escribía a todas horas, me enviaba canciones y hasta me llegó a mandar flores al trabajo; y, aunque me daba cierto

repelús, nunca nadie había hecho eso por mí. A todo lo anterior, me repetía una y otra vez: «Nunca he estado con alguien tan inteligente como tú». Es cierto que, a veces, pasaba un poco de vergüenza ajena, pero nunca nadie había hecho cosas así por mí. Y ¿a quién no le gusta que le hagan sentir especial? La pregunta inevitable es: ¿por qué no quise ser su novio oficial cuando nos estuvimos conociendo? ¿Por qué me resistía a aceptar que éramos algo más que amigos? Bueno, había muchos motivos: la inseguridad, el sentimiento de culpa, no creerme merecedor… No sé, muchas cositas y emociones que me estaban volviendo a invadir estando yo plantado en la puerta de Manu, pero esta vez no dejé que me dominase el miedo y no salí corriendo en el último momento. Esta vez quería hacer las cosas bien y confiaba. ¡Ay, Manuel! Tú aún no lo sabías, pero en cuestión de semanas íbamos a ser novios oficiales y un montón de cosas más…

—¡Muchacho, que ya voy! —respondió al fin. Tuve que llamar cuatro veces, es decir, llevaba cuatro microinfartos acumulados. Eso por no mencionar la velocidad a la que iban mis neuronas… Cuando abrió, a mí me había dado tiempo a hacer un repaso de toda nuestra historia, obra y milagros cien veces e imaginarme cinco posibles desenlaces.

—¡Qué pasó, güey! —exclamé impostando una felicidad, alegría y tranquilidad que no sentía, porque estaba muy nervioso y me temblaba el palo selfi. Además de encender los dos focos, me dio tiempo a pedirle a Alexa que reprodujese el «Cielito lindo» en versión con banda. «Ay, ay, ay… Canta y no llores…». Porque, fuese como fuese, yo tenía que meter a los mariachis.

La cara de Manu fue un poema. Le dejé respirar un minuto para que lo asimilara todo; sus ojos iban a la velocidad de la luz, se movían de un lado para el otro como una médium entrando en trance, pero yo interpreté el brillo que anhelaba y hasta de nuestras miradas saltaron chispas. Así que me abalancé sobre él para darle el abrazo y casi termino estampado contra la pared que tenía detrás. Manu bloqueó mi efusividad y me dio un pequeño empujón impidiéndome el acceso a su apartamento. Cerró la puerta y, seguidamente, se puso el dedo índice en el labio haciendo la seña y el sonido del «shhh».

—¡Me van a matar los vecinos! Pero ¿qué es todo esto? —dijo en voz baja mirando la pequeña delegación de Televisa que había montado en el pasillo. Parecía Chenoa en chándal cuando la dejó David Bisbal en la puerta de su casa echando a los periodistas. Al fin acertó a dar más declaraciones, pero sin salir de su asombro—: Pero ¡¿qué haces tú aquí?!

Entonces empecé a fijarme en los detalles. No había tenido tiempo antes porque tenía demasiadas cosas de las que estar pendiente. Miré hacia el interior del departamento, a través de la fina línea que se dibujaba en la puerta que sujetaba con ambas manos. Se me habían escapado ciertos detalles, como que me había abierto en suspensorios o que de la casa salía un fuerte olor a sudor, hombre(s), *popper* y culo.

—¿Quién es? —dijo una voz.

—¡Cierra, que hace frío! —dijo otra distinta.

—Que pase o que se vaya… —añadió una tercera, o quizá era una de las dos anteriores. No estaba seguro.

En ese momento sentí muchas cosas, injustas, pero las sentí, y la peor de todas era la sensación de total y absoluto ridículo.

—No estoy solo… —dijo Manu sin salir de su asombro.

—Perdón, perdón… Esto… Debería haberte avisado… Yo… solo quise darte una sorpresa… —Dejé el alebrije en el suelo y añadí—: Te dejo esto aquí… Ya nos tomamos un café otro día… Perdón…

Recogí todo el despliegue lo más rápido que pude, pero estaba muy torpe. Creo que hasta rompí uno de los focos y no había manera de hacer callar a la Alexa porque con los nervios la llamaba Siri. «Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones… ¡Ay, ay, ay, ay! Canta y no llores…», seguía ella y yo a toda prisa recitaba para mis adentros a Frida Kahlo: «Pies para qué os quiero si lo que necesito son alas para volar».

¿Sabéis lo humillante que puede llegar a ser recoger ese set sorpresa de grabación mientras tu ex te mira, en estado de shock y en suspensorios, y a escasos dos metros tiene un trío (o un cuarteto) montado? Lo peor de todo era que no me podía ir sin más, porque todo lo dispuesto era carísimo y prestado; y mi situación económica no estaba en su mejor momento… Pero al fin lo logré y, cuando ya estaba a punto de abrir la puerta del portal para escapar a la calle, le escuché decirme: «Beto, espérame en la cafetería de la esquina, ahora bajo. ¡Madre mía, qué loco estás!».

Y mientras lo esperé, porque tardó otro buen rato en bajar, aproveché para leer una nota de prensa de un medio de chismes que me había enviado en la madrugada Laurita, la asistente de Àlex. La noticia confirmaba mis sospechas: la Doña Buchona estaba en Madrid para grabar un *reality show* internacional.

12

O refúgio da floresta

PRADA

Antes de que empiece a cagarme en Manuel Petulante y explique mi versión de los hechos sobre la declaración de amor con mariachis (y olor a *popper*) de mi querido Beto, aviso que voy a cambiar de opinión sobre el cantante de musicales tres veces en mi relato. Esto se deberá a que por mi Beto mato. ¡Ma-to! De hecho, estas páginas son una clarísima prueba del cariño que le tengo, ya que las estoy escribiendo por amor al arte, es decir, a ciegas y gratis. Beto nos ha propuesto a mí, a José María, a Sisi y a Àlex participar en un proyecto secreto de la revista para la que trabaja. Quiere que demos nuestra opinión sobre algunos acontecimientos que tuvieron lugar en el último año. No nos ha avanzado mucho más, solo que podemos explayarnos y que lo hagamos de la forma más «ágil, fresca y sincera posible». En mi caso, estas indicaciones significan que no voy a omitir palabrotas; podría, pero no lo haré.

Hola, soy Prada y tengo treinta y nueve tacos (no me da vergüenza decirlo). Soy madrileña a mucha honra (soy gata por parte de padre) y acabo de volver a Madrid después de estar un

tiempo fuera. Soy lo que la generación Z llama una *it business woman.* Yo lo llamaba promotora de eventos, pero ahora, por lo visto, se dice así. El caso es que me gano la vida organizando un par de eventos importantes al año. El resto, simplemente, estoy atenta a cualquier oportunidad. Mi padre me enseñó que «el dinero crece en los árboles y solo hay que saber verlo para estirar el brazo y cogerlo». ¡Ah, sí! Importante: no soporto que nadie me llame María Pradera.

Hechas las presentaciones y teniendo en cuenta que esta historia ha empezado con el culebrón de Beto y míster Petulante, empezaré hablando de lo ambiguo y de lo peligroso que puede ser buscar a alguien que te haga sentir especial. ¿Alguna vez os habéis enamorado del definitivo? Yo sí, y un huevo de veces… Recuerdo una vez que me enamoré de un mecánico y terminé en un desguace cambiando ruedas. ¿Por qué? Porque, cuando te enamoras, se te va la olla, te vuelves idiota y terminas viviendo el sueño de otro. En eso estaba pensando cuando, de repente, hice un *supermatch* en Tinder y se me desparramó todo el *smoothie* de frutas por encima de las tetas del susto que me pegó José María, quien casi fundió el telefonillo de casa debido a la insistencia con la que llamó. Ese día llegó sin previo aviso, más histérico que de costumbre, con ese amaneramiento imposible de disimular (ahora sé que se le llama «pluma», pero yo en ese momento lo llamaba de otra manera). Entró gritando «Aguaaa» y con la lengua fuera como mi perrito cuando tiene sed. No me hizo ni puñetero caso, se perdió por el pasillo a toda prisa, tiró todo lo que pilló a su paso y se encerró en el baño. Yo pensé: «Llega a salir más maricón y nace hecho un flamenco rosa». Acto seguido llegó Beto. Lo estaba esperando para

que me contase todos los detalles sobre el reencuentro con el cantante de musicales.

—¿Quieres una toalla? —me preguntó mientras descargaba unos focos, un altavoz y un montón de cosas más que llevaba a cuestas en mi sillón favorito. Yo estaba con un estropajo frota que te frota, intentando reblandecer la mancha del *smoothie* de una de mis camisetas favoritas de estar por casa que me compré en un concierto de Bon Jovi.

—¿Una toalla? ¿Para qué? —pregunté.

—No sé. ¿Para taparte las tetas, por ejemplo? —dijo señalando mis pechos no operados. Algo que el noventa por ciento de mis conocidas no pueden decir.

—¡Ah! Ni me había dado cuenta, es que si no les da el aire se ponen mustias —le respondí, y era cierto. Me gustan mis tetas, son bonitas. Por eso, las saco a pasear siempre que puedo. La luz indirecta les sienta bien, igual que a mis potos. Antes de volver a Madrid, solía hacer *topless* todo el día en el *O refúgio da floresta*, que es como se llamaba la casa rural en la que vivía en Portugal hasta hace unas semanas con el que (detallito) creía que iba a ser el padre de mis futuros hijos. Pero ese es otro tema.

—¿Está Josemari? —preguntó Beto ante la mezcla de sonidos difíciles de identificar que salían del baño. ¿Eran rugidos, gemidos, gárgaras o el grito del sacrificio de una cabra? A todo lo anterior, había que sumar golpes, el grifo de la ducha, botes removiéndose, algún «ah», otros «oh, oh» y puede que algún «ua». Además de las inconfundibles melodías de clásicos de Eurovisión. Eso era lo que aclaraba que se trataba de José María y no de un exorcismo o un robo (o el exorcismo de José María, qué sé yo…).

—Yo lo único que sé es que estaba muy tranquilita hasta que ha llegado José María y se ha encerrado en el baño —dije. Luego me eché una manta por encima, me acomodé y empecé a hacer preguntas—: ¡Cuéntamelo TODO! ¿Qué te ha dicho el cantante de musicales?

—Bueno… Digamos que nos lo vamos a tomar con calma…

—Uy, ¿eso qué significa? —me preocupé—. Mira que voy a por el cantante de musicales y lo arrastro por el suelo.

Lo primero que pensé cuando vi a Manuel Petulante en un videoclip de publicidad engañosa fue: «Este tío es un mojabragas». En él, bailaba y cantaba, aunque bailar no era su fuerte, las cosas como son. Me pareció que arrastraba los pies, y Beto me explicó que de pequeño había tenido «pie valgo» (que no vago, aunque «vago» tendría sentido en este caso, pero bueno…). Si te fijabas, parecía que caminaba como un pingüino, porque los talones se le iban hacia fuera y las puntas hacia dentro. Un cuadro, pero, como el muchacho había ido mucho al quiropodólogo, lo había podido corregir bastante. Luego estaba lo de cantar que, francamente, lo hacía muy bien. En serio lo digo. Tenía una voz profunda, de esas que te abrazan, muy de hombre como a mí me gustan… Claro, eso me puso cachonda hasta que me fijé en la estética… Una capa con lentejuelas que, a mí, personalmente, me bajó toda la libido. No obstante, entiendo que a Beto, que es gay, le dé igual el brillibrilli, y entiendo también que perdiera por completo la chaveta por ese cantante de musicales cuando lo vi semidesnudo al final del videoclip. Su cuerpo era prieto y macizo, esculpido por la mismísima Afrodita. Ese chico llegó a recordarme a Brad Pitt en *Troya*, y eso son palabras mayores. Su pelo, su bronceado y cada puto músculo a punto de reventar. En

honor a la verdad, reconoceré que lo primero que pensé fue «¡Joder! Se lo follaba hasta mi madre». Las cosas como son, y más claro el vodka.

—Vamos a ver, Beto, hijo mío, centrémonos… —dije eliminando imágenes lascivas de mi pensamiento entre yo y el cantante (sin capa) mientras Beto nos miraba desde un rincón… Porque tengo mucha imaginación—. Esto es muy fácil: te presentas POR sorpresa, UN año después, CON música de mariachis de fondo, CON regalos y CON un perdóname, te quiero y *I love you*… A partir de aquí, solo veo dos opciones posibles: A) morreo de tornillo con mucha lengua o B) ha salido corriendo.

—Bueno… —dijo Beto, y me puso muy nerviosa.

—Shhh —le hice callar y amenacé a los cielos levantando el dedo índice—. Como me digas que es la opción B, al cantante le faltan piernas para correr.

—Vale… Pues vamos a añadir la opción C…

—No estoy para disgustos. ¿Qué opción es esa? —dije algo alterada, porque necesitaba creer que el amor romántico, aunque fuese en un amigo, aún podía ser posible.

—He llegado a su casa…

—Bien —asentí.

—Le he dado una sorpresa…

—Eso ya lo sabemos. Sigue.

—Pero tenía invitados…

—¿QUÉ clase de invitados? —Me estaba poniendo más nerviosa aún de lo lento que era para contármelo.

—No lo sé. No llegué a entrar… Pero al final fuimos a una cafetería a hablar…

—¿Y de QUÉ hablasteis?

—De todo un poco… Pero lo más importante es que él…, ahora mismo…, está en shock.

—En shock estoy yo como no me digas que te ha comido la boca.

—Necesita tiempo… Es cierto que aún no ha habido beso, pero un abrazo sí. ¡Y muy bonito, por cierto. ¡Ah! Y lo he olido… Eso me trajo tantos recuerdos… Es normal que ahora esté a la defensiva… Además, tiene mucho carácter y va a necesitar unos días para procesarlo todo… La verdad es que no habló casi nada, solo hablé yo porque no dejaba de repetirme que no se lo creía, que no contaba con esto, que no se lo esperaba, que cuándo llegué y cosas así… También me dijo que nunca dejo de sorprenderlo. Eso es bueno, ¿verdad?

Las palabras de Beto empezaron a sonar de fondo y mi mente se fue a otro plano. Lo último a lo que presté atención fue a eso de «Vamos a ir quedando y vemos…». Definitivamente, eso no era lo que yo quería escuchar. Después de tanto musical y tanta telenovela, me veía haciendo de cochera de una carroza del Orgullo tirada por unicornios. Llamadme loca, pero, con todas las historias que había escuchado sobre el cantante de musicales, yo me había imaginado algo más especial. Algo así como una boda gay con muchos amigos heteros y solteros.

La tarde que conocí a Beto, yo había tenido una mañana muy mala con Petra, mi psicóloga. La sesión fue muy intensa… Hablamos de Félix João y de mi vida en los últimos tres años en el *O refúgio da floresta*, que era el nombre que le pusimos a la casa en ruinas y en mitad de la nada que compré con unos ahorros en Portugal; y que, con mucho amor y paciencia, João y yo terminamos convirtiendo en

una quinta dedicada al ecoturismo. Jamás, y cuando digo jamás es *jamás*, pensé que me iba a enamorar de alguien como Félix João, y mucho menos que me iría a vivir con él a lo alto de una montaña en Braganza dejando atrás todo en lo que yo creía. Pero como dije al principio…, cuando te enamoras, te vuelves gilipollas.

Félix João y yo no teníamos *nada* que ver: él era vegetariano y yo comía de todo; él bebía kombucha y yo, tinto ribera; él era profe de yoga y yo, una madrileña pija que había estudiado Marketing y Bellas Artes en la Europea. Encima, él era de los que meditan todas las mañanas y yo soy de las que se despiertan con Aerosmith a todo trapo. Quiero decir, él era otro perroflauta y yo la oveja negra de una familia bien de Parla, aunque él era un perroflauta medio bien. Eso sí, João estaba bueno que te cagas y, aunque ese no fue el motivo principal, debe destacarse porque fui una de las tantas (y tontas) que se pilló del profesor de yoga de su gimnasio. Lo típico: tonteamos en clase, lo invité a cenar, me besó, me acosté con él, dormimos juntos una semana seguida y me sentí especial. ¿Por qué? Porque el deseo es como el covid, un virus. Si vemos que la gente quiere algo o a alguien, nosotros también lo deseamos. Al maldito profesor de yoga lo deseaba medio gimnasio, y yo estaba acostumbrada a conseguir todo lo que quería. Así que terminé infectada o enchochada, llámalo equis, y en ese estado mental me pareció superbuena idea hacer realidad un sueño que no era el mío: financiar un alojamiento rural alineado con los Objetivos de Desarrollo Sostenible en Portugal. Tres años después, y de la forma más absurda y abrupta posible, desperté de ese sueño y, al mirarme en el espejo, no reconocía a la persona que tenía delante. Había dejado de ser yo misma.

La historia con João terminó del mismo modo que empezó: a toda hostia; y lo peor de todo es que no puedo precisar los detalles, porque tengo muchas lagunas mentales por culpa del accidente. Además, pensar en ello me produce una jaqueca horrible. Tuve un accidente en moto, en una curva y en lo alto de la montaña cuando iba a comprarle a João sus putos huevos ecológicos de gallinas no violadas. Le gustaba desayunar siempre una asquerosa *omelette* de espinacas, chía y *avocado* (que se dice «abacate» en portugués, pero, como el otro es imbécil, siempre utilizaba palabras *trending topic*), así que ya os podéis imaginar a esta tonta yendo a por los huevos a la granja de Helena Filomena que estaba a tomar por el culo. Entonces, recordé que no le había cambiado el agua a su rosa de Jericó, que es otra planta de místicos flipados. Me distraje solo por un momento y no vi ni la curva ni el puto pedrusco que había en el camino… A partir de ahí, todo es muy confuso y solo sé con certeza, y porque unos informes médicos lo corroboraron, que estuve en coma un mes y que, cuando desperté, él no estaba y su teléfono estaba *desligado ou fora de cobertura no momento.* Obviamente, pensé que justo me había despertado en mitad de uno de sus retiros espirituales (¡vaya suertecita la mía!) y que por eso estaba incomunicado… ¡Qué ilusa! Después, deduje que, simplemente, era gilipollas y habría perdido el teléfono haciendo senderismo. Pero, al quinto día de estar sola en esa deprimente camilla del hospital con su teléfono aún *desligado ou fora de cobertura…*, me asusté y empecé a preocuparme de verdad. Algo le tenía que haber pasado. No podía ser que me hubiese dejado tirada, en coma y medio moribunda en aquel hospital… ¿O sí? No podía ser. Me negaba a creer en esa posibilidad. Nadie es tan hijo de puta…

¿O sí? Las dudas se apoderaron de mí y empecé a hacerme muchas preguntas, ¡pero muchas! Preguntas a las que aún a día de hoy intento encontrar respuesta en mi terapia quincenal con Petra.

Por fin llegaron noticias de Félix João y lo hicieron por carta certificada. ¡No te lo pierdas! En ella se informaba de que la venta de *O refúgio da floresta* se había realizado con éxito por una totalidad de doscientos cincuenta mil euros. Vamos a ver… Yo estaba en una camilla de hospital completamente desubicada, sola, con un cuerpo que no era el mío, porque ni lo reconocía ni me respondía, y, además de los vendajes, tenía retención de líquidos, con lo cual, estaba más fea que el vampiro de *Nosferatu*. Al terminar de leer esa carta, me sentí más mareada que mi abuela bajando del Star Flyer del Parque de Atracciones de Madrid. ¡¿Cómo había podido estar preocupada por el puto João de los cojones mientras él se fugaba con el dinero de la venta de mi casa?! (Y con la asquerosa de Helena Filomena, que una se entera de todo…). Sé que lo de «mi casa» es relativo. Fui tonta y no tomé ciertas precauciones legales, ¡pero moralmente esa era mi puta-*fucking*-maldita quinta en Portugal! Encima, ¡el muy hijo de ~~jfdgkjfgkjfg~~ había ejecutado un plan de fuga perfecto! ¡Y se había pirado con todo el dinero de la venta! ¡Que se lo había tragado la Tierra! Sin decir adiós, sin dar ninguna explicación, sin una maldita nota… ¡Cambié mi vida de Versace por irme a vivir con las vacas! Y oler como ellas: ¡a mierda! Pero ahora estaba en Madrid de nuevo, desequilibrada perdida, pero estaba… Eso sí, gastándome una pasta para que mi *coach* me motivase y me ayudase a recomponerme, a aceptar la realidad, a enfocar mi futuro y a pasar por el mal trago de tener que contárselo todo a mi familia,

mi madre incluida… ¡Ah, sí! Y estaba embarazada, solo que Félix João no era el padre. En verdad, no lo había.

13

Venerofobia

JOSEMARI

Para que se pueda entender el estado de pánico con el que entré en casa de Pradera, antes he de narrar cómo fue mi despertar sexual. Pero, en primer lugar, quiero que conste en acta que me he prestado a participar en el proyecto secreto de Beto porque, gracias a la entrevista que me hizo para la revista en la que trabaja, ahora soy quien soy. De ese modo, tomé el firme compromiso de responder el cuestionario que me envió por email siguiendo las pautas «de la forma más sincera y lo menos política posible». Estaba harto de que siempre el mismo grupo sectario hablase en nombre de todo el colectivo, dejando de lado a una parte muy numerosa que no nos hemos sentido nunca representados con ninguno de sus mantras ni con ninguna de sus banderas, y mucho menos con sus manifestaciones. Por supuesto, me refiero a los cotarros activistas que, constantemente, intentan meternos a todos en el mismo saco para adoctrinarnos sobre cómo debemos ser y qué pensar. No voy a consentir que nadie me dé lecciones de cómo ser un «buen» homosexual. No soy un borrego. Sé pensar por mí mismo y no he

necesitado nunca que ningún colectivo LGTBI lo hiciese por mí, y menos aún cuando siempre han sido una minoría. Puedo asegurar que en las juventudes de mi partido hay más homosexuales que en todas esas asociaciones y plataformas juntas. Esos activistas o el Orgullo, donde sé que no voy a ser bien recibido, no van conmigo ni con muchos y muchas que piensan igual que yo. Por eso, y aun a riesgo de ser insultado, amenazado o linchado, fui valiente y di la sincera opinión que se me solicitó.

Aclarado eso, mi despertar sexual fue a los catorce años, más o menos. Fue involuntario y practicando deporte. Algo que, peculiarmente, nunca me había gustado. Ese asunto ha sido una contrariedad en casa. Papá, que en paz descanse, insistía en que alguna actividad deportiva debía practicar, y yo me negaba a jugar al fútbol que tan de moda estaba entre los demás niños del Residencial, la urbanización privada en la que vivíamos en Parla. Pensamos alternativas, pero el pádel tampoco podía ser porque me daba miedo que me tirasen pelotas. Finalmente, mamá halló la solución y propuso que probase artes marciales, ya que había leído en una revista que se estaban poniendo muy de moda entre los hijos de buenas familias. De primeras, me pareció un horror, pero insistió mucho porque estaba preocupada, corrían rumores y papá estaba perdiendo la paciencia.

De niño, siempre me han dicho que era muy maduro y demasiado sincero. Es cierto, nunca me gustó callarme las cosas. Así que, un domingo saliendo de misa, le dije a mamá que los rumores eran en parte ciertos y que creía que me gustaban tanto las chicas como los chicos. Ella tuvo que sentarse en un banco a tomar el aire, casi se desvanece. Me replicó que eso no podía ser, que estaba confundido

por culpa de las ideas marxistas, comunistas y neoliberales. También me dijo que el corazón de papá no lo soportaría y que Dios no lo entendería. Mamá me dijo que no me preocupase, que aquello solo era una prueba de fe y que debía confiar en ella y en Dios, porque juntos lo superaríamos y me «curaría». Eso sí, me advirtió que cuando cumpliese la mayoría de edad volvería a preguntarme por el tema. Si mi respuesta seguía siendo la misma y no habíamos logrado extirpar al «maligno», entonces, debería tomar medidas más drásticas… Por ese motivo, no me quedó otra alternativa y fui a mi primera clase de kárate. Para sorpresa de todos, me gustó.

Unas semanas después de empezar, Guillermo, un compañero, entabló conversación conmigo un día que nos quedamos solos. Mi cuerpo entero se tensó cuando se acercó y me confesó que hacía semanas que se había dado cuenta de que lo miraba porque él también lo hacía. Sin darme oportunidad de reacción, me puso la mano en la entrepierna y me dijo que quería probar una felación conmigo. Eso me aterrorizó, pero logré zafarme y quitarle la mano de mi entrepierna de un manotazo; le dije que me dejase tranquilo y que estaba enfermo. Me dejó en paz en esa ocasión, pero insistió. Se sentía seguro porque sabía que en el fondo me había gustado, porque había notado mi erección instantánea e incontrolable.

No sé cuánto tardamos en hacernos esa felación, pero no fueron más de dos semanas. Aprovechamos un día que nos quedamos solos y nos metimos en uno de los baños. Yo me subí a la taza del váter, por si entraba alguien al vestuario y para que no viese cuatro pies dentro de la cabina. Empezó él, pero no terminó. Tuvimos un accidente. Guillermo llevaba *brackets* y de nuevo mi mala suerte tuvo que hacer su aparición, porque estoy gafado de por vida. Uno

de los hierros estaba suelto y se enganchó en mi prepucio. Empecé a sangrar y tuvimos que parar. Evidentemente, no dije nada en casa. No quería tener que mentir. Además, nunca se me ha dado bien inventarme historias y la mentira era un pecado que sí podía evitar. Por ello, aguanté como pude el dolor y, a escondidas, me lavaba con jabón Lagarto, ya que ayuda a cicatrizar porque reseca mucho. También me puse tiritas, muchas, pero en menos de diez días la herida derivó en una inflamación, y la inflamación, en un hongo. Todo cambió de color y empezó a inflamarse más y más hasta que, sin más remedio, se lo tuve que enseñar a papá porque llegué al punto de no poder caminar bien. Se echó a reír y me dijo que no me preocupara, que era muy común, que a él también le había pasado de joven. Ante esa revelación, el que casi se desvaneció fui yo. Por un momento, imaginé a papá con el padre de Guillermo en las duchas de un vestuario… Pero no, papá no se refería a una felación con un amigo, sino a una fimosis. Además de la herida del *bracket*, tenía una fimosis a punto de explotar y tuvieron que intervenirme de urgencia. Esa operación, de apenas veinte minutos, me cambió la vida por completo. Una vez desperté de la anestesia y pude ir al baño, lo que me encontré me resultó irreconocible en todos los sentidos: diecisiete puntos de sutura, un grosor nunca antes visto y un glande del tamaño de un champiñón gigante. No me gusta presumir de esto, pero es cierto. Después de esa operación, mi pene se tornó igual de grande y monstruoso que el de Fernando VII el Deseado (nunca mejor dicho). Y, aunque a muchos homosexuales les pueda resultar excitante, para mí es una contrariedad, porque, desde que tenía catorce años, me obliga a ponerme siempre dos

calzoncillos para que no se me note el glande cuando camino o sufro una erección espontánea.

Después de este acontecimiento tan humillante de mi vida privada, desarrollé una venerofobia severa. Es decir, experimento terror ante la posibilidad de contraer cualquier tipo de infección de transmisión sexual. Por ello, cada vez que voy a mantener relaciones sexuales con personas desconocidas (y conocidas también), acostumbro a solicitar previamente un informe médico que certifique que están limpios, si no, entro en pánico después. ¿Podría estar todo el día acostándome con gente gracias al tamaño de mi pene? Podría, pero no lo hago porque prefiero tener paz mental. Y esta patología, la venerofobia, es justo el motivo por el que entré tan alterado en casa de mi amiga de la infancia aquel día.

14

28-M

PRADA

José María siempre se ha esforzado, y mucho, por no parecer lo que realmente es. ¿Por qué? Para no matar a su madre, doña María Servanda, de un infarto. Está clarísimo. Siempre han tenido una relación muy dependiente y tóxica. Encima, la señora está mayor y algo regulinchis del corazón. Así que siempre reclama atención. Sobre todo, desde que enviudó. Para hacernos una idea rápida: doña María Servanda es una mujer conservadora (no saluda a las divorciadas), tiene más de setenta años y solo hay una cosa que le guste más que España, Dios y la Guardia Civil, y son los rosarios de pedrería de Galería del Coleccionista.

José María y yo nunca hemos hablado directamente acerca de su «bisexualidad» (entre comillas y con toda la ironía del mundo). No me ha querido contar nunca nada con el pretexto de que su vida íntima «no es de asunto público». Siempre ha sido muy reservado para esas cosas. Empezó a cambiar gracias a Beto, conocerle le ayudó a despegarse de su madre y liberarse un poco. A mí, personalmente, me hubiese encantado que José María y Beto

hubiesen sido novios, pero ya me explicaron que esas cosas no pasan, que no puedes cruzar a tus dos mejores amigos gais como si fuesen dos perros, pero, aunque suene típico y tópico, y sepa que nunca va a pasar, a mí me hubiese encantado. Porque gracias a Beto, José María fue normalizando cosas tan simples como hablar sin censura acerca de sus citas con hombres. Al principio, me piqué porque no entendía por qué conmigo no había tenido esa confianza, pero en seguida me alegré por él. En general, pienso que las personas bienfolladas son más felices, aunque te dejen el baño hecho un asco.

—¡Estoy MUY angustiado! —anunció agobiadísimo cuando, por fin, salió del baño revoloteando y resoplando.

—He hecho un equis vídeos con Stephen —confesó.

Yo no sabía qué era eso, pero Beto se atragantó, con lo cual imaginé que era grave o que estaba fuera de lo común. Pero a mí lo que realmente me sorprendió fue cómo pronunció «Stephen».

—¿Stephen? —le pregunté obviando lo otro—. ¿Desde cuándo hablas tú inglés?

—Me descargué Duolingo la semana pasada —aclaró y, rápidamente, Beto intervino haciendo referencia a lo otro.

—Explícanos qué es para ti hacer un «equis vídeos» y dónde lo has hecho —apuntó Beto.

—En las duchas del gimnasio…

—Pero ¿desde cuándo vas tú al gimnasio? —pregunté aún más extrañada. No entendía nada. ¿Duolingo? ¿Gimnasio? ¿José María? ¿Qué iba a ser lo próximo, salir en tacones a la calle, hacerse mujer, decirme que, en lugar de José María, siempre había sido Mery Josefa? Estaba completamente descolocada.

—Me apunté la semana pasada, después de conocer a Stephen por Raya. Me he dado cuenta de que tengo muchas lorzas… —Escuchar a José María pronunciar «ruayah» en inglés ya fue el colmo del desquicio para mí y flipé.

—¡¿Tienes Raya?!

—¿Qué es Raya? —quiso saber Beto.

—¿A quién o a quiénes se la has chupado para tener Raya? —exclamé totalmente flipada. Hacía un mes que estaba intentando que alguien me diera acceso a Raya. Había tirado de todos mis contactos y nada.

—Qué ordinaria eres… —me dijo, y no le insulté porque sé que se ofende con facilidad y yo debía averiguar cómo lo había conseguido y lograrlo también. Así que dejé que le explicase a Beto lo que era—: Raya es una app muy exclusiva para conocer gente. Solo puedes acceder si te invita alguien que ya esté dentro, si eres CEO de una multinacional o una persona de interés social. También puede valer si eres un artista más o menos conocido.

—¿Se puede saber quién te ha dado acceso a Raya? —insistí impaciente.

—José Luis. Tiene cuenta *gold* —respondió con aires de superioridad disfrutando y gozando de tener algo que yo no tenía y deseaba.

—¿Qué José Luis?

—Pradera, ¿pues quién va a ser? El homosexual más excéntrico y multimillonario de Marbella.

—¡Mierda! —maldije y recordé aquella vez, muchos años atrás, que estábamos de fiesta en alta mar en el yate de José Luis y terminé vomitando uno de sus sofás tapizados con piel de leopardo

africano—. ¿Y se puede saber qué estabas haciendo en mi baño? —pregunté cambiando de tema. Eso también lo quería saber.

—¡No, no! —dijo Beto—. Que aclare antes lo del «equis vídeos».

—Y eso también —añadí.

—Ambas cosas están relacionadas… —explicó José María y nos contó una historia rocambolesca, inconexa y contradictoria que estaba más censurada que la Biblia.

Más o menos, entendimos que había conocido a Stephen por la aplicación de Raya y que el señor (porque tenía más de cuarenta) era un americano dueño de una *start up* que se dedicaba al mundo del *gaming* y que había montado una academia para *gamers.* A José María no le quedó más remedio que descargar Duolingo para ~~mejorar~~ aprender inglés y apuntarse a un gimnasio porque, en su primera cita, le mintió dos veces seguidas diciéndole que hablaba inglés y que era karateka… Así que, además, tuvo que contratar a un entrenador personal, a un nutricionista y arrasar con todo lo que había en la tienda de suplementación alimentaria: pastillas, vitaminas, batidos, infusiones, una faja reductora y una milagrosa crema *fat burn*, porque él es de los que creen que el dinero puede comprar un cuerpo *fitness.* Y lo más surrealista de todo fue que ese día quedó con Stephen para hacer una clase de *spinning* y el muy tonto, porque no tiene otro nombre, olvidó que se había embadurnado todo el cuerpo con la crema justo antes de la clase y, para cuando se quiso dar cuenta, ya estaba haciendo el equis vídeos en las duchas… Evidentemente, tuvieron que parar porque les ardía la boca (y otras partes del cuerpo, imagino). Resumiendo, las cremas corporales quemagrasas no deben ingerirse ni chuparse.

—¡Que sea la ÚLTIMA vez que me miras el michelín! —le chilló al pobre Beto cuando este estaba intentando averiguar si llevaba puesta la faja reductora que decía que se había comprado.

—Anda, calla y enséñanos la foto de Stephen —apuntó Beto con mucho acierto.

—¡Guau! —Beto y yo nos quedamos mudos, nos miramos y volvimos a mirar la foto, y miramos a José María, y después nos miramos a los ojos y no hizo falta decir nada más. Bueno, yo mojé braga un poquito, porque a mí un ejecutivo *silver* y un poco *wolf* no me desagrada.

En ese momento entró al salón Macaulay y le lamió la mano a José María (¡es más bueno mi perrito!). Macaulay es un pomerania que liberé de las garras de mi madre, quien lo tenía sometido a un cruel y tortuoso vasallaje. A mi madre le daba absolutamente igual el perro, se lo compró porque su asesora política le dijo que eso robaba votos a los animalistas, pero para ella fue un complemento más, como cualquiera de sus bolsos de Pierre Cardin.

—¿Se puede saber a qué has venido a casa? —le pregunté finalmente a mi amigo tras darle una galletita a mi Macaulay.

—Necesito que hablemos del 28-M —dijo en tono grave.

—¿Quién se casa ahora? —Nuestras conocidas del Residencial tenían la manía de hacer eso: convertir la fecha del día de su boda o de su divorcio en una sigla, igual que los medios de comunicación con las fechas de las catástrofes o de las campañas electorales: el 11-S, el 28-J, el 23-F, etcétera.

—El 28 de marzo son las próximas elecciones a la Comunidad de Madrid —aclaró.

—Llevo tres años fuera. Ni siquiera he votado, no me interesa.

—Esta vez voy a dar el paso. Me voy a postular para formar parte de las listas —anunció.

—Pues enhorabuena. Me sorprende que no lo hayas hecho antes.

—Es que no me han dejado, pero esta vez podría estar en uno de los puestos de salida. —Y, cuando terminó de decirlo, intuí qué era lo que quería de mí.

—No pienso hablar con mi madre —dije tajante—, y no entiendo ni cómo te atreves a insinuarlo.

—¿Cuánto hace que no abres los correos internos del partido?

—Tengo todos los correos del partido bloqueados o en *spam* —aseguré orgullosa.

—Esta vez las listas van a ser medio abiertas —me informó.

—¿Qué significa «medio» abiertas?

—Que se van a presentar tres listas distintas y los afiliados las votarán.

—Esas votaciones nunca son vinculantes —le recordé.

—Esta vez sí. Digamos que últimamente hemos tenido algún que otro escándalo… —informó José María.

—Pues estupendo, que viva la democracia. Ya iba siendo hora de que los afiliados pudiesen escoger a sus representantes en las listas del partido.

—Tanto tú como yo sabemos que el aparato presionará para que gane su lista…

—José María, ¿qué tengo que ver yo con tus deseos de ser diputado?

—Pues que tu madre es parte del aparato del partido.

—No —dije tajante.

—Te lo estoy pidiendo por favor… Todos sabemos que nadie le lleva la contraria a la vicesecretaria de organización… Su palabra es ley.

—Que no —insistí—. Le dices a tu madre que hable con ella, ¿no son tan amigas? Que le regale un jamón y unos pendientes el próximo domingo en el club y listo.

—Mi madre ya ha hablado con ella, pero hay alguien que ha hablado con ella antes que mi madre…

—¿Quién?

—Mi prima María Escarlata.

—¿Otra vez la tarada esa dando por el culo? —Hice una pausa y le pregunté a Beto—: ¿Puedo decir «dando por el culo»?

—En este contexto, sí —me dijo y añadió—: Sobre todo porque no está Sisi presente.

—Tu madre ha metido a mi prima en su lista dejándome a mí fuera. Dice que no nos puede meter a los dos porque eso sería mucho cantazo… Y necesito estar en esa lista si quiero ser diputado…

Una vez, José María me pidió medio llorando que fuese su novia de mentira por un tiempo. Al principio, me negué. No es que yo haya sido el megapibonazo de Parla, pero ¿quién se iba a creer que una tía como yo podía ser la novia de José María? Cuando me explicó la situación, no me quedó más remedio que acceder: a doña María Servanda se le había metido entre ceja y ceja emparejar a su hijo con su prima María Escarlata (¡con su prima carnal!). Sé que la endogamia es muy de familias nobles, pero no le pude negar mi ayuda. No fue por la hemofilia que se hubiese podido derivar de esa unión, sino porque José María es mi amigo y, también, porque no le

desearía esa mujer ni al peor de mis enemigos. María Escarlata es, viste y se peina exactamente igual que la infanta Margarita del cuadro de las Meninas. Es decir, da más miedo que la novia de Chucky. Es una persona completamente atemporal. Alguien que, veinte años después, sigue utilizando el mismo corte de pelo y se hace ella misma los vestidos con las cortinas de su tatarabuela. Además, tiene una piel blanca, tanto que estoy convencida de que todas las noches se empasta la cara con la crema Nivea del bote azul. Además, la mires desde donde la mires, tiene una media sonrisa como la de la Gioconda que, francamente, da escalofríos. Eso por no hablar de la leyenda urbana que corre por el pueblo sobre ella… Dicen que envenenó a Guillermo, un chico del Residencial al que declaró su amor en el instituto y quien, evidentemente, le dijo que no. Pues, misteriosamente, Guillermo y su familia desaparecieron del Residencial de la noche a la mañana. Esa tía siempre me ha dado muy mal rollo, pero algo de lo que me estaba contando José María no me cuadraba. ¿Por qué iba mi madre a meter a la enchufada de su secretaria y asistente personal en ninguna lista? ¿Y encima en un puesto de salida? Mi madre era muchas cosas, pero tonta no era una de ellas. Algo tramaba…

—Yo no tengo nada que ver con el partido ni con las listas. No quiero saber nada.

—En realidad sí que tienes algo que ver…

—¿Cómo?

—Tú eres parte del problema… —dijo misterioso.

—¡¿Yo?! —No sé si eran las hormonas, pero me empezaron a entrar unos calores, porque intuía que, nuevamente, mi señora madre me la había vuelto a liar.

—Tú también vas en la lista de María Escarlata.

—¡La madre que me parió! —rugí esperando que se me oyera hasta en Parla—. ¡Estoy harta! Siempre igual, siempre tiene que meter las narices en todo, hacer y deshacer a su antojo. ¿Por qué? ¡Porque se cree impune! ¡Porque es una maltratadora! ¡Porque es una maldita sociópata! ¡Su familia siempre le ha dado igual! ¡Yo le importo una mierda! Solo es ella, ella y el qué dirán.

Del cabreo que llevaba, le arrojé a José María a la cara la bayeta con la que había estado frotando la camiseta de Bon Jovi; quizá con demasiada fuerza, lo reconozco.

—¡Ay! Pero ¿qué haces? —se quejó—. ¡Yo no te he hecho nada!

—¡Límpiate bien! —le espeté—. Que tienes semen reseco de Stephen en una ceja, ¡qué asco, joder!

15

De tal palo, tal astilla

JOSEMARI

—¿Qué tengo que hacer para ganarme tu favor? —le pregunté cuando me recompuse del comentario acerca del esperma en la ceja.

—A ver… Mmm… Déjame pensar… Mmm… A ver, a ver… ¿Qué podrías hacer por mí? ¿Qué podrías hacer a cambio de que YO hable con la persona que MENOS aguanto en este mundo? Y que, CASUALMENTE, es una usurera, una interesada y es MI madre… ¡Ah, sí! Y, además, es alguien con quien no hablo desde hace tres años… Déjame pensar… Mmm… ¡Uf! Pues lo veo chungo, José María. Lo veo muuuy negro…

—¿Por qué no te hablas con tu madre? —quiso saber Beto.

—Porque son iguales —se me escapó y, por un momento, creí haberla pifiado.

—No, no somos tan iguales… Yo tomo azúcar moreno y ella azúcar blanco… —dijo dedicándome una mirada asesina.

—No entiendo —añadió Beto.

—Mi madre dice que el azúcar moreno es de gente de izquierdas… —Se rio y me preguntó desafiante—: ¿Tú qué azúcar tomas, José María?

Después se quitó los zapatos e hizo lo que más detesto de ella, hacerse la graciosa:

—¡Ya lo tengo! ¡Un masaje! Quiero que empieces haciéndome un buen masaje de cincuenta minutos en los juanetes, que a las embarazadas nos duelen mucho los pies.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté mientras ella y Beto se partían de la risa. En cuestión de hacer el tonto, eran tal para cual. No me hacía ninguna gracia tener que tocarle los pies, porque los pies me dan mucho asco, pero, si ese era el precio que había que pagar, no quedaba otro remedio…

—Pues claro que no, José María —dijo eructando como un hipopótamo con la excusa del embarazo. Y reiteró—: No pienso hablar con mi madre.

—Esto es muy importante para mí… —me arrastré.

—Mi salud mental también lo es, y mi madre me desalinea los chakras. No creo que eso le vaya a sentar bien al niño.

—Algo querrás, piénsalo. Somos amigos. —Me empecé a desesperar—. Pídeme lo que quieras. Haré lo que sea…

Tal como lo dije me arrepentí, porque mi amiga, si se lo proponía, podía llegar a ser más retorcida que su madre. Si ya lo dicen… Cuando el río suena es porque agua lleva, y de tal palo, tal astilla.

Admiro y respeto mucho a la vicesecretaria. No es fácil llegar tan arriba y en tan poco tiempo como lo hizo ella, para eso hay que valer. La gente desconoce los sacrificios que los políticos debemos estar dispuestos a hacer. Yo, por ejemplo, llevo mucho tiempo

preparándome para ser un representante digno, pero una cosa es decirlo y otra muy distinta es ejercerlo. No todo el mundo sabe tomar decisiones cuando está al mando, y muy poca gente llega tan arriba siendo honestos o buenas personas. Pero la vicesecretaria sí. Podría poner la mano en el fuego por ella. No obstante, es una figura de máxima autoridad y puedo asegurar por experiencia propia que no conviene tenerla cabreada. Ella también me ha hecho llorar. Incluso me ha hecho desear desaparecer de la faz de la Tierra en alguna ocasión.

—¿Te imaginas que te pido que reconozcas a mi hijo como tuyo?

—Estoy dispuesto a hacer ese sacrificio si es lo que necesitas… —Porque pensé: «Una imagen de familia tradicional siempre viene bien para lanzar a un candidato…».

16

Tráfico de influencias

JOSEMARI

En estos tiempos que corren, no se reivindica lo suficiente la importancia de la figura paterna. Una madre es muy importante, por supuesto, pero un padre también.

Papá fue notario de profesión. En política, fue concejal en la oposición durante ocho años, después fue alcalde con mayoría absoluta otros ocho años y, entre una cosa y otra, también fue diputado en la Asamblea de Madrid. Tuvo un matrimonio convencional, conoció a mamá en las fiestas del pueblo, después fueron novios un par de años y finalmente se casaron y me tuvieron a mí. No obstante, también fueron modernos para su época, porque pertenecían a esa generación que cambió el chato de vino tinto por el gin-tonic y el mantón de manila por los trajes de sastre de Chanel. En su primera cita, se prometieron bailar para siempre. A ambos les gustaba la copla y el pasodoble. Por eso, primero fueron al cine a ver *Los diez mandamientos* y después se fueron al baile. Decían que, cuando se jubilasen, se apuntarían a bailes de salón, pero no pudo ser porque papá nos dejó pronto, cuando recién cumplí los veinte

años. Fue un duro golpe para mamá y para mí, pero, mientras que yo me refugié en mi carrera, ella dejó de bailar para centrarse en Dios, los mantones y el cumplimiento de un estricto luto. Me gotea el lagrimal solo de pensar en nuestras tertulias de los domingos. En esos desayunos, leíamos la prensa y repasábamos el BOE. Después nos íbamos a su despacho y me dedicaba un par de horas para hablar de lo que quisiera: las arengas de Winston Churchill en la Segunda Guerra Mundial, los discursos de Margaret Thatcher cuando la figura de la mujer no estaba tan en alza o los del presidente José María Aznar… Yo sé que papá está conmigo, pero la sombra de su ausencia a veces es demasiado dolorosa. Así que, si debía ser un padre para ese niño, estaría a la altura de las circunstancias.

—¡No me seas ridículo, José María! ¿Quién se va a tragar que tú eres el padre? Además, mi hijo no necesita un padre… —Con esto último no estaba de acuerdo. Del mismo modo que no lo estaba con el hecho de que el hippy portugués no supiese nada de nada.

—Tarde o temprano se lo tendrás que decir. Un padre tiene derecho a saberlo —insistí.

—Que NO-HAY-PA-DRE —repitió enfatizando.

—Pradera, un niño no se hace solo…

—Si en tu croquis mental necesitas a un hombre, pues que sepas que *el padre* de mi futuro hijo es Tamara.

—¡¿Tamara Falcon?! —dije llevándome la mano al corazón.

—Ella misma.

Tamara Falcon es la ginecóloga del Residencial y una de las pocas amigas de Pradera en Parla, ya que al resto las consideraba solo «conocidas». Es adicta al *spinning* por las mañanas y al Aperol Spritz por las tardes. Otra descerebrada más, pero, a diferencia de

Pradera, ella tiene un buen marido y mi amiga no. Porque Pradera vive en el *ya* continuamente. Nunca termina lo que empieza y todo lo deja a medias, como aquel gimnasio desestresante exclusivo para mujeres que abrió en Gran Vía un mes porque le apetecía «practicar el tiro de hacha». Su vida nunca avanza y siempre termina volviendo al punto de partida: con su padre.

—¿Y el hippy? —pregunté haciendo referencia a Félix João.

—No sé de quién me hablas —respondió haciendo algo muy característico de ella: hacer ver que lo que no le gusta no existe.

Me acuerdo perfectamente de lo que me dijo antes de fugarse con el novio hippy: «Este es el definitivo», pero no quiso escucharme porque sabía que le iba a decir lo mismo que la vice. Entiendo que Pradera tuviese un flechazo, pero ¿qué pasaría cuando terminase la magia del primer momento? Porque era evidente que iba a terminar. ¿Qué le unía a ese perroflauta aparte de nada? No estaba enamorada de él, y lo sabe. Se fue a vivir a la montaña porque le encanta llevarle la contraria a su madre. ¿Qué sentido tenía que alguien como ella viviese en el campo, durmiese en una furgoneta o hiciese jardinería? Pradera es la persona menos indicada para esas cosas. Puede ser todo lo progre, ecológica y feminista que quiera…, pero en una capital europea, no en mitad de la nada disfrazada de campesina. Desde que la conozco, su mejor receta de cocina ha sido pedir un Glovo, se le han muerto hasta las plantas de plástico y la camiseta más barata que tiene (la del concierto de Bon Jovi, por ejemplo) cuesta setenta y cinco euros como mínimo. Beto será el rey de los culebrones mexicanos, pero ella es la reina de las telenovelas turcas. ¡Ni un mes hacía que había conocido al hippy cuando se fue a vivir con él a donde Jesucristo perdió la zapatilla! Eso sí, se fueron

a vivir pagando mi amiga. Eso no era un novio, era un chulo. Por eso, ha terminado abandonada, robada y estafada, tal y como auguró la vice… Lo siento, pero alguien lo tenía que decir.

—¿Eres lesbiana? —preguntó Beto haciendo referencia a Tamara, la ginecóloga, e imaginando que ella podría ser la *otra* madre.

—¡¿Cómo voy a ser lesbiana si soy homófoba genéticamente?! —exclamó.

—Cada vez MENOS homófoba —puntualizó Beto, que le tenía la cabeza comida con el adoctrinamiento de Sisi.

—También es verdad. Hay que cuidar más el lenguaje, porque cada vez soy una mujer más… —Y dijeron Beto y ella a la vez—: ¡DECONSTRUIDA! —Y se pusieron otra vez a reír y a decir más insensateces, como que Pradera puede reconocer la belleza femenina, pero nunca podría tener sexo con otra mujer porque se ve incapaz de «soplar la armónica». Como viene siendo habitual, haciendo alarde de su vulgaridad.

—¿Y quién es Tamara?

—Mi ginecóloga —le aclaró a Beto, y acto seguido soltó la bomba —: Ella es la que me ha inseminado.

—¡¿INSEMINADO?! —pregunté sin dar crédito.

—¡Pues al final es verdad que no hay padre! —bromeó Beto.

—Pero, vamos a ver, Pradera… ¿Tú esto lo has sopesado bien? Piensa que hay una vida inocente en juego, no se trata solo de ti. Tú no estás bien de la cabeza… —Quizá mis palabras no fueron las más adecuadas, pero lo de la inseminación me parecía rizar el rizo. Pradera era muchas cosas, pero ¿madre soltera inseminada? A su madre le iba a dar un soponcio.

—José María, lo que se está *jugando* es un buen sopapo, y tienes todas las papeletas… Estoy mejor que nunca —presumió—. Y, si no, que te lo certifique mi psicóloga.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿No lo acabas de dejar con tu novio?

—¿Cómo que por qué? ¿Qué no entiendes? No necesito a un tío a mi lado para ser madre, del mismo modo que de niña no necesité a mi madre para crecer. ¿Sabes por qué puedo ser madre? Pues te lo voy a decir: ¡porque tengo unos óvulos de puta madre! Nunca mejor dicho.

—Entonces… Es verdad… que no hay padre… —ratifiqué sin terminar de creérmelo.

—No, no hay padre. Ya te lo había dicho… —repitió.

—¿Y qué le vas a decir al niño cuando te pregunte por el padre?

—¡Hostia, qué pesado con el puto padre! ¿Pues qué le voy a decir? La verdad: que no tiene papá porque mamá se fue a una clínica para que la ayudaran.

Mi incomodidad respecto al tema se manifestó a través de mi silencio. Decidí no opinar más. Mucho llenarse la boca con el feminismo, pero Pradera acababa de comprar una vida, le gustase o no. Me repateaba que, si dos hombres intentaban formar una familia, se considerase explotación del cuerpo de la mujer, pero, si una mujer iba a una clínica a escoger esperma por catálogo, se dijera que era progreso y avances médicos. Así que dejé que Beto preguntara, porque estaba muy entretenido con los detalles técnicos. Mientras, pensé en cómo reconducir la situación para lograr lo que había venido a hacer: que Pradera intercediese por mí con la vice para la lista.

—¿Te imaginas que te llega a salir con los mismos ojos que el marido de la vecina?

—No voy a negar que estuve un par de días rayada con el tema del donante, la verdad. No me veía recién parida y peleándome con cualquier petarda que quisiera sacarme los ojos por una supuesta infidelidad…

—¿Y de cuánto estás?

—Aún no estoy ni de doce semanas. —Y lo siguiente, aunque yo llevaba un rato callado, fue una amenaza para los dos—: Más os vale no iros de la lengua…

—¿Por qué?

—Porque dicen que, hasta que no pasan doce semanas, no se asienta lo suficiente y el riesgo de pérdida es alto.

—¡¿QUÉ?! —Beto se alarmó y se puso a buscar en Google cómo cuidar a una embarazada.

Por un momento, pensé en utilizar lo del embarazo en mi beneficio, pero me pareció mezquino y mi amiga no se lo merecía. Como digo, no todo el mundo llega a la política manteniéndose fiel a sí mismo y a sus principios, pero yo pensaba hacerlo. Había otras formas de lograr su ayuda, la conocía y sabía qué hacer para convencerla. Además, en ese momento estaba en posesión de algo que Pradera quería y no tenía, y eso pasaba muy pocas veces. Tan solo tenía que jugar bien mis cartas y no desesperarme. Es cierto que no iba a ser sencillo cambiar la lista de la vice en mi beneficio sustituyendo a María Escarlata, pero mi prima jamás había querido estar en primera fila. Ella siempre había preferido la tranquilidad de los que están detrás. Se conformaba con ser el perrito faldero de un alto cargo a cambio de sus dos mil euritos al mes. Si se había

prestado a ir en la lista era simplemente para joderme a mí. Me odiaba por muchas razones, una de ellas porque la rechacé hace muchos años en aquella merienda que organizó mamá para emparejarnos. Pero todos sabemos que, hasta que las listas no se hacen públicas, nunca son definitivas. Roma no se construyó en un día, y siempre puede haber cambios de última hora. No pensaba darme por vencido tan fácilmente. Tenía un as bajo la manga y una oportunidad.

—¿Y qué le vas a decir a tu madre? —pregunté al fin.

—Ni se te ocurra decirle nada a mi madre, José María. —Y me amenazó con la mirada y con su dedo inquisidor—: Y mucho menos que estoy en Madrid.

—Ya lo sabe…

—¡¿Qué?!

—Cuando estuviste fuera, puso un dispositivo wifi al contador de la luz para controlar el consumo de energía de este piso. Se activa cada vez que el consumo sube. Hace un par de semanas me llamó para confirmar tu regreso.

—¡¿Y le dijiste que sí?!

—Era eso o que mandase una brigada de desokupas… En parte, había venido a avisarte… Tiene pensado dejarse caer por aquí pronto… Y, ahora, ¿podemos retomar el tema de la lista, por favor?

—¡Qué pesado eres, José María!

—Piensa que esto no lo hago solo por mí. Nos vendrá bien a todos…

—Si estás intentando chantajearme, esfuérzate más.

—Mi nivel de rastrerismo no llega a tanto, pero solo digo que, si estoy en la lista de tu madre, estaré mejor informado de sus pasos,

y también que, si soy diputado, todos podríamos salir beneficiados… —Y miré a Beto.

—Hum… —reflexionó y supe que había dado en la diana, pero llevé la conversación a otros derroteros. Prefería que creyera que la idea de dar trabajo a Beto debía salir de ella.

—¿No hay ningún evento que quisieras organizar y que yo te pudiera facilitar con un contrato menor?

—¿Qué es un contrato menor? —Beto no dejaba de hacer preguntas que no se hacen.

—Un contrato a dedo con la Administración Pública —le aclaró Prada. Y añadió—: ¿Y qué más?

—Podría conseguirle un trabajo de comunicación a Beto en mi gabinete.

—¡¿Qué?! ¡¿Yo?! ¡¿En política?! ¡¿Otra vez?! ¡¿Y en tu partido?! ¡Tengo unos principios! Además, llevo mucho tiempo fuera…

—Con los principios no se come —dije.

—Tienes que empezar a pensar qué hacer para ganar dinero —añadió Pradera.

—Entonces… ¿qué me dices? —pregunté con una sonrisa de satisfacción.

—¡Vale, está bien! Hablaré con mi madre… ¡Qué PESADO y qué cargante eres! Pero debes prometer que le darás un trabajo en condiciones al niño y me mantendrás informada de todo lo que hace esa bruja —resopló. Luego añadió—: Y también quiero que hables con José Luis, ¡porque me niego a que ese marica rencoroso tenga una cuenta *gold* en Raya y yo no! ¿Qué se ha creído, que va a ser más que yo? ¡A mí no me vacila ni Dios!

Tal y como preví, Pradera, además de caprichosa, competitiva y tocapelotas, era una amiga sobreprotectora y no podía evitar cuidar de los demás.

17

Red flag

BETO

Lo primero que hizo Prada cuando llegó a Madrid fue ir a ver a Tamara para que le hiciese un completo de las venéreas. Hacía poco que había visto *Memorias de África* y se le metió en la cabeza la idea de que le podía pasar lo mismo que a Meryl Streep en esa película y estar en riesgo de quedar estéril. «¿Quién me podía asegurar a mí que ese cerdo no me hubiese pasado una gonorrea y quedar estéril de por vida?», dramatizaba cuando lo contaba acentuando las erres de «cerdo» y «gonorrea». También se hizo una citología y una reserva ovárica. Yo no lo sabía, pero eso servía para conocer cuál es la madurez de tus óvulos y cuántas reglas te quedan de por vida. Algo que me pareció mucho más útil que una tirada del tarot. Los resultados revelaron que después de estar tres años comiendo soja, quinoa y tofu, además de estar haciendo yoga y respirando aire puro, se encontraba físicamente en un buen momento para ser madre. Entonces, Tamara empezó a tirar leña al fuego con el discurso de «ahora o nunca» y le dijo: «¡Tía! ¿Tú no querías ser madre? ¡Pues no lo retrases más! Eres la mujer más independiente

que conozco, la única que no necesita a un hombre para ser madre. Eres un ejemplo para todas nosotras».

Prada no supo si alegrarse por el piropo o tirarle a la cabeza la figurita del Coliseo romano que su ginecóloga y amiga tenía en el escritorio. Se fue a casa dándole vueltas y empezaron a pesarle ideas como: «Ya no eres una niña», «Se te va a pasar el arroz…», «Tus óvulos ahora están bien, pero por cuánto tiempo…». Así que, cuando llegó a casa, se puso a escuchar el disco *These Days*, el primero de Bon Jovi tras ser padre, y se abrió una botella de la Vernaccia de San Gimignano, que era su vino favorito por una escapada romántica a la Toscana con un vinicultor del que se enamoró un mes y con el que fantaseó mudarse a Italia, formar una familia numerosa y cocinar espaguetis a la boloñesa todos los domingos. Borracha de idealismos, escribió a Tamara: «¡Tía, tiramos millas con el niño! Prepárame dos botes por si acaso». Se las dio de valiente, pero tampoco pretendía quedarse embarazada a la primera, porque ese proceso suele llevar su tiempo y, además, no pensaba hormonarse y pincharse en la barriga para aumentar las posibilidades de que ocurriese, ya que Prada tiene pánico a las agujas. Lo único que hizo fue presentarse en la clínica el día y la hora indicada y seguir las indicaciones: «Me subí la falda, me quité las bragas y luego me espatarré en el potrillo para que Tamy me metiera los dos jeringazos. Fue como echar un polvo, pero sin disfrute». Nada que no hubiera hecho antes. Pero sin esas consecuencias, claro estaba.

Josemari nos obligó a descargarnos una *pregnancy app* (estaba muy pesado con la pronunciación desde que conoció a Stephen y, para colmo, Duolingo le enviaba notificaciones cada treinta minutos

para practicar) que servía para orientarnos acerca del tamaño de mi futura sobrina, Matilda. Digo futura sobrina porque yo quería que fuese niña, y porque siempre me gustó la película *Matilda*, basada en el libro de Roald Dahl, pero Josemari lo llamaba «José María Junior», porque él quería que fuese un niño; mientras que Sisi se refería al feto como «Bot» porque decía que era un nombre más agénero. Más tarde, cuando llegó Àlex, acordamos llamarlo «el milagrito» hasta que la madre decidiera un nombre, pero sigo pensando que Matilda era el más bonito de todos.

—Mirad —les dije mostrando las fotos—, a las diez semanas será una fresa; a las once, un higo; a las veinte, una papaya, ¡y al final será como una sandía!

La magia del momento la rompió Josemari insistiendo con su posible propuesta laboral, algo que activó todas mis alertas. Un tema crítico que había estado obviando, pero sin duda muy relevante porque me estaba quedando sin ahorros. Sé que se podía intuir que la cosa no iba muy bien en ese sentido para mí, pero lo corroboro. Además, desde hacía un par de semanas la preocupación me acechaba más de lo normal, especialmente, desde que fui a comprar a un supermercado y el datáfono rechazó mi tarjeta. No me quedó más remedio que llamar a mis padres y pedirles otra vez que me prestaran algo. En ese sentido, siempre han sido muy generosos conmigo y nunca me han reclamado nada después, pero a mí me hacía sentir mal y me obligaba a tomar una decisión drástica: ponerme a trabajar de lo que fuese; y con eso me refiero a trabajar para Josemari.

—El trabajo dignifica —dijo dictando sentencia. Se tenía que ir y antes quería una respuesta por mi parte. Así que apretó—: Si no lo

haces tú, lo hará otro.

—Sisi no me lo perdonará jamás… —me excusé. Trabajar para su partido me suponía demasiados conflictos morales.

—¿Por qué tienes que pensar en Sisi cuando a él ni le va ni le viene? —se irritó y añadió con malicia—: ¿Acaso él se ha preocupado por ti? ¿No se supone que tiene tantos contactos? Siempre te comportas como una hermanita de la caridad con él, se lo aguantas todo y a los demás no nos pasas ni una.

—¿A qué viene ese reproche ahora? —protesté.

—¡Porque es verdad! Con él no te enfadas cuando te falta el respeto ni le rebates tanto las cosas…

—No te sigo —le respondí.

Josemari y Sisi eran amigos celosos. Cuando batallaban por disputarse mi atención, intentaba no hacerles demasiado caso, pero lo de las supuestas «faltas de respeto» no lo entendí, aunque supuse que se refería a su forma de hablar.

—Mejor no me hagas hablar, que estoy más bonito callado…

—Ya has tirado la piedra, ahora no escondas la mano…

—¡Da igual! Que no lo aguanto y punto. Va de superguay, de moderno, de soy amigo de todos y todos son amigos míos, pero no es así porque: uno, impone su pensamiento; dos, trata a los hombres como si fuesen de su propiedad; y tres, no respeta a los novios de los otros. —Y sin respirar para no darme tiempo a opinar, añadió—: Se acuesta con todo el mundo, pero nadie puede acostarse con los suyos. Para él, lo mío es mío y lo de los demás es mío también… ¿Es cierto o no es cierto?

—Puede que algo de razón lleves —confesé.

—¡Pues ya está! No lo quiero en mi vida y tú haz lo que quieras, pero yo creo que no es tan amigo tuyo como dice…

—¡Hijo, cuánto rencor! Ni que Sisi fuese tu ex… —dijo Prada para quitarle hierro al asunto. Josemari se puso rojo como un tomate en cuestión de segundos—. ¡¡¡Noooooo!!! ¡¿En serio?! ¡Qué FUERTE, José María!

—¡Que no! ¿Cómo va a ser ESO mi novio? —protestó él, y Prada siguió metiendo el dedo en la llaga.

—Entonces ¿se la has chupado? —Y ante la pregunta Josemari se puso más rojo, si es que eso era posible. Prada se reía entre burlona, divertida y un poco cabrona. Y añadió—: Me lo puedes decir, eh… Ahora somos más amiguis que nunca. Recuerda que quieres que te haga un favor *muy* gordo.

—¡Que no me gusta! Para ya con eso, que me estás incomodando, por favor.

—¡Hostia, qué fuerte! Tú y Sisi… No lo hubiese dicho nunca. Es como imaginar a Dalí travistiendo a Franco… Ándate con ojo, José María… Mira que la promiscuidad quita votos en nuestro partido… —Y entró en uno de sus bucles de risa. Para cuando se le pasó, se dirigió a mí—: Va, ahora en serio… Beto, tienes que decidir sin que nadie te imponga su forma de pensar, ni José María ni Sisi. Es tu decisión y ambos deben respetarla. No hace falta que te explique que un partido político es como una familia. Tú has trabajado en uno y sabes que hay de todo. Gente que cree lo que defiende, gente que solo quiere sacar tajada y gente que una vez llega se convierte en otro hipócrita más porque fuera de esos círculos solo cobraría el salario mínimo interprofesional. Yo creo que la pregunta que debes

hacerte es: independientemente de las estructuras del partido, ¿trabajarías para tu amigo? ¿Confiarías en José María?

—¿Por qué no te presentas tú en la lista y trabajo para ti? —comenté ante una avalancha de sentimientos contradictorios.

—Porque me suda el coño la política —afirmó haciendo gala de un lenguaje lo más políticamente incorrecto posible.

—Está bien… Te ayudaré —acepté para que se callara y se fuera de una vez—. Pero ¿podemos esperar a ver qué pasa con esa famosa lista?

—Claro, podemos esperar al fin del mundo también… Y, mientras tanto, Sisi te pagará las facturas, ¿no?

—No hagas eso. Es feo —me quejé.

—Vale, vale… Me callo… Pero ¡VES! ¡A mí no me pasas ni una! —añadió y se marchó como una folclórica cuando abandona el escenario, dejando tras de sí un halo de dignidad y cierta altivez.

Hubo un detalle que no quise sacar a relucir con Josemari para no darle más argumentos contra Sisi, pero sí, le había pedido ayuda y me había ignorado. No le pedí que me contratara porque eso sí que hubiese sido una mala idea. A diferencia de Josemari, Sisi no era nada formal, pero le pedí que me echase una manita para mover mi currículum. Tenía muchos contactos y, si se lo hubiese propuesto, podría haberme encontrado algo en menos de diez minutos. Desde que me fui a México, el emprendimiento le iba como un cohete y eso era algo que se podía apreciar en muchos detalles: su exposición en redes sociales, la cantidad de eventos a los que le invitaban o en su ropa interior. Y es que Sisi tiene una forma de vestir que la mitad de las veces la enseña, no por descuido, sino por tendencia, como cuando estuvo de moda enseñar la tira del tanga por los laterales.

Era evidente que le iba bien porque había dejado de llevar calzoncillos de Calvo Kien para comprarse Calvin Klein. Cuando le pedí por tercera vez que me ayudara, se echó a reír y me soltó alegremente: «Ahora sabrás lo que es sufrir…». Y era una venganza, porque Sisi es rencoroso. Me estaba devolviendo mis primeras reprimendas de cuando empezó con su carrera de fotógrafo y yo le regañaba porque muchas veces no cobraba a sus clientes, ya que se acostaba con ellos y después le «sabía mal» cobrarles. No soy quién para dar lecciones morales, solo intenté hacerle ver que debía poner en valor su trabajo si quería ganarse la vida con ello.

Mientras pensaba cómo decirle que iba a trabajar para Josemari y sus consecuencias, entró Prada gritando a mi habitación. Yo ya estaba en la cama con el pijama puesto y los dientes lavados. Irrumpió como un rinoceronte, y Macaulay, que a veces dormía conmigo, ladró del susto, pero emitió un ladrido raro porque es un perro afónico. Prada por las mañanas le suele poner un chorrito de coñac con romero a su bebedero para aclararle la voz.

—¡Betooo! —anunció en tono grave—. ¡El cantante de musicales te acaba de dedicar una story!

¡Qué importante es tener amigas implicadas en tus causas sentimentales! Sobre todo si tú no estás muy pendiente de las redes sociales. Obvio, Prada empezó a seguir a Manu el mismo día que le conté mi vida y dijo que no me preocupase, que ya se encargaba ella de mantenerme al tanto de *todo*; y así era porque ella es una stalkeadora profesional.

—Esto va para ti. Está claro —dijo poniéndome la pantalla en las narices.

Se refería a la publicación de una putifoto de él, tumbado en la cama, sin camiseta, con una canción de Juan Gabriel y con un texto que decía: «Cuidado con acostumbrarte a hablar con alguien…, que luego pasa lo que pasa…». Manu siempre ha sido muy de subir fotos suyas en las que sale muy guapo y con poca ropa con letras de canciones con mensajes subliminales. A mí me dedicó muchas cuando nos estábamos conociendo. Destacaban «Sin miedo a nada» de Álex Ubago, «Sin ti no soy nada» de Amaral, «Si tú no estás aquí» de Rosana… Y un no parar porque me enviaba tres cada día cuando quería que fuésemos novios oficiales. Pero yo en ese momento huía de las etiquetas, y entonces las canciones derivaron en temas tipo «Cal y arena», «Tu falta de querer» o «Fuentes de Ortiz», pero cuando me fui a México… la canción más bonita que me dedicó (mañana, tarde y noche) fue «Rata de dos patas».

—Pues yo no recuerdo que me haya cantado esa canción antes, la verdad…

—Beto, hijo… Está clarísimo: Juan Gabriel es mexicano, tú vienes de México y esta mañana… —Se dio cuenta de un detalle y volvió a gritar de la emoción—: ¡AY, MIRA! ¡Tiene el muñeco ese detrás! —Se refería al alebrije—. ¡Está en la estantería! ¡Fíjate bien! ¡Ahí! ¿Que no lo ves? ¡Oi, oi, oi! Voy a buscar ahora mismo la letra de la canción…

En ese momento, entré en un *déjà vu*, porque estar viendo canciones de Manu dedicadas hacia mi persona otra vez me transportó a otro momento de mi vida en el que, siendo sincero, nunca me sentí cómodo. Todos mis recuerdos se dispararon: aquellas mañanas en las que me despertaba en su cama completamente desnudo, porque no me dejaba dormir con pijama o

ropa interior, mientras me susurraba canciones al oído y me acariciaba… todo el cuerpo, deteniéndose en mis antebrazos. Me hacía tantas cosquillas… Después, muy poco a poco, acoplaba su cuerpo al mío por la espalda… Lo hacía muy lentamente y, de vez en cuando, me lamía… Solo con la punta de la lengua, que la recuerdo muy caliente y húmeda. También recuerdo su pene, muy duro, frotándolo contra mis nalgas… En esa cucharita podíamos tirarnos horas a veces. Llegaron a darnos las once y en todo ese tiempo no dejaba de cantar. Recuerdo sobre todo un estribillo de una canción italiana: «Amore, amore, amore, amore, ¡amore!», y el día empezaba como había terminado, con Manu besando todo mi cuerpo de arriba abajo.

—¡Pufff! Esto no pinta bien, Beto —dijo Prada sacándome de mi ensoñación… Y menos mal, porque me estaba empezando a excitar como Josemari cada vez que veía un kimono de kárate—. Esta canción que te ha dedicado es… ¿Mustia? ¿Triste? ¿Apagada?

—No te preocupes. Se está haciendo el digno. Es un poco orgulloso —dije optimista y seguro de mí mismo.

—Beto, que no… ¡Esto es una *red flag* como la bandera de la plaza de Colón!

—Ya verás como no. Sé lo que hemos sentido esta mañana cuando nos hemos mirado a los ojos. No te lo sé explicar, pero lo sé… Confía. Todo va a salir bien.

—No sé yo… La canción dice: «No sabía de tristezas ni de lágrimas…». Bla, bla… «Yo jamás sufrí… más». Bla, bla, bla… «Yo era muy feliz…». Bla, bla, bla… «Yo jamás lloré, yo era muy feliz, yo vivía muy bien hasta que te conocí, hasta que te conocí, hasta que te conocí…».

—Voy a enviarle emoticonos —dije resolutivo. Prada no lo entendió, pero yo sabía por qué lo decía: Manu alguna vez me echó en cara que era un «soso» porque no le ponía corazoncitos en los wasaps.

—¿Emoticonos? Envíale una fotopolla si quieres levantar esto… ¡Porque lo veo muy negro!

—¡Qué bruta eres!

—¿No es eso lo que os gusta a los gais?

—A los gais y a los heteros. ¿O tú nunca has enviado fotos de tus tetas?

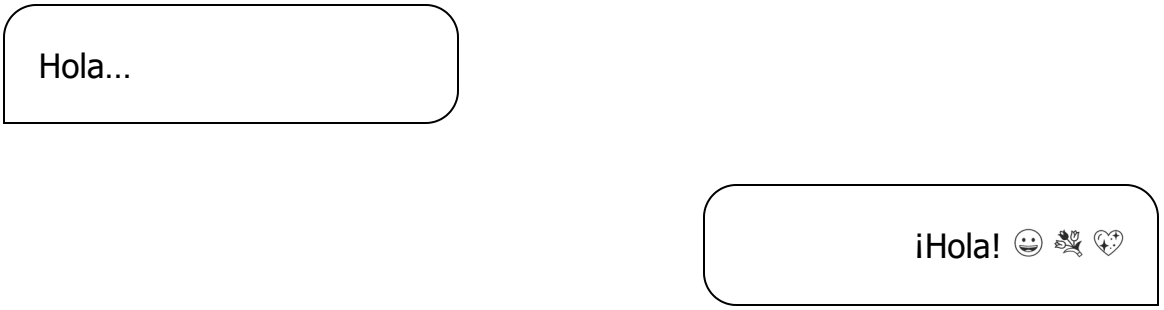
—Ji, ji, ji —dijo coqueta haciendo un ademán con la mano que interpreté como una confesión que en realidad quería decir: «He enviado muchas fotos de mis tetas y todas muy bonitas». Y, justo en ese momento, Manu me escribió, antes incluso de enviarle ningún *smiley*.

—*Oh my god!* —me sobresalté.

—¿Qué, qué? ¿Qué pasa? —preguntó nerviosa—. No me pegues estos sustos que estoy embarazada.

—¡Que me acaba de escribir!

—¡¿Y QUÉ DICE?!



No me esperaba lo de hoy. Me has recordado cosas que quise olvidar

¿Y te ha gustado recordarlas? 😊

No termino de entender a qué has venido a mi casa

Bueno, tenía ganas de verte, invitarte a un café, darte una sorpresa y lo que hemos estado hablando…

¿Y quién me dice a mí que mañana no te da por irte a Colombia?

No me gustan las arepas… 😜

No sabemos lo que nos depara el mañana, pero hoy sé que estoy preparado para lo que no lo estuve la última vez 💪

¿Y yo? Te había olvidado y no fue fácil

¿Qué puedo hacer para que vuelvas a confiar en mí?

No sé. Intenta demostrarlo. A ver si me lo creo…

¡Hecho! 😉 💖

18

Qué culpa tendrá mi corazón si no está bien de la cabeza

BETO

Si Manuel Petulante quería una demostración de amor, ¡la iba a tener! Y por todo lo alto, porque yo me había comprometido con el universo y conmigo mismo. Necesitaba demostrarme que había superado mi miedo al compromiso y que era capaz de tomar el control de mi vida de una vez por todas. Además, también quería demostrarle a Sisi que no estaba actuando por falta de cariño, sino por voluntad propia. Se me ocurrieron mil y una maneras de llevar a cabo la demostración, pero, seamos honestos, no tenía dinero y finalmente me tuve que conformar con algo más íntimo y más ajustado a mi presupuesto: una cena romántica en casa de Prada, que tampoco era moco de pavo. ¡Eso sí! Igualmente, hubo sorpresa, y la sorpresa fue con la misma ilusión (¡o más!).

—¿Cómo has cortado el salami de la pizza? —me preguntó Manu.

Desde que había llegado estaba muy monosilábico y no hacía más que sacar defectos a todo… Yo pensé: «¿Cómo puede ser que se fije

en el salami con la de cosas que hay para contemplar en casa de Prada…?».

—¡Lo que no mata engorda! Y tú seguro que estás en etapa de volumen… —comenté restándole importancia a los trozos mordisqueados por Macaulay en un pequeño descuido.

Entre el entreno, los ensayos y su alimentación vigoréxica necesité quince días para que me hiciese hueco. Además, antes quiso saborear (y regodearse con) mi arrepentimiento, y tuve que irle detrás mañana, tarde y noche. Me tenía a prueba y me llevó al límite… Protestaba por todo: si le daba los buenos días, porque era muy temprano y lo había despertado; si me esperaba a que me escribiera él, porque no lo había hecho yo antes; si le enviaba dos emoticonos, porque no le había enviado tres. Y así dale que te pego… No le di importancia y lo relativicé porque contaba con ello, pero con lo que no conté fue con que no se dignase a darme un par de besos cuando llegó. Ese momento lo estuve ensayando con Prada. Habíamos planeado un abrazo que incluiría un leve froti-froti de entrepierna y un roce en la boca para ir calentando el ambiente. ¡Pero nada! Otra cosa más que no pudo ser porque Manu estaba en su derecho de interpretar el papel de Adele en cualquiera de sus canciones de ofendidita. Así que ahí estábamos, en el salón, sentados en el sofá, a un metro y medio de distancia el uno del otro. Yo respetando su orden de alejamiento, y él comportándose como un perro traumatizado que solo te olfatea de lejos. Aun así, puse mi mejor sonrisa todo el tiempo y mucho empeño, porque no iba a permitir que sus desaires minasen mi moral.

—¿Tu compañera de piso es rica? —quiso saber cuando dejó de prestar atención al salami para empezar a fijarse en otros detalles

como, por ejemplo, un retrato cubista de ella misma, una réplica de un guerrero de terracota o una megapantalla de televisión LED más grande que el cuadro del *Guernica*.

—Vive bien… —admití, y en ese instante pareció que ató cabos, porque llevaba rato pensando en algo y no me estaba prestando atención. Esto lo constaté porque le pregunté: «¿Qué tal está Cher?». Y me respondió: «Bien». Y puedo asegurar que Cher (la cantante de «Do you believe in life after love?») y Manuel Petulante no se conocen.

—¡Espera! —Sacó su teléfono y me enseñó el perfil de Prada—. No me digas que tu compañera de piso es esta…

—Sí —disimulé, pero sabía a la perfección que lo había espiado descaradamente—. ¿La conoces?

—No, pero, desde que apareciste tú, esta loca empezó a darle like a todo lo que subo, a comentar fotos mías de hace más de cinco años y hasta me envía selfis. Estuve a punto de denunciarla por acoso porque pensé que podría ser una fan loca… ¿Y si terminaba como John Lennon? Hoy en día, nunca se sabe… Ahora ya lo entiendo todo.

Manu es de los que dedica mucho tiempo a las redes sociales, más para ver qué hace el resto que para subir contenido. Suele fijarse mucho en el número de *followers* de sus seguidores antes de hacer un *follow back* y lleva el registro de quién ha dejado de seguirle en un Excel.

—Bueno, ¿tú cómo estás? ¿Qué tal te va todo? —quise saber.

—Estoy cansado —respondió sequísimo.

—La verdad es que un poco agotado sí que se te ve… —advertí.

—No me encuentro muy bien hoy. Tuve unas décimas de fiebre, pero no me refiero a eso, me refiero a que estoy cansado de la gente, del mundillo y de mi mánager.

—No sabía que tuvieses mánager.

—Bueno, en realidad no era mánager. Era un conocido que se las daba de… Paso de él, después de un año, no me ha conseguido nada, ni una triste audición. Todo lo que he logrado ha sido por mí y eso es agotador. Cansa mucho tener que ir a eventos, hacer que todo es superguay y reírle las gracias a gente estúpida para que después no te den curro. «Tienes un futuro brillante. Vas a triunfar…». Estoy harto del futuro. Yo necesito brillar en el ahora, pero en este país se valoran más los contactos que el talento… Por eso estoy pensando en dejarlo…

—Pero si a ti te encanta cantar… —dije impresionado ante la posibilidad de imaginarme a Manu haciendo otra cosa.

—La música no —respondió con apatía—. Me refiero a los musicales.

—¡Ah, vale! ¡Qué susto!

—Dejé a mi mánager porque he conocido a Richard, y él sí es un mánager de verdad. Me está consiguiendo mucho curro como cantante en *dinner shows*. No es el sueño de mi vida, pero estoy ganando dinero. Además, Richard me ha asegurado que ese puede ser un trampolín porque estamos actuando en hoteles de lujo; y ahí se hacen muy buenos contactos. Y el *feedback* del público también está siendo muy bueno. Se vuelven locos porque hago shows muy versátiles. Me muevo entre el pop, la balada melódica, el rock y el dance; y mi registro es amplio: puedo abarcar desde un D2 hasta un D5 en voz completa, y también imito voces como la de Freddie

Mercury, Tina Turner o Springsteen, y Richard me dice que eso engancha.

—Ah, pues muy bien. Si lo dice Richard… —dije por decir algo, porque yo de música solo sabía que él canta muy bonito y el nuevo mánager no tenía ni idea de quién era, así que le pregunté por él.

—Es *freelance*, pero lleva mucho tiempo trabajando en los mejores hoteles. Te lo acabo de decir… Y tiene mucha visión y muchos contactos. Él sí que quiere ayudarme de verdad. Por eso, voy a dejar de lado los musicales. Sé que puedo aspirar a mucho más y llevar mi voz a otros. Tengo más de diez años de formación, he trabajado con grandes compositores y con doce años quedé finalista para ir al Eurojunior. Por eso… —Hizo pausa dramática—. Creo que ha llegado el momento de dar un paso más… —Pero se quedó callado de nuevo.

—¡¿Qué, qué?! No me dejes así. ¡Cuéntamelo!

—Es que no lo quiero gafar…

—Pues no lo gafes. Simplemente proyéctalo. Piensa que, si no lo dices, el universo no lo sabrá… —dije completamente convencido.

—¿El universo? ¿Ahora eres chamán? —se mofó.

—Te puedes reír todo lo que quieras, pero sé lo que digo porque lo he vivido en primera persona. He sentido la energía y he visto cómo tu propia intención puede hacer que las cosas pasen. Yo antes no creía en nada de todo esto, de hecho, la primera vez que me preguntaron por mi «espiritualidad», pensé que me estaban preguntando si creía en Dios…, así que imagínate. Pero, cuando viajas, conoces a mucha gente y abres tu mente. Te das cuenta de que todo está conectado y de que, si eres capaz de creer firmemente en ti y en tu leyenda personal, el simple hecho de

empezar a pensar en ello hará que el resto se desencadene. Confío en que lograrás lo que te propongas y este podría ser un buen momento para que todo lo que deseas empiece a tomar forma con el simple hecho de decirlo.

—¡Madre mía! No me digas que ahora te ha dado por fumar porros… —se burló de nuevo, pero ignoré su ateísmo místico e insistí.

—¡Va, dímelo!

—Vale. Está bien. No sé si te he entendido, pero creo que a ti te lo puedo contar… —Nuevamente, pausa dramática—. Voy a probar suerte en el mundo de la música y voy a sacar un *single*.

—¡¿En serio?! —me alegré—. ¡¿Y hay algo grabado ya?!

—Podría ser… —respondió con una media sonrisa.

—¡O sea, que sí! —dije emocionado—. ¿Y puedo escucharlo en primicia?

—Si te portas bien, quizá te ponga un trozo de la canción después…

—¡Me encantaría! Pero ¿qué te parece si antes te enseño yo a ti algo? Tengo una sorpresita…

Me había currado un supervídeo de siete minutazos con nuestros mejores momentos. Una selección con premeditación y picardía de entre más de mil quinientas fotos y vídeos acompañadas de una banda sonora estratégica que incluía, al final, un fragmento que me había grabado esa misma mañana con un mensaje poético y sincero que pretendía ser una flecha de fuego incandescente directa a su corazón congelado. Vamos, que con ese vídeo y la pantalla de Prada, pensaba dejarlo KO. Así que le di al Play y empezaron a aparecer escenas muy variopintas. Desde un videoselfi mío en el que se le

observaba a él tratando de depilarme el culo con cera mientras yo ponía cara de terror hasta otro cazando Pokémons en el parque del Retiro. Por descontado, iba intercalando capturas de pantalla de nuestros primeros mensajes, ya que nos conocimos por redes. «Gracias por seguirme, guaperas», me dijo, y yo le respondí: «Pero si me has seguido tú…». Y así fue, me siguió él; después, me dejó de seguir, y, cuando lo seguí de vuelta, me siguió definitivamente. También añadí algún mensaje suyo, de esos que solo te hacen gracia recibir cuando estás en fase de enamoramiento para sacarle los colores («Eres un bombón y a mí me pierde el dulce»). La primera parte eran momentos divertidos, pero sobre el minuto tres empezó a sonar estratégicamente Pablo Alborán y la cosa se puso más intensa, porque aparecieron fotos íntimas: de Manu durmiendo (siempre se quedaba dormido antes que yo y aprovechaba para sacarle robados con la boca abierta); de todos los lugares en los que nos hicimos selfis; yo tocándole el pelo mientras se echaba la siesta en mi pecho; cocinando macarrones con chorizo y papas arrugás desnudos… Y así hasta que apareció una foto clave. Era en el sofá de casa de Sisi, nos abrazábamos y nos mirábamos llenos de complicidad. Esa imagen era importante porque fue la que utilizó de fondo de pantalla durante el tiempo que estuvimos quedando. En su mirada podía apreciarse ese inconfundible brillo de cuando se tiene ilusión por alguien. Era muy bonita y la prolongué. Después, tras un fundido a negro, entró el último corte, ese que me había grabado hacía unas horas y ensayé mil veces con un teleprompter:

Nunca me arrepentiré de haber escogido el camino menos fácil,
porque ese camino fue el que me hizo crecer…
A veces, tomar ciertas decisiones

te obliga a estar lejos de la gente que amas.
No fue fácil, créeme,
y menos cuando pones un océano de distancia de por medio,
pero cuando tomas una decisión así
es porque en el fondo sabes que hay algo importante que debes aprender;
y, si no lo haces, tarde o temprano te arrepentirás…
Salir de mi zona de confort me permitió enfrentarme a mis miedos,
también conocer a muchas personas;
y, sobre todo, me permitió conocerme más a mí.
Pero, gracias a mis decisiones impulsivas,
ahora sé diferenciar lo urgente de lo importante
y me he dado cuenta
de que estoy enamorado de ti,
Manuel Petulante.

—Bueno, ¿qué te ha parecido la demostración? —pregunté entre nervioso e impaciente.

—Cada vez estoy más en shock, Beto…

—Ahora sí que me he ganado un besito, ¿no? —dije recurriendo al sentido del humor para aliviar un poco la tensión del ambiente.

—Lo que te voy a dar son cuatro tortas… ¿Dónde está el baño? Creo que me ha subido hasta la fiebre —dijo llevándose las manos a la frente. Cerró los ojos unos segundos y se fue por el pasillo en la dirección que le indiqué; mientras, recogí los restos de la cena.

—¿Sabes? —empezó a hablar cuando volvió—. A pesar de que me haces cabrear y me sacas de quicio demasiado a menudo…, ahora mismo, eres una de las personas más especiales que han pasado por mi vida… Y he sido tremendamente feliz cada vez que te he mirado a los ojos y te he visto reír, pero…

—Pero ¿qué? —quise saber, y me bebí toda mi copa de vino de golpe, por si el momento de lanzarme al ataque era inminente.

—Que pretendes que haga borrón y cuenta nueva, y eso no es tan fácil, Beto. No lo es… —Se puso aún más serio y continuó—: Ni siquiera me has preguntado *qué* pasó conmigo o *qué* hice por rabia cuando te fuiste…

—Eso no necesito saberlo. Todos hacemos muchas cosas cuando estamos enfadados y no me parecería justo juzgarte por ello. Imagino que despotricarías de mí y que te acostarías con muchos. ¿Y qué?

—¿Tú te has acostado con muchos en México? —preguntó incisivamente.

No me parecía buena idea empezar a indagar en qué hizo cada cual en el último año porque, conociéndolo, no le haría ninguna gracia saber ciertos detalles.

—Me lo he pasado bien, no te lo voy a negar… Pero eso no tiene nada que ver con nosotros ahora. Desde luego, yo no te voy a pedir explicaciones a ti sobre quiénes eran los chicos con los que estabas el día que fui a tu casa por sorpresa, por ejemplo… No tendría sentido, ¿no crees? —comenté hábilmente.

—Mmm… Eso es distinto. —Perfiló otra media sonrisa y continuó —: Es que tú llegas y te presentas… como renovado… Muy alegre, feliz… Como el que se ha ido de vacaciones… ¿Y esperas que el resto lo olvidemos todo? ¿Que olvide lo triste que fue pasar de dormir cuatro noches a la semana acompañado y abrazado a hacerlo solo? ¿Que olvide la frustración de haber reservado un viaje sorpresa a París para nada? Sabes, yo no cago el dinero…

—No sabía que me tenías preparado un viaje a París… —Agaché la cabeza.

—Hay tantas cosas que no sabes, Beto… —Y empezó la lluvia de reproches—: ¿Qué quieres? ¿Que olvide tus putas aventuras en México? ¿La puta mala hostia que me provocaba verte cada puto día subir una puta historia nueva comiendo tacos, haciendo turismo o pasándotelo de puta madre con vete tú a saber quién? De verdad, ¿tú te has parado a pensar, por un solo momento, cómo me he sentido yo? O, mejor aún, ¿cómo debería sentirme ahora con tus sorpresitas, tus souvenirs o tus disculpas llenas de recuerdos que me hacen daño?

Jamás había escuchado a Manu decir tantas palabrotas juntas, el «puta-puta-puta» no dejaba de retumbar en mi cabeza como martillazos. Para mí lo peor fue el modo en el que me habló, el rencor enquistado… Eso me hizo darme cuenta de una cosa: yo creí haber sido cuidadoso, creí haber tenido la capacidad de empatizar, pero no medí las consecuencias de mis acciones y volví a herir sus sentimientos. No me dijo nada de todo eso para hacerme daño, pero tuvo que decírmelo para que me diese cuenta de que yo, alegremente, había reabierto una herida como el que destapa un yogur. Es fácil ser optimista en la distancia. Yo sabía cómo era Manu, sabía que muchas veces se enquistaba con lo negativo y, aun así, creí disponer de la energía suficiente para neutralizarlo, pero no. Cada una de sus preguntas me transportaron a momentos específicos de mi año en México, a recuerdos en los que me acordé de él, ya que veía todo lo que publicaba y, en la sombra, sufría con ello. ¿Qué hice yo? Lo más fácil: mirar hacia otro lado, marcar distancia y querer creer que el tiempo todo lo cura. Además, me decía: «Algún día, seremos amigos, seguro». Me justificaba, también, diciéndome que yo siempre fui sincero y, en parte, era

cierto. Pero ahora todo había cambiado porque yo decidí, de forma unilateral, presentarme como un terremoto con una declaración de amor, ponerlo todo patas arriba y echar por tierra todo lo anterior. Y eso no era justo para Manu y me sentí mal… Muy mal… Tanto que llegué a pensar que me había equivocado y volví a dudar y a sentirme como un completo estúpido. También me sentí muy avergonzado. Estaba claro que solo con las buenas intenciones no basta para solucionar las cosas… Y estuve a punto de pedir perdón y tirar la toalla, de decirle que lo olvidara todo, pero tampoco fui capaz. Solo pude volver a agachar la cabeza, reprimir un fuerte sollozo y dejar que algunas lágrimas cayeran por mis mejillas en silencio. Su rencor me apuñaló.

—Beto, de verdad que te aprecio mucho… Puede que hasta te siga queriendo. Siempre has sido muy especial para mí y lo sabes, pero no tengo claro que tú sientas lo mismo. En verdad, creo que ni te lo has planteado seriamente. ¿Te acuerdas de la primera noche que dormimos juntos?

Asentí sin poder pronunciar palabra.

—Lo que pasó aquella noche no me había ocurrido nunca antes. No es por hacerte la pelota ni mucho menos, pero en mi vida le había dado tantos besos a alguien, y menos en una sola noche… Y, si no hubiese amanecido, te hubiese dado más.

—Fue una noche muy bonita… —logré aportar.

—Fue mucho más que eso. Fue una de las noches más especiales de mi vida y lo fue porque me dijiste algo que nadie me había dicho nunca.

—Ya ves tú qué tontería… —respondí recordando que, antes del sexo y del tifón, se puso tan nervioso que tuvo un gatillazo. La

verdad, no me acuerdo de lo que le dije, pero supongo que sería algo así como que no pasaba nada.

—Para mí no fue una tontería, porque nunca antes nadie me había dicho que no importaba si no follábamos. Ese detalle fue tan importante… ¿Sabes? Todos los tíos que se acercan siempre quieren lo mismo, incluso algunas mujeres, y lo entiendo… Pero no soy solo un cuerpo bonito, soy más que un trozo de carne. Uno no siempre quiere follar o que le follen… A veces, simplemente, quiere que le abracen… Esa sinceridad tuya me llegó al alma, me tranquilizó y me permitió ver lo bonito que eres, por fuera y por dentro…

—Bueno, pero luego te empalmaste… —dije recordando perfectamente que no me dejó dormir más que una hora como mucho.

—Beto… —Y me puso una mano en la rodilla ¡Por fin!—. No sé si tengo claro lo que quiero en mi vida, pero sí que tengo muy claro lo que no deseo: no quiero una pareja sexoafectiva ni abierta ni liberal ni deconstruida… Ni un amigo.

—Lo sé. Tú quieres un novio y exclusividad.

—Llámalo como quieras, pero tampoco quiero un novio impuntual, o que no me preste atención, o que sea adicto al trabajo… No lo llevo bien y no lo quiero pasar mal.

—Esto último es fácil. Ahora mismo estoy sin trabajo… —le aseguré.

—Ambos sabemos que no tardarás en encontrar uno. ¿Y entonces qué pasará? Ya te lo digo yo: no me harás ni puñetero caso.

—Manu, no te puede sentar mal que tu novio trabaje…

—No me molesta que trabajes, que tengas muchos amigos o una vida social agitada, lo que me consume es que han podido llegar a

pasar hasta tres días seguidos sin tener noticias tuyas… ¿Entiendes que lo NORMAL cuando te interesa alguien es encontrar huecos para comunicarte?

—Reconozco que he puesto muchas excusas en el pasado y que, a veces, he utilizado a mis propios amigos como Sisi como excusa.

—Ese no es amigo tuyo, pero tú verás…

—¡Cómo estáis todos con Sisi! —me quejé.

—Dicen que si el río suena es porque agua lleva… —afirmó sarcástico.

—Prefiero hablar de nosotros y no de él.

—Sí, será mejor… —añadió desviando la mirada hacia la pantalla panorámica del salón de Prada.

Desde hacía un rato, se había vuelto a reproducir el vídeo en bucle y, en ese momento, se encontraba detenido en la imagen clave, esa en la que yo me acurrucaba en su regazo como un gatito en el sofá viejo y feo de Sisi y él tenía su cabeza apoyada en la mía, los ojos cerrados y su rostro transmitía serenidad, paz, ternura y satisfacción. Justo en ese momento, la imagen provocó en él el efecto que pretendía desde el principio. Tras quedarse embobado unos segundos mirándola, suspiró y dijo:

—Estás loco…

—Qué culpa tendrá mi corazón si no está bien de la cabeza… —le respondí con una sonrisa y, poco a poco, empezó a invadirme una sensación de tranquilidad, esa que a uno se le queda después de haber llorado durante horas. Manu me dedicó una sonrisa, y mis dudas desaparecieron. No me había equivocado. Su muro de hielo había empezado a derretirse y, sin pedir permiso, fui hacia él, me puse en su regazo (igual que en la foto), le pasé un brazo por el

cuello y otro por el costado, me hice un ovillo y logré que me abrazara.

—Podrías quedarte solo a dormir… —le sugerí. Y añadí—: Y así cantarme un trocito de tu *single…* Solo un trocito…

—Podría… Pero tampoco te flipes que de momento solo somos amigos… —me respondió irónico y, por fin, se dignó a darme el medio beso que me debía desde que muchos días atrás me plantase en la puerta de su casa dispuesto a reconquistarlo.

19

Free rider

SISI

Ejem, ejem… ¿Puedo hablar por mí misme? ¡Ya era hora! Porque imagino que a estas alturas se habrán dicho muchas cosas sobre mí y seguro que en todas se ha dictado sentencia, y, en los tiempos que corren, una imagen definitiva podría ser peligrosa. ¿Quién sabe lo que puede inspirar respeto dentro de cinco minutos? Hay que dejar la puerta abierta a las múltiples interpretaciones… *Well*, aviso que vengo a servir coño, ya que para dar versiones descafeinadas ya están el resto de las personas a las que Beto está entrevistando para su novelita. Sí, he dicho novela. ¿Alguien lo dudaba? Pues… ¡Sorpresa! Beto estaba escribiendo un libro a costa de las intimidades de la pechuga hervida de la Pepimari, la chocho-*nugget* de Prada, la egocéntrica de la Doña Buchona y una estrella, o sea, yo. De primeras, no nos dijo abiertamente lo que se proponía, pero yo me di cuenta enseguida porque lo pillé apuntando algunas de mis mejores frases en su bloc de notas. Incluso llegó a grabar una conversación privada con Prada sin mi consentimiento, petándose la ley de protección de datos y la de derecho de la intimidad. De

verdaz… No me explico cómo se le ocurrió pensar, *just for a second*, que no me iba a dar cuenta y me iba a tragar su excusa barata de «voy a hacer un reportaje sobre referentes de la comunidad LGTBIQ+» cuando me envió aquel sospechoso mail con el asunto «Reportaje *queer*».

En fin, después de leer todas las preguntitas sobre el supuesto «reportaje», pensé: «Hijo, no hace falta ser Marie Curie para darse cuenta de que los líos que llenan nuestras conversaciones son todos los ingredientes necesarios para el resurgir de la novela picaresca con tintes de folletín y cuplé, por supuesto». Pero el colmo del recolmo es que Beto tuvo la desvergüenza de pretender que le escribiéramos el manuscrito a través del mail ese. Así que yo se lo envié todo por *voice note*, porque lo que me hubiese faltado era lesionarme un dedo redactando y después no poder ni hacerme una paja. ¿Lo que estaba haciendo Beto era nuevo? No, ya la Benavent, la Maxwell o la Bushnell habían escrito comedias corales sobre señoras excéntricas con maricas privilegiadas y alguna que otra mariliendre desesperada, pero cierto era que ninguna de ellas había tenido nunca en cuenta las interseccionalidades de raza o de género, y menos aún habían tenido a una musa para que las inspirase; y a mí siempre se me había dado muy bien vender humo y vivir del cuento. Por eso, decidí ayudar a Beto y responder con una sinceridad, una soltura y una gracia que hasta me sorprendí a mí misme. De este modo, le regalé a un personaje para su novelita que podría llegar a convertirse en una de las villanas más carismáticas del siglo XXI. No me cabía duda: eso iba a ser la resurrección de las comedias de amorch y el libro iba a terminar en best seller y después en una serie: *Amorch, ¡y punch!* (o algo así). Eso sí, le pedí

tres cosas a Beto: que, cuando lo publicara, cambiara mi nombre; que, cuando se hiciese la serie, mi personaje lo interpretase una persona trans (porque yo no merecía menos), y que, si el título surgía de alguna de mis frases, quería el diez por ciento de los *royalties*. Pero eso fue al final; al principio me hice la tonta y una vez enviados los pódcast a modo de *voice notes* le dije: «Te adjunto un par de fotos mías para cuando Fonsy publique el reportaje».

Todo el mundo conocía a Fonsy. Era la CEO de un imperio editorial (revista *Lady Bowie*, revista *Adiós*, el semanario *MadrugON*, pódcast, tele… Todo). A su favor, debo decir que estaba más loca que yo, y eso es mucho decir. Tiene mucha mala hostia, aunque si le caías en gracia es maja y es la archienemiga de la famosa periodista fascista de Madrid. Nos conocíamos desde hacía algunos años, me contrató muchas editoriales de moda, algunos números especiales para *Pride* y, de vez en cuando, le pasaba maría para dormir, porque, si no, no era capaz de desconectar.

Mi amigo tuvo que confesarme sus delirios de princesita Disney trasnochada (y puesta de keta también, porque ninguna otra droga explicaba su absurda idea de reconquistar al cerdo de Manuel Petulante). Por supuesto, estaba al tanto de todo, había visto ese ridículo post cenando con él en casa de Prada para oficializar su reencuentro. Algo que me pareció una traición. ¿En serio me tuve que enterar por las redes sociales? Cría putas y te robarán los chulos… *Anyway*, Beto me contó un montón de chorradas de su situación amorosa y yo le dije lo que pensaba: «Vienes de México con una carencia afectiva que te cagas». Pero esto se lo dije tras fingir escucharlo atentamente un rato, porque mi psicóloga me había recomendado practicar la escucha activa.

Unos días después de la «reconciliación», quedé con Beto en la salida del metro de Marqués de Vadillo. No para que me volviese a contar toda esa basura, aunque lo hizo, sino para que me acompañara a casa de Winston. Le dije: «Te pida lo que te pida, hazlo. No te preocupes, no vas a morir». Le necesitaba para hacer una cosita y es posible que lo chantajeara un poco recordándole que me había rayado la furgoneta con lo de la nevera, y la pintura de carrocería vale una pasta, pero me ayudó sin rechistar demasiado. Beto es un amigo bastante servicial, la verdad. Eso sí, cuando me vio llegar, me puso una cara de coño sifilítico que echaba para atrás porque me retrasé unos cuarenta minutos, pero chica… En España, es de mala educación llegar pronto. Todo el mundo lo sabe. En fin, yo aproveché su parloteo para ir contándole lo básico: esa tarde íbamos a delinquir *presuntamente*.

—Siento el retraso, bebé —me excusé, y para compensar le di la buena noticia. Quería haberme esperado a terminar lo que teníamos que hacer, pero no me pude aguantar y se lo solté—: ¡Que sepas que me debes otra! ¿Adivina quién te ha encontrado trabajo?

Y, cuando se lo dije, su cara de culpabilidad me desconcertó y activó todas mis alertas.

—¿Sabes quién me quiere ofrecer un trabajito también? —dijo en voz muy bajita, casi en un susurro, como cuando yo le dije que íbamos a delinquir presuntamente.

—¡Me cago en el facha ese! —broté cuando me contó que la Pepimari quería contratarlo. Esa persona me ponía de tan mala *vibe*…

No soporto a la gente hipócrita e interesada, ¡y José María lo era! ¡Sí, lo digo! Alto y claro. José María pretendía blanquear su imagen a

costa de Beto. Para eso le iba a proponer que lo ayudara en su campaña política para las próximas elecciones a la Comunidad de Madrid. Pretendía usar a mi amigo como mediador entre su partido y sectores sociales a los que él, por sí mismo, jamás hubiese tenido acceso. ¿Creéis que cualquier asociación del tercer sector, cualquier asociación LGTBIQ+ o algún grupo feminista se hubiese reunido con él? ¡Por supuesto que no! Pero la Pepimari era muy lista y sabía que, si orquestaba las reuniones sectoriales mediante Beto, podría tener alguna oportunidad y así rascar algún voto; y quien dice «rascar» dice «robar». Pero lo que más me tocaba el coño de todo (con perdón a mis hermanas trans) era que Beto conocía esas asociaciones porque yo le había hablado de ellas. ¡¿Ayudarlo?! ¡¿Un trabajo?! ¡Y una mierda! Lo que José María le estaba ofreciendo era pan para hoy y hambre para mañana. Ese interesado podría decir de mí muchas cosas: maldecirme, insultarme, llamarme monstruo, enfermo, totalitario, comunista… ¡Lo que quisiera! Pero yo era alguien con principios, y él era un *free rider* sin escrúpulos que pretendía aprovecharse de un estatus social en beneficio propio; un estatus que a otros nos había costado sudor, esfuerzo y lágrimas alcanzar en un momento en el que no era *cool* ser visible.

El síndrome del *free rider* es un clásico en ciencias políticas y se explica con el ejemplo del torno del metro: ¿qué pasaría si todo el mundo se lo saltase sin pagar? Pues que el transporte público sería insostenible. Lo mismo sucedía con los derechos sociales; la gente tiende a pensar que determinados derechos son naturales y ni se les pasa por la cabeza que son fruto de un proceso de lucha, reivindicación y revolución histórico; y que ha habido idas y venidas y que estos derechos no se pueden dar por sentados porque sigue

habiendo retrocesos, además de muchos fascistas sueltos. ¿Qué sucedió con las mujeres? ¿Se nos olvida que mi abuela necesitó la autorización de su marido para abrirse una cartilla en el banco? Lo personal es político. ¡Siempre lo es! Por eso, me jodía que llegasen a puestos de decisión personas como la Pepimari, porque ¿qué iba a pasar con los colectivos más desfavorecidos? ¿Qué opinión tendría de las personas *queer*? ¿Por qué temía a personas como yo? ¿Cómo iba a ser capaz de empatizar si sus referentes eran patriarcales, burgueses, blancos, privilegiados y conservadores? ¿Cómo iba a hacer política para colectivos desfavorecidos si nunca había pasado por una situación de vulnerabilidad real? ¿Cómo iba a elaborar un protocolo contra el *bullying* si nunca le habían pegado por maricón? *What the hell!* Nunca iba a ser una de nosotres y esto lo sabía muy pero que muy bien. ¿Por qué? Porque lo había tenido en el suelo, de rodillas, con los ojos vendados mientras me comía el rabo y después le meaba su americana con pañuelito. ¿Y qué pasó a continuación? ¡Nada! No pasó nada porque él se avergonzaba de sí mismo y fingió no conocerme las veces que coincidimos en actos públicos. ¿Por qué? Porque era un envidioso, un hipócrita y se sentía culpable. Jamás iba a permitir que ese *free rider* se aprovechara de la precariedad económica de Beto, lo engañase y le hiciese cometer uno de los peores errores de su vida, porque ayudar a José María podría significar para Beto terminar cancelado de por vida por la comunidad LGTBIQ+ y el fin de nuestra amistad.

20

No soy tu vaca lechera

JOSEMARI

Por lo general, los homosexuales no saben gestionar su soledad, y para muestra un botón. No había más que observar el comportamiento sexualmente excesivo, estrafalario y compulsivo de Sisi durante cinco minutos para darse cuenta de que no estaba muy bien de la cabeza. Su forma de ser da muy mala imagen y nos pone las cosas muy difíciles a los que somos normales, tanto a la hora de normalizarse en la sociedad como a la hora de encontrar pareja. Sé muy bien de lo que hablo porque, como no soy una musculoca más, a mí no me tocan ni con un palo… ¿Cómo podía ser que una mamarracha como Sisi saliese de una relación para meterse en otra con tanta facilidad? En cambio, ¿por qué yo no había podido tener ni una sola pareja seria en toda mi vida? Que alguien me lo explique, porque no creo que sea horroroso ni que esté gordo. Además, papá siempre alabó mi personalidad y gané muchas medallas por mi ingenio en mi época de *scout.* Entonces ¿por qué él sí y yo no? Esto escapaba totalmente a mi comprensión. Y mira que con los años me fui quitando manías para no hacerlo tan difícil… Acepté cosas como

la impuntualidad, que se depilaran las cejas, vello púbico de desorbitadas medidas, no rechistaba ante programas del corazón e incluso no silencié canciones de reguetón en mi coche, pero es tan difícil ser un hombre homosexual y envejecer en una sociedad tan superficial… Si quieres que alguien te quiera, debes cumplir con ciertos estándares de calidad como pasar una hora y media al día en el gimnasio, tomar batidos que provocan unas flatulencias terribles, inyectarte bótox, ácidos cada seis meses y, en casos extremos, hasta esteroides en invierno. Y eso sin contar con que puedes terminar comiendo pollo con arroz el resto de la existencia si tu objetivo en la vida es lucir un *crop top* en Maspalomas o Torremolinos porque, a partir de los treinta y cinco, te sale el flotador y dejan de mirarte. Yo he hecho algunas de estas cosas, y muchas más, para intentar encontrar pareja, pero nada; misión imposible. Está claro que el intelecto no es lo que está en alza en este momento de la historia.

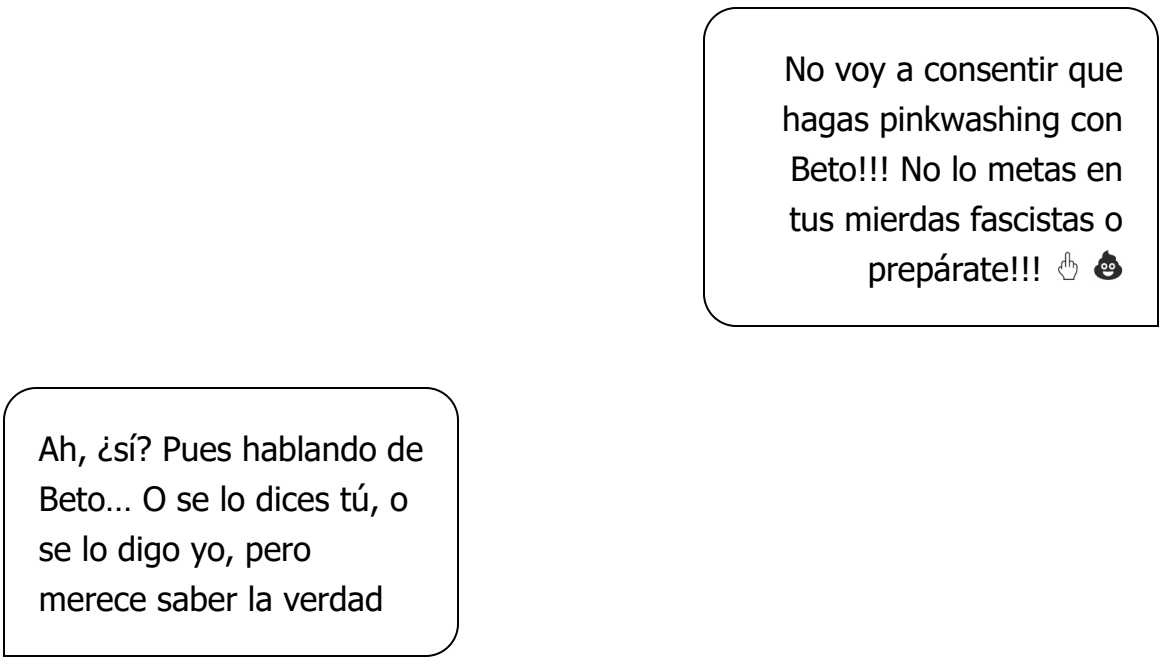
Aclararé algo para que no se me tache de envidioso: he intentado ser más tolerante con Sisi, pero no sirvió de nada porque es un hipócrita; mucho activismo y mucho *body positive*… Pero, donde dije digo, digo Diego. Nos conocimos en un baño. Yo estaba orinando tranquilamente cuando se me acercó por detrás. Normalmente, micciono en un baño con puerta cerrada, porque los otros me incomodan mucho, pero ese día no me aguanté porque había bebido cerveza y estaban todos ocupados. Él estaba allí y le hizo gracia ver a alguien como yo, así que, con exceso de confianza, empezó a tocarme un hombro, la espalda, el culo, a reírse y a decir tonterías. No me gustó. Yo no puedo orinar si alguien me mira, así que, si me toca, imagínate… ¿Por qué tocas a alguien que no conoces de nada en un baño público? ¿Cómo podía saber yo que esa persona se

había lavado las manos? ¡Qué asco, por Dios! Pero lo peor de todo vino cuando me vio el pene. Dijo una obscenidad, dejó su botella de agua a un lado y me asaltó con más insistencia. Incluso intentó tocarlo sin mi consentimiento. Por supuesto, le pedí que parase. Lo hice varias veces, pero él erre que erre. No descansó hasta que, finalmente, me la tocó; y eso que le salpiqué varias veces en los zapatos, pero le dio igual, se reía. ¿Qué se suponía que debía hacer yo en ese momento ante alguien tan insistente? Soy un hombre con sus instintos activos y, como es lógico, tuve una erección. Terminamos en el baño y empezó a masturbarme. Juro que le volví a pedir en diversas ocasiones que parara, pero él no lo hizo. Y seguía, y seguía, y seguía, y hasta me lamió el glande. Le advertí que si seguía podría ponerlo perdido porque llevaba una semana sin eyacular, y, con esa indicación, utilizó ambas manos y agitó con más ganas y con más fuerza. ¡Dale que te pego a la zambomba hasta que lo puse perdido! Tal y como le previne… ¿Y qué hizo Sisi cuando me di la vuelta para coger un poco de papel higiénico y dárselo para que se quitara un pegote que se le quedó en la clavícula? ¡Meterse en el baño de al lado a masturbar a otro! ¡Que lo seguí! ¡Y hasta estuve mirando por debajo de la puerta! No me había dicho su nombre, no me había dicho ni adiós, no me dio ni su número de teléfono… ¡Se fue corriendo a buscar a otro en cuanto terminé! ¿Qué clase de gente hace eso? Yo no soy una vaca lechera, soy una persona y me hizo sentir como un completo idiota. Encima, tonto de mí, aún lo esperé a que saliera del baño para invitarlo a una copa y me dijo que quizá después, porque aún se fue a meter a un tercer baño y cuando le pedí explicaciones, porque lo volví a esperar, me

dijo: «La diferencia entre tú y yo es que tú flipas con una polla y yo solo si hay tres».

Moraleja: ¿de qué sirve quitarse manías y ser más abierto? De nada, porque de toda la vida el agua y el aceite no se mezclan. Las personas atractivas con un punto de fealdad tenemos un carácter mucho más interesante y siempre seremos recordadas. En cambio, las guapas no. Pero Sisi no hizo más que recordarme la frustración de mi vida, que siempre ha sido no encajar en esos estereotipos. Porque sí, mucho presumir de igualdad, diversidad y valores, pero ¿alguno de sus cien mil amantes era gordo, calvo o peludo? ¡Fíjate tú que no! Todos musculocas, drogadictas y sin principios ni criterio.

Aun con todo este histórico, hice esfuerzos por tratar de llevarme bien con esta persona, pero, una vez supo de mi interés en iniciar mi propia carrera política, las cosas fueron a peor. No obstante, yo ya no me iba a callar más, así que, cuando me escribió para amenazarme, le respondí:



21

Reivindico mi derecho a ser un monstruo

SISI

Aprender a vivir sin remordimientos y sin sentimiento de culpa no es fácil. Del mismo modo que no lo es llegar al punto de que todo te la sude sin que eso tenga secuelas emocionales. Eso son años de experiencia y terapia para trabajar la autoestima… Antes de ser Sisi, fui un niño gordo, feo, torpe, con pluma y malformaciones en las extremidades. Un niño al que sus «amigos» le robaban el bocadillo, al que sus compañeros de clase lo tiraron por la ventana de un segundo piso y un niño que, cuando se quedaba a solas con su hermano mayor, este le pegaba con el casco de la moto. ¿Por qué? Porque sí, porque el mundo da asco y porque la gente es mala; también porque era un «rarito». Mi padre no dejó de recordármelo las veces que me acompañó al médico por mi miopía, por mis problemas de crecimiento o por que me había vuelto a «caer», ya que me daba vergüenza admitir que me daban palizas. Mi padre me comparaba con mi hermano mayor, que era un mediocre, pero destacaba en los deportes, era popular y guapo. Me decía: «No sé cómo hemos podido hacerte tan mal, Samuel… No entiendo cómo

puedes tener mis genes». ¿Y qué tenía que decir mi madre a todo esto? Poco, la verdad, porque ella estaba anulada por un marido violento y un asco de hijo mayor que no la respetaba porque era como el padre. Más tarde, se pasó a los antidepresivos para superar la muerte de mi hermano y *well*… Digamos que estaba ausente todo el día, pero ese es otro tema que ahora no viene al caso. *The point is* que mi historia es una historia de orgullo y superación y no de victimismo, porque logré sobrevivir a la infancia, superar la adolescencia y aprender a cuidar de mí.

Me fui de casa con dieciocho años, cuando me harté de mis padres y de muchas cosas más. Enseguida me busqué la vida: trabajé en tres sitios a la vez, me saqué una carrera y, aun con toda esa mierda, volví a confiar en las personas y le abrí mi corazón a alguien. ¿Por qué? Porque soy masoquista. Apareció una persona a la que le conté todo y con la que desnudé mi alma por primera vez llegándole a confesar mis mierdas más grandes. Me enamoré… Y creí que podría funcionar. Fantaseé con la idea de ser proletaria en un Burger King y compartir un pisito en Barcelona con él y así sería feliz, formaría mi propia familia y nunca más volvería a estar solo, pero la historia acabó igual que *Bambi*: mal. Esa persona desapareció de la noche a la mañana. Se fue sin avisar y no volví a saber de él hasta muchos años después, cuando Beto me envió un selfi desde México. Ahí descubrí que la única persona que hubiese podido llegar a querer me dejó para hacerse *drag queen.* ¡Qué irónica es la vida! Yo defendiendo los derechos de mi comunidad y después me termina jodiendo una travesti. *Anyway*, de todo se aprende. Y reafirmé lo que ya sabía: solo podía confiar en mí. Seguí adelante, siempre lo hago, curré de todo lo que pude, me saqué un

par de *sugar daddies* y con eso la cosa mejoró para poder dejar algún curro y estudiar Publi. Con el tiempo me convertí en Sisi. Un proceso doloroso para el que primero tuve que destruirme para después reconstruirme y reinventarme, por dentro y por fuera, en cuerpo y alma. Amén. Eso es lo que significa ser resiliente y eso era el Sisi que todo el mundo conocía; mi propio referente y uno de los *fuckings* máximos referentes LGTBIQ+ de este país.

Ser Sisi era lo que le jodía a la Pepimari, pero bien… Porque yo era alguien, y él no era nadie; y sabía que, si me lo proponía, podía hacerle daño y joderle la campaña. Por eso le ofreció ese trabajito a Beto; meto la mano en el fuego y no me la quemo. Solo para joderme a mí y para utilizarlo como escudo. ¿Cómo podía ser que Beto no se diera cuenta de que ayudar a Josemari era meter al lobo en el gallinero?

A los «raritos» como yo nadie nos había regalado absolutamente nada. Todo lo que hemos alcanzado ha sido a costa de sudor, esfuerzo, lágrimas y sangre, porque nos condenaron por «pecadores» durante siglos, nos quemaron en las hogueras para «purificar» nuestras almas; la ciencia nos catalogó como «enfermos mentales» hasta 1990; se nos encerró en cárceles por «escándalo público»; hubo «expertos» (heteros, claro) que trataron de «curarnos» con terapias de electroshock y, tanto a hombres como a mujeres, se les retiraron las custodias de sus hijos en procesos de divorcio por «homosexualidad» antes del matrimonio igualitario. Eso por no mencionar la pandemia del sida…, en la que familias homófobas vetaron la posibilidad de poder velar, despedir y enterrar a nuestros difuntos. ¡Familias homófobas como la de José María! Así que… ¿Esa marica mala me iba a dar lecciones de moralidad a mí

con sus wasaps haciendo referencia al mongolo de Manuel Petulante? ¡Que no se las diera de santo, que él también tenía mucho que callar! ¿O acaso no estuvo delante y mirando? Y, no contento con eso, ¿pretendía utilizar a mi amigo en su propio beneficio? Pues que se preparara… Porque no se puede ser blanco, alemán y querer librar la batalla negra. Si guerra quería, ¡guerra iba a tener! Y no de la que a él le gustaba, precisamente… Ahora, más que nunca y como diría Susy Shock, yo iba a reivindicar mi derecho a ser un monstruo.

22

Polis y cacos

Sisi

—¡Un pollavieja! ¡Eso es lo que es! —Y no le admití ninguna réplica a Beto. Necesitaba desahogarme, porque esta conversación se derivaba de su trabajo con el que mejor no voy ni a nombrar para no darle más publicidad.

—Eres muy radical, Sisi.

—¡Y tú un traidor a tu propia causa! —reafirmé escupiendo en el suelo y pisando el escupitajo mientras seguía despotricando—: Si de joven no has sido punk, trash, hippy o heavy metal y vistes igual que tu padre, ¡tienes un problema! ¿Sabes cómo termina la gente que va a destiempo? ¡Drogándose, pero mal! Lo que no se ha hecho en la adolescencia se paga después y es peor… Y con la política pasa lo mismo: nunca se debe seguir la corriente política de tus padres, sobre todo si es conservadora. Es ley de vida. Hay que rebelarse antes de los treinta y cinco, *everyone knows that.*

—Vale, vale… —me respondió como si yo fuese un intenso sin motivo justificado.

—Beto, José María es como descubrir el sushi en 2040; y tú, encima, quieres ayudarlo. ¡¿Estamos locos?!

—Hay mucha gente de la comunidad que vota a su partido…

—La gente no lee y es idiota —sentencié—. Y estoy convencido de que tu amiguito tampoco lee tanto, porque, si le pregunto quién es Harvey Milk, ¡no tendría ni idea! Y él debería saberlo…

—Pues yo no sé quién es ese señor… —A punto estuve de darle un bofetón, porque me estaba poniendo de los nervios blanqueándome a la derecha todo el tiempo con la excusa de que el otro era su amigo. Incluso llegó a decirme que teníamos más cosas en común de las que yo creía…

—¡¿Qué tengo yo en común con una marica blanca y privilegiada?! Quieres hacer el favor de utilizar eso que tienes encima de los hombros y que se llama CABEZA.

—Vivís en la misma ciudad, habláis la misma lengua, cantáis las mismas canciones, compartís amigos, a los dos os gustan los hombres… ¿Por qué ese empeño en resaltar solo lo que no os gusta al uno del otro? Yo, cuando viví en México, me ponía muy contento cada vez que escuchaba a alguien hablar en español de España y enseguida me ponía a hablar con ellos, les daba consejos de turista, les preguntaba de qué parte de España eran… ¿La política no se supone que va de eso, de dialogar? No entiendo esta pelea constante…

—¡Beto, por favor! Como me vuelvas a mencionar México…, ¡te meteré un chile por la uretra! Yo no tengo exaltado el patriotismo, lo que tengo son principios, y te puedo asegurar que JAMÁS me voy a entender con ESE, porque vive una realidad que no es la nuestra. Nunca alguien como José María va a luchar solidariamente por

nuestra comunidad porque NO la entiende. Solo te va a utilizar… Porque le vienes bien, porque modernizas su imagen y porque le sirves de puente con los sectores sociales, pero ¿sabes qué pasará después? ¡Que te dará la patada y tú quedarás señalado de por vida!

—Pero si no habéis ni hablado… ¿Cómo puedes asegurar todo eso?

—¿Tú necesitas ponerte a chupar una paloma muerta y atropellada por un coche en mitad de la carretera para saber que te da un asco que te mueres? —Inspiré profundamente e hice un último intento—. Mira, para que lo entiendas: tú puedes haber sido en vida la santa Teresa de Calcuta, pero, si se termina descubriendo que fuiste también el mejor amigo de Hitler, ¿en qué crees que te convierte eso? No pienses, ya te lo digo yo: en una persona nefasta. Hazte un favor y aléjate de esa persona tóxica.

—No creo que todo sea blanco o negro. Sin escuchar a la otra parte, no se puede opinar… ¿Por qué no le das una oportunidad y habláis?

Beto siempre ha sido muy correcto. Pocas veces dice palabrotas y siempre le gusta quedar bien con todo el mundo, pero eso no siempre es posible. Había temas con los que no posicionarse era tomar una posición; y su postura me estaba empezando a preocupar.

—Cuando una mentira se repite una y otra vez, la gente termina creyéndola… Y el que olvida su historia está condenado a repetirla… —Y le recordé qué fue la ley de vagos y maleantes para después fulminarlo con la mirada y sentenciar—: Pero qué sabrás tú de oportunidades si siempre has tenido una vida perfecta…

Para mí, Beto es parte de mi familia escogida y quiero protegerlo, ahorrarle sufrimiento, porque él ha crecido en un entorno seguro y estructurado con un padre, una madre, una hermana… Sus progenitores siempre han estado ahí y se han preocupado por él. Si ha necesitado dinero, se lo han enviado junto con un cargamento de tápers. Hasta lo han llamado solo para decirle que lo quieren… Yo escuché esas llamadas alguna vez y me tenía que salir al balcón a fumar un piti, porque no quería que me viese llorar. No es envidia, aunque reconozco que me duele que la mía no lo haya hecho nunca, pero Beto siempre ha vivido entre algodones, y el mundo no es tan fácil y feliz como él lo imaginaba. La humanidad está llena de gente asquerosa y despreciable que disfruta haciendo daño.

—Vamos a dejar el tema… —propuso Beto, y me pareció bien, porque no quería seguir hablando de política ni de fascistas. Hasta yo termino agotade de tanta reivindicación. Además, tenía un hambre que me moría, y, cuando tengo hambre y estoy nerviosa, ¡soy capaz de todo! Y a todo lo anterior súmale que aún tenía que darle los detalles de su nuevo trabajo, uno que le había conseguido para ese mismo fin de semana como puticamarero en una discoteca en la que, si lo hacía sin camiseta y movía bien el culo, podría sacarse muy buenas propinas.

—Por cierto, no me has dicho a dónde vamos… —quiso saber Beto.

—Ah, ¿no? —respondí con una sonrisa maliciosa. La situación iba a ser tan divertida que se me fue de golpe toda la mala vibra de lo anterior.

Toda esta agotadora conversación la habíamos tenido de camino a casa de Winston. Íbamos a dejarle un ramo de flores. Las flores eran

una disculpa por la ruptura con su (ya no) futuro marido. Yo hubiese preferido regalarle un alien dildo, que están muy de moda ahora, pero a él le gustaban las flores. En todo caso, Winston hacía una semana que se había quedado sin futuro marido, sin boda en Torremolinos y, probablemente, sin bebé comprado, y puede que yo tuviera algo de responsabilidad afectiva en su nuevo estado civil. No me sabía mal, la verdad, pero lo que sí me hizo sentir algo de culpabilidad fue que Sandro le dejase un ojo morado en un *jealous rage* y que le montara el escándalo de su vida cuando se enteró de que Winston y yo jugábamos habitualmente a polis y cacos… En mi propia versión adulta del juego, siempre soy el caco y le pido a mi poli una copia de las llaves de su casa para esperarlo escondido a cuatro en un rincón ingenioso para que me detenga. Eso hacía con Winston. Le daba mogollón de morbo y estaba tan motivado que hasta se compró un disfraz de poli del Shein, con porra y todo… Hasta que Sandro me pilló y, en un descuido, me quitó las llaves de la casa de Winston, le escribió desde mi teléfono haciéndose pasar por mí y le esperó escondido… Y el resto es deducible. No contento con el puñetazo que le dio, le fue con el chisme al (ya no) futuro marido. Claro, este creía tener una relación monógama, cerrada, romántica e idílica (como Beto y Petulante… ¡JA!). Total, alucinó, lloró, le pegó en el mismo ojo (pobre Winston…) y se fue para no volver, como dice la canción. En una sola tarde, Winston se quedó soltero y con un ojo remorado… Y a mí un tío con moratones también me pone, la verdad, pero no fui con esa intención. Yo solo quise tener un detalle con él y dejarle una nota con unas palabras de ánimo para hacerle ver que, en verdad, su nueva situación era una gran oportunidad para hartarse a follar sin sentirse mal por ello.

Obviously, en un primer momento, no le conté nada de todo esto a Beto. Simplemente, le dije que: uno, iba a saltar la valla de un chalet adosado monísimo; dos, debía esquivar a un pitbull; tres, atravesaría un jardín (con cuidado de no estropear las flores); cuatro, se colaría en el adosado por la ventana de la cocina; cinco, dejaría un ramo de flores que le iba a dar en la cama, y seis, desharía todo el camino andado mientras yo lo esperaba fuera para vigilar. Yo no podía hacer esa gincana porque llevaba mis sandalias de gelatina, aún me dolía la costilla y no soy una musculoca *fitness*; me encantan el *fast food* y comer grasas trans. No se puede tener todo en esta vida. Además, Beto me debía muchos favores como, por ejemplo, que le había conseguido un trabajo digno.

—Estás de coña, ¿no? ¿Por qué no le dejamos las flores en la puerta? ¿O por qué no se las damos a una vecina?

—Luego te lo cuento… —Y le hice el ademán para que se callara y saltara.

—¿Y cómo voy a entrar en la habitación sin unas llaves de la casa?

—¿Ves aquella ventana de allí? —Le señalé desde fuera—. Está rota y no cierra bien. Saltas la valla y luego te metes por la ventana.

—¿Y si me ve alguien?

—¿Tú por qué crees que hemos venido de noche? —respondí irritado. De verdaz… ¿Por qué la gente habla sin pensar?

—Me parece todo muy raro, Sisi… No termino de entender por qué ibas tú a llevarle flores a nadie…

—¿Te imaginas que de repente puede gustaaarme alguien? —inventé para que se montase una película de las suyas en su cabeza y estuviese entretenido con sus ideales para dejar de hacer tantas preguntas.

Preferí mil veces que Beto pensara que me había enamorado de Winston (con todas las connotaciones absurdas que eso suponía) que decirle la verdad, porque la verdad era demasiado comprometedora para mí. Hay cosas que prefería que nadie supiese… Cosas como que Sandro pudo mirar mi teléfono y quitarme las llaves de casa de Winston porque vivía conmigo desde hacía un mes, creo. Bueno, Sandro y su madre, porque vinieron en pack.

Sandro era muy espabilado para tener entre diecinueve años y veintitrés centímetros (o al revés, no importa). Supo encontrar mi momento de máxima vulnerabilidad después de pegarme una follada que me dejó tetrapléjica por tres días. Me hizo chantaje emocional y me pidió que le dejase quedarse en casa «hasta encontrar algo», porque a su madre y a él se les había acabado el contrato del piso. A mí me dio mucha pena, porque me describió a su madre como si fuese la pobre abuelita de la película *Coco*, hasta me sentí culpable imaginando a la pobre mujer en la calle vendiendo arepas debajo de un puente… Además, reconozco que me emocionó ver a un hijo tan preocupado por su madre… ¡Ay, no sé! Me conmoví y al final le dije que vale, pero que se fueran pronto (y que me follase cada día como si fuera la última vez también). ¿Cómo iba a contarle todo esto a Beto? Tengo una reputación que mantener, incluso delante de mis amigos. Me había costado muchos años ganarla, y como dijo Maquiavelo: «Gobernar es hacer creer».

—¡¿En serio?! ¿Por fin has conocido a alguien que te va a hacer sentar la cabeza? ¡Ves! Si al final todo se pega… Yo creo que es un poco por mi culpa… Tanto Petulante, tanta declaración de amor, tanto misterio y tanta sorpresa… ¡Pues claro! Se te ha despertado el gusanillo del amor. Si es que… Al final, lo que todos necesitamos es

amor… ¡Ay, cómo me alegro, Sisi! ¡Qué bien poder ayudarte! —Y hasta me dio un abrazo y un beso de la emoción.

—Claro, bebé… Por supuesto… Me has pi-lla-do… No se te escapa ni una… Estoy super-*fall in love*… —dije, porque algo tenía que decir…

Beto sufre ataques de enamoramiento idílico-romántico. Son espontáneos y severos, y suelen durar entre dos y tres meses. Así es él… Simpático, inocente y *delusional*. Él cree que retrasar el momento de follar lo hará todo más especial. No sé cuántas veces le he explicado que eso es una tontería y que cuando un maricón se alegra por ti es porque solo quiere pillar cacho, pero, si doy mi opinión, soy mala, envidiosa, celosa, no me alegro por los demás y bla, bla, bla. Así que yo ya pasaba del tema… Que pensara lo que quisiera, que aprendiese a golpes y que se estrellara con el mentiroso del Manuel Petulante, si es que este tenía los huevos de decirle la verdad.

¿Cuál era mi opinión (sincera al noventa y cinco por ciento, aunque siempre hay margen de error) sobre este tema? Beto estaba con carencia afectiva y siempre lo más fácil es volver con un ex. Estaba emperrado en creer que esas mierdas con final feliz existían y, como vivía con Prada y ella es una tía hetero, pues le seguía el rollo. Pero ese era su problema, no el mío. Lo hablé con mi psicóloga y me dijo que no interviniera, solo que estuviera ahí cuando se pegase la hostia, porque se la iba a pegar. Entonces, haría ver que lo escuchaba, le daría un par de ibuprofenos, una gomita y me lo llevaría de fiesta a conocer chulazos. Pero en su relación con Petulante no me iba a meter, en parte, porque me daba una pereza que me moría. Eso sí, lancé señales y alguna indirecta, pero no hay

más ciego que el que no quiere ver y, por mucho que yo insinuara que Manuel Petulante no era lo que parecía, no fui todo lo explícito que acostumbro a ser. La Pepimari me había amenazado con chivarse, pero sus amenazas me las pasaba yo por el arco de triunfo. Me daban absolutamente igual porque él tenía mucho más que callar, porque, el día que me follé a Petulante por equivocación, sin querer y sin darme cuenta, él estaba delante disfrutando del espectáculo. Así que la falsa dignidad que se la reservase para otros. Si tenía remordimientos, que se fuese a confesar a un cura.

—¡Listo! Ya le he dejado el ramo en la cama —me informó Beto saltando la valla de regreso—. ¡Vámonos antes de que nos vea alguien!

—¡PEC, bebé! Gracias por tu aportación al triunfo del amor universal —le dije, y en un lapsus solté más cosas que no debería haber dicho—: Espero que a Winston se le pase el enfado cuando vea las flores y se le quite de la cabeza la idea de denunciar a Sandro… ¡Y de paso que me devuelva el juego de llaves de su casa y así podamos volver a jugar a polis y cacos!

—Espera, espera, espera. —Se paró en seco—. ¿Qué es eso de que Winston quiere denunciar a Sandro? ¿Por qué tenías las llaves de su casa y por qué te las quitó? ¡Pero cómo se me ha ocurrido creerte!

¿Veis por qué una tiene que estar metida en su papel de mala malísima todo el rato? Te despistas un solo momento y se te cae toda la función. Así que no me quedó más remedio que contarle que Sandro vivía conmigo, aunque lo de la madre me lo ahorré.

—Vamos a ir a la cárcel… —dramatizó la telenovelera.

La idea de la cárcel durante un finde no me hubiese importado, llamadme *topic*. ¿Quién no ha soñado alguna vez con montárselo en una celda? ¿O en las duchas? ¡Bufff! ¡Maldita sea! ¿Por qué mi imaginación a veces era tan porno? *Anyway*, yo hubiese dejado el ramo de flores en la cama tal cual, pero Beto se empeñó en volver a saltar y dejarlo en el felpudo de la entrada, como si nunca hubiésemos estado dentro. Así que me tocó esperarlo cinco minutos más y, cuando dio el cambiazo, por fin nos pudimos marchar. BTW, nunca voy a volver a regalarle flores a nadie, porque el ramo venía con una araña incluida. El bicho se coló dentro de mi bolso y, cuando metí la mano para sacar el *vaper*, ¡me picó! ¡Y tengo alergia a los insectos! Así que terminamos en el hospital, ¡otra vez!

23

Complejo de Edipo y Yocasta

JOSEMARI

Mi activismo era mucho más difícil que el de Sisi, porque él hablaba para gente a la que no tenía que convencer de nada. En cambio, yo defendía principios fundamentales (derechos humanos en general, incluidos los de las personas LGTBI) en escenarios mucho más complejos y hostiles. ¿Alguien se imagina lo difícil que resultaba hablar de estas cosas con personas como la vicesecretaria? ¿Con gente que consideraba que mi condición es una «desviación»? ¿Con políticos de Estado que se pasaban el día haciendo chistes de maricones? No, por supuesto que no, pero no me importaba, porque mi labor la hacía porque creía en la política de verdad y no porque quisiera likes en mis redes sociales. Con una buena educación, con buenas formas y con argumentos sólidos, había logrado que gente que pensaba muy distinto empatizara con la causa. Eso es muy importante, porque las personas del gobierno son las que cambian las cosas, y no cuatro zarrapastrosas como Sisi que van por la vida con ropa de pordioseros, las piernas al aire y llenas de pelos y hacen alarde de un vocabulario soez. ¿De qué servía chillar en la Puerta del

Sol con un megáfono? Ya lo digo yo: de nada, porque, en el fondo, tampoco buscaban el diálogo. Simplemente, la confrontación.

Sisi me lo dijo más de una vez: «Lo personal es político», y políticamente la confrontación siempre es más rentable que el diálogo. En eso estaba muy de acuerdo con él. ¿O acaso creía que yo desconocía que los partidos a los que él era afín le contrataban al año tres o cuatro sesiones fotográficas a cambio de contratos menores? Por supuesto que lo personal es político, sobre todo cuando la «propinita» te va en ello. Por eso le iba tan pero que tan bien atacarme públicamente de aquella manera. Esa hipocresía por su parte me sacaba de quicio, y él también estaba tratando de manipular a Beto, por no llamarlo coacción. Y, aun con todo lo mal que se comportó conmigo, yo fui un caballero y nunca actué como una marica mala, porque yo sí sabía separar las cosas: la política de la amistad y ambas cosas de los asuntos de alcoba. Si hubiese sido una marica mala…, ¿le hubiese dado a Sisi la oportunidad de contarle la verdad a Beto?

Prada no tardó mucho en darse cuenta de que algo raro estaba pasando y me llamó: «¡Cuéntame TODO lo que sepas sobre el cantante de musicales! Algo me huele a chamusquina…». Me exigió con la misma autoridad y las mismas formas con las que la vice acostumbraba a dirigirse a mí y al resto del mundo: sin un «Hola, ¿cómo estás? Por cierto, muchas gracias por haberme conseguido la suscripción al Raya».

Pradera tenía muchas virtudes, pero la del disimulo no era una de ellas. Y, cuando se le cruzaba un cable, no sabías por dónde te podía salir. Así que me mordí la lengua bien mordida y no le dije nada de

todo lo que me moría por contar… ¡Y mira que me hubiese venido bien ventilar trapos sucios!

—¡José María, déjate de rollos, que soy tu exnovia! —dijo por el otro lado del auricular echándome en cara un favor que le pedí muchos años atrás—. Sé que algo no me estás contando… ¡Que nos conocemos! Tú eres fan de Eurovisión y el cantante de musicales participó en el Eurojunior cuando era pequeño… Así que lo deberías saber TODO de él. ¡Desembucha o en la lista definitiva va a ir tu prima!

Me sorprendió su memoria de elefante y su habilidad para atar cabos. Sí, el responsable de haber redactado la entrada en la Wikipedia de fans de Eurovisión de Manuel Petulante fui yo.

—¿Ya has solucionado lo que te pedí? —pregunté obviando su demanda.

—He hablado con mi padre directamente —me informó, y esa información me dio cierta tranquilidad.

Durante la carrera de Administración y Dirección de Empresas, no me quedó más remedio que pedirle a Pradera que fingiese ser mi novia de cara a la galería. Tuve que recurrir a ella porque estaba desesperado. No sabía qué hacer para frenar a mamá, quien se empeñó en que la prima María Escarlata tenía que convertirse en mi mujer porque se le había aparecido el ángel de la guarda en un sueño y le había dicho que iba a ser abuela. El ángel no le dijo quién iba a ser su nuera, pero ella interpretó que la elegida no podía ser otra que su sobrina favorita.

María Escarlata y yo nunca nos hemos llevado bien. Siempre que ha tenido ocasión, ha intentado atentar contra mi integridad física. En la adolescencia, trató de cortarme un dedo con una tijera porque

quería saber «cómo es un hueso por dentro». Mamá ignoraba que mi prima era sádica. Quizá por ese motivo estuvo un tiempo comportándose como una alcahueta y hasta nos organizó una cita a ciegas. Dispuso por todo el salón flores naturales, incienso, mirra y portavelas de angelitos, además de sacar todas las figuritas de sus santos, vírgenes, apóstoles y niños jesuses. También ordenó una abundante merienda bufet estilo francés y se marchó con la excusa de la misa de las seis. Entonces, «casualmente» apareció mi prima, y mamá se hizo la sorprendida: «¡Qué sorpresa, querida! ¿Podrías acompañar a tu apuesto primo José María en esta humilde merienda?». Y ella contestó con su característico «Ji, ji, ji». Mamá le guiñó un ojo y añadió en un susurro que sonó a travesura: «Recuerda que una mujer católica, apostólica y romana a veces puede permitirse hacer alguna cosilla un poco impactante si es con la persona adecuada…». Y se retiró dejándonos solos mientras en su salida iba encendiendo las velas que encontraba a su paso y canturreaba a Juanito Valderrama: «Tengo que hacer un rosario…». Nada más salir por la puerta, mi prima torció el cuello, me miró con lujuria (y puede que desesperación) y se abalanzó sobre mí. La muy descarada fue directa a mi entrepierna y dijo: «Hoy vamos a pecar». Intentó desatarme el cinturón, pero logré zafarme. Le dije que se mantuviera alejada, pero no atendía a razones. Así que tuve que arrojarle un portavelas y, sin querer, le provoqué una quemadura en una mejilla. Aunque debo puntualizar que yo también quedé señalado, porque me arañó y aún conservo una marca cerca del ombligo. Mi rechazo la humilló y dijo que no me lo perdonaría jamás.

Gracias al «noviazgo» con Pradera, la cosa se relajó. Ella fue la única persona capaz de lograr mantener a mi prima alejada y,

además, disfrutaba martirizándola. Por eso, estando María Escarlata de por medio en la lista, volver a recurrir a Pradera fue una jugada maestra.

—Ya que no me quieres contar qué esconde el cantante, por lo menos cuéntame qué pasó entre Sisi y tú… —inquirió y, tras más de quince minutos presionando, terminé contándole cómo conocí a Sisi sin omitir muchos detalles.

Después de acosarme en aquel baño, hice un gran esfuerzo e intenté conocerlo un poco más durante tres semanas. De hecho, abrí tanto mi mente que hasta me llegué a plantear algo más, pero fue imposible porque Sisi tiene una obsesión patológica con el sexo y creía que vivía en una peli porno todo el rato. Encima, si le decías que tenía un problema, se hacía la víctima y te diagnosticaba «homofobia interiorizada». Nunca lo entendí. Si era tan liberal, ¿por qué no quería reconocer que era más puta que las gallinas?

Una de las tardes que fui a su casa, me dijo que había preparado una sesión de «impro». Interpreté que sería algún tipo de ensayo de microteatro con sus amigos bohemios. No me hizo mucha gracia la idea, pero dije: «Venga, haz un esfuerzo, mézclate y abre un poquito más tu mente…». ¡Y para qué! Para empezar, cuando voy a un sitio y todo el mundo es guapo, ya no me cae bien nadie. Pero, independientemente de ese detalle, las impros de Sisi eran una improvisación de Sodoma y Gomorra. ¡A una *chill* me llevó! Salí traumatizado de esa casa. Yo no estaba preparado para presenciar sexo en directo entre más de diez personas a la vez. Me impactó tanto que, además de llorar, vomité, porque para el sexo tengo mis rituales y, si no los sigo, lo paso mal. Intenté conocer a Sisi, me adentré en su mundo, no prejuzgué a nadie…, pero al final fue

imposible; y la gota que colmó el vaso fue encontrarme entre toda esa gente a Manuel Petulante. ¿Cómo puedes tirarte al ex de un amigo y después hacer como que no pasa nada? Ese había sido siempre uno de los mayores problemas de Sisi: le daba mucho morbo liarse con los tíos con los que no debía. ¿Y en qué lo convertía eso? En una marica mala, cosa que yo no era. Me dio una rabia tremenda tener que morderme la lengua tantas veces cuando Beto lo defendía, pero lo hice porque soy un señor. Ahora, en algo estaba de acuerdo con Beto: Sisi y yo éramos iguales, ¡pero al revés! Porque Sisi era un guarro y yo, un gourmet; y de guarro a gourmet había nada más y nada menos que cuatro estrellas de diferencia.

Contarle todo esto a Pradera fue extrañamente liberador, a la par que tremendamente vergonzoso. Fue como quitarme un gran peso de encima porque llevaba tantos años ocultando ese aspecto de mi vida privada que, en muchas ocasiones y sin darme cuenta, actuaba como un mentiroso compulsivo. Pero me di cuenta en esa llamada de que mamá tenía mucho que ver a este respecto.

Siempre se tomó muy a pecho mi «curación». Además de muchas estampitas de San Antonio, hizo que un pintor escribiera con letras doradas en el techo de mi habitación el versículo de Lucas 4, 31-35 en el que Jesús lograba expulsar a un demonio de un cuerpo mortal. Ella creía que eso me ayudaría, y yo siempre me esforcé en hacerla feliz. Era mi deber, especialmente desde que nos dejó papá, ya que yo pasé a ser el hombre de la casa. Debía velar por su bienestar y no hacer empeorar su frágil estado de salud con disgustos innecesarios. En mi fuero interno, había aceptado ser un pecador. Me había resignado a que mi alma ardería en el infierno, pero no quería que eso la perjudicara a mamá de ninguna de las maneras.

Así que me esforcé mucho para que se sintiese orgullosa, pero, cada vez que descolgaba el teléfono y emitía un suspiro tras hablar con Elena Lorenzo, me invadía una gran tristeza porque sabía que la había vuelto a decepcionar. «¿Cree que es culpa mía?». Esta era una de las frases que más repetía.

Elena Lorenzo fue la logopeda a la que fui durante cinco años para corregir mi amaneramiento, mi voz «algo» aguda y mi feminidad cuando movía las manos y me sentaba con las piernas cruzadas. Elena era una *coach* que me enseñó a comportarme como un hombre. También me enseñó oratoria, comunicación no verbal y proyección de la voz para mis mítines como secretario de Juventudes. Fueron muchas horas de trabajo, y le estoy agradecido por ello, pero, sin lugar a dudas, la lección más importante que aprendí fue que el alumno puede superar al maestro. Un buen día me senté en la consulta y fui directo al grano: «¿Cuánto quieres?», quise saber para que me dejara tranquilo. Papá me enseñó que en esta vida todo el mundo tenía un precio, y yo había aprendido a ser pragmático. Quería hacer feliz a mamá, pero no quería perder más tiempo con esa *coach*, porque, conforme me hice mayor, llegó un punto en que concluí que mis asuntos con Dios y el infierno eran cosa mía y no de una logopeda. Así que acordamos que le abonaría mensualmente durante un año sus servicios sin necesidad de acudir a cambio de que ella hiciese feliz a mamá. Cumplió con su palabra y ese mismo día, cuando llegué a casa, me encontré a mamá con los ojos llenos de lágrimas: «¡Pepito, qué orgullosa estoy de ti! Elena me ha dicho que estás prácticamente enderezado… Al final, tanto esfuerzo y sacrificio están valiendo la pena, hijo… ¡Te curarás!». Ese día fue uno de los más felices para ella. Estaba muy contenta, y yo

también. Fue bueno hacer sentir bien a mamá, pero también lo fue saber cómo funciona el mundo y cómo se manejan los hilos, porque también me empoderó a mí, y, por vez primera, supe de mis propias habilidades persuasivas.

—José María, tu madre y tú tenéis complejo de Edipo y Yocasta —aseguró Pradera cuando terminé de contarle—. Y te voy a colgar el teléfono ahora mismo, porque estoy TAN impactada… Tengo TANTA información que no necesitaba que creo que hasta se me va a olvidar cómo se conduce un coche, y tengo que volver a casa que estaba en pádel. Adiós.

24

Chupipaji

BETO

Una mañana, Prada irrumpió desquiciada en mi habitación arrastrando de un brazo a Manu, que estaba ensayando en el salón, y cargando a Macaulay del otro. Los arrojó a ambos encima de la cama y nos ordenó escondernos en el cuarto de la fregona y no hacer ruido hasta que su madre se fuese. No fueron más de veinte minutos, pero tuvimos que permanecer muy apretados porque no había espacio. Manu y yo estábamos tan cerca que hasta oía el latido de su corazón más fuerte que la discusión de Prada. Esa situación silenciosa y claustrofóbica sirvió para que, nuevamente, aflorasen mis miedos y el pensamiento «Te estás equivocando» se repitiera en bucle. Además, volví a sentirme humillado en cuanto salimos.

Desde mi declaración hacía casi un mes, en la que le dije en ese vídeo que estaba enamorado de él, el contacto físico entre nosotros había sido casi nulo; y esta vez no estaba exagerando. Por mucho esfuerzo, ganas, ilusión, empeño y energía que le pusiese a intentar reavivar la llama, no había manera… Manu seguía reacio a las

muestras de afecto: si le daba la mano por la calle, me la soltaba porque decía que me sudaban; si intentaba darle un besito, me decía que no se quería resfriar y en Madrid hay mucho virus… Alguna vez me dio un piquito de segundo y medio para que no me sintiera mal. Yo lo intentaba, de verdad que lo hacía, pero Manu estaba muy irascible. Decía que la grabación del *single* le tenía muy estresado y que la nueva dirección profesional de Richard le demandaba mucha energía y no quería más presiones por mi parte. Yo quería ayudarlo, pero no se dejaba. Así que todo tenía que hacerlo a escondidas, como, por ejemplo, meterle cápsulas de omega-3 en el batido del gimnasio sin que se diera cuenta porque había leído que era buenísimo para el estado de ánimo.

No entendía nada. No lograba comprender qué le pasaba ni a qué se debía esa abstinencia sexual en la que me veía sumido, porque él siempre había sido *muy* sexual y me había pedido exclusividad. Es decir, no quería que quedase con otros… Pero él no paraba de ponerme excusas muy poco elaboradas para escaquearse. El colmo del recolmo era que las veces que dormíamos juntos no me dejaba abrazarlo e incluso se atrevió a poner un muro de almohadas y cojines entre los dos para que no le molestara, porque decía que ronco, que me muevo mucho y que hablo en sueños… Y eso es ¡mentira! Porque nunca hubo ninguna evidencia gráfica.

No sé qué fue peor, si las excusas para evitar la intimidad o los intentos fallidos de la misma, porque el par de veces que logré quitarle la ropa, y tras más de veinte minutos intentándolo todo para que se excitara… (y cuando digo todo es *todo*, porque un día a punto estuve de dislocarme la mandíbula del rato que estuve intentándolo…), va y me dice: «Mejor lo dejamos, que me he hecho

dos pajas esta mañana». «¿Dos pajas? ¿Y no se te ocurrió enviarme el vídeo de una?», pensé. Y después repensé: «Pues te queda una, que tú te podías correr hasta tres veces seguidas…». Pero daba lo mismo. Estaba claro: no era una cuestión física, todo estaba en su cabeza, porque yo puedo asegurar que en aquel momento salía a correr cinco veces por semana por el Retiro y estaba en un buen estado físico.

El único detalle con el que expresó alguna emoción y dio a entender que sentía *algo* fue un miércoles que le dio un ataque de celos. Fui al cine con Prada y Josemari, y terminamos por La Latina de cañas. A mí se me olvidó avisar, y todos sabemos que Madrid te lía… Pues se puso como loco y, cuando me quise dar cuenta, me había llamado quince veces y hasta me dejó mensajes preocupantes: «¿Dónde estás? ¿Con quién estás? ¿Por qué no respondes? Esto no es normal. He visto la cartelera y la película hace más de una hora que ha terminado…». Y cosas así. Sin dudarlo, le llamé al instante y le dejé muy claro que esa iba a ser la primera y la última vez que le daba una explicación sobre mis horarios, porque los mensajes que me había enviado eran una línea roja y el inicio de una relación tóxica que no estaba dispuesto a tolerar. Si queríamos que lo nuestro funcionase, debíamos trabajar en la confianza mutua, y si él entraba en brote porque yo no le contestaba en menos de una hora, por el motivo que fuese, nuestra aventura no iba a ir a ningún lado. Me pidió disculpas y las acepté, pero en la cama seguía sin tocarme. Por eso, estar encerrados en el cuarto de la fregona, la abstinencia, las hormonas, el morbo y que iba cachondo como una perra, hizo que se activaran mis instintos más primarios e intenté hacerle una chupipaji, pero él se puso nervioso y me volvió a

rechazar; y fue tan brusco que Macaulay, al que él tenía en brazos, también se puso nervioso y le dio un mordisco en el mismo brazo, en un pezón y en la frente. Luego saltó y se escapó… Supongo que interpretó que Manu me quería agredir, y Macaulay es muy protector. En fin, se fue ladrando y después… Bueno, después pasó lo que pasó…

25

Las tres Marías

PRADA

Aquella mañana me quedé unos minutos en la cama pensando en mi padre y acariciándome la barriga; eso me calmaba. Siempre he podido contar con él, lo que me hacía sentir abrazada y protegida. No sé si fue un padre modelo, pero para mí siempre ha sido el puto amo y lo más importante sobre la faz de la Tierra. Por muy tarde que llegase a casa de la empresa o aun después de uno de los arrebatos de mi madre (siempre que se enfadaba, estrellaba contra el suelo uno de los barcos en miniatura que él coleccionaba en botellas de cristal), absolutamente siempre, encontraba un momento para mí y me leía un cuento en nuestra butaca de lectura hasta que me quedaba dormida en su barrigota. Me llamaba «Bichito» y me acusaba de ser una «ladrona», porque siempre le robaba una sonrisa. Tener esa figura incondicional ha sido lo que me ha dado la fuerza para conseguir todo lo que me propusiera. Así que empecé a decirle a mi ombligo: «Hola, Bichito, qué ganas tengo de presentarte al abu Isidro». Y después me puse a contarle un cuento mientras, de fondo, se escuchaba al cantante de musicales ensayar a gritos.

Solo necesito una palabra para definir a Manuel Petulante: narcisista. Lo recuerdo admirándose a sí mismo en cualquiera de mis espejos de cuerpo entero de casa. Se hablaba a sí mismo y se respondía como si fueran dos personas distintas, ensayaba sonrisas y se imaginaba estando en una alfombra roja o en una entrevista de la tele. Hacía cosas muy raras. Un día casi me pega un susto que podría haber dejado secuelas en el niño y salirme tonto, porque me lo encontré en el suelo haciendo respiraciones para activar el diafragma y, por un momento, pensé que le había dado un ictus. Eso me dio mucha impresión, porque no puedo con la sangre, los pinchazos o los muertos (por eso no me gusta la prima de José María). Para algunas cosas seré muy bruta, pero estas tres son superiores a mí. Total, que conocer un poco más al cantante, teniéndolo en casa cada dos por tres, hizo que dejase de parecerme un *sex symbol* y empezó a resultarme un tío muy cargante. Pero mi Beto estaba enamoradísimo, y a mí me supo un poco mal decirle que ese tío me parecía un jeta. Eso sí, había una cosa que me irritaba mucho… ¡Uy, cómo me cabreaba! Y esa sí que no me la callé: «Te brillan más los ojos cuando te admiras a ti mismo en el espejo que cuando miras a Beto», y era verdad. El Petulante de quien estaba enamorado era de sí mismo… Cuando uno está enamorado, tiene un brillo especial que ese señor no tenía. Lo único que le brillaba eran las lentejuelas de los trajes que se ponía para cantar.

¡PUM, PUM, PUM!
¡PUM, PUM, PUM!
¡PUM, PUM, PUM!

Empecé a escuchar golpes en la puerta de casa, pero unos golpes como si estuviéramos en la Edad Media y alguien estuviera aporreando la entrada de mi castillo con el tronco de un árbol. Me sobresalté y volví a oír golpes de nuevo.

¡PUM, PUM, PUM!
¡PUM, PUM, PUM!
¡PUM, PUM, PUM!

Si ese día llego a estar tomándome un *smoothie* en el sofá, como el día que José María se presentó histérico porque se había quemado la lengua, juro que se me hubiese vuelto a caer por encima de las tetas del susto. Miré el teléfono y vi que tenía muchas llamadas de José María y algunos mensajes: «¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! Tu madre va para tu casa y no va sola». La loca casi me tira la puerta abajo de forma literal, porque lo primero que hice en cuanto llegué a Madrid de Portugal fue cambiar la cerradura de mi casa por si acaso. Más rápida que Flash, me levanté de la cama y fui hasta el cuarto de Beto (por el camino pillé a Macaulay y arrastré a Petulante de un brazo) y les grité: «¡Meteos en el cuarto de la fregona y NO salgáis hasta que yo os lo diga! ¡Ninguno de los tres, perro incluido!». Y no fue una advertencia, sino una amenaza. Me dio tiempo a esconderlos antes de recibirla a ella y, cómo no, a sus dos sicarias: María Servanda, la madre de José María, y María Escarlata, su «asistonta» y prima de José María.

Hablemos de mi madre… No nos llevamos bien. Es una persona controladora, perfeccionista, maniática, preocupada por el qué dirán, obsesionada con las apariencias y sufre de cronopatía. Siempre

quería aprovechar al máximo el tiempo y rentabilizarlo absolutamente todo. Además, es de las que no acepta un no por respuesta; no descansa hasta salirse con la suya, y puedo asegurar que siempre lo consigue porque es… incombustible, por decirlo de alguna manera. Nunca la he visto dar su brazo a torcer por nada, y, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien la pare.

Los hijos nacemos creyendo que queremos a nuestros padres y que ellos nos van a querer a nosotros también, pero yo no. Aun así, hubo una época en la que intenté quererla, pero ella lo saboteaba y lo arruinaba todo: mis relaciones, mis ideas, mis sueños… Así que, harta, opté por centrar mis esfuerzos en odiarla y en evitar parecerme a ella en lo más mínimo.

Total, cuando mi madre entró en mi casa y sin mi permiso, yo llevaba tres años sin verla, ni ganas, y la tenía bloqueada de todos lados porque prefería no saber de ella. En mi terapia, me di cuenta de lo agotador que resultaba odiarla y, simplemente, centré esfuerzos en ignorarla y mantenerla lo más alejada posible de mí. Entró creyéndose la mismísima Margaret Thatcher, con un traje chaqueta terminado en una falda lápiz de color azul de Prusia, sus perlas, un bolso nuevo de Michael Kors y sus dos palmeras. Las recibí a las tres como se merecían: en bata, con un moño, la camiseta de Bon Jovi y unas Crocs rosas comodísimas. Ella, que ya me conocía, no se hizo la sorprendida y adoptó la misma actitud que Miranda Priestly en la primera escena de *El diablo viste de Prada*, se quitó las gafas de sol y, con leves movimientos de cabeza, empezó a examinar el terreno. Lo escaneó todo con la mirada menos a mí, que me dejó para el final. Tras medio minuto de análisis a la velocidad de una libélula, por fin hizo como que se percató de mi presencia y, con

un barrido de abajo arriba (y otro de arriba abajo), clavó sus ojos en los míos. Estoy convencida de que esto lo ensayó igual que el Petulante ensaya sus saludos en el espejo. Finalmente, me dijo muy seria y más seca que un polvorón:

—Y bien…

—¡Joder, qué susto! —exclamé yo cuando María Escarlata asomó la cabeza por detrás de un hombro de mi madre, con esa cara tan blanca y sin expresión que tiene. Yo la miraba y juro que no sabía si estaba viva o llevaba cien años muerta. Y pensé: «¡Hija de puta, qué fea eres!». Pero no lo dije, para que después me acusen de no tener modales y ser una «incorrecta».

—Ji, ji, ji —vocalizó, por decirlo de alguna manera, con esa vocecilla repelente y de ultratumba. Después, entró en escena su tía, la madre de José María, y se sacó un rosario del bolso, se santiguó y empezó a decir un montón de cosas sin sentido, porque mi look de portera de Argüelles le generó la misma impresión que a mí el fantasma de su sobrina.

—Hola, madre. Cuánto tiempo… —le dije educadamente.

—Y bien… —volvió a repetir ella misteriosa. Esa técnica la utilizaba muchas veces y con mucha gente. Iniciaba una frase con dos palabras que parecían una invitación a confesar algo antes de tu sentencia de muerte y esperaba unos minutos en sepulcral silencio sosteniéndote la mirada, a ver si funcionaba. En mi infancia surtió efecto, pero ahora ya no, así que añadió—: ¿Dónde está?

La empatía de mi madre partía de la base de que ella consideraba que las muestras de afecto son un mal ejemplo en la educación de cualquier niño. Según su mentalidad, eso derivaba en niños «apocados, pusilánimes y mal criados». Por eso, jamás me dio un

abrazo o un beso en público, y en privado lo evitó también. Las veces que lo hizo por protocolo, simplemente me ponía la mejilla para que se los diese yo a ella y después se limpiaba con una servilleta. Total, no hubo dos besos en nuestro reencuentro.

—¿Dónde está el qué? —le pregunté pensando que se refería a ~~su~~ mi Macauly, pero con ella nunca se sabía…

—El GAY —respondió inexpresiva, y me pilló en bragas, pero tan en bragas que hasta dije la verdad.

—Lo he escondido en el cuarto de la fregona. —Por detrás, María Servanda seguía murmurando tonterías y haciendo la señal de la cruz sin parar.

¿Por qué le pedí a Beto que se metiera en el minúsculo cuarto de la fregona? Creo que es obvio: mi madre era *snob* y homófoba, así que jamás se le ocurriría mirar ahí dentro. Ella toleraba a los gais (que no a los «maricones», esa palabra no la ha pronunciado en su vida), pero, cuando se refiere a ellos, lo pronuncia a la española: «Gais» y alarga la a. Supongo que en su croquis mental pensaba que así podía parecer que hablaba de otra cosa distinta. En todo caso, mi madre «toleraba» a aquellos que eran de buena familia, abogados, politólogos, banqueros, etcétera. También valoraba positivamente que fueran «discretos en su naturaleza» (que no parecieran maricones, vamos) y «detallistas». Esto último significaba que aportaran generosas donaciones al partido y, concretamente, a cualquier iniciativa suya. Si un gay reunía esas características, entonces, podría llegar a «disculparlo», pero, como mi Beto no encajaba en ese perfil, me pareció mejor idea no hacerlos coincidir.

—Qué graciosa eres… Y qué ingenua, debo matizar… —dijo con una sonrisa que solo se podía explicar si estaba tomando relajantes

musculares, y continuó—: ¿Pensabas que podías esconderte de mí para siempre? ¿Que no me iba a enterar? ¿Que no sabía lo que estabas haciendo? ¿Con qué clase de personas te relacionas para seguir poniéndonos en evidencia a tu padre y a mí?

Lanzó muchas preguntas al aire y no sabía cuáles eran faroles y cuáles no. Estaba convencida de que antes de venir había vuelto a contratar a Rufino, un policía retirado que le hacía las veces de detective privado, para averiguar algo. Pero ¿qué sabía exactamente? ¿Se referiría a Macaulay? ¿A Félix João? ¿A Beto? ¿A su futuro nieto? Vete tú a saber… Lo único que tenía claro es que, como de costumbre, estaba intentando manipularme hablando en nombre de mi padre todo el rato, pero lo que ella no sabía es que yo no tenía ningún secreto con él, porque mi padre sabía que estaba en Madrid, que lo había dejado con el portugués y que había que meter a José María en la famosa lista. Mi padre sabía todo eso porque, básicamente, era mi Dios sobre la faz de la Tierra, mientras que ella era un puto pelo enquistado y lleno de pus en el perineo. Y puedo asegurar que no hay sitio más incómodo para que se te enquiste un pelo y te salga un grano. En toda su perorata cargada de reproches, pronunció cuatro veces la expresión: «Gente de buena familia».

—¿Y a quién te refieres con «gente de buena familia», madre? ¿A mis amigos o a estas dos? —dije fulminando con la mirada a la sicaria y a la asistonta. Luego añadí—: Porque estas de apellido «de buena familia» irán sobradas, pero los relojes los venden a mitad de precio para que nadie se entere de que no tienen ni un puto duro.

Por interés, que no por gusto, María Servanda y María Escarlata siempre se habían visto obligadas a soportar y a celebrar a mi madre. La primera se ha arrastrado sin dignidad alguna por muchos

motivos, el último de ellos, su hijo para meterlo en una lista con puesto de salida para ser diputado, aunque esa medallita era más bien mía; y la segunda era una inútil cuyo único mérito en esta vida ha sido ser un perro faldero, es decir, ser la sustituta de Macaulay para mi madre. Cuando la contrató como asistente, la tuvo que tener el mes anterior haciendo cursos privados que valen una pasta para que en su currículum figurase algo más que la ESO, pero se lo pagó, porque en política, y a la larga, salía rentable tener a tontos a tu lado, de ahí lo de «asistonta». Así que me enervaba que esas dos víboras fuesen de dignas por la vida porque, en verdad, eran un par de arrastradas con título nobiliario, pero sin dignidad ni inteligencia, ni dinero tampoco.

—La mudez podría evitarte más de un disgusto, María Pradera. Modera tu tono y tu vocabulario —me riñó—, que no estamos ni en un corralito argentino ni en una manifestación independentista de catalanes —dijo con desdén. Y empezó a hacer lo que mejor se le da: tocarme los cojones que no tengo.

Se paseó por el salón y siguió inspeccionando. Pasó el dedo índice por cada rincón sin quitarse los guantes, por todos los muebles, marcos de los cuadros, macetas, tele, jarrón y hasta mi réplica del guerrero de terracota.

—María Escarlata, ¡apunta! —ordenó—: Llamar a Evelyn III para que venga esta semana a limpiar la pocilga.

Según ella, la «pocilga» era mi casa, pero puedo asegurar que estaba limpia.

—Por supuesto, doña Iluminación —respondió la fea al instante y, como hay mucha gente sensible, voy a matizar que con «fea» me refiero a fea por dentro.

Anotación para quienes no la conozcan: mi doña madre está disociada perdida y mezcla sin control lorazepam, lexatin y barbitúrico para dormir (y para sonreír). A veces, a esa combinación añadía algo de Marie Brizard, Pastis o Calisay.

—¿Quién es Evelyn III? —pregunté, y, la verdad, no sé ni para qué lo hice, porque aún me encendí más…

—Hemos tenido que contratar a una persona de servicio extra por tu padre… Y, como comprenderás, no puedo aprenderme el nombre de todas las criadas. Bastante tengo con lo que tengo, y lo que tengo es mucho peso sobre mis hombros…

Evelyn fue la primera empleada que recuerde y, después de ella, todas pasaron a llamarse igual, lo que no sabía era que ahora tenía tres.

—Es verdad, usted es una persona con muchas obligaciones, doña Iluminación —dijo una de sus dos súbditas. No importa cuál, porque esa mañana estuvieron dándole la razón a cada frase y recordándole lo maravillosa que era: «Sí, doña Iluminación», «Por supuesto, doña Iluminación», «Sus deseos son órdenes, doña Iluminación», «Cague cuando quiera y le limpiaremos el culo con un trapito blanco destilado, doña Iluminación». Así todo el rato, pero lo escribo una sola vez para que se entienda lo insoportables y lameculos que eran.

—Por cierto, ¿cuántos hidratos estás consumiendo al día? Te veo más gorda —dijo sin venir a cuento cuando se cansó de moverlo todo de sitio.

—Y tú deberías dejar de hacer tantos esfuerzos o se te van a soltar los hilos tensores… —Y era muy cierto. Ni las gafas de sol le disimulaban que se acababa de estirar toda la cara con alambres

como mínimo… Pero, para disimular lo del embarazo, me inventé que soy una *crossfit lover.*

—¿*Crossfit*? —le preguntó a las otras dos—. ¿Eso es esa actividad que se practica levantando ruedas de tractores?

—Sí, señora —aclaró María Servanda dando demasiados detalles para no ser ella nada de eso—. También trepan por los árboles como los monos, se arrastran por el barro como las lombrices, hacen pesas con pedruscos como los orangutanes y terminan con las manos igual o peor que un aceitunero.

—¡AAAAAARRRGGGGGG! —gritó de repente María Escarlata interrumpiendo la discusión con mi madre. Se asustó al ver a Macaulay, que hizo una entrada triunfal para poner a esas tres brujas en su sitio. Llegó moviendo sus patitas y haciendo piruetas, porque mi perro es una puta estrella. Mi madre no lo reconoció porque esa semana le puse un look inspirado en Cindy Lauper y llevaba un tutú de cuero, mechitas y un montón de cosas más. María Servanda pensó que era un demonio y sacó una botellita de agua bendita de no sé qué Virgen del bolso e intentó rociarlo mientras recitaba: «Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos, Señor, Dios nuestro…», pero él lo esquivó y les enseñó los dientes, y no las mordió porque está adiestrado y sabe lo que significa «no». Eso sí, no le regañé cuando le quitó el rosario y lo trituró con los dientes antes de irse.

—¡¿Qué engendro es ese, María Pradera?! ¿Qué tan difícil es ser una buena hija para ti? ¿Qué tan mal nos hemos portado tu padre y yo contigo? ¡Ay, señor! ¡No puedo más con esta niña! —se lamentaba, y se dirigió a su amiga en busca de consuelo (y puede

que de la petaca también)—: Dime, María Servanda, ¿acaso no soy una buena cristiana?

—¡Sea fuerte, doña Iluminación! —dijo la otra chalada tomando a mi madre de las manos—. No dude de su fe. ¡Usted y su fe son fuertes! ¡Siempre lo han sido!

—Gracias, amiga… Solo tú sabes el bochorno que he tenido que pasar en estos últimos tres años… Solo tú sabes la cantidad de veces que he tenido que agachar la cabeza… En el club, en la iglesia y ¡hasta en mi propia casa! Porque incluso mis criadas cuchicheaban… —Se sacó un pañuelito de seda blanco e hizo ver que se secaba una lágrima.

—¡Qué horror! No diga más, lo recuerdo perfectamente… Yo en vano invoqué mis apellidos para ayudarla a atajar toda aquella rumorología que se generó, pero en vano fue… Usted ya lo sabe… ¡Y mire que mis apellidos siempre me habían funcionado para todo! Pero esas arpías siempre le han tenido tanta envidia… Es normal, usted es vicesecretaria y ellas no, pero intentaron aprovecharse de la coyuntura y no hacían más que cotorrear acerca de su hija y de la secta en la que se había metido…

Mi madre tiene muchos rivales dentro del partido. En política, el peor adversario siempre es el que está dentro. Uno de fuera no puede quitarte el puesto, y hay un sinfín de cosas que no sabe. Por eso, muchas de sus «mejores amigas» intentaron utilizarme a mí para desacreditarla públicamente cuando estuve en Braganza. Se inventaron lo de la secta mientras mi madre averiguaba dónde me había metido realmente y, a su vez, trazaba un plan creíble para poner fin a los rumores. La noticia corrió como la pólvora por todo el Residencial, y con la noticia me refiero al bulo de: «La hija de la

vicesecretaria ha ingresado de forma voluntaria en una secta en Nebraska». Se llegó a decir que la secta era satánica, que sacrificábamos animales (por eso había «secuestrado» al perro) y también se inventaron que me había «transformado» en hombre y que, como en una película de Almodóvar, un día regresaría para buscar venganza y captar a jóvenes confundidos por las ideologías de género, para reclutarlos y así iniciar toda una conspiración de cambios de sexo en toda Parla. Todo me lo chivó José María, yo ni me enteré. Estuve incomunicada un tiempo, cambié de número de teléfono y Parla me la soplaba. No obstante, estoy convencida de que José María llegó a creer por un momento que me había convertido en un hombre trans, y seguro que hasta lloró. Supe que hasta las altas esferas estuvieron a punto de intervenir, pero al final no hizo falta. Mi madre apareció un domingo por el club disfrazada de Barbie jardinera, con una caja llena de bolsitas eco envueltas con lacitos del color del partido, dentro de las que había semillas con algarrobos. Muy feliz y sonriente, las repartió entre sus mejores amigas y narró, como si fuéramos amigas y nos llamáramos cada día para contárnoslo todo, que yo me había ido a hacer un voluntariado medioambiental de reforestación de los bosques portugueses y que estaba muy radiante plantando algarrobos. Tanto que hasta había enviado una caja con muestras orgánicas para toda Parla. Nadie la creyó, pero convenientemente saltó otro escándalo sobre corrupción e infidelidades que volvía a salpicar a la realeza y a muchos negocios de gente de Parla, por lo que se corrió un tupido velo con el tema de la secta.

—María Pradera, hace mucho tiempo que dejaste de tener quince años… —empezó a decir mi madre en tono grave—. ¿Nunca vas a

sentar la cabeza? ¿No has aprendido nada de lo que te enseñé? ¿Por qué estás empeñada en no seguir el buen ejemplo que te doy, el de la excelente educación que te hemos pagado? Esta época moderna, egoísta y de poca comprensión hacia los padres no justifica tu comportamiento, pero una cosa te voy a decir: ¡torres más altas he derribado!

—Pero ¡¿de qué hablas?! ¿Qué ejemplo? ¿Qué me has enseñado tú? ¡¿A ser una MANTENIDA?! —estallé, y mira que me mordí la lengua… Pero, finalmente, agotaron mi paciencia.

—Una mujer vale lo que vale su matrimonio, María Pradera. Nunca lo olvides.

—Y ella sigue sin marido… Ji, ji, ji —murmuró el esperpento de la María Escarlata mientras continuaba apuntando cosas en su libreta.

—¡Qué fácil es hablar! Qué fácil es jugar a ser independiente cuando tu economía está resuelta… Pero, dime, ¿qué has alcanzado por ti misma en esta vida? ¿Qué has hecho sin tu padre o sin mí? ¿Qué has conseguido llevándome la contraria? ¿Quieres saberlo?

No le contesté porque me entró un sofoco repentino y estaba tratando de disimularlo, pero ella siguió atacándome con ese tono que trataba de ser aséptico, porque ella nunca revela sus emociones, pero no lo era porque elevó un poco el volumen.

—¡Por supuesto que no lo quieres saber! Porque a ti las obviedades nunca te ha gustado escucharlas. Pero soy tu madre y tengo todo el derecho del mundo a decirte algo que no es ningún embuste; ¿a qué te ha conducido jugar a llevarme la contraria? A ser una impertinente, a no comportarte como una mujer de verdad y a relacionarte con muertos de hambre. ¿Y sabes a qué más te ha llevado? A que te roben, te utilicen y te abandonen.

Y, si aún no había tenido suficiente, mi doña madre añadió otra perla más, un comentario que se me quedó clavado como una estaca y terminó de cabrearme, porque ella, si no remata, revienta.

—El rechazo de las evidencias es la verdadera tumba de los quereres, María Pradera.

—PERO ¡¿TÚ QUIÉN TE HAS CREÍDO QUE ERES?! ¿Sabes lo que serías si no fuese por TU marido? ¡¿Lo sabes?! Pues también te lo voy a decir, ¡claro que te lo voy a decir! Si no fuera por MI padre, seguirías siendo una acomplejada y una borracha, porque, te guste o no, eres una paleta de un pueblo de Vitoria, ¡un pueblo en el que solo erais tres y una cabra! Puedes intentar ir de fina todo lo que quieras, puedes meterte en política y puedes inventarte una vida también, pero a mí jamás me vas a engañar. Y te digo una cosa más: NUNCA voy a ser como tú, porque, antes de parecerme a ti lo más mínimo, ¡me bebo un vaso de lejía y le hago un favor al mundo!

Según Freud (y mi psicóloga), mis esfuerzos por no parecerme a mi madre acrecentaban nuestro parecido. Durante mi infancia, me culpé por no haber sido lo suficientemente «perfecta» para ella, pero llegó un momento en el que acepté que eso no iba a cambiar; hiciese lo que hiciese, nunca iba a ser suficiente. No importaron mis esfuerzos o mis intentos por agradarla, nunca iba a estar a la altura porque yo no era como ella, ni lo pretendía. Por eso, cuando me cansé de pelear, simplemente me alejé. Eso la enfureció todavía más, y no hacía más que provocarme, pero yo hacía muchos esfuerzos por no entrarle al trapo. No obstante, aquel día me fue imposible.

—¡Jesús, qué mal te ha sentado la montaña! —mencionó sin mostrar la más mínima emoción. Si mis palabras le afectaron, no lo

pareció, y, dirigiéndose a su secretaria, volvió a provocarme—: ¡Tú! Apunta: solicitar hueco con el doctor Gutiérrez para que le revise la medicación. Y dame eso también.

—No pienso ir a ver a tu psiquiatra —la desafié mientras Escarlata le daba una petaca. Le dio un trago y le pidió a sus adeptas que se marcharan a la cocina, porque lo que venía a continuación era privado.

—Lo harás, por supuesto que harás lo que yo te ordene… Vas a ir a ver al doctor, vas a tomar medicación para los nervios, vas a hacerte cargo de tus responsabilidades y vas a entrar en razón, porque se están renovando las presidencias y los cargos orgánicos, y, si te gusta vivir bien, quieres tan solo un poquito a tu padre y le deseas que le vaya bien en los negocios, vas a proyectar la imagen que YO te diga, dentro y fuera del partido. ¿Estamos?

Se puso muy seria, tanto que hasta tragué saliva y, a continuación, dejó muy claro que no se trataba de una negociación.

—Tú quieres que tu amigo sea diputado, ¿no? Pues yo no quiero ningún escándalo hasta volver a ser la vicesecretaria de organización. Así que todas esas cosas vas a hacer, y te digo más: no lo vas a hacer por mí, lo vas a hacer por tu padre… —Y, como siempre tiene que rematar, añadió—: Y hazte un favor a ti misma: arréglate un poco y ponte a dieta, con estas pintas ni con el apellido voy a conseguir presentarte a un hombre decente…

—Tú estás flipando —fue lo más fino que se me ocurrió decir.

—María Pradera, hija… —continuó condescendiente—, la salud de tu padre es delicada y el doctor le ha recomendado todo menos sobresaltos. ¿Sabías que tiene la tensión por las nubes? ¿Sabías que

ahora duerme con un respirador? ¿Sabías que le dio un infarto y estuvo todo un mes ingresado?

No sabía si lo que estaba diciendo era verdad o mentira, pero, independientemente de la veracidad de esas palabras que salían de una lengua viperina, su insinuación me pilló desprevenida. Algo cambió en mi cara. Ella se percató y prosiguió con su teatro.

—Vaya, vaya… ¿No lo sabías? Qué raro… Con lo bien que os lleváis tú y tu padre… Pensaba que os lo contabais todo a mis espaldas, que os teníais mucha confianza mutua… ¿Cómo puede ser que no estuvieras informada de algo tan grave? Si eres una hija modelo, siempre tan atenta, tan preocupada, tan de tu padre…

Eso me hizo daño, y cuando me quedé sola me rallé mucho pensando (o mejor dicho malpensando) en la posibilidad de que mi padre no confiase en mí para lo importante. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿No me quería preocupar? ¿No me consideraba alguien responsable? ¿De verdad había estado mi padre un mes ingresado y no me dijo nada? ¿En qué lugar me dejaba eso? ¿Qué clase de hija era yo? ¿Nos habíamos distanciado? Siempre me había sentido escuchada por él, desde cuando le contaba emocionadísima todas las especies de dinosaurios que había descubierto hasta las rayadas mentales de mi primer novio, y él siempre sabía encontrar las palabras adecuadas para motivarme y para lo más importante: sacar tiempo para mí.

—No llores, hija. La vida es así… De repente, un día nos damos cuenta de que el tiempo es limitado. Nos preguntamos quiénes somos, qué hemos hecho con nuestra vida y nos entran las prisas por arreglar las cosas… Pero tú tranquila, aunque tu padre y yo no estemos en este mundo para siempre, te ayudaremos a sentar la

cabeza, encontrar un marido y que seas madre y puedas formar una familia decente antes de irnos… —dijo jugando a ser mi salvadora, porque estaba visiblemente afectada. La idea de que mi padre me pudiese faltar era una crueldad para la que no estaba preparada. Y menos estando embarazada—. ¿Sabes? Cuando seas madre, y solo entonces, entenderás el infierno por el que me has hecho transitar tantas veces…

La ignorancia es atrevida y divertida, y ese último comentario hizo que se me escapase una risa.

—¿Te resulta gracioso todo lo que te he dicho? —preguntó asombrada.

—Pues, mira, sí. No tenía pensado decirte nada, pero ya que ha salido el tema y que eres la única que falta por saberlo, te lo voy a decir: ¡enhorabuena, vas a ser abuela!

Acto seguido, me miró a los ojos. Pestañeó, como siempre hace en las incómodas entrevistas con periodistas para ganar tiempo, volvió a pestañear, lo hizo una tercera vez, después miró mi barriga, me volvió a mirar a la cara y entendió que no era un farol. Dicen que las abuelas huelen estas cosas. ¿Qué hizo? Caer desplomada en el sillón, pero de un modo que ni la mejor actriz de Hollywood. ¿Quién es capaz de desmayarse con tanta elegancia? Tuve que pegar una voz, y todos los que había desperdigados por la casa la ayudaron a incorporarse. Mi madre no pesaba ni cuarenta kilos, pero yo pasaba de cargar peso. La madre de José María me preguntó si su hijo era el padre. No sé si porque le hacía ilusión ser abuela o porque le interesaba emparentar a nuestras familias. Seguido, entró Beto con Petulante. Las tres Marías me tenían muy harta y solo quería que se fuesen; quizá, por eso solté la bomba. Pero me daba igual, yo

estaba de doce semanas y ya no había marcha atrás, que se enterara toda Parla era cuestión de un par de wasaps, me la soplaba. Yo lo único que quería era hablar con mi padre, porque hacía un par de semanas quedé con él para comer y darle la sorpresa y no me comentó nada de lo que mi madre había insinuado. Por cierto, ella suele ir a clínicas y centros de salud privados, a los hospitales públicos no va ni de campaña electoral. Así que, como quería hacerla enfadar cuando recobrase el sentido, le gestioné una ambulancia que la mandó a un hospital universitario, para que rabiara un poco cuando se despertara y se viera entre la *second class*.

—Pues ya habéis conocido a doña María Iluminación, mi madre —les dije a Beto y a Petulante cuando, por fin, nos quedamos solos.

26

El supermartes

JOSEMARI

Mi rutina diaria siempre ha sido muy sencilla: me despierto y sufro. Pero hubo un día en que esto no fue así. Hubo un día en el que me desperté y todo fue bien. Los acontecimientos transcurrieron de una manera sencilla y no paraban de llegarme felicitaciones y mensajes de apoyo. Me refiero a mi supermartes, o el día que fui presentado oficialmente como uno de los miembros de la lista de mi partido para las próximas elecciones a la Comunidad de Madrid, que iban a tener lugar en apenas un par de meses. La jornada previa fue muy dura; hubo mucho estrés y muchos nervios durante el proceso de votación de los afiliados para escoger a sus representantes. En esos periodos, todo son difamaciones y guerras internas. Pradera me dijo que no me preocupara, que lo tenía todo controlado, pero a mí algo me decía que no me podía relajar. No me fiaba de mi prima y no pensaba quedarme de brazos cruzados en un momento tan crucial para mi carrera política. Todo voto siempre cuenta, y todas las votaciones eran trascendentales, pero aquellas más. Me jugaba estar dentro o no ser nadie. Así que, hasta no tener un resultado definitivo

sobre la mesa, no podía respirar aliviado. Por eso, me administré dos váliums y tres Fortasec e hice lo que se suele hacer en estos casos: utilizar el reglamento a mi favor y hacer trampas. Nada, una cosa pequeñita y sin importancia para la que tuve que utilizar a Beto de forma indirecta, pero valió la pena. Al final del día, mi nombre empezó a sonar internamente, y mucha gente me felicitó, me escribió y me siguió en redes. Por eso, siempre recordaré mi supermartes como el día más feliz de mi vida.

Dicen que el día más feliz es el de tu boda, pero, como yo no creo que me case porque nadie me aguantaría, mi día más feliz fue mi supermartes. No quiero decir con esto que las cosas con Stephen fuesen mal, pero yo tenía demasiados asuntos que atender y él estaba siempre de viaje por Europa o por los Estados Unidos. El amor es un negocio con muy poco margen de beneficio en comparación con el coste de oportunidad y los riesgos que uno corre. Suelo compararlo con los bonsáis; yo admiro a la gente que cuida de estas plantas tan delicadas, pero es agotador. Requiere demasiada dedicación y pasa lo mismo que con el amor: al final se acaba, ya sea porque te lo quita otro, o porque uno de los dos se muere. Por eso, creo que cuanto antes aceptemos que el amor no existe, al igual que los Reyes Magos o Papá Noel, y entendamos que las relaciones son pasajeras y de conveniencia, mejor nos irá a todos. Aun así, nuestro cortejo progresaba adecuadamente, y cada mañana nos enviábamos una canción para hacernos saber que nos acordábamos el uno del otro. Él me las enviaba en inglés y yo, en español. El día de mi supermartes, le envié una de Camilo Sesto. Luego me arrepentí, porque no quería parecer un antiguo, y le envié otra de Sabina.

Una de las primeras personas en llamarme para felicitarme fue Pradera. Quería asegurarse de que no se me había olvidado que tenía que darle trabajo a Beto. Por eso, lo llamé *ipso facto* nada más colgar, ya que, si no lo hacía al momento, se me olvidaría con la emoción de la jornada. Tardó más de tres tonos en responder, y le pedí por favor que, en época de campaña electoral, estuviese más pendiente del teléfono. Odio a la gente que lo tiene en modo vibración y no se entera de nada.

—¡Veinticinco! —le espeté.

—¿Veinticinco qué?

—Soy-el-número-veinticinco-de-la-lista —anuncié sin enfadarme por no estar atento a la actualidad política y periodística, pero emocionado también. Por eso, separé las cosas: aquella era una llamada de amistad y no de trabajo. No podía exigir nada todavía.

—¿Eso no es muy atrás? —preguntó restándole mérito a la buena nueva.

—El CIS nos dio cincuenta y un diputados hace una semana, ¡Beto, por favor, despierta! ¿Sabes lo que significa veinticinco?

—Por fin vas a ser diputado, ¿no?

—*Of course* —expresé con una pronunciación muy aceptable y le informé de que mañana lo invitaba a desayunar, porque teníamos una campaña que organizar.

Llevaba muchos años preparándome para esto y, además, contaba con el apoyo de papá desde arriba. Esa misma mañana, no pude más que emocionarme y me goteó el lagrimal porque sentí un peso sobrenatural en el hombro derecho y supe que era mi padre depositando su mano para transmitirme fuerza. Sentimentalismos aparte, tenía mucho trabajo por delante. La tarea que me había

propuesto no era sencilla; la juventud jugaba en mi contra en este partido, pero ya había alcanzado la gesta más complicada de todas: estar en la lista de la vice. No obstante, primero debía ganar las elecciones internas y después debíamos ganar las elecciones autonómicas.

Respecto a la tarea con Beto, primero deberíamos establecer una hoja de ruta para sumar más apoyos internos y, a la vez, un plan de comunicación que fuese accesible. Quería romper con todo lo que se había visto y presentarme como un soplo de aire fresco y, para eso, también debíamos ser constantes. En mi análisis global, concluí que la vieja política había aborrecido al electorado con términos confusos y vacíos de mensaje como maniobra de distracción, mientras que la nueva política ofrecía expresiones que estaban de moda para captar la atención fácil, pero no la retenían. En general, faltaban discursos sólidos y, para ser un político sobresaliente, debíamos terminar con todo esto y hacer una comunicación clara, concisa y accesible. Quería que, cuando el electorado me escuchara hablar, dijera: «Cuánto sabe y de qué forma tan sencilla y directa se expresa». Después estaba el tema de la imagen, otro aspecto fundamental y para el que también requería asistencia técnica. No se puede sobresalir si uno no tiene buena planta y denota un poco de estilo y elegancia. Los partidos de Sisi lo llamaban «la izquierda caviar», pero nosotros preferíamos llamarlo *savoie faire*, porque en francés suena más glamuroso. Mi idea era seguir manteniendo mi imagen de pijo en esencia, pero disimular un poco. Quería que se intuyera, pero que no fuera evidente; darle algo de misterio para dejar huella. En la teoría me parecía sencillo, pero en la práctica no sabía por dónde coger este tema. Estaba haciendo una lista de posibles estilismos

cuando recibí una llamada inesperada. Tardé un poco en contestar, me puse muy nervioso y tuve que respirar hondo tres veces antes de responder.

—Felicidades, José María —dijo la vice sin darme tiempo de darle las gracias y la enhorabuena, ya que ella también había renovado su cargo orgánico. Luego añadió—: Ahora, dime: ¿qué está diciendo la gente sobre el padre?

No dijo «Debes responder porque tu futuro éxito depende de mí…», pero no hizo falta. Esas cosas se dan por sentadas en la vieja política. Del mismo modo que anticiparse a los acontecimientos y tener planes A, B, C y D para cuando estallan pequeñas crisis de credibilidad. Con esto quiero decir que la vice volvería a ser vice cuatro años porque su lista había ganado, pero eso no quitaba que sus adversarios quisieran volver a utilizar a su hija como excusa para atacarla y forzar una dimisión argumentando que una madre que no sabe educar a una hija no puede estar en la dirección de un partido de Estado. Además, la prensa no tardaría en hacerse eco de que iba a ser abuela. Por eso necesitaba información, y yo era uno de los mejores amigos de su hija. Ese detalle me hizo entender los intereses ocultos de por qué terminé en la lista.

—La verdad es que nadie se ha sorprendido, doña Iluminación. —No me atreví a llamarla vice en ese momento.

—¿Hay posibilidad de dar marcha atrás? —Estuve a punto de decirle lo que pensaba, pero me callé y no lo hice. Imagino que interpretó mi silencio como un no.

—Está bien… Estoy valorando insinuar que tú eres el padre.

—Eh… Verá… —Eso no lo vi venir—. No quiero contradecirla, pero no sé si eso sonará muy creíble… Ni si su hija…

—Lo sé. Por eso te he dicho que lo estoy valorando y no que lo haya decidido… —Se hizo el silencio de nuevo, y yo no dije esta boca es mía. En política siempre es mejor permanecer callado. Absolutamente todo lo que digas puede ser usado en tu contra. Finalmente, halló la respuesta que buscaba ella sola y terminó la conversación—: Me acabas de dar una idea. Buenas noches. —Y colgó.

Esa llamada me dejó con muy mal cuerpo, mucho más que el mensaje que me envió María Escarlata, «Me las vas a pagar, sucia rata», y que, al instante, editó para terminar poniendo: «Estimado miembro de la lista, mañana se creará el comité de campaña para los próximos comicios autonómicos. Una cita con las urnas muy ilusionante en la que esperamos arrasar. Pronto recibirá indicaciones. Saludos». Ella supo perfectamente que lo había leído, del mismo modo que yo sabía que estaba muy rabiosa conmigo. No sé por qué. ¿A qué venía este interés repentino de María Escarlata por convertirse en cargo público? Le gané la batalla, pero no la guerra, porque estaba claro que había una guerra interna… Los afiliados escogieron a sus diputados entre tres posibles listas cerradas: una apenas obtuvo votos, otra era en la que estaba mi prima y la última, la ganadora, en la que iba yo. Prada me dijo que no me preocupase, pero mi lista ganó por un único voto de diferencia; y esas cosas pasaban muy pocas veces. Malpensando en esto estaba cuando volvió a sonar el teléfono.

—Se me había olvidado una cosa… —Era la vice de nuevo—. Estamos librando una batalla muy encarnizada contra algunas hegemonías y, en este momento tan crucial, hasta los grupos irrelevantes y minoritarios pueden llegar a cambiar la dirección del

voto. No quiero medias tintas contigo, José María. Ha llegado el momento de que des un paso al frente y seas el azote de los de tu… Bueno, de los de tu condición. ¿Lo has entendido?

—¿Se refiere a grupos activistas del tercer sector, doña Iluminación? —Yo creí entender que se refería a grupos LGTBI, pero no sabía qué término utilizar con ella porque pensaba que no sabía que yo era homosexual.

—Llámalo como quieras. Solo espero que no vuelvas a decepcionarme y no hagas ninguna tontería. He apostado por ti, y no debes olvidar a quién debes lealtad y gratitud. Reflexiona sobre ello hasta que nos volvamos a ver… —Se hizo un breve silencio y añadió—: Y deberías mostrar más interés cuando te llama un cargo orgánico.

—Yo aprecio mucho sus palabras, vicesecretaria.

—Pues responder una llamada al tercer tono no es prueba de ello… —Y por fin colgó brusca y definitivamente.

Por definición, «tonto» era aquel que hace tonterías; y una «tontería», según el *Diccionario de la lengua española*, era un adjetivo que se utilizaba para referirse a «una persona falta o escasa de entendimiento o de razón». ¿Fue una tontería afiliar a Beto al partido y, concretamente, a mi agrupación para que él también pudiese votar? A mí no me lo pareció, más bien, todo lo contrario: gracias a esa maniobra maestra de última hora y a su voto, obtuve mi victoria. Más que nunca, hasta el último voto contó. Es cierto que no se lo había dicho y que Beto no sabía que ahora estaba afiliado a mi partido, pero pensaba hacerlo, porque yo no iba a actuar como Sisi. Yo iba a ser sincero y le iba a contar la verdad, porque soy una

persona íntegra y con unos valores sólidos. De hecho, tenía pensado hacerlo en el primer almuerzo de precampaña.

27

El «macho»

Àlex

¡Qué onda, bellezas! Imagino que de pronto les choca que aparezca un nuevo personaje protagónico en esta historia, pero, como ustedes comprenderán, una buena telenovela siempre debe tener una estrella invitada, y esa es la Doña Buchona, mi personaje *drag queen* y por el que soy conocida como la mera-mera, es decir, la más de las dragas mexicanas. Debido a su éxito internacional, la Doña Buchona fue invitada a España a participar en un *reality show* de la televisión chica. Dicho eso, ¿quién no sabía que me encontraba en las Españas filmando el *reality*? Pues únicamente aquellos que viven felices y completamente ajenos a las redes sociales, porque hacía meses que un portal mexicano de pura jotería lanzó una nota filtrando el chisme.

Llegué una o dos semanas después de que mi Betito se regresara a las Españas, pero estos labios estuvieron bien sellados y no le comuniqué nada. No sé cuánto tiempo estuvimos filmando ese programa del demonio, quizá ocho semanas, aunque a mí se me hizo más largo que *Cien años de soledad*. La televisión te quita la

noción del tiempo y años de vida (y si la experiencia es sin celular, más todavía). Oficialmente, me dejaron comunicarme con el exterior en contadas ocasiones mientras alguien de producción me acompañaba checando que no tenía acceso a internet, pero las muy pendejas no contaban con que la Doña siempre tiene un as debajo de la manga: un celular mexicano muy bien escondido. Así que, las pocas veces que alcanzaba algo de intimidad, marqué a mi Betito para darle pistas, pero no de forma explícita, porque el joto no sabe guardar un secreto. Así fue como supe de su grupo de amiguitos y como me echó el chisme de quién era quién y cómo la estaba pasando en Madrid; me platicó de la inventada de Sisi, que yo no asocié hasta mucho más tarde con Samuel… Porque, hermanas, créanme cuando les digo que era bien difícil reconocerle… La jota estaba bien cambiada. Por lo poco que escuché de elle, a mí me pareció una libidinosa más, y mi opinión fue la misma que siempre me dijo mi abuelita: «Más vale oler a azahar que oler a manosear», y ella siempre olió a aceite de almendras. Respecto al licenciado José María, lo chequé y mi opinión fue que, si ese güey se quería dedicar a cosas de la política, más le convenía intentar parecer listo, porque como guapo no iba a engañar a nadie. ¿Y de la *roomie* de mi Betito, qué decir? Me pareció muy chistosa y buena onda desde el principio. Además, me recordaba a la fotografía de mi mamá de joven que siempre guardaba en la maleta de mis viajes. Decidí llamarla Pra; me gustaba más que Praderita. En México acostumbramos a utilizar mucho los diminutivos con la gente que nos resulta familiar, y ella me agradó. Puesto que ella ocupaba ahora mi lugar de hermana responsable respecto a Betohermana, utilicé uno de mis contactos para obtener su celular (con plata, se puede obtener hasta el

número del presidente del Gobierno) y así nos fuimos marcando también para chismear un poquis y nos hicimos *close friends*. Además, amaba volver a tener amistades en España y poder emplear expresiones como: «tía», «joder», «de puta madre» o «cómo lo flipo contigo» cuando nos llamábamos, porque estas son las expresiones que a los mexicanos les resultan más chistosas de los españoles, y a mí casi casi se me habían olvidado.

Todo en Pra despertó mi indiscreción. Quedé fascinado con la historia del portugués (eso me dio material para el primer capítulo del guion de una telenovela si algún día produzco ficción), pero cuando pregunté quién le regó la plantita y me confesó que nadie, porque se había autoembarazado, la amé aún más, porque me demostró ser una mujer fuerte y decidida y no solo una excéntrica deschavetada. También me sentí muy agradecido por mi Betito porque, nuevamente, mi Virgencita obró el milagro e hizo que bajaran los ángeles y se iluminase el cielo para él; al lado de esa loquita estaba en buenas manos, y uno podía respirar tranquilo, porque su mamá la fregó un poco cuando lo cocinó… Quiero mucho a ese chamaquito, pero es demasiado inocente. ¿Qué les puedo decir de él la primera vez que lo vi en CDMX? Pues me inspiró la misma lástima que una cría de foca perdida en el Ártico mientras es perseguida por cazadores furtivos. No quiero ni imaginar cómo podría haber terminado su historia sin mi intervención y mi amistad cuando llegó a mi país de adopción. Por lo tanto, saber que vivía con Praderita me daba tranquilidad, porque esa señora, al igual que los cactus, los animales y los niños, era buena para Beto y le hacía también de hermana mayor. Así que la única persona que sabía qué día terminaba de rodar y qué día quedaba liberada de la productora

para volver a disponer de mi tiempo y de mi vida era Pra. Pero, antes de que me encontrase con ella por primera vez en persona y fuera de las llamadas que producción me permitía hacer bajo estricta vigilancia, quisiera platicarles de la persona que se esconde detrás del personaje de la Doña Buchona y que soy yo, Àlex. Es decir, quisiera que conocieran un poco al «macho». La historia se sentirá fuertecita, pero, híjole, es que si no lo hacemos de este modo no entenderán de dónde proviene todo el alma y la energía que le pongo a la Doña. Así que vayan comiéndose un bolillo para el susto, porque esto los va a hacer temblar.

De chiquito fui niño único, es decir, en mi familia he sido hijo único, sobrino único y nieto único. Todo único. Esto es relevante porque hace que todo se sienta más fuertecito. No conozco a mi papá. Abandonó a mi mamá a los meses de yo nacer (o, mejor dicho, nunca llegó a separarse de su mujer para formar una familia con mi mamá). No sé mucho de esa historia, solo lo poco que me platicó mi abuelita, que es la persona que más amo en esta vida. Ella fue quien me narraba la historia de vida de mi mamá: me explicó que de chiquita siempre había sido la muchacha más alegre de Badalona y que se la pasaba jugando, saltando, bailando y leyendo. A mi mamá le encantaba leer y decía que de grande iba a ser abogada, pero eso no pudo ser. Cuando la abuelita se separó del abuelo, a mi mamá le tocó cuidar de su hermana pequeña, buscar un trabajo parcial y ayudar con la casa. La separación de la abuelita lo cambió todo y pasaron de vivir bien a disponer solamente de un colchón y un tocadiscos. El tocadiscos fue lo único de valor que la abuelita alcanzó a llevarse de la casa del abuelo cuando se marcharon y, más tarde, se convertiría en la única reliquia familiar.

Me crie en una estancia muy pequeña en lo alto de un edificio del barrio del Raval de Barcelona a la que llamábamos la Buhardilla. Era de difícil acceso; debíamos atravesar unas estrechas escaleras de caracol y al final, justo antes de entrar, nos obligaba a inclinarnos para caber. La puerta de acceso a la Buhardilla era muy chiquita, y mi mamá decía con amargura: «Hasta la propia casa nos obliga a agachar la cabeza para recordarnos que somos pobres». Pero estas circunstancias no mermaron su carácter durante su juventud, porque estaba convencida de que la vida era larga y todo mejoraría en un futuro no muy lejano. Conoció a papá ilusionada y llena de sueños por cumplir, y él le hizo una promesa que no olvidó jamás: le dijo que la dejaría estudiar en cuanto formasen un hogar «como Dios manda» y tuvieran un par de hijitos. Pero eso no sucedió, porque llegué yo y mi papá desapareció. Sus sueños e ilusiones pasaron a un segundo plano de nuevo y no le quedó más otra que chambear más de catorce horas al día para sacar adelante a su hijo y a una madre cada vez más dependiente, porque su hermana se fue detrás de un noviecito sevillano y las dejó atrás.

No quiero que piensen que mi mamá me maltrató. Por lo menos, no fue violenta. No me pegó ni me gritó. Ella era orgullosa y decía: «A lo hecho, pecho». Eso sí, la señora tenía brotes de ira espontáneos y, alguna vez, la encontré llorando en la cocina mientras estrellaba vasos contra el piso. Estaba deprimida y muy triste; y se sentía muy desgraciada, muy engañada y muy frustrada, pero evitaba exteriorizarlo. Nunca le ha gustado ser de esas personas que se la pasan lamentándose todo el tiempo. No obstante, se le agrió el carácter y se volvió una mujer reservada, huraña y melancólica. Todos los días llegaba devastada de algún

turno, se sentaba en el sofá, encendía el televisor y se quedaba dormida con la cena a medio terminar. Dormía en el sofá desde que yo pegué el estirón, porque apenas cabíamos en la Buhardilla. Cuando se quedaba dormida con la cuchara de la sopa en la mano, yo le quitaba los zapatos, le acomodaba el cabello y la acostaba. Después, ayudaba a la abuelita a fregar los platos. Para mi mamá, fue muy duro cuidar a un hijo al que no tenía claro querer. Mi abuelita sabía lo que su hija pensaba y se esforzaba en disimularlo dándome todo el afecto que no recibía de ella. Nunca me culpó directamente de sus desgracias, pero no hizo falta porque vivíamos juntos; y, a veces, las palabras no son necesarias para decir las cosas. Si mi mamá pudiese volver el tiempo atrás, no hubiese sido mamá; por lo menos, no en esas condiciones. De eso nunca tuve dudas, pero aprendimos a querernos.

La relación se suavizó cuando empecé a llegar a casa con las mejores calificaciones de la escuela. Eso la hacía sonreír y, con ello, empezó a parecerse un poco a la mamá que yo tenía idealizada: una joven de cabello largo color caramelo, lentes de sol y falda blanca al viento que sonreía a la cámara en la única fotografía que conservo de ella. Mi mamá me demostraba su amor trabajando para que tuviese un plato de comida y pudiese estudiar, y yo decidí corresponderle del mismo modo: puse todo mi empeño en ser el mejor para hacerla sonreír más y le dije que de mayor iba a ser abogado por los dos, lo que le devolvió un poco la ilusión. Me decía: «Tú serás la esperanza de esta familia. Tú vas a ser quien nos saque de esta miseria». Contenta con esa idea, a veces, hasta llegó a tararear alguna de las canciones que tanto le gustaban a la abuela.

Durante muchos años traté de ser feliz haciendo feliz a mi mamá, porque me parecían muy injustas las cartas que la vida le había repartido. Me parecía muy triste que sus sueños se hubiesen frustrado tantas veces, que mi papá no la hubiese amado o que su hermana desapareciera egoístamente dejándola más sola aún. Merecía ser feliz y recuperar la luz de la chamaquita de la fotografía… Porque mi mamá era tan bella… Podría haber sido modelo o actriz, me recordaba a la Ingrid Bergman. ¿Puede un hijo devolver la luz a una mamá que se ha perdido en las sombras? La respuesta es negativa, porque cuando uno crece, madura y se empieza a hacer preguntas, por desgracia, comprende que una cosa son los sueños de una madre y otra muy distinta son los sueños propios. Fue muy doloroso darme cuenta de que yo quería algo diferente a lo que le había prometido, que quería vivir mi vida a mi manera y que lo que a ella le hacía feliz a mí me marchitaba. No imaginé que me iba a convertir en la Doña Buchona, jamás, pero sabía que no quería ser abogado y que me gustaba cantar. Descubrir esta verdad en un karaoke fue el peor parteaguas de mi vida. Piensen que yo llevaba años y años estudiando para ser funcionario del Estado y, justo cuando acababa de lograrlo y obtuve mi plaza con un salario fijo, vacaciones, pagas extras, seguridad social, seguro dental, médico privado, un estatus…, descubrí que eso no me hacía feliz…

Salí con unos amigos a festejar mi oposición. Era carnavales, y Samuel vino con nosotros. Por iniciativa suya terminamos todos en un karaoke de vestidas y con medias en las chichis. A mi mamá nunca le gustó que perdiera el tiempo en festejos, pero ese día hasta no le pareció mal. A mí jamás nadie me había escuchado

cantar, solo mi abuelita y en la más estricta intimidad, por lo tanto, subirme a un escenario supuso superar un miedo escénico que ni sabía que tenía. No sé cuántas canciones canté, pero sé que fueron muchas porque el público enloqueció en esa sala y me pedían una detrás de otra. Ahora, hubo una última que lo cambió todo. La canción se llamaba «Huelo a soledad» y era de Ana Gabriel, la artista favorita de mi abuelita. El escenario, los focos, la gente… Todo se paralizó en ese karaoke y pareciera que solo estuviéramos yo, mi dolor y un micrófono. Cada palabra se convirtió en una manifestación artística de mi desesperación, mi dolor y mi desgarro… El público ni respiró, yo me dejé llevar y, cuando terminé de cantar, todos estábamos llorando en esa sala. El silencio se prolongó hasta que arrancaron los aplausos. Por primera vez, me había ganado el favor del público, y eso, sin yo saberlo, había sellado mi suerte. Fue una revelación y fue muy dolorosa. Significaba enfrentar a mi mamá, partirle el corazón y perderla. Yo no quería hacerle daño, así que hice lo más fácil: huir… Y la regué bien regada. Vamos, que la cagué.

Hasta la fecha, yo había hecho todo lo que se esperaba de mí, y lo había hecho bien, pero no podía seguir por un camino que no era el mío. Era algo que, poco a poco, iba a dejarme sin luz… Y sabía qué sucedía cuando una persona no perseguía sus sueños. Durante demasiados años había observado a mi mamá. Mi mente había almacenado cada gesto, su expresión, el modo de andar, de hablar, de comunicarse y hasta de ver el mundo… Y en absolutamente cada una de esas imágenes podía leerse la tristeza… Y yo no quería eso para mí, porque no me parecía justo. Debía hacer algo, y lo hice, pero… ¿En qué me convirtió mi huida? ¿Fui un valiente o un

cobarde? Empaqué mis pocas pertenencias y me fui a París a probar suerte. ¿Por qué Francia? No lo sé, quizá el Moulin Rouge, el cabaret y la fantasía de *La bohème*, pero es irrelevante porque anduve años por toda Europa formándome como artista y trabajando en lo que se pudo hasta lograr un contrato relevante y cruzar el charco. Fui muy feliz, siempre y cuando no pensara en mi familia… A mi mamá le conté de mis intenciones justo antes de embarcar. La llamé desde el aeropuerto y, aún a día de hoy, no me he recuperado de esa llamada… Todas las palabras, todos los insultos, todo el veneno acumulado por años hacia mi papá los vertió en mí en apenas cinco minutos… Preferí tratar de olvidar. Necesité años para que doliera menos y mucha distancia de por medio. Por supuesto, intenté arreglar las cosas, pero ella se negó. Mi marcha reabrió la herida de la soledad que le habían abierto antes mi papá y su hermana, y decidió cerrarse en banda conmigo. Y es duro, comadres… No es fácil no saber quién es tu papá, tener una mamá que no quiere saber nada de su único hijo y una abuela a la que no puedes visitar por miedo a enfrentar los fantasmas del pasado.

En todos estos años, tampoco he podido visitar a mi abuelita. Mi mamá se lo prohibió, de igual modo que le prohibió tener ningún retrato mío visible en su recámara, pero al final pudimos encontrar el modo de comunicarnos gracias a los celulares. Ella cada día me enviaba un wasap con la foto de un gatito dándome las mañanitas. Esto es algo que me hace tan feliz y a la vez me duele tanto… Ustedes no pueden ni imaginar cómo de cabrón se siente… Hubo temporadas que tuve que silenciarla… La extrañaba tanto que leer algo suyo me impedía subirme a un escenario, me desconcentraba por completo. Paradójicamente, vivo con el miedo a perderla. ¿Qué

pasará el día que ya no esté? ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a despedirla? ¿Por qué no me plantaba en Barcelona y le robaba ese abrazo que anhelábamos? La respuesta era muy simple: por miedo. La Doña Buchona era una mujer muy fuerte, pero Àlex, la persona que se escondía detrás del personaje, se había acostumbrado a vivir con miedo. La posibilidad de que mi mamá me volviese a rechazar me superaba y, por eso, estuve más de una década alejado de mi abuelita. De mi mamá también estaba informado. Seguía igual que siempre, cansada y sin querer saber nada de mí. Para ella, el maricón de su hijo «está muerto y enterrado desde el día que se fue, como el asqueroso de su padre».

Cómo es la fama, ¿no? ¿Qué tan linda se ve desde fuera? Parece que uno lo tenga todo y resulta que después no tiene lo que más falta hace… Era una persona con éxito, con chamba, proyectos y mucha plata. Tenía las mejores pelucas, los vestidos más lindos y todas las marcas me pelaban y se peleaban por patrocinarme. También tenía amigos, gente que me quería y más de un millón de *followers*… Pero, insisto, no tenía lo más importante… Eso me hacía sentir tan desdichado… A veces, creía que la oscuridad me iba a engullir en cualquier momento. ¿Era feliz? A ratos, si lograba mantener la ansiedad a raya.

28

Emotional support

ÀLEX

—Este… Petrita… ¿Anotaste algo de lo que te acabo de contar? —le pregunté, porque me sacó de onda ver que la vieja estaba haciendo dibujitos en un cuaderno mientras yo le acababa de narrar el parteaguas de mi vida.

—Verás, hijo… —respondió sin apenas mirarme, muy concentrada en su tarea—. Yo, en verdad, tenía pensado jubilarme…

Los pongo en antecedentes: Petra es mi mánager y mi terapeuta en España, la conocí gracias a Pra y la pude visitar un par de veces en mitad de la grabación del *reality* porque tuve alguna crisis (la televisión es muy dura, hermanas…) y necesité asistencia profesional; y Pra hizo las gestiones pertinentes para que la Petrita me recibiera. Ella, inicialmente, era la terapeuta de Pra, la ayudaba a relativizar el rayón que Félix João le dejó en el mueble. Era muy difícil que la vieja te hiciese un hueco en su agenda, pero más difícil aún era que te respondiera un wasap, porque solo se comunicaba por mail. Solo te aceptaba como paciente si venías recomendado y antes debías tomar un té con ella en el saloncito de su casa

inspirado en el decorado de cualquier película de Pedro Almodóvar para «ver si surge el *feeling*».

Antes que terapeuta, era solo mánager. Decía: «Tuve suerte: escogí representar a las personas adecuadas en el momento adecuado». Eso le dio mucho dinerito y muy buenos contactos, pero, una vez aparecieron las redes sociales, todo cambió y empezaron los problemas: «Llegó la generación triste», ha explicado en su pódcast (porque la señora tiene un pódcast y tres best sellers de autoayuda publicados). Ahorita, ganaba más lana como terapeuta que como mánager y se había hecho muy popular entre las *celebrities*.

—Mamacita, despéjame la duda, ¿vas a ser mi mánager o no? —le pregunté antes de hacer *match*, ella seguía dibujando.

—Sí, pero con una condición…

—Mande… —me sirvió otro tecito y me anunció que la condición era pasar sus próximas vacaciones en la Riviera Maya, porque hacía tiempo que quería saber más sobre su cultura, las pirámides de Yucatán y los hombres mexicanos. Eso sí, yo debía ser su guía. La idea me resultó nefasta, pero muy inspiracional, y le dije que OK.

—Una cosa más… —apuntó la Petrita.

—¿Qué pasó ahorita?

—Antes de que empecemos a trabajar, tienes que hacerte los registros akáshicos. Te voy a mandar a un sitio de confianza. Necesitamos saber de dónde proviene tu alma y cuál es el camino fijado para ti en esta vida.

—¡Qué emoción! —le respondí sin saber a qué se refería, pero feliz porque pude ver en sus ojos que esa viejita tenía toda la energía que se precisaba para manejar a la Doña Buchona. Así que

anoté la dirección de su amiguita la chamana para hacer la sesión de espiritualidad y así todos felices.

—¡Ah, sí! Y una cosa más…

—¡¿Otra más?! Pide usted más que un gobierno comunista…

—¡Ya no me mandéis a nadie más! Que me quiero jubilar.

—A la orden, mi señora —respondí y, antes de marchar, le pregunté porque me moría de pura curiosidad—: ¿Qué anotaste en tu libreta?

—Nada —se atrevió a confesar la muy bendita—, pero te he hecho un dibujo muy bonito de la diosa Isis. Toma, para ti.

Así fue cómo esa viejita me robó el corazón, se convirtió en mi *emotional support* en España y cómo supe de su afición por la mitología egipcia. También que enviudó en un viaje a Egipto cuando a su exmarido le dio un infarto al aterrizar en el aeropuerto internacional de El Cairo.

29

La «hembra»

Àlex

El éxito no surge de casualidad, el éxito es un camino de mucho esfuerzo, sacrificio y constancia. Después, si tienes talento, llega el día que, con un poco de suerte, sucede algo que lo cambia todo. Pero, si para entonces no se está en preparación física, emocional y profesional…, ¡olvídenlo, mis cielas! Ser una reina de las características de la Doña Buchona fue un largo camino de perfección y exploración de muchas facetas que desconocía, pero, una vez lista, tuve un golpe de suerte. Eso, y estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, además de ser un poco atrevida y descarada. Los años me quitaron prejuicios y complejos, y me di cuenta de que es mejor pedir perdón que permiso. También aprendí a que te valga madre todo.

Antes que una *drag queen*, fui transformista. Y antes que eso fui un adolescente que se sabía diferente y que, gracias a Dios, a mi Virgencita de Guadalupe y a mi abuelita pudo ponerse pelucas, taconcitos y un maquillaje nefasto para bailar frente a un espejo. Así, muy poco a poco, fui dejando un pequeño espacio en mi

corazón a la artista que llegaría después para tomar el control de todo. ¿Cómo era la Doña Buchona a grandes rasgos? Pues una señora excéntrica con la que siempre sabías que lo pasarías chingón en una fiesta y de peda. Tenía ese puntito alegre de la tía borracha que todo el mundo ama y, obvio, era también una chousera. La muy desgraciada fue muy segura de sí misma desde el principio. Eso la convertía en un bombón asesino, y se comportaba como una MILF cuando había chacales cerca. La señora, además de chistosa y elegante, siempre ha sido bien puta, las cosas claras, sin pelos en la lengua. El nombre artístico de Doña Buchona fue en honor a la gran actriz María Félix, quien se hacía llamar «la Doña», y «Buchona» porque la morra era bien regia y nalgona. Esas nalgas se las hizo a fuerza de perfeccionar su imitación de Selena Quintanilla durante horas de saltos, piruetas y volteretas.

Todo esto se lo conté a Pra cuando la visité en su departamento y nos vimos en persona por primera vez. Me comuniqué con ella en secreto para organizarle un reencuentro sorpresa a mi chamaco Beto, que hacía mucho que no veía y extrañaba demasiado. Fue fácil entablar una amistad real con Pra. Platicamos mucho, porque ella siempre estaba atenta, hablaba por los codos y respondía al instante porque se la pasaba todo el día con el celular en la mano por cierta adicción a las apps de citas. Pra y yo platicamos de nuestras infancias, de nuestras vidas, de nuestras mamás, de nuestras creencias, de nuestra espiritualidad, de la terapia con la Petrita y de Manuel Petulante (que no lo conocía, pero con ese nombre ya me resultaba alguien lleno de pedos). Tanto Àlex como la Doña Buchona se sintieron en conexión con Pra desde el primer momento, pero por quien ella sentía auténtica fascinación era por la artista, la Doña. Por

eso, me presenté dragueada para darle una sorpresa. Mala idea, porque llegar en esas fue como llevar dulces a un kínder lleno de niños adictos al azúcar… Quise sorprenderla y maquillarla a ella también para que viviese la experiencia de ser *drag queen* por una mañana mientras tomábamos el cafecito, aprovechando que mi Betito estaba fuera con el licenciado haciendo ese chingo de cosas aburridas pero «muy importantes para el futuro de España».

—*UNBELIEVABLE!* O sea… ¡Estás más buena que yo, vale! —dijo muy emocionada cuando pasamos al *living* que, por cierto, no tenía nada que envidiarle a mi depa de CDMX—. Es que… ¡es muy fuerte! Yo soy un tío, veo a alguien así por la calle y digo: «¡¿Esta tía quién es?! ¡Me la follo!». O sea… *UNBELIEVABLE*, vale.

Después empezó a mostrarme fotos del «macho» y añadió:

—Y es que… Menos aún me puedo creer que debajo de todo esto… —Señaló diferentes partes de mi cuerpo: peluca, chichis, almohadones de cadera—. ¡Haya un tío buenorro como este! *SUPERUNBELIEVABLE*.

—¡Soy espejo y me reflejo! —le respondí en un abrazo y añadí—: Perdona el retraso, mamacita, pero no me acababa de quedar el chino en este pelucón que traigo, ¡tres horas para verme como la Doña Buchona! Hoy me costó un chingo… Estoy bien cruda de la *afterparty* de celebración del fin del rodaje de anoche…

—¿Qué chingo-chino-crudo? ¿Qué dices? ¿Qué cenaste? —preguntó ignorante, y le aclaré que en México somos muy irónicos y, por eso, al pelo rizado le decimos «pelo chino». También le expliqué que «la cruda» era la resaca, pero no me prestó demasiada atención, estaba más interesada en ver qué traía en mi maleta y en mi estuche de *drag queen*.

—¡¿Un destornillador?! —exclamó—. ¡¿Una pistola de silicona?! Pero ¿tú te maquillas o haces bricolaje?

—Las *drag queens* no tenemos tiempo para andar cosiendo trajes, por eso llevamos pistola de silicona en el estuche, para pegarnos los vestidos —le aclaré.

Sí, hermanas, una *drag queen* guarda en su estuche herramientas hasta para reparar un carro, porque servimos para todo. En mi caso, cuando empecé no supe a dónde me iba a llevar el hobby, pero es cierto que, antes de alcanzar el éxito con la Buchona, el *drag* me sirvió para darme mucha seguridad y confianza en mí mismo. El momento exacto en el que comenzó todo es difícil de precisar, quizá la Doña siempre estuvo ahí, amenazando con salir en cualquier momento para salvar a mi niño interior, que era bien retraído. Quién sabe… El *drag* siempre se revela en el momento de mayor necesidad.

A los diecinueve años me dieron una paliza por haberme vestido un poco más obvio de lo habitual y, desde entonces, me disculpaba por todo y por todo pedía permiso. Tras ese episodio, me esforcé mucho por tratar de ser «normal» y pasar desapercibido para no «provocar» a nadie. Parecer una persona heteronormada era un camuflaje para estar a salvo. Aun así, la Buchona siempre estuvo ahí y, de vez en cuando, me permitía cierta feminidad: me dejé crecer un poco el cabello, me depilaba la barba y, más adelante, cuando pude ahorrar un poco de plata, me hice el láser en todo el cuerpo. Desde bien chiquito, el vello corporal siempre me había molestado; me parecía antihigiénico y con nueve años me depilaba enterito porque el pelo me daba asco. Mi mamá me descubrió una vez y me regañó. No había pedo con mi jotería. Para ella el problema era

perder tiempo en cuestiones estéticas en lugar de «estudiar algo de provecho». Pero, en cuanto se marchaba a chambear y me quedaba solo con mi abuelita, nos maquillábamos, me disfrazaba con su ropa y cantábamos a la Ana Gabriel y otras folclóricas. Muchas veces, cuando me he sentido perdido, he cerrado los ojos y he pensado en aquellas tardes con mi abuelita. Ese siempre ha sido mi recuerdo más poderoso y el espacio más seguro dentro de mi propia cabeza.

—Tía, ¿y tú follas maquillada? —me preguntó. Quería saber si en alguna ocasión había mantenido relaciones sexuales siendo la Doña Buchona y yo le platiqué de ese tema tan incómodo para mí mientras le aplicaba el *contouring*. Contándole, ya iba por la mitad de su transformación.

Las dragas hacemos muchos chistes con el sexo. Es muy fácil y muy recurrente para arrancar un show, pero una cosa muy distinta es hablar de tu propia experiencia. A mí, desde hacía mucho tiempo, no me interesaba el sexo. El noventa por ciento de mis relaciones sexuales han sido vacías. El sexo, entendido como la explosión de dopamina que provoca el orgasmo, no me sentaba bien. Las *drag queens* somos un fetiche sexual para muchos hombres que dicen ser heterosexuales, y a nosotras (y no vayamos a negar esto ahorita) un buga nos prende la mechita rápido… Yo tuve sexo con alguno de esos tipos y lo tuve solo para lograr algo de aprobación. A todo el mundo le gusta sentirse deseado, pero si en ese contexto te sientes insegura o poco atractiva puedes terminar haciendo cosas de las que después te avergonzarás… Como, por ejemplo, participar de jueguecitos absurdos producto de la ciencia ficción de la industria del porno siendo la Doña. Eso me llevó a entrar en una espiral muy tóxica conmigo misma y con mi cuerpo.

Piensen que la Doña nació y se curtió en los antros de Ciudad Juárez, entre ellos el Noa Noa, y les puedo asegurar que haber nacido y crecido como artista en el norte de México te forja el carácter. Esa ciudad no está en el ránking de las más peligrosas del mundo de pura casualidad. Ahorita las cosas están relativamente mejor, pero las mujeres, las vestidas y las *drag queens*, somos agredidas con mucha fiereza. En mi caso, puedo presumir de haber sido una morra cabrona y de que nadie me estafó ni una sola vez en México, pero para ello debía protegerme y poner una barrera extra, tanto en el amor como en el sexo. Desde hace mucho tiempo me hago cargo de mi propia protección. Eso quería decir que, además de pistola de silicona, llevaba otras cosas en el bolso que me ayudaban a sentirme más segura en la noche… Una nunca sabe qué puede suceder de regreso a casa después de un show o qué podrían intentar algunos tipos las veces que decidía levantar esa barrera extra por unos minutos para disfrutar del placer de la carne.

Entiendan que, de vez en cuando, me sentía sola y buscaba el abrazo de un hombre que no hiciese muchas preguntas… ¿Y saben cómo se les pasaban los prejuicios hacia nosotras a esos hombres? Con tequila y con mezcal (y no hacía falta tanto, créanme…). Todos dicen que no cogerían con ninguna «vestida», pero cuando son las tres de la mañana… ¡Ay, manita! Entonces es cuando te piden que no te quites la peluca, no te bajes de los tacones y te pongas más color en las mejillas para verte bien mujer… Así su frágil masculinidad no se hace demasiadas preguntas incómodas. La segunda vez que tuve sexo con un tipo en esas condiciones, recibí una cachetada porque se me soltó la cinta de amarre con la que nos escondemos la puchita y se salió un huevo. No todas las *drag*

queens se suben los testículos a la pelvis y se ponen cinta adhesiva en la verga para simular que ahí nunca hubo nada (además, es doloroso), pero yo siempre lo he hecho porque nunca me ha gustado que nadie me toque, me lama o me bese la verga. Por cierto, el tipo que me dio la cachetada tuvo que salir huyendo porque las vestidas no necesitamos bajar de nuestros tacones para darle una paliza a un pendejo. Así de culeras somos. Aquellas malas experiencias me enseñaron que con quien necesitaba fortalecer la relación cuando me sintiese sola era conmigo misma y no con ningún pendejo acomplejado.

En ese momento tan íntimo de mi relato fui interrumpida. En esta ocasión, fueron el licenciado José María y mi Betito, que llegaron antes de la hora prevista. Yo aún no había visto al licenciado en persona, pero por la información de la que disponía era bien fácil y obvio reconocerlo: llegó hablando con los mismos decibelios que cien fans histéricas de la Trevi.

—¡María Praderaaa! —gritó—. ¿Dónde estás? ¡Tenemos una emergencia!

Pra y yo nos miramos. Si me descubrían, arruinábamos la sorpresa. Pero ¿dónde esconderme? Era una *drag queen* con una peluca de medio metro y no me iba a meter en el cuarto de los electrodomésticos. Además, tenía todo el set de maquillaje esparcido por el *living*.

—Improvisa —la apremié, pero ella estaba hipnotizada por lo que veía en el espejo, porque yo había terminado de hacer mi magia y su cara era una auténtica obra de arte. La primera vez que alguien se ve de *drag* impacta mucho.

—Voy, voy… —murmuró, se giró y gritó en la dirección en la que se encontraba el licenciado—: ¡No entréis! ¡Estoy con el potorro al aire! Estoy… ¡echándome crema! ¡MUCHA crema! Tengo… Tengo una infección de orina y se me ha quedado el chocho más rojo que un tomate: ¡NI SE OS OCURRA ENTRAR!

—Jolines, ¿no puedes utilizar un baño? —protestó el licenciado.

—A ver si ahora no puedo estar con el coño al aire en el salón de mi casa… —le replicó esta.

—Bueno… Que Beto tiene que ir al hospital. Manuel Petulante se ha desmayado en mitad de un ensayo. ¿Le acompañas? Yo no puedo.

—Id tirando… Os llamo en un rato…

—¿Qué hace? —preguntó mi Betito, que entró un poco más tarde en el recibidor del depa. Cuando escuché su voz, juro que me costó mucho reprimir las ganas de salir corriendo, abrazarlo, apapacharlo y apretarlo, pero me retuve. Eso hizo la Buchona, saber estar en su lugar para sorprender cuando fuese el momento adecuado. Me costó, pero se logró.

—Nada, vámonos —le dijo José María—. Que la tía se está masturbando… Embarazada y masturbándose. ¡Qué fuerte! ¡YO FLIPO!

30

La última cena

Beto

Josemari insinuó que Manu podría tener una infección de transmisión sexual, y la posibilidad no me pareció tan remota teniendo en cuenta que el día que fui a llevarle el alebrije, estaba muy bien acompañado de un número indeterminado de hombres con muy poca ropa. También estuvo metiendo cizaña e incluso llegó a insinuar que se la podría haber pegado Sisi, no se sabía cómo.

En todo caso, Manu no tenía una ITS. Fue un sustito provocado por el mordisco que Macaulay le dio en el cuarto de la fregona. Gracias a que se desmayó, descubrimos que tenía una infección en la sangre debido a una bacteria que se llamaba *canimorsus*. La bacteria era común en perros y gatos, pero a veces podía afectar a humanos tras una mordedura, provocando cuadros de sepsis. Es decir, una infección en cadena. No se sabe con exactitud cuánto tiempo tardó en hacer mella en su organismo, pero lo cierto fue que después del incidente tuvo alguna jaqueca, dolores musculares, náuseas y hasta le salieron unas rojeces. No le dimos importancia; pensamos que era estrés o alergia, pero, cuando cayó desplomado

en mitad de un ensayo preparando la presentación del *single*, se confirmó lo que nadie había podido imaginar: tenía *canimorsus*. A efectos prácticos, eso quería decir antibióticos durante diez días y reposo dos semanas… Pero con secuelas, porque en ese tiempo estuvo con unos vértigos terribles y hasta llegó a necesitar un andador para ir del sofá a la cocina sin caerse. No se podía mover, y la sensación era de borrachera continua. Tuvo que hacer mucho reposo hasta que su cuerpo eliminó el virus, y yo le llevé sopitas y zumos para que fuese pronto. Finalmente, se tuvo que retrasar el estreno del *single* dos semanas. Se enfadó conmigo por eso, pero que estuviera enfadado ya no era una sorpresa. Desde que empezase con los ensayos, estaba todavía más irascible y no se le podía decir nada, porque si no «contaminábamos» su proceso creativo.

Manu se recuperó y pudo presentar su *single* dos semanas después de lo previsto, y lo hizo sin coste alguno, ya que hablé con Amapola, que era la travesti que regentaba la sala en la que trabajaba los fines de semana sirviendo copas sin camiseta para ganar más dinero. Le comenté la historia por encima, y ella, que es muy práctica, me dijo: «Pues que presente el *single* aquí, así no tengo que pensar en la programación del viernes que viene y me ahorro contratar a otra circa». Es verdad que el sitio no era tan grande ni tan glamuroso como el Teatro Real, pero cumplía con los requisitos técnicos necesarios para la actuación: pantallas, micros y altavoces. Proporcionarle ese espacio fue mi manera de disculparme por lo del perro.

La misma noche de la presentación, los cité a todos en un restaurante. Quería invitarlos a cenar. Mis trabajos de camarero y de

ayudante de lo que sea para Josemari me habían permitido dejar de estar en números rojos y ahorrar algo. En muchas culturas, comer significaba agradecimiento, y yo quería darles las gracias a todos porque, en el tiempo que había transcurrido desde que regresé a la capital, cada uno a su manera me había ayudado a sentirme nuevamente como en casa. Era afortunado y quería que lo supieran y que lo celebráramos. Me hubiese gustado llevarlos a una pizzería de confianza (y barata), pero Prada insistió en ir a una taquería, y a una embarazada no se le puede llevar la contraria.

El primero en llegar, quince minutos antes de la hora prevista, fue Josemari, y, para mi sorpresa, vino acompañado de Stephen. Eso, de entrada, a Prada y a mí nos asombró. Nos miramos, miramos a Josemari, miramos a Stephen y nos volvimos a mirar. Cogiditos del brazo, nos dirigimos a la mesa con pasitos muy lentos para que nos diese tiempo de comentar qué le estaba pasando a nuestro amigo. Estaba irreconocible. Podría decirse que hasta medio liberado.

—Ese es el tío del Raya, ¿verdad? —me preguntó Prada de camino a la mesa en la que estaba nuestro amigo con el americano.

—Lo es, lo es… —le respondí con mi mejor sonrisa postiza. Josemari nos miraba de frente y se le notaba ansioso. Nunca nos había presentado a un «amigo» oficialmente, así que imaginé que esperaba que todo saliera perfecto.

—Dime que tienes una llave allen a mano… —comentó Prada.

—¿Para qué quieres una llave allen ahora? —pregunté en voz baja. Eso me hizo perder un poco la concentración y, con ello, mi neutralidad facial.

—¿Tú qué crees? Pues para apretarme las bragas, que se me acaban de soltar con el Stephen… ¡Joder, qué bueno está! —Me reí,

y Josemari torció el morro—. Es mil veces más guapo en persona. ¡A mí no me salen tíos así en el Raya! Voy a tocarlo. Quiero comprobar que es de verdad… Después voy a ir al baño. Creo que he mojado braga tres veces…

—¿De qué os reís? —preguntó Josemari.

—He roto aguas, José María…

—¿Cómo vas a romper aguas si no estás ni de cuatro meses?

—Dieciocho semanas —le dijo. Luego abrazó a Stephen, tocándole los bíceps y los pectorales, y exclamó—: *Oh my god!* ¡Qué a gusto voy a mear!

Mientras esperábamos, y durante diez largos minutos, Josemari me puso la cabeza como un bombo porque, según él, esa misma tarde su agrupación lo había marginado en una sectorial, que es una reunión con un grupo de un sector concreto, en este caso, con el centro cultural del barrio Salamanca. Antes de la campaña oficial que dura veintiún días, los partidos hacen tres meses de precampaña y se organizan reuniones con grupos de interés para conocer sus inquietudes, presentar a los nuevos miembros de la lista y hacer promesas para asegurar el voto. Muchas veces, estas reuniones se hacen públicas y se sube una foto a las redes sociales. En esta reunión concreta, María Escarlata fue la responsable de hacer la foto y, como seguía sin perdonarle que la hubiese desplazado de la lista, le cortó la cabeza a su primo en todas las instantáneas. Menos mal que Prada regresó pronto y le dijo que se callara porque estaba vulnerando «el derecho de desconexión laboral». Entonces, por fin, pude empezar a fijarme en la decoración de la taquería.

Normalmente, las cantinas mexicanas suelen estar muy tematizadas en España, pero ese día pareciera que iba a actuar allí

la mismísima Doña Buchona. Absolutamente todos los detalles estaban cuidados: olía a incienso y flores oriundas (abundaban las de cempasúchil), sonaba Lila Downs y el reservado tenía forma de piñata. A cada lado, había papel picado tricolor con los colores patrios de la bandera mexicana, y en la mesa dispusieron cervezas mexicanas muy frías, dulces típicos, totopos y aguas de jamaica, lima y horchata con los tres colores patrios también. Tampoco faltaron artesanías decorativas, como los corazones de hojalata, las máscaras de la lucha libre, los gorros de mariachi, los ponchos mapuches, las banderitas y un pequeño altar con fotos de Frida Kahlo, Octavio Paz, Diego Rivera, sor Juana Inés de la Cruz y Salma Hayek, entre otras. Desde que me acomodé en la mesa, me sentí como en El Páramo, uno de mis restaurantes favoritos de CDMX. Fue Manu quien me devolvió a la realidad; me escribió para informarme de que, finalmente, no vendría a cenar. Creía que el picante podría afectar a su voz, así que iría directamente al local. Ya nos veríamos allí.

—¿Te digo lo que pienso o mejor me callo? —apuntó Prada.

—Pradera, no seas impertinente —la regañó Josemari, y excusó a Manu diciendo que entendía sus nervios, porque, si él estuviera a punto de dar un mitin, lo último que querría es estar comiendo tacos y escuchando rancheras.

—Mira… ¿Sabes lo que te digo? —añadió ella alzando un vaso de horchata, puesto que no podía brindar con alcohol—: Que, desde que se inventó el bidé y la máquina de cortar jamón, ni el jamón sabe a jamón ni el coño sabe a coño… ¡Pero nosotros vamos a brindar igualmente! ¡Por Beto y por la amistad!

—¡Qué ordinaria eres! —le reprochó Josemari, pero brindó.

—Yo no comprendo. Hablo poquito español —dijo Stephen con su sonrisa perfecta y americana, pero también brindó—: *Cheers!*

—Nada, cariño. *My friend have a stupid boyfriend* —le aclaró Prada y añadió—: ¿Sisi tampoco viene?

—¡¿Qué?! ¡¿ESE viene?! ¡¿Por qué no me has avisado?! —se molestó y me dirigió una mirada…

—*Who's Sisi?* —quiso saber Stephen y, como si lo hubiesen invocado, este apareció en el reservado con forma de piñata con un «Holiiiiii».

Entró dándolo todo y haciendo *waacking*, que es un baile estilo *vogue* pero mucho más movidito. Prada y yo le hicimos fiesta (palmas, aplausos y silbidos) y, por supuesto, se vino más arriba porque otras mesas aplaudieron también. Así que se colgó de una lámpara del techo (a prueba de bombas, por lo visto) y giró sobre su eje para lucir su modelito: un body rojo de licra. Por cierto, iba sin ropa interior y, cuando se sintió satisfecho con el espectáculo, se sentó y nos saludó a Prada, a mí y a Josemari, en ese orden.

—Hola, tía. Hola, traidora. Hola, fea. —Después vio a Stephen, que lo miraba entre horrorizado y abducido, y con voz sugerente preguntó—: ¿Y este chico TAAAN guapo quién es? ¿Y por qué no lo conozco?

—Se llama Stephen y es MI amigo —aclaró Josemari posesivo.

—Hola, Stephen. Yo soy Sisi y NO soy su amigo —respondió señalando a Josemari—, pero tú sí que puedes ser *my friend*, amigo, si quieres…

Esto lo dijo guiñándole un ojo, con lo cual, Josemari empezó a sulfurarse e hizo tres respiraciones profundas.

—¿De dónde vienes? ¿Vas borracha? —le pregunté.

—Se dice borrache —me corrigió solo para molestar un poco más a Josemari. Y añadió—: ¿Cuál es el número de copas y chupitos necesario para considerar que alguien está borracho?

—Yo con un gin-tonic y dos chupitos ya voy como una cabra… —aseguró Prada, y Sisi se echó a reír.

—Tú sobria ya estás loca de serie. ¡Borracha tienes que ser una fantasía! En cuanto des a luz te emborracho de verdad y te organizo un trío con otra tía, así te gradúas.

—¿Me gradúo? —preguntó Prada, quien jamás se prestaría porque tenía muy claro lo que le gusta y lo que no.

—Claro. No puedes ser una verdadera aliada de la comunidad LGTBQI+ si antes no te comes un coño. —Se rio y, acto seguido, tiró su bolso a una banqueta que tenía enfrente para seguir bailando, pero con tan mala suerte que el bolso cayó encima de la bebida de colores de Josemari… ¿Y qué llevaba Josemari puesta? Una camisa blanca e impoluta.

—¡JODER! —exclamó echándose para atrás y emitiendo ese característico grito ahogado de cuando te cae encima algo muy frío y te da mucha impresión… Paralelamente, Stephen dijo algo así como «Oh, Lord!» e intentó ayudarlo a absorber la mancha con una servilleta, pero fue peor.

Yo me quedé petrificado, y Prada se puso a beber horchata para ver si así reprimía la carcajada. ¿La verdad? Aquello no fue un accidente, porque Sisi siempre ha tenido muy buena puntería. Todos intercambiamos miradas rápidas mientras Josemari le deseaba a Sisi las diez plagas, pero se mordió la lengua. Bien mordida, además, porque abrió y cerró la boca varias veces sin llegar a decir lo que

pensaba, igual que un pez globo. Se intentó controlar para no montar un espectáculo delante de su «novio».

—¡Ay, CUÁNTO lo siento! De verdaz. Ha sido sin querer… Pero… ¡Espera! —Se levantó, se mojó dos dedos con el líquido esparcido por la mesa y le dio dos toquecitos en la frente—. ¡Ya está! ¡Te acabo de dar buena suerte! Y tú la vas a necesitar… Quiero decir… Tienes una dura campaña electoral por delante… Y el número veinticinco está muy atrás… ¿No crees?

Y se levantó, pilló su teléfono, el tabaco y se fue hacia la barra mientras avisaba a la camarera.

—Amooorch —le dijo—, ¿puedes llevar unas servilletas a la mesa? Alguien ha tirado las aguas…

Después, salió a la calle a fumar y todo el local escuchó su risa de bruja malvada.

—Voy al baño —dijo Josemari con odio.

—*Need some help?* —le preguntó Stephen.

—*Don't worry. It's OK* —le respondió, y con muy buen acento, todo sea dicho.

En ese momento, se hizo un *half time* y empezaron a servir la cena: tortillas, salsas, arroz y frijoles, una barbacoa mexicana central para que cada uno se armase su taco a su gusto… Me sorprendió que, entre los distintos platillos, se sirvieran nopales y chile en nogada, una delicia mexicana poco común en España que era mi comida favorita en México. Miré a Prada y me dijo:

—A lo mejor la sorpresa te la llevas tú.

Fue decir eso y empezar a sonar una ranchera a todo volumen, igual que cuando suena un «Cumpleaños feliz» y sacan la tarta por sorpresa:

Yo no he perdido la esperanza
de tenerte entre mis brazos
y ese día ha de llegar.

Alguien estaba cantando la canción en directo, porque esa voz no era la de la Rocío Dúrcal, y el caso es que… Esa voz aguardentosa me quería sonar… Y mucho… Y cada vez sonaba más cerca. Prada sacó el teléfono y empezó a grabarme, y ya entendí: ¡era la Doña Buchona! Me llevé las manos a la cara y me puse a llorar como en los programas de la televisión cuando te dan una sorpresa, ¡pero a moco tendido! Necesité unos segundos para que mi mente hiciese la asociación de ideas y fuese capaz de relacionar a Josemari y Sisi, que se estaban peleando como siempre; a Manu, que no estaba como de costumbre; a Prada que seguía embarazada como desde que la conocí, y a Àlex que estaba en Madrid y detrás de mí… Me levanté y me abalancé sobre él (bueno, ella, venía de *drag*). Sé que lo odiaba, porque me tenía dicho que «las muñequitas lindas no se tocan», pero qué iba a hacer. Me invadió una sensación tan tan tan grande de felicidad. Jamás imaginé que cuando pensé en reunir a todos mis amigos ¡iban a ser *todos*! Estaba llorando, pero llorando de felicidad; y eso pasa tan pocas veces… En México lloré mucho: de nostalgia echando de menos a mi madre, a mi padre, a mi hermana… Hasta lloré un día que me ofrecieron una sangría, porque echaba mucho de menos el vino. Las distancias servían para conocerse y quererse mejor, y en todo este tiempo sin ver a mi amigo lo corroboré; ¡cuánto lo quería y qué importante era para mí! Àlex era un alebrije para mí, era un guía espiritual.

—¡Seguridad! ¿Alguna lencha en la sala que me quite a esta mensa de encima para que pueda terminar mi rola? ¡Gracias! —dijo con su característico humor ácido en las partes de la canción sin letra.

La Doña Buchona estaba emocionada también, porque le salieron dos gallitos, y ella nunca desafina. Finalmente, tuvo que pedir una servilleta para la lagrimita. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos, cuatro meses o cuatro semanas? Yo lo sentía como si hubiese pasado un siglo entero… A todo esto, Sisi seguía en la calle. Estaba hablando por teléfono y parecía discutir con ganas, mientras que Josemari seguía en el baño. Seguro que se había quitado la camisa, la había limpiado con jabón y la estaba secando con el secador de manos.

—Pero ¿de qué os conocéis? —pregunté sorprendido cuando oí que Àlex llamaba Pra a Prada.

—Deja de andar de indiscreta y hazme un taquito de arrachera —me dijo guiñándome un ojo.

—*Oh, Lord!* —suspiró Stephen. Y preguntó con su característico acento—: *Are you la Doña Buchona?*

—*The one and only, honey* —le respondió con su cara ensayada para sus fans (pero muy creíble, no como las de Manu).

Había olvidado lo que era tener a un amigo famoso (pero famoso de verdad, porque Sisi era conocidillo, pero lo de la Buchona era desorbitado). En México, si salía a la calle caracterizada, era imposible tomar un café tranquilos. La Doña había actuado en medio mundo, y muchos veranos en Puerto Vallarta, el Torremolinos de México, porque es uno de los lugares favoritos de los *gay whites* gringos cuando quieren playa, sol, margaritas y tacos. Allí fue donde

Stephen la vio actuar por primera vez y se hizo fan al instante. Total, Stephen ya no le quitó los ojos de encima durante el resto de la cena.

—¡Steeeeeephen! —Se escuchó chillar a Sisi desde la otra punta. Estaba de regreso y con ganas de más juerga. Tal como se acercó y vio el pelucón de la Buchona, preguntó—: ¿Y esta travesti quién es?

En ese momento, la Doña Buchona estaba dándole el primer bocado a su taco y odia que le interrumpan. Una vez hasta le metió un chile por la nariz a un fan que le tiró un taco al suelo.

—¡¿Tú?! —vociferó Sisi cuando la reconoció. Pero un «tú» que, por el tono y sin saber nadie absolutamente nada en ese momento del pasado que tenían en común, logramos apreciar muchas cosas como rencor, resentimiento y puede que algo de despecho. Nadie sabía a quién se refería, así que volvió a repetir el «tú», pero esta vez metiéndole más *acting* dramático—: ¡¿TÚ?!

—¿Él? —preguntó Prada mirando a Stephen.

—¿Yo? —preguntó Stephen extrañado, y Sisi negó con la cabeza.

—¿Ella? —pregunté yo señalando a la Buchona.

—¿Yo? —preguntó la Buchona, interrumpida en el segundo bocado de su taco.

—¡Sí! —dijo Sisi visiblemente molesto y añadió—: ¿Qué hace ella aquí? ¿Quién la invitó?

—¿Os conocéis? —pregunté confundido, y la Buchona miró a Sisi de reojo sin prestar demasiada atención. Luego dijo:

—¿Tú eres…?

—Lo que me faltaba… ¡¿Qué es esta minitraición, Beto?! ¡Estas cosas se avisan! Vengo a cenar tranquilamente y, si no tenía bastante con la Pepimari, me plantas a otra egocéntrica prepotente

que, encima, también finge que no me conoce… Muchas gracias por pensar en los amigos, Beto. Muchas gracias…

La Buchona me miró en busca de una explicación y yo puse la misma cara de circunstancia que Josemari cuando me vio llegar de México con el poncho y me subí en su coche. Después miró a Prada, y ella tampoco sabía de qué iba el asunto, pero estaba expectante por ver qué pasaría. Así que, finalmente, miró a Sisi a la cara y le preguntó:

—Perdón, ¿yo soy esa prepotente que no te conoce?

—Sí. Tú —sentenció Sisi con muy malas formas para provocarla. Pero para provocar a la Buchona hacía falta mucho más, la verdad.

—Chula, refréscame la memoria, porque ahorita no estoy entendiendo nada… —le manifestó llevándose a la boca el último bocado de su taquito. Ni lo miró, porque al ser el último cerró los ojos para saborear.

—Soy Samuel —dijo Sisi, hacía años que no lo escuchaba pronunciar ese nombre. Supuse que la cosa sería muy seria.

—¿Quién? ¿Me lo puedes repetir? —preguntó dándole un trago a su margarita con un popote que hacía ruido al sorber; y lo hizo con toda la tranquilidad y toda la sonoridad posibles. Luego, con mucha elegancia, añadió—: No sé… Necesito un dato más concreto… Tengo muchos fans… Y conozco a mucha gente… —Y señaló a Stephen que le devolvió el saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Barcelona, cines Las Arenas, Montjuic, Sants, karaoke? —Y Sisi añadió también el año, pero ese dato no estoy autorizado a escribirlo ni por Sisi ni por la Buchona.

—Este… No recuerdo… ¿Cogimos? Espero que no, porque entonces sí que me empezaría a preocupar… —se burló.

Conocía muy bien a la Buchona; ella sabía leer a las personas y era muy rápida en sus pensamientos. No en vano, algunos de sus sobrenombres eran «mente afilada» y «lengua ácida». Por eso, detectó cuál era el punto débil de Sisi y fue a por él, donde más le dolía, y, con la excusa de la amnesia, le hizo repetir cinco veces su *deadname*. Así magnificó la sensación de falta de interés y, mientras Sisi hacía esfuerzos por hacerse notar, ella sacó el teléfono y revisó sus redes sociales. Total, Sisi trató de recuperar su dignidad con un discurso activista muy intenso acerca de su importante papel para la comunidad LGTBIQ+ en este país (porque Sisi no iba a pronunciar la palabra «España»). Después salió con que era influencer y tenía 123.453 seguidores, cifra exacta; que si su *engagement* superaba el diez por ciento; que una asociación de Argamasilla de Alba le había dado un premio; que tenía amigas en medio mundo (México incluido) y la amenazó con un hilo de contenido para «desenmascararla»; y, si con todo eso no se había quedado a gusto, añadió que debía ser más humilde y que era una tránsfoba. Cuando terminó, juro que temí por su integridad física… ¿Qué hubiese hecho Àlex si todo esto se lo llega a decir Sisi en México? ¿Un tortazo, un puñetazo, un balazo? Cualquier cosa hubiese podido ser… Además, la Buchona tenía dos armas.

—Permíteme tantito, chule…, chula —le respondió la Buchona irónica cuando se cansó de su parloteo. Eso sí, antes se limpió con una servilleta con delicadeza y revisó con la cámara de su teléfono que no se le había estropeado el maquillaje—. Ahorita te agarré el hambre de protagonista que traes…

Se puso de pie. Sisi era alto, pero la Buchona en tacones y peluca le sacaba una cabeza. Es decir, intimidaba. Se acercó con paso

firme, le puso una de sus finas manos con perfecta manicura y uñas más afiladas que un cuchillo jamonero en un hombro y, justo cuando Sisi iba a interrumpirla, ella fue más rápida y le colocó el dedo índice de la otra mano en los labios para silenciarlo.

—No tengo ningún pedo en decirte que tengo en la peor de las consideraciones morales a las inventadas que creen que su oficio es ser influencer, pero lamento decirte que no te voy a seguir en este jueguito de ego que te quieres traer conmigo. *Darling*, yo no tengo ninguna necesidad de darte el protagonismo que necesitas. Por esas cosas, normalmente cobro mucha plata.

»Yo no sé quién chingados seas ni de qué nos conocemos… Lo único que te puedo asegurar es que detrás de esta vestida que, por cierto, no hace falta que te explique su trayectoria porque la puedes checar en la Wikipedia, se esconde Àlex, un vato que es muchas cosas, entre ellas, amigo de la comunidad trans.

»Pero, ahorita, el pedo es otro. Estamos acá celebrando la amistad con un amigo que tenemos en común y, además, estamos en compañía de una dama embarazada. No te ofendas, pero con esa actitud de «soy un pinche alacrán en tus calzones» te ves ridícula… Y a mí, personalmente, me da flojera estar discutiendo con alguien que no conozco. Por lo tanto, estoy dispuesta a hacer una excepción y fingir que no te escuché nada y seguir compartiendo y pasándola chingón. Te voy a proponer algo: siéntate, hazte un taquito, ordena un mezcalito, brindemos y convivamos desde el respeto. Otro día, cuando andes en un plan más relajada, nos tomamos un cafecito y platicamos sobre lo que tu cabeza crea que tiene que ver conmigo, pero hoy no, hermana. Hoy es día de hacerle el chinchín a mi Betito. —Y llamó al camarero—: Disculpe, joven. —En México, la expresión

«joven» era muy común para llamar al mesero, aunque este tuviese ochenta años—. Le pido unos mezcalitos con un poco de sal de gusano y naranja, ¿va? Por los reencuentros y por México, ¡cabronas!

Josemari, que ya estaba de regreso del baño, lo escuchó todo y lloró un poco. La escena le emocionó. Aquello era algo muy inédito: alguien capaz de hacer callar a Sisi. Es cierto que Josemari odiaba a las *drag queens*, decía que eran «homosexuales que por el simple hecho de ponerse una peluca creen que pueden ir por la vida humillando a la gente», pero la Buchona le gustó, porque le pudo la rivalidad ancestral que tenía con Sisi. Así que, antes de tomar asiento, se acercó, se presentó e intentó darle la mano para saludarla. Ella le dijo: «Galán, soy una dama y no una cocinera de tortillas. A las señoritas se les besa la mano». Entonces, este lo hizo. ¡Le besó la mano!

Después de esto, se sentó al lado de Stephen, que justo estaba subiendo un post con su selfi con la Doña, y le dijo en voz alta:

—¡Te voy a seguir! Y que sepas que yo no sigo a ninguna travesti.

Esto, aunque no lo pareciera, era un cumplido. Ella puso la sonrisa que tiene para las fans complicadas y me susurró:

—Güey, ¿qué circo es este?

A todo esto, Sisi seguía vivo. No había muerto por combustión espontánea ni se había ido de la cena (cosa que, por un momento, pensé que sucedería). Por suerte, decidió beberse dos tequilas de golpe y quedarse, pero alguien iba a pagar el enfado que llevaba encima por el desaire de la Doña, y ese iba a ser otra vez Josemari. Volvió al ataque y empezó por sentarse a la izquierda de Stephen dejando a Josemari a la derecha. Prada nos comentó a Àlex y a mí:

—Ayer vi en Netflix *Orgullo y prejuicio y zombies*, ¡pero esto es mil veces mejor! Beto, tenemos que juntarlos a todos más.

—Steeeeeephen —le dijo Sisi al «novio» de Josemari—. Así que… Te gustan las *drag queens*… Sabes, a mí también me gustan… De hecho, hasta yo misme, de vez en cuando, me visto de mujer… ¿Te gustaría verlo?

—¡Bingo! —le respondió este.

Apunte: Stephen solo sabía pronunciar bien dos palabras en español, «bingo» y «vale». Y las utilizaba constantemente y mal.

—¡Oh, Stephen! ¡Qué *cute* eres! Está bien… Te lo voy a enseñar, pero solo porque tú insistes, eh… *Look at this!* —dijo señalando su entrepierna, donde tenía su bolso y del cual extrajo una peluca roja a juego con el body que se puso.

El semblante de Josemari se oscureció.

—¿Qué te parece mi peluca, Stephen? ¿Te gusta? —le preguntó mientras le hacía morritos y, de paso, le cogía de la mano para ponerla en su cabeza—. ¡Tócamela! No seas tímido…

—Bingo —volvió a equivocarse el americano.

—¡Ay, Stevie! Qué gracioso eres… —Se rio Sisi y se acercó un poco más. Colocó su mano en la ingle y le dijo al oído—: *Can I call you Stevie?*

Pronunció «Stevie» arrastrando las eses como las serpientes.

—¿Vale? —contestó mirando a Josemari con cara de circunstancia. Este tenía la misma expresión que la novia de Chucky.

—¡Oh, Stevie! Mira, mira… —continuó Sisi tensando la situación y volvió a señalar su bolso, de donde ahora sacó su teléfono—. ¿Sabes? Cuando me visto de mujer… también bailo. ¿Te gustaría verlo? ¿Quieres verme bailar, Stevie?

—¡No quiere verlo! —dijo Josemari tajante pero contenido. Eso sí, se notaba el nerviosismo, porque le salió un gallo cuando lo dijo.

—Tú calla —le espetó—. Amargado.

—¡Cállate tú, chocarrero! —le dijo Josemari, y de ahí pasaron a una ronda de insultos rápidos, a los que puede que algunas personas aplaudiesen. Perdí la cuenta de quién dijo qué, pero recuerdo adjetivos como: «cayetano», «tóxico», «pechuga hervida», «cutre», «garrapata», «Lisístrata», «eyaculador precoz» o «ninfómano».

—¡No te soporto! —dijo Josemari.

—¡Y yo a ti tampoco, caracol, que eres un caracol!

—¡No te atrevas a llamarme caracol! —le amenazó Josemari.

—Eso es lo que eres, ¡un caracol! Porque eres un baboso, un arrastrado y un cornudo.

—¡¿CORNUDO YO?! —Esa fue la gota que colmó el vaso para Josemari, que luego añadió un comentario clave para lo que estaba por venir—: Aquí el único cornudo es Beto, ¡y no será por mi culpa precisamente!

—¿Qué acabas de insinuar, José María? —preguntó Prada.

—Eso, José María. ¿Qué acabas de insinuar? —le retó Sisi, pero Josemari no dijo nada. Reconozco que intuí algo, pero no quise malpensar, así que solo pregunté una vez y sin demasiada insistencia.

—Sisi, ¿hay algo que deba saber?

—Hay muchas cosas que deberías saber, Beto, cariño. Cosas como, por ejemplo, que el *pinkwashing* está muy mal visto… —dijo Sisi irónico. Este último comentario agotó la paciencia de la Buchona, que se levantó y se dispuso a irse.

—¡Ay, ya! Entre amigas y familia no se habla de política ni de religión. Y entre perras tampoco nos mordemos… —comentó señalando a los camareros y otras muchas mesas que miraban y disfrutaban con el espectáculo—. Pra, vayamos a ver el show del noviecito de Beto. Te espero en el elevador. ¡Vámonos a la verga!

—Sí, vayámonos, que ya va siendo hora… —dije mirando el reloj. Y, justo cuando nos estábamos levantando para irnos, tuvimos un último susto.

—¡AAAYYY! —gritó Prada. Todos la miramos, ya que una mujer embarazada gritando impresiona más.

—*Oh, Lord! What's happening?* —preguntó Stephen, quien sorprendentemente no se había ido.

—¡Me cago en tu prima, José María! —exclamó Prada.

—¿María Escarlata? —preguntó él extrañado.

—¡Sí, mírala! ¡Ahí está la demonia esa! —informó señalando a una de las cristaleras de la entrada.

Efectivamente, desde la calle se veía a alguien o algo (porque era complicado precisar si era un hombre, una mujer, una persona no binaria o un espectro) todo vestido de negro y con la cara blanca, muy blanca, haciendo fotos o grabando en nuestra dirección.

Cuando nos giramos todos a la vez, esa cosa se vio descubierta, se puso nerviosa, se le cayó el teléfono y se fue corriendo… Y porque Prada dijo que era María Escarlata, que, si no…, yo hubiese asegurado que esa noche habíamos visto al asesino de *Scary Movie*.

31

Prefiero el daño al olvido

BETO

—¡¿Dónde estabas?! —me regañó Manu nada más verme entrar por la puerta del pub de Amapola.

Amapola era la dueña, jefa y gerente del local en el que Manu iba a presentar su *single*. Era una travesti de la vieja escuela que se hizo muy famosa en los noventa después de sacar una canción que se llamaba «El balompié» (o algo así). Gracias a ese *hit*, estuvo muchos veranos de gira por Gibraltar, Murcia y Castilla-La Mancha. Así pudo ahorrar y montar su propio local en Chueca.

—¡No te vas a creer con quién vengo! ¿Recuerdas a Àlex? Mi amigo mexicano; te he hablado alguna vez de él —le conté emocionado. Me moría de ganas por presentarle a la Doña Buchona —. ¡Pues ha venido a verte actuar! ¡Y viene de *drag*!

—¡Estoy cansado de tus boberías! Ahora mismo me importa un pimiento esa travesti. ¿Sabes por qué? ¡Porque no voy a poder hacerlo si no consigo un ensayo en condiciones! —se quejó. Luego continuó—: Los micros de la sala no son Sennheiser, ¡y te dije que yo solo canto con micrófonos Sennheiser! Encima, las petacas no

funcionan y no oigo bien el retorno de mi voz por los auriculares. ¡Esto es una mierda, Beto! A veces, creo que todo lo haces solo para joderme…

Últimamente, Manu consumía mi energía (y la de más gente) en cuestión de segundos. La sensación era la misma que la de un globo al desinflarse, se esfumaba… Y mira que esa noche estaba *on fire* gracias a mi reencuentro con Àlex. Intenté otra vez no tener en cuenta su actitud ni el hecho de que siguiera emperrado en no darme besos por si se resfriaba. Entendía su agitación, entendía su inquietud y entendía también sus nervios por el estreno, teniendo en cuenta el contratiempo por *canimorsus*. Yo lo entendía todo… Pero, una vez pasara la presentación, estaba claro que tendríamos que hablar, porque yo le estaba poniendo todo el empeño del mundo y toda la actitud, pero la cosa no estaba fluyendo.

—Lo siento, Manu… Voy a hablar con Amapola, a ver si tiene otro micro… —le respondí sin echarle en cara que era un poco injusto. Y un poco cretino también.

—No hace falta que avises a nadie. He llamado a Richard y está de camino, porque hablar contigo ha sido imposible…

Este último reproche era porque me había estado llamando varias veces durante los diez minutos que tardé en llegar del restaurante al pub. El motivo por el que no pude atender su llamada era porque recibí otra videollamada antes y era de Sandro. Por lo general, no contesto llamadas de números que no conozco, pero lo hice pensando que podría ser Manu atacado de los nervios, pero no, era Sandro. Tardé unos segundos en ubicarlo, porque solo lo había visto una vez, pero él sabía perfectamente quién era yo y, nada más descolgar, me dijo:

—Hola, Beto. ¿Estás con Sisi? Estoy preocupado. Muéstramelo, por favor. Necesito asegurarme de que estás con él.

Josemari, que estaba a mi lado dándome la matraca con sus cosas de la campaña electoral otra vez, lo saludó alegremente. Al principio pensé que lo hizo porque se había tomado algún chupito de tequila y eso le hacía estar más sociable de lo normal, pero no, parece ser que se conocían; por lo visto, en Madrid se conocía todo el mundo. Cuando me dejó hablar a mí, le dije a Sandro que no sabía dónde se había metido Sisi, que íbamos a ver a mi novio cantar (sí, dije «novio») y que le contaría que me había llamado. Entonces, nos preguntó una cosa más:

—¿Creen que me engaña?

Josemari se echó a reír, y yo no entendí por qué Sandro me hizo esa pregunta, porque yo creía que Sisi estaba empezando algo con Winston, al que habíamos ido a llevarle un ramo de flores. Por otro lado, ¿a quién iba a engañar Sisi? Si nunca ha querido tener pareja y es muy… En fin… Es muy Sisi.

Josemari le preguntó directamente:

—Pero ¿sois novios?

Y Sandro le dijo que sí y que vivían los tres juntos: Sisi, Sandro y la madre de Sandro. Entonces, Josemari puso una cara que no supe descifrar (una mezcla entre incredulidad, celos o un blancazo), y, antes de que nadie dijera nada, Sandro volvió a preguntarnos si Sisi le estaba engañando. En ese momento, Josemari le contestó:

—¿Y a nosotros qué nos preguntas? Tú sabrás lo que tienes en casa…

Y Sandro colgó sin decir ni adiós, y yo me quedé con la extraña sensación de que algo no iba bien. A continuación, Sisi apareció con

un vaso de plástico, ya que se había hecho amigo de la camarera de la cantina y esta le regaló un margarita *frozen* para el camino, y yo le expliqué lo de la llamada.

—Qué pesssssssado es —dijo asqueado.

—Pero… ¿es tu novio de verdad? —Algo no me gustaba.

—¡Ay, bebé! Esa palabra es una etiqueta que conlleva demasiadas responsabilidades anales y a mí eso me genera ansiedad… —comentó entre agobiado y agotado.

—¿De verdad vive contigo? —se interesó Josemari.

—¿Y a ti qué te importa? —le contestó Sisi automáticamente. Y añadió para picarlo—: A ver si a estas alturas vas a estar celoso…

—¡¿Yo?! —dijo poniéndose rojo—. ¡Sí, claro! Más quisieras…

—¿Qué está pasando entre Sandro y tú? —insistí.

—Le he permitido ser mi okupa por un tiempo limitado y, por mi salud mental, espero que ese tiempo termine esta semana, ¡porque si no a mí me va a dar un *mental breakdown* un día de estos!

Imagino que puede resultar extraño que, tras la discusión de la cena, Josemari y Sisi intercambiasen palabras, pero siempre era así. Aunque discutieran de una manera más antagónica que Joan Crawford y Bette Davis, a los cinco minutos se les olvidaba y volvían a hablarse; hasta que se enfadaban de nuevo y volvían a discutir. Así una y otra vez, como en *El día de la marmota.*

—¿Cómo es que Sandro tiene mi número? —insistí.

—¡Beto, hijo! De verdaz… ¿Y tú qué crees? Pues porque me registra las cosas, *obviously…*

—Revisar el teléfono de otra persona sin su consentimiento es un delito contra la intimidad recogido en el artículo 197 del Código Penal —apuntó Josemari repelente desde atrás.

—Y mentir sobre tu orientación sexual constantemente es pecado, y no veo que Dios te haya exterminado por ello con un rayo —dijo Sisi quitándole importancia (y otra discusión nueva…).

Volviendo a Manu, si no le interesaba conocer a la Doña Buchona, menos aún le iban a interesar mis preocupaciones acerca de una presunta situación de violencia de pareja entre Sisi y Sandro. Así que le pregunté si podía hacer algo más por él.

—Dile al técnico que necesito hacer el ensayo desde un *blackout* con mucho humo a partir del segundo diez, seguido de un *delay* a tempo —me dijo. Cuando me vio la cara, murmuró—: Olvídalo, acaba de llegar Richard. Aparta y déjalo hacer a él.

No soy una persona celosa, pero por un instante le deseé a Richard una caída por las escaleras con rotura de peroné mientras venía hacia nosotros. Amapola me leyó el pensamiento, porque estando detrás de Richard me miró con los ojos muy abiertos y me preguntó disimuladamente si quería que lo empujara escaleras abajo con un gesto bastante evidente. Me reí imaginando un asesinato travesti y negué con la cabeza. Ella dijo «Pues vale» y se fue a la puerta a saludar a algunos invitados que estaban entrando, entre ellos Fonsy, alguien que en ese momento no podía llegar a imaginar lo trascendental que sería para mí. Por cierto, Richard resultó ser un amor de persona: simpático, agradable, social y tenía cara de bonachón. En las últimas semanas en las que Manu dejó los musicales para dedicarse en exclusiva a su carrera musical y la preparación de la presentación de su *single*, se volcó con él y le ayudó en todo, además de conseguirle muchos bolos sueltos. Total,

que, como llegó Richard, yo me pude ir a la barra a preparar mis cosas porque, no nos olvidemos, yo era uno de los camareros. Pero esa noche trabajaría con camiseta, porque pasaba de escuchar al otro después… Aunque, si llego a saber que esa iba a ser mi última noche allí, me hubiese desmelenado más.

Hacía rato que la fiesta había empezado. Prada estaba haciéndose amiga de todo el mundo, Josemari estaba nervioso porque no quería que nadie mirase a Stephen, Sisi había desaparecido en los baños y a la Buchona no paraban de pedirle fotos. Detalle que también molestó a Manu porque «lo eclipsó». En esas fue cuando interactué con Fonsy por primera vez. Desde el primer momento, me cautivó. Tenía un aire de loca-excéntrica-divertida, como Glenn Close interpretando a Cruella de Vil, y yo siempre me suelo llevar bien con ese tipo de personas. Prada, sin ir más lejos. Era muy alta, iba vestida de oscuro y llevaba un bolso rojo hecho con pliegues que destacaba mucho, juraría que con forma de vagina. La acompañaban dos chicas jovencitas, muy altas también. Por su aspecto, no se sabía si eran jugadoras de baloncesto o coristas de un grupo de lesbianas-bisexuales de indie-rock. Pensé que era una *sugar mommy*. No acerté, pero tampoco andaba muy desencaminado. Se acercó a la barra, me miró de arriba abajo y me llamó saludándome con los dedos de la mano. Al principio no sabía si me llamaba a mí, pero, como yo era el camarero y ella, la clienta, intuí que sí y me acerqué. No nos dio tiempo a hablar. Por lo visto, a ella también la conocía todo el mundo y no paraban de saludarla. Una de las jugadoras de baloncesto pidió por ella: un whisky solo de malta y sin hielo. Le pregunté quién era Fonsy y, con cara de

desganada, me respondió: «Lo más top y lo más chic que vas a encontrar por aquí», y se fue.

—¡Que empieza! —gritó Prada emocionada. Estaba también en la barra y se fue directa hasta la primera fila para grabarlo todo. Consiguió colocarse en medio de dos fans o familiares de Manu, ya que cualquiera les decía que se apartasen.

A continuación, empezó a salir mucho humo durante treinta segundos y comenzó a sonar una melodía suavecita. Por los altavoces se oía la voz de Manu con mucho autotune: «Oh, yeah» y «Manuel Petulante, baby», seguido de la primera palabra del *single* tres veces: «Prefiero, prefierooo, prefieroooooo»; y otra vez: «Manuel Petulante, baby». De repente, apareció Manu en el centro del escenario. Salió de entre el humo envuelto en una gran capa blanca llena de bordados, pedrería y dorados que recordaba a la capa de la Virgen del Carmen de Sevilla. En el torso, llevaba puesto un corsé dorado apretadísimo. No sé cómo pudo cantar o respirar, pero era evidente que le realzaba los pectorales. Por eso, supongo que dejó los pezones al aire. Sus pantalones cortos eran unas mallas blancas muy ceñidas, y los zapatos eran unas sandalias doradas. Llevaba una lanza en una mano, lo que me recordó a un dios griego o la santa paloma personificada si hubiese llevado una rama de olivo. Vino acompañado de dos bailarinas, entre ellas su amiga Anastacia, porque la canción arrancaba fuertecita con un estribillo muy reguetón:

Tú cambiaste mis risas por grises…
Tú me pides que revise la verdad con la que yo te quise,
pero yo prefiero verte, yo prefiero la mala suerte,

porque yo prefiero el daño al olvido…

Y seguidamente mucho gorgorito: «Uoooh». Y más: «Oh, yeah». Y más: «Prefiero el daño al olvidooo…», que, por cierto, era el título de la canción.

Mi barra estaba justo al lado del escenario, a medio metro. Así que, nada más terminar el show, les alcancé un rollo de papel industrial a él y a las bailarinas para que se secasen el sudor de la frente, porque hacía mucho calor. Se aseó mientras el público le aplaudía y, a continuación, empezó un discurso de agradecimiento de más de quince minutos. Gracias a sus fans, a sus seguidores, al público que había venido a verlo, a las bailarinas, al director del videoclip (que se había proyectado en una pantalla trasera), a vestuario, a maquillaje, al local por ceder las instalaciones, al técnico por lanzar el humo, al portero por estar en la puerta, a Amapola, a Anastacia, a Richard y hasta al que le vendió el tíquet del metro para venir al pub. Le dio las gracias a todo el mundo menos a mí.

Sisi, que ya conoce lo intenso y rollero que Manu se pone cuando «está en personaje», agarró de un brazo a Prada y del otro a la Doña Buchona, con la que supongo que se habría disculpado, y las arrastró hacia la barra. Venía muy alegre y dicharachero, lo cual quería decir que había hecho tres mamadas o que había tomado eme. De camino, le pegó una voz a Stephen, que estaba por ahí perdido:

—¡Tú, petaculos, ven! Y trae al sieso de tu novio, que vamos a tomar unos *shots*. —Este entendió la palabra *shot* al instante y vino con Josemari, quien amenazó con la mirada a la no binarie, quien le dijo para suavizarlo—: Tranquilo, vengo en son de paz y con la

escopeta descargada, así que no hace falta que te pongas celoso por mí. Hoy te dejo vía libre con el guiri.

Ese fue el preciso momento en el que mis neuronas decidieron conectar mis ideas para que me pareciera *estupendo* preparar el Semen de chacal, un chupito que tomé en el Buga de Veracruz, un *queer bar* al que me llevó Rodrigo en una de nuestras escapadas fuera de CDMX. Cuando anuncié el nombre del chupito, la Doña dijo como en una premonición:

—¡Guácala, esperemos que no haya muertos!

Por las dudas, revisé los apuntes de mi bloc de notas y descubrí que necesitaba crema de coco, licor de durazno y *midori* para la receta, pero, como no tenía ni idea de qué era esto último, me tocó improvisar. El sabor no era lo más relevante, lo importante era que el licor debía ser anaranjado, debía arder y, en medio, debía quedar el coco nadando como si fuese esperma. (Soy consciente de lo asqueroso que suena, pero, cuando lo probé en Veracruz, juro que me supo rico). Total, empecé a hacer muchas pruebas, porque el licor no me prendía y no sabía el motivo. Dispuse todo en la coctelera: tequila José Cuervo, Ballantine's, pacharán, Licor 43, ron Brugal, Aperol… Todo lo que era de color naranja, ¡pero nada! Nada ardía, y, si no ardía la mezcla en la coctelera, tampoco lo iba a hacer en el vaso. Algo estaba fallando… ¿Qué era? ¿Qué me estaba dejando? ¿Qué detalle no había anotado en mi receta? Probé las mezclas varias veces, las intenté de nuevo añadiendo azúcar, granadina y naranjas deshidratadas, pero no había manera… Dicen que el orden de los factores no altera el producto, pero estaba claro que en este caso sí, porque llevaba más de cincuenta pruebas fallidas y la barra parecía la mazmorra de las pociones del profesor

Snape. Y ahí no se produjo ni una triste chispita. Además, mis amigos no ayudaban porque Prada hizo un comentario que me generó más presión:

—Si me bebo eso, solo hay dos opciones: ¡o me quedo ciega, o aborto!

—¡No lo tires! ¡Ya me lo bebo yo! Así cuando vaya a mear, de paso, desinfecto los baños. —Y Sisi me fue apurando los vasos.

Estaba frustrado, quería sorprenderlos, pero esta vez el universo no estaba de mi lado. Más tarde descubrí en un vídeo de YouTube que no era cosa del universo, fue la ciencia: el licor prende si lo calientas antes; si no, no. En ese contexto, y llevado por la emoción del directo, opté por lo más fácil: provocar las llamas de forma manual con mi ingenio: gel hidroalcohólico y un mechero. Así que pillé la coctelera y vertí lo que resultó en los pocos vasos que quedaban limpios. El color dejaba mucho que desear… Ni semen de chacal ni leche de unicornio… Eso era agua de después de fregar. Pero aproveché el momento en el que todos hacían sus apuestas por descifrar la fórmula para dispensar una fina y segura línea de gel inflamable en la misma barra. Rápidamente, coloqué los chupitos encima de la línea invisible y, con el mechero, prendí una pequeña llamita que, poco a poco, fue envolviendo los vasos. Tal y como esperaba, mis amigos fliparon con el espectáculo, y eso hizo que no pensaran en el asco de mejunje que se iban a tomar. Así que los invité a hacer un brindis por Manu, por nosotros y por los dioses aztecas. A todo esto, a Prada le serví un chupito de Blue Tropic con kiwi, y Manu seguía dando las gracias… Iba por Trini, la frutera de su pueblo…

—¡Arriba! —dije, y todos me siguieron—. ¡Abajo! ¡Al centro y…!

—¡No mames! —alertó la Buchona.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Josemari—. ¡Fueeegooo!

Al mirar hacia nuestra derecha, efectivamente, observamos que había un pequeño foco de fuego en la sala. La línea invisible y segura de gel hidroalcohólico se había extendido más de lo previsto hasta llegar al rollo de papel con el que Manu se había secado el sudor y que, en un descuido, una de las bailarinas había depositado demasiado cerca de los chupitos, el gel y el mechero. Y parece ser que la pequeña llamita llegó hasta el rollo de papel, este empezó a arder y, con ello, el bote de gel que estaba al lado. Total, se sobrecalentó y estalló salpicando todo lo que estaba a su alrededor en un diámetro de un metro y medio. Pero el gel se había convertido en una minilava abrasiva y caprichosa. Digo «caprichosa» porque solo quemaba lo que quería. Lo más importante es que, en la explosión, nadie de los que estábamos cerca resultamos heridos. La Doña Buchona fue muy rápida y cubrió a Prada para protegerla. Solo le cayeron algunas gotitas en su pelucón, pero, como es de buena calidad y, por tanto, ignífuga, se apagaron al instante. Josemari se tiró al suelo y reptó hasta la salida como en las trincheras, así que el fuego ni lo olió. Sisi, por su parte, lo estaba grabando todo como si fuese una hoguera de San Juan, y puede que hasta estuviese pidiendo deseos… Y a mí solo se me quemaron cuatro pelos de un brazo. Lo único que se prendió, y con una rapidez y una furia caprichosa que yo no había visto en mi vida, fue la capa de la Virgen del Carmen de Manuel Petulante. Él seguía dando las gracias cuando aquello empezó a arder y, en cuestión de diez segundos, le envolvió una llamarada… Manu aún tenía dos canciones más que cantar, pero era más que evidente que eso no iba a poder ser.

32

Todo me sale mal desde que estoy contigo

BETO

†

EL SEÑOR
MANUEL PETULANTE
CANTANTE de musicales y COMPOSITOR
de 31 años de edad
falleció carbonizado en Chueca (Madrid) mientras
presentaba su única canción.

Va la maricona… ¡y se muere!
Se fue, voló y se quitó de en medio de la forma más tonta:
¡carbonizada viva!
Como Pepe Ocaña y en mitad de su show, se puso una
capa de materiales de mala calidad y ardió…
¡*Sashay*, te vas!

¡No hay derecho! Dejarnos tan pronto y de esta manera…
(Pobrecito).
Con la cantidad de fiestas, chulos y bolos que tenía por delante…
Ante semejante tragedia, familiares, amigos y allegados solo podemos decir:

R. I. P.

Y que con él murió el mal gusto
y que mucha paz para los muertos,
pero más para los vivos… ¡Porque menuda faena para los que nos hemos quedado!
Me refiero a las amigues del viudo.
¿Quién lo va a aguantar? ¿Quién lo va a consolar?
Well…

Solo añadir que, próximamente, se esparcirán las cenizas en el parque del Oeste,
al lado de la placa de La Veneno.
Asimismo, agradecemos que se respete nuestra intimidad y que se honre la memoria del artista escuchando su *single* una última vez, porque, como rezaba la canción, prefirió el daño al olvido…
Nunca mejor dicho.

Sisi fue el responsable de la esquela de Manuel Petulante, y el meme le reportó a Manuel Petulante 10.000 seguidores nuevos. Ese detalle hizo que pasase del enfado a la felicidad y que la catastrófica presentación le terminase pareciendo todo un éxito, porque Richard aprovechó el momento de viralidad en redes para organizar una minigira en la que, además del *single*, Manu cantaría éxitos como «Firework» de Katy Perry, «Fuego» de Eleni Foureira, «Set Fire to the Rain» de Adele o «Girl on Fire» de Alicia Keys con un par de bailarinas y un escupefuegos adicional.

Las alegrías de la minigira de Manu vendrían mucho después. Antes tuvimos que darnos un tiempo, porque esa noche se desvelaron algunos secretos y la cosa terminó mal. La buena noticia fue que Manu no murió calcinado, pero sí sufrió quemaduras de primer grado en la espalda. Menos mal que su amiga Anastacia fue rápida desabrochándole los nudos de la capa, que se le había enredado en la lanza, y que Amapola le vació enseguida un extintor encima; eso le destrozó el tratamiento de queratina que se había puesto en el pelo, pero evitó un trágico final… Lo que no evitó fue que descargara toda su rabia, su ira y su frustración contra mí, que me encontraba en la puerta de la salida facilitando el desalojo. Hubo que sacar a todo el mundo fuera y llamar a la policía. Luego vinieron los bomberos, el Sámur-Protección Civil y la Policía Nacional para hacer un informe de los atestados.

—¡¿Tú me quieres matar?! —me increpó cuando vino hacia mí como los toros cuando ven una bandera roja—. ¡Puto pirómano de los cojones!

—¡Tsch! —le advirtió la Doña Buchona levantando un dedo para que la viera—: Bájale dos rayitas, galán, que le estás hablando a mi

comadre.

Tanto ella como Prada se quedaron cerca vigilando, pero hacían ver que comentaban «lo bonitos que una vecina tenía los geranios». Por descontado, estaban con la oreja puesta por si había que intervenir. Les hice la señal de que estaba todo OK. Aun así, agradecí la advertencia. Surtió efecto y, aunque Manu me siguió hablando con odio, moderó su volumen.

—Desde que te has vuelto a meter en mi vida, ¡todo me va mal! No descanso bien porque roncas como un hipopótamo, me salto la dieta dos días a la semana por TU culpa, se retrasó el estreno del *single* porque me mordió TU perro y hoy casi me quemas vivo… ¡Esto NO funciona, Beto! ¡¿Es que no lo ves?! ¡Todo me sale mal desde que estoy contigo!

De todo lo que dijo, lo de los ronquidos fue lo que más me ofendió, porque eso no era cierto; Manu roncaba más que yo.

—Ha sido un accidente…

—¡ESTOY HARTO DE TUS BOBERÍAS! —explotó—. Y la culpa es mía, está claro… Desde el principio sabía que esto NO era una buena idea… Sabía que era un ERROR, sabía que las segundas partes NUNCA han sido buenas, porque la gente NO cambia y tú… ¡Tú vives en tu mundo! Ajeno a la vida de los demás. Crees que te preocupas por el resto, pero no es así, ¡a ti todo te la suda! Te importa una mierda si ensucias mi imagen profesional, si la gente se ríe de mí en redes, si se me jode la voz o si no puedo volver a cantar… ¡Tú vas a tu PUTA bola! Solo piensas en ti. Eres un niñato, un inmaduro, un caprichoso y un malcriado. ¡Y lo peor de todo es que lo sabía! Pero, aun así, intenté darte una última oportunidad… ¡¿Y PARA QUÉ?!

A veces, peco de demasiado correcto, pero puedo asegurar que también tengo mi genio… Manu llevaba muchas semanas comportándose como un auténtico cretino, tanto conmigo como con mis amigos, y yo había llegado a mi límite. Aun así, antes de contestarle, respiré hondo y me recité el siguiente mantra: «Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco y seis, vosotros lo veréis…». Si no lo llego a hacer, le hubiese levantado la voz y no me quería poner a su altura.

—No me parece justo el tono ni lo que me estás diciendo, Manu… —empecé.

—¡Estoy harto, Beto! ¡Harto de que lo idealices todo! ¡Harto de que creas que solo con las intenciones basta! ¡Harto de que hables como si te creyeras mexicano! ¡Harto de que comas tacos! ¡Harto de que escuches rancheras! ¡Harto de ti, harto de tus amigos, harto del universo y harto de la mismísima Virgen de Guadalupe también!

—¡Tsch! A mi Virgencita me la dejas en paz, estúpida —volvió a advertir en voz alta la Doña, que es muy guadalupana y seguía de chismosa. Manu le ignoró y siguió con su monólogo, porque a mí apenas me dejó hablar.

—¿Es que no puedes empatizar ni por un solo momento? ¡Ves como solo piensas en ti! Tengo la espalda quemada, la carrera jodida, me has humillado y avergonzado delante de mi público… ¿Y aun así me dices que «no te parece justo»? ¡¿QUÉ ES LO QUE NO TE PARECE JUSTO?!

Hizo una pausa, se frotó los ojos y respiró hondo para guardar la compostura y reprimir el llanto. Quise tomarle la mano para calmarlo y hacerle entender que, aunque estábamos en una discusión, yo seguía ahí y le apoyaba, pero me la rechazó de un manotazo. Esa

fue la gota que colmó el vaso. Entonces, salté en defensa de los míos.

—Despotrica conmigo todo lo que quieras, pero a mis amigos déjalos tranquilos porque solo han intentado ayudarte. Prada te ha dejado ensayar mil veces en su casa, Amapola te ha dejado el escenario de su pub para actuar, todos han venido esta noche para darte apoyo y hasta Josemari y Sisi lo han publicado en sus redes… Así que me parece a mí que sí, que con ellos te estás pasando tres pueblos.

—¿Tus «amigos»? —dijo señalando a Sisi, quien justo estaba zorreando con tres *twinks* en *crop top*—. ¡JA! Me río yo de alguno de tus amigos…

—¿Por qué dices eso?

—Te voy a dar un consejo: aléjate de tu amigue —advirtió irónico.

—¿Qué pasa con Sisi?

—Todo es culpa suya, infecta y contamina todo lo que toca. Todo lo malo que me está pasando es por su culpa también, por su mal karma y su mala energía… Dime con quién vas y te diré quién eres… —Y añadió—: ¿Es que no lo entiendes?

Por supuesto que lo entendía, lo intuía, pero no lo quise creer. Por eso, lo defendí hasta el último momento.

—Sisi es un buen amigo, me quiere y me lo ha demostrado muchas veces No le eches la culpa a él de lo que hayas hecho tú…

—Esto no puede seguir así, Beto… Ni tú ni yo nos merecemos seguir sufriendo…

—En eso estoy de acuerdo —dije clavando en él la mirada fijamente, invitándolo a que dijera lo que hacía tiempo que quería confesar, pero no se atrevía. ¿Me iba a decir qué era lo que le

generaba aquel sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué era incapaz de besarme de verdad? ¿De sostenerme la mirada? ¿Por qué, en lugar de abrazarme y apretarme contra su cuerpo, me daba palmaditas? ¿Por qué evitaba la intimidad y el contacto físico a toda costa? Prada lo intuyó, Josemari me dio pistas y Àlex, si hubiese estado en Madrid, lo hubiese descubierto al segundo día… Yo lo sabía, pero no lo quise ver, quise negar las evidencias, quise creer lo que yo me decía a mí mismo, quise creer en la Virgen de Guadalupe, en el universo y en las señales… Estaba claro, Àlex siempre lo dice: «No es lo que sucede, sino lo que nos decimos que está sucediendo». Así que le sostuve la mirada durante más de un minuto y, finalmente, habló…

—Me he follado a Sisi… —admitió y agachó la cabeza.

Se hizo el silencio. No respondí.

—¿No vas a decir nada? —preguntó.

No, no abrí la boca. ¿Qué quería que le dijera?, ¿que no pasaba nada?, ¿que lo entendía?, ¿que Sisi era así y que él era un resentido?, ¿que la culpa era mía por no haberle hecho más caso?, ¿por no haberle ido detrás?, ¿porque me fui a México? Sí, me fui y volví, pero nadie le obligó a volver a intentarlo conmigo. Pudo haberme dicho que no, pero me dijo «vale». Y yo… Yo creí que esta vez sí, creí que podía cambiar las cosas, revertir la energía… Pero en ese momento estaba tan confuso, frustrado, enfadado… No pensaba con claridad, así que preferí no decir nada. No sabía qué me dolía más: ¿la traición de Sisi? ¿Las mentiras de Manu? ¿Sentirme como un idiota? Sisi…, a veces lo odiaba. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser así? ¿No se llenaba la boca diciendo que yo era parte de su «familia

escogida»? Entonces ¿por qué engañaba y mentía a su única familia que era yo?

—Por favor, no me montes una escenita ahora… Solo me faltaría eso… —dijo Manu cuando me brotaron algunas lágrimas. Ante el comentario, levanté la cabeza y lo volví a mirar de frente. Lo intimidé, lo asusté o ambas cosas, porque añadió—: Creo que me voy a ir, Beto… Ya hablaremos…

—Adiós —le dije dándome la vuelta en dirección a mis amigas.

Entonces, cuando me giré, dijo algo sin atreverse a mirarme a la cara, estando yo de espaldas. Pero lo oí perfectamente:

—Ya que nos hemos sincerado…, me gustaría contártelo todo: me lo estaba follando el día que te presentaste en casa por sorpresa con el alebrije.

TUN-TUN, TUN-TUN
TUN-TUN, TUN-TUN

Era mi corazón, latiendo demasiado deprisa. Tuve que parar mi marcha en seco porque me estaba debatiendo entre darme la vuelta y gritarle muchas cosas o salir corriendo y tirarme encima de Sisi para darle los golpes que nunca le había dado a nadie. Fue difícil, porque llevaba demasiado tiempo conteniendo cosas, pero finalmente opté por no hacer ninguna de las dos y seguí caminando en dirección a Prada y a la Buchona. Ellas serían capaces de calmar mi estado de rabia, tristeza, enfado, llanto y hasta risas sarcásticas. Todo a la vez.

—¡Qué raro! Que le pongas el cuerno con una amiga… De a tiro por viaje… —le comentó la Buchona a Prada. Eso último quería decir

«muy común».

—Àlex, dame un piti… —le pedí.

—Pero ¿tú desde cuándo fumas? —preguntó Prada colocando mi cabeza en sus tetas para darme un cálido abrazo. Yo no tenía claro que eso fuese un consuelo para mí, pero lo agradecí.

—¡Culera, tengo una cosa mejor para estas situaciones! —Sonrió sacando un porrito del bolso—: ¡Ponte chingona con esto!

En esas, se nos acercaron Josemari, Stephen, Fonsy y sus dos acompañantes. Habían estado hablando y, sorprendentemente, se cayeron bien. De hecho, Josemari venía pletórico porque Fonsy le había prometido una entrevista en su revista en papel, con reportaje fotográfico incluido. Sería la primera que le iban a hacer como candidato del partido.

—Que sepas que acabo de hacer tu trabajo —presumió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Necesito una calada de esa mierda. Trae aquí —dijo Fonsy cuando se incorporó a la conversación. Me quitó el porro de la mano, lo olió y adivinó variedad, país de importación y variante del cultivo—: Índica. Colombia. Black dovima.

—¡Qué perra! —exclamó la Buchona sorprendida—. La señora sabe lo que es bueno…

—¿Quién te crees que publicó las biografías de las esposas de los narcos más destacados en España? —anunció orgullosa y, seguidamente, le dio tres profundas y largas caladas que terminaron en un ataque de tos. Cuando se recuperó, añadió dirigiéndose a la Buchona—: Encantada de conocerte. ¿Qué tal la grabación?

—Honor a quien honor merece. —Y saludó inclinando la cabeza—. Con gusto le chismorreo TODO acerca de cómo es ser *drag queen*

en un *reality*…

Todo el mundo menos yo sabía quién era Fonsy, y lo más sorprendente: Fonsy sabía quiénes eran mis amigos. Entre caladas y risas, Àlex también cerró su entrevista promocional. Algo que nos traería un disgusto, porque saldría en el mismo número que Josemari y la portada sería ella, evidentemente.

—Cuánto tiempo sin verte, Prada. ¿Dónde has estado? —le preguntó Fonsy.

—Ya sabes, lejos de mi madre… —Y ambas se rieron.

Finalmente, se dirigió a mí:

—Imagino que tú has sido el que le ha metido fuego a la capa de ese gilipollas, ¿correcto?

—Supongo que sí… —reconocí.

—E imagino que te acaban de despedir… —agregó dando otra calada más.

—Aún no, pero supongo que sí… —le respondí.

—No era una pregunta. Estás despedido, ya te lo confirmo yo —aseguró mientras miraba la exagerada columna de humo negro que se elevaba a nuestras espaldas. Se rio, me devolvió el porro y le dijo a una de sus acompañantes mientras se despedía—: Ginebra, dale la tarjeta a Beto. ¡El Uber ya está aquí!

Una de las chicas me entregó la tarjeta de Fonsy. Yo no tenía ni idea de por qué sabía mi nombre y, mientras se subía al *transfer*, me dijo misteriosa:

—Y tú tranquilo, cariño, que ya tienes trabajo y todavía no lo sabes…

En esas, Sisi se acercó al grupo, y Fonsy le dijo que le mandara el vídeo del «maricón ardiendo», porque ya le estaba haciendo efecto

el porro y quería echarse unas risas de camino a casa. Otro al que también conocía… Y al que yo no quería ni ver.

—¡Amooorch! —me saludó Sisi superefusivo y con una voz melosa —. ¡Qué bien me lo he pasado! ¡Me he comido seis pollones! Tres eran normales y uno estaba en mal estado, pero dos eran superjugosos. Espera, te los enseño, que les he sacado un FOTÓN… —Y, mientras me enseñaba un par de los penes desde su pantalla, añadió muerto de risa—: ¡Ah, sí! Y lo he grabado todo: ¡la Petulante en llamas! ¡Mañana le hago una esquela!

—¿Habrá algo o alguien en esta discoteca que no hayas chupado? —preguntó Prada irónica. La Buchona no dijo nada, y yo permanecí callado.

—¿Y esas caras de prepucio con pus?

—Manu me lo ha contado todo… —anuncié.

—Definamos «todo».

—Todo —corroboré.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—¿Todo todo? —insistió Sisi.

—Todo acerca de cómo de caliente y cochina eres. Y cómo su noviecito le puso el cuerno contigo, mi ciela… —aclaró la Buchona, directa como siempre, y Josemari ahogó un grito.

—¡Ves, las mentiras tienen las patas muy cortas! Te dije que debías contárselo… —le recriminó Josemari.

—¡¿Tú lo sabías también?! —pregunté sintiéndome doblemente traicionado.

—¡Pues ya era hora de que te enteraras, hija! —respiró Sisi aliviado—. Ahora ya te puedo decir lo que pienso: ¡el Petulante es un

cerdo y no ibais a durar ni dos telediarios! Ese… Mucha relación monógamo-romántica, pero cuando te fuiste a México no dejó títere con cabeza. ¡Menuda cerda! Y si me descuido… ¡Se tira hasta a la Pepimari! Pero tú no te preocupes, bebé. Mañana te mando a un par de chulazos a casa y se te pasa el disgusto, te lo aseguro —dijo señalando a los *twinks*. Y agregó con orgullo—: Porque yo sí que comparto, no como otras… —Y volvió a mirar a Josemari.

—Permíteme dudarlo… —añadió este.

—Sois increíbles… —fue lo único que alcancé a decirles. Y me fui. Necesitaba caminar para asimilar todo lo que había pasado.

33

Huele a *match*…

PRADA

¿Qué le pasaba a mi Beto? Estaba apollardado. A punto estuve de darle dos tortas y decirle: «¡Espabila!». ¿Cómo podía ser tan educado hasta para enfadarse? Ser tan correcto me pareció antinatural. Tarde o temprano, uno tiene que explotar y mandar a la mierda a Sisi, a Richard y a Manuel Petulante si es preciso. ¡Menos mal que con el incendio lo perdimos de vista un tiempo! Llegaron las fiestas y se fue de minigira navideña. Richard le organizó un tour titulado: «Boy on Fire» y lo llevó a cantar por hoteles aprovechando que se había hecho viral. Por cierto, gira que fue posible gracias a mi Beto, a quien deberían haberle pasado *royalties*, dicho sea de paso.

A estas conclusiones llegué al cabo de dos días. Antes de eso estuve muy ocupada intentando rastrear un gasto extra de casi dos mil euros que no tenía ni idea de dónde *coño* salía. Y destaco la palabra «coño» porque, en parte, mi vagina fue la responsable. Esa mañana Àlex vino a vernos para animar a Beto. Llevaba dos días encerrado en la habitación, enterrado entre las sábanas mientras escuchaba música depresiva, y cuando entró al salón me encontró

desquiciada perdida y con, aproximadamente, mil quinientas facturas desparramadas por todas partes. Me había hecho un moño y llevaba un pijama de unicornio que me encantaba, porque era de pelusilla y me producía un cosquilleo muy agradable en la entrepierna. Ese mes y esa mañana, estaba un poco revolucionada y muy cachonda.

—¿Qué es este desastre? ¿En qué andas? —me preguntó Àlex.

Reconocía esa voz, pero no a la persona que tenía delante. Los ojos y la mirada sí…, pero la imagen y la estatura no. Sabía que era Àlex, es decir, la Doña, pero en persona siempre la había visto vestida de *drag queen*. Entonces, la sensación fue muy extraña. Era como estar viendo la telenovela de *La usurpadora*, en la que hay dos protagonistas iguales que son hermanas gemelas y juegan a suplantarse la identidad. No sé. Fue algo un poco *creepy*, porque, además, yo me había acostumbrado a hablarle en femenino y delante tenía a un tío… ¡Y no veas qué tío! Porque el Àlex macho era muy atractivo. De hecho, hasta me recordó al Bon Jovi de «It's My Life».

—¡Uy! No sabes… Menuda mañanita llevo. —Y, mientras le contaba, tuve que ir colgando llamadas de diferentes números desconocidos, porque desde que empecé a rastrear el gasto no dejaron de llamarme: Movistar, Vodafone, Gas Natural y una operadora pesada (y tonta a ratos) que cada vez que descuelgas te dice: «¡Hola! Te ha tocado un viaje…». Y yo la insultaba y le colgaba.

Resulta que antes de decidir embarazarme, me compré un conjunto de ropa interior de Fenty. Para quien no lo sepa (tíos heteros, básicamente), Fenty es la marca de putibragas de Rihanna. El caso es que, cuando me registré para comprarme mi primer

conjunto de lencería, acepté el diez por ciento de descuento a cambio de recibir la *newsletter*, pero lo que no sabía era que, al aceptar, me había hecho miembro del club vip y también había aceptado pagar una cuota mensual no reembolsable. Total, que cuando me fui a vivir a Braganza se me olvidó… ¡Y ahora estaba preñada y tenía dos mil euros acumulados en putibragas de Rihanna!

—¿Y qué vas a hacer ahorita con tanta lencería exótica? ¿Tienes macho que te las quite o te las muerda?

—Lo que voy a hacer es revenderlas por Vinted —aseguré.

Soy una mujer de negocios y no pensaba tirar el dinero a la basura. Así que invertí los dos mil euros y compré de todo en la web, hasta un látigo. Sabía que sería fácil revenderlo entre mis contactos.

—¿Y ya las vendiste todas? —preguntó Àlex—. Quizá me interese alguna cosita coqueta…

—¡No me queda ni un tanga! Publiqué el anuncio en el grupo de wasap del Residencial para joder a mi madre y, a los quince minutos, agoté las existencias.

Mi madre… Otra persona desaconsejable para cualquier embarazada. A mí me potenciaba la hormona del estrés…, y mira que se supone que las embarazadas somos una fábrica de oxitocina con patas. Era pensar en ella y me ponía de una mala hostia… Después de su primera visita, esa en la que insinuó que mi padre se estaba muriendo, fui corriendo a verlo. ¿Qué le pasaba? ¡Nada! Simplemente, se fue él solo quince días a un spa en Alicante para desconectar de ella. Tenía un poco de colesterol, nada nuevo. No obstante, mi madre tergiversó las cosas para sembrar la semilla de la duda y de la culpa en mí y dejarme rayada imaginando lo que no

era. Mi padre era mi punto débil y pensar, por un solo momento, que podría faltarme… Me daba algo. Definitivamente, nunca iba a estar preparada para ello. Por eso, una de sus técnicas de manipulación era hacerme creer que yo era una mala hija.

—¿Por qué peleas tanto con tu mamá? —quiso saber Àlex, y me di cuenta de que, en verdad, era un acto reflejo. Yo quería pasar de ella, pero, como esa mañana me envió un mensaje («Pronto iré a verte para hacerte pruebas»), mi respuesta automática fue: «Pues ahora te vas a cagar». Por eso, decidí vender las putibragas entre sus amigas del Residencial y no por Wallapop o Vinted. Así, de paso, les daba un poco de qué hablar… Porque el ahorro es algo obsceno entre la *jet set*, se percibe como cutre. Todo el mundo ahorra, pero ellas no podían decir que lo hacían. Era una verdad velada; todas lo hacían, pero entre ellas no se lo contaban. Por lo tanto, si la que te vendió las bragas resultaba ser la hija de una vicesecretaria y, además, estaba embarazada y sin padre conocido, ¡pues ya ni te digo! Así que sí, mi madre me disparaba el cortisol, pero yo a ella también. Fue contarle mi travesura a Àlex y volver a cabrearme, porque me volvió a llamar la operadora que supuestamente me quería regalar un viaje y lo pagué con ella:

—Que no me llaméis más. Estoy en la lista Robinson. ¡Te voy a denunciar, hija de puta! —Eso le dije… Presumiendo de modales, vocabulario y de ser una mierda de feminista.

—Mamacita necesita un masaje para liberar tensión… —aseguró Àlex, y yo no podía estar más de acuerdo—. ¿Dónde puedo encontrar alguna loción o algún aceite esencial?

¡Ojalá Àlex hubiese llegado antes a mi vida! Era la persona más inteligente que había conocido. Era muy culto o culta, muy filosófico

o filosófica, alguien con un trabajo personal que me dejó sin palabras en más de una ocasión. Y eso que a mí es difícil hacerme callar. A Àlex sabía que podría llamarle si algún día decidía atropellar a Félix João. Seguro que sabría qué hacer para esconder el cuerpo y, al mismo tiempo, tranquilizarme. Además, tenía una elegancia, un saber estar, una templanza… En la cena en la que José María y Sisi casi se tiran de los pelos, él o ella ni se inmutó. Incluso supo poner a Sisi en su lugar. Era como si lo viese todo desde un palco. Yo hubiese intervenido en reiteradas ocasiones, pero él o ella me dijo: «Mientras no saquen armas de fuego, déjalas que hagan el ridículo solas». Y con el incendio igual, dijo: «Esto es salir de tranquis. Yo he tenido que hacer shows con corsé antibalas». Incluso llegó a protegerme poniéndose él o ella en medio cuando explotó el bote de gel hidroalcohólico. Definitivamente, era alguien que quería en mi vida a partir de ya. Era todo un caballero y toda una dama; y a mí eso me generaba sentimientos encontrados porque el órgano sexual más grande de nuestro cuerpo es la piel… Y a mí su masaje… me dejó pensativa.

—Pra, ¡voy a botar ese pinche celular a la basura! Es imposible que te relajes si no lo desconectas… —me dijo perdiendo la paciencia porque no paraba de vibrar cada veinte segundos.

En la media hora que me masajeó la espalda, no pararon de llegarme notificaciones. Debido a mi estado de excitación del último mes, se me antojó comprarme un libro que hacía tiempo que quería: *La función del orgasmo* de Wilhelm Reich. Llevaba años detrás de él, pero no había manera porque o no lo encontraba, o valía una pasta hasta para mí. No obstante, esa mañana me metí en Wallapop y allí estaba. Lo tenía un tonto que me lo vendió por cinco euros. En

realidad, el precio inicial era de un euro, pero, como vio que estaba interesada, me subió a cinco pensándose él que había hecho un buen negocio. Con los nervios, la prisa y la emoción (porque, paralelamente, estaba con lo de las putibragas) le envié fotos de las bragas al tío este y empezamos a tontear.

—¡Es verdad! —exclamé cayendo en la cuenta de ese *match* que había olvidado por completo—. Bueno, bueno, bueno… ¡Que he ligado!

—¿Cómo así? —preguntó, y le conté la historia. Él me respondió —: ¡Ay, no, Praderita! Un día darás con un *serial killer* y tendré que mandarte rescatar de un secuestrador… ¿Y cómo es el galán que te vendió el libro?

—Se llama Antonio, es de Madrid, tiene cuarenta y dos años, no tiene imagen de perfil y… ¡me acaba de enviar dos fotos! —exclamé cuando vi que: uno, era muy guapo de cara, y, dos, tenía una morcilla de Burgos en su putifoto en *slip*—. ¡Joder, qué paquetón! ¡Y qué bueno que está! ¿A ti qué te parece?

—Me parece que quizá estás un poco clavada con las apps de citas y deberías platicar con la Petrita esta cosa tuya de checar tu celular cada cinco minutos, queridita.

No voy a negar que estaba aburrida y que me apetecía conocer a un tío normal. Estaba harta de escuchar que se me iba a pasar el arroz y que se me cuestionara si utilizaba apps de citas. ¿Acaso estaba mal querer conocer a alguien si estaba embarazada? Vida solo había una, y yo no iba a desperdiciarla tratando de ser perfecta para los demás. No pretendía ser la buena hija ni la buena amiga ni la buena amante, y ya veríamos en un futuro si sería o no una buena madre… Pero esta forma de pensar no quitaba que, de vez en

cuando, cayera en contradicciones y, en momentos de debilidad, quisiera pensar que ser todas esas cosas era posible si tenía un tío a mi lado. Es inevitable que tarde o temprano cayera en la trampa, nos educan para ser emocionalmente dependientes. Por eso, cuando estabas de bajona o bien jodida, o, simplemente, desequilibrada, ¡caías en la trampa! ¿Y cómo estaba yo en aquel momento? Embarazada, y eso eran todos los estados emocionales al mismo tiempo. Así que sí, me pareció supernormal estar constantemente perdiendo el tiempo para ver si me había escrito alguien «especial».

—¡Exagerado! Solo estaba mirando el teléfono porque ahora soy comercial de ropa interior —comenté y, nuevamente, me volvió a llamar la operadora que me quería regalar un viaje. Esa era la segunda causa por la que mi teléfono no dejaba de sonar, y Àlex, que sabía el motivo de la llamada, me dijo:

—No seas obstinada y responde.

—¡¿Qué quieres?! —dije terca.

La llamada era de alguien del equipo de producción del *reality* en el que participó la Doña Buchona, y lo que llevaba horas intentando comunicarme era cierto. ¡Me había tocado el sorteo del viaje con gastos pagados a CDMX para el estreno del programa! Por cosas como esa sostenía que la gente, yo incluida, es imbécil, y, si Darwin levantara la cabeza, reescribiría *El origen de las especies*.

34

Quien busca la verdad corre el riesgo de encontrarla

Àlex

Irremediablemente, todo el mundo se embarca en la búsqueda del amor, pero quizá esta palabra es una de las que más acepciones tiene en el diccionario: amor romántico, amor propio, amor a la familia, a una vocación, a las amistades… El amor se persigue en función de nuestras creencias, de cómo nos han querido tanto nuestros papás como nuestras parejas, y también en función de cómo nos imaginamos que debería de ser… Pero no revisar esas creencias y adecuarlas a nuestra realidad puede hacernos mucho daño. Yo me preguntaba cada vez más a menudo qué lugar tenía Pra dentro de estas acepciones. La observé, disfrutaba rebelándose contra el sistema de creencias que representaba su mamá y dándoselas de mujer libre e independiente, pero, inconscientemente, no dejaba de buscar «un hombre». Enseguida intuí que su adicción al Tinder no era más que una excusa para no enfrentar que se sentía sola, pero al mismo tiempo eso me afectaba y me generaba perturbaciones. ¿Por qué? ¿Qué carajos estaba pasando en mi interior? ¿Por qué se removieron mis cimientos de aquella manera

con Pra? ¿Estaba cambiando mi sistema de creencias por completo? ¿Todo lo que había tomado como cierto y evidente acaso ya no lo era? A veces, pensé que se trataba de admiración. Siempre me ha llamado la atención la gente fuerte y decidida, aquella que se rebela contra su destino y cambia las reglas del juego; la que es capaz de llegar mucho más lejos de lo que estaba predestinada. Pra me resultaba admirable y obtenía toda mi atención. Reconocía en ella cualidades mías. También empatizaba con la batalla que se traía con su mamá, porque durante muchos años peleé conmigo mismo creyendo que yo tampoco la necesitaba, pero eso pensaba hasta que enfrenté esa creencia y, en una experiencia con medicinas naturales en el desierto, tuve un sueño lúcido y descubrí que sí que necesitaba a mi familia. Debía sanar esa herida si quería dejar de estar incompleto o quebrado… Por ese motivo, acepté participar en ese *reality* absurdo (un único capítulo, por cierto, eso fue lo que se acordó. No más, pero debí permanecer las ocho semanas en el hotel hasta terminar el rodaje). Regresar a mi país de origen me daría la oportunidad de enfrentar esa situación, pero también era cierto que los días pasaban y yo no hacía nada. Ponía excusas y seguía sin ir a ver a mi abuelita. Me decía «Tengo mucha chamba», pero eso no era cierto. No había tomado un tren a Barcelona para visitarla por cobarde, nuevamente, porque oportunidades hubo. Mi abuelita sabía y no quería agobiarme, pero también es cierto que a veces preguntaba si podríamos abrazarnos antes de que me regresara a México… Y yo le decía: «Ahorita no puede ser, abuelita…, pero pronto… Seguro que pronto…». Eso me hacía sentir como la persona más nefasta del mundo. El miedo creía que aún no estaba preparado, y eso era más fácil de creer que enfrentar la verdad: me

aterraba mi mamá. No sabía si mi corazón resistiría otro rechazo así… Y esa creencia, ese miedo, me estaba impidiendo abrazar a la persona que más quería en este mundo.

El nido de ideas que traía en la cabeza con Pra me hacían olvidar ese pedo por momentos… ¿Qué era lo que tanto despertaba mi curiosidad de esa mujer? Había preguntas para las que ni la lógica ni yo mismo teníamos una explicación. ¿Podía ser ese carácter de potra salvaje? ¿Que era la más risueña? ¿Que me recordaba al Àlex que cruzó el charco solo en busca de un futuro y lo logró? ¿Que, a veces, me recordaba a mi mamá? Definitivamente, esa mujer lo desordenó todo, y uno nunca sabe en qué lugar puede hallar una ramita entre los escombros… ¿No se suponía que yo era joto? ¡La reina de la jotería, no mames! Entonces ¿qué estaba sucediendo exactamente en mi cabeza y en mi corazón?, ¿por qué si estábamos cerca me ponía nervioso como quinceañera? ¿Por qué se me olvidaba hasta el idioma cuando platicábamos?, ¿por qué sentía que quería protegerla a toda costa? ¿Por qué me estremecía si me tocaba? ¿Por qué me encelaba si hablaba con otros vatos? ¿Por qué hubo un momento que la estaba mirando y me dije: «¡Ay, cabrón! Pero si te dieron cosquillitas…»? ¡¿Por qué?! Me di cuenta de que conocer a ese mujerón, además de confundirme, estaba haciendo que se derrumbase todo mi sistema de creencias. ¿Acaso siempre viví equivocado? ¿A qué o a quién debía abrir mi corazón? ¿Qué estaba experimentando por Pra? ¿Era amor, amistad, admiración? ¿Mi suerte se estaba burlando de mí y, de repente, ella era la panacea a la homosexualidad? ¿Debíamos abrir una clínica para curar jotos y montarnos en el dólar? No tardaría mucho en encontrar las respuestas, pero una cosa era segura: el amor es verdad y con amor

se puede vencer al miedo. Así que todo lo que hiciese desde ese sentimiento se sentiría correcto.

35

Oshun

Sisi

Siempre he necesitado correrme tres veces al día como mínimo. ¿Cuál es el problema? La primera suele ser nada más despertarme y la última antes de irme a dormir. Tengo mucha energía sexual y, si no me corro, siento que me falta algo. No me concentro, no descanso y soy incapaz de hacer nada bien. El problema era que, cuanto más me corría, más sentía que me secaba por dentro. Era como si, poco a poco, me volviese menos humano, más animal… A veces, me daba miedo perder por completo la capacidad de empatizar. ¿Y si un día se me olvidaba que era una persona?

La psicóloga me dijo que lo que me pasa es muy común en niños traumatizados, que tenemos tendencia a retraumatizarnos y adoptamos posturas que nos vuelven a llevar a situaciones de abuso similares a las que sufrimos en la infancia. Por lo visto, el ser humano es así de tonto, se tropieza tres y hasta cuatro veces con la misma piedra. Estamos hechos para repetir patrones. En mi caso tenía sentido porque nunca conté con el apoyo de mis padres, y mi mundo interior era un caos. Me atormentaba demasiado haber

crecido sin esas figuras de apoyo, sin un padre que me hubiese respetado o una madre que me hubiese querido. Ellos eran los culpables de haberme convertido en alguien vulnerable, desmotivado y con poca tolerancia a la frustración.

A veces, odiaba a Beto por esto… Sé que no es justo, pero lo envidiaba inconscientemente. Y, de vez en cuando, hasta deseaba que no le fuesen tan bien las cosas, porque sí…, a Beto todo le iba bien, siempre caía de pie, siempre aparecía alguien que le salvaba el culo: Àlex, Prada o yo mismo… ¿Y a mí? ¿A mí quién me ayudó cuando más lo necesité? No he tenido unos padres que me hayan pagado una carrera ni una madre que me haya preparado tápers ni un hermano mayor que me haya protegido ni un novio que me haya dicho que me quiere… Tengo claro que todas estas mierdas fueron las que me unieron a Sandro de una forma tan inmediata, las que hicieron que, poco a poco y sin darme cuenta, me fuese alejando más y más de mi entorno hasta terminar completamente aislado. Desde el principio, supe que Sandro iba a ser un problema, pero al mismo tiempo creía que lo podría ayudar yo a él y, quizá, hasta cambiarlo… También sentía que me entendía como nadie… Porque, a menudo, siento que el mundo no me entiende. Y es recíproco, yo tampoco lo entiendo a él. Por eso, a veces, no podía remediarlo, me portaba mal y hacía daño a la gente que quería… Pero así somos las víctimas del sistema heteropatriarcal, machista y capitalista: incómodas. Así que… *Sorry not sorry*, soy disidente porque el mundo me ha hecho así.

Sandro se dio cuenta enseguida de que nuestros traumas nos podrían unir y supo cómo hacer para manipularme. A la Pepimari la odié de inmediato en cuanto descubrí que había estado puteando

con Sandro. Tampoco era tan difícil adivinar que alguien como José María era de los que contrataban servicios profesionales para seguir en el anonimato y llevar una doble vida; lo odié por eso más que por ser una marifacha. Interpreté que mi chulo se lo habría follado tan bien que me lo querría quitar, y eso no lo iba a consentir; por eso un día salí a la calle de incógnito y le arrojé un ladrillo rosa para advertirle. ¡Lástima tener tan mala puntería para estas cosas!

Después estaba Àlex, lo aborrecía soberanamente… No soportaba que fuese de estrella por la vida y que hablara como si fuera un *coach* y lo supiese todo… Me pareció que se había convertido en una persona muy subidita y que no quedaba nada del chico estudioso y trabajador que conocí cuando vivía en Barcelona. Y a Prada… Bueno, no tenía nada en contra de ella, pero Sandro no la soportaba porque hacía demasiadas preguntas: «¿Cómo estás?», «¿Dónde estás?», «¿Qué pasa?», «¿Por qué no te vemos?», «Tampoco publicas nada, ¿va todo bien?», «Beto está preocupado y yo también», «Vente a casa a tomar café y a tocarme la barriguita, da buena suerte…». Y, como no le contestaba, no paraba de llamar y de insistir… Sandro se dirigía a ella como «la metida» y, por no discutir con él, simplemente, la tuve que bloquear… Y con Beto… *Well*, con él empecé a experimentar muchas emociones contradictorias… Por un lado, me sentía muy decepcionado porque fui yo quien le habló a Fonsy de él y aún estaba esperando que me diese las gracias. Y, desde luego, ayudar a la marifacha en su campaña solo hacía que no quisiera verlo más. Sandro me decía que era un interesado y que solo se había aprovechado de mí y de mis contactos, y, ahora que ya no le interesaba, sudaba de mi cara. Así que me lo creí, me cansé y pensé: «Pues habrá que darle una lección».

Sandro, igual que yo, arrastraba un pasado muy oscuro. Él amaba y odiaba a Yuslaidy, su madre, con la misma intensidad que yo a mi progenitor A y a mi progenitor B, a quienes me negaba a considerar padres. BTW, la madre de Sandro no terminó siendo la señora desvalida que vendía arepitas en la calle, tal y como me quiso hacer creer él antes de meterla en mi casa. Al principio, me hizo gracia la idea de tener una mamá, pero en cuanto Yuslaidy entró por la puerta, se me pasaron las ganas. Era una prostituta colombiana de cuarenta y cinco años con las tetas mejor puestas que había visto en todo Madrid (y, por cierto, el tiempo que la tuve en mi casa no la vi cocinar ni una sola arepa). Sí, la madre también ejercía la prostitución. De hecho, fue ella quien metió a su propio hijo en ese mundo cuando aún no había cumplido ni los quince años. Yuslaidy era la maestra y el chulo, porque, por supuesto, le llevaba la agenda de clientes y le concertaba la mayoría de las citas. Esa señora vivía como una marquesa, y, si su hijo tenía la agenda llena, ella dejaba de ejercer esa semana. El tiempo que estuvo en mi casa, nunca le faltó de nada, porque sabía perfectamente cómo coaccionar, manipular y chantajear a su hijo para obtener cualquier cosa de él. Pero qué fácil es ver las cosas desde fuera…

Sandro no era guapo. Tenía el atractivo del latino malote y delincuente, pero, en verdad y desde la objetividad de un periodista de izquierdas, era feo. Pero yo siempre los he preferido feos, porque, como no saben cuándo van a volver a follar, le ponen más ganas; y eso es revitalizante, no hay más que ver a Demi Moore. Sandro no era guapo, pero tenía todo lo que a mí me volvía loco. Además de un pollón muy bonito que me encantaba… Él lo sabía y se lo sacaba muy a menudo para descentrarme y hacerme caer en la tentación

una y otra vez. Así que sí… Me enchoché (o me empollé, mejor dicho) y volví a caer en la trampa del amor. ¿Y qué ocurre cuando eso sucede? Que cada día que pasaba perdía una cosa nueva. Un día era «¿Con quién hablas?»; otro, «No comas kebabs porque tienen mucha grasa»; después, «Enséñame tu celular»; más tarde, «No quiero que te vistas así»; otro día era «No subas fotos sin camiseta…». Hasta que finalmente fue «O tus amigos, o yo». Pero esto no sucede de la noche a la mañana, es algo progresivo, es un goteo, es muy poco a poco… Fui cediendo, cediendo y cediendo, y, cuando me quise dar cuenta…, dejé de ser yo, de estar bien y hasta creí que realmente no le importaba a nadie… Si miro atrás, no encuentro una explicación… ¿Cómo una persona como Sandro pudo anularme de esa manera? ¡¿A mí?! ¡Pues, mira, chica, no lo sé! Porque yo tengo una personalidad arrolladora, pero supongo que con tanto trauma a mis espaldas… Pues al final toda esa seguridad en mí misme que tanto me costó alcanzar la perdí… Y lo que me pareció más fuerte de todo es que hasta volví a expresarme con pronombres masculinos para referirme a mí mismo. Llegué a pensar que, en parte, la culpa era mía y que me lo merecía, porque fui un poco mentiroso, hice muchas cosas mal y me porté aún peor con mucha gente que me quería.

¿Cuándo me di cuenta de que estaba en la mierda más absoluta y me encontraba en un *point of no return*? Pues no importa el día ni la hora, solo el hecho, porque no se me va a olvidar en la vida. Llegué a casa monísime con un *cosplay* de *Sailor Moon* porque tenía antojo de sushi y quería llevar a cenar a un japo a la mamá y a mi chulo. Llegué que no podía ni echarme el bolso al hombro porque tenía agujetas hasta en los sobacos… Sandro vigilaba todo lo que comía,

me contaba las calorías y hasta me obligaba a entrenar para «lucir bien». Total, venía muerta de mi clase de *spinning* y me dolían hasta las pestañas, pero estaba feliz porque me iba a llevar a mi familia de paseo. ¿Qué me encontré cuando llegué? Que entre él y su madre habían desalojado mi vestidor. Absolutamente toda mi ropa estaba tirada en el suelo de mi habitación. ¡Toda mi puta ropa, que vale una pasta, tirada como un trapo! Al principio, empecé a mirar a todos lados pensando que era una cámara oculta y, en cualquier momento, saldría Toñi Moreno para decirme: «¡Eres una persona maravillosa!», pero eso no pasaba y me puse muy nervioso. Puede que hasta les hablase mal. Básicamente, quería saber qué estaba ocurriendo y, con toda la parsimonia del mundo, me dijeron que le habían montado un altar a Oshun… ¡¿Oshun?! ¡¿Quién coño era Oshun?! Yuslaidy me lo aclaró: era una deidad protectora de la santería cubana y la religión yoruba. Me dijo también que ese altar era importante para la casa y para la familia, porque nos traería prosperidad y abundancia.

Por si me quedaba alguna duda, me aclaró que cuando Sandro era adolescente le hizo un ritual de protección y en la ceremonia se les asignó esa diosa. Obviamente, pensé que me estaban vacilando (y en mi mente me decía todo el rato: «Va, Toñi, ¡sal ya!»), pero cuando fui hacia mi exvestidor y me encontré con que habían pintado las paredes de verde, habían puesto cortinas amarillas y lo habían llenado todo de plantas, flores, plumas, espejos, abanicos, velas, cuencos de agua purificada y platos con comida y ofrendas tipo acelgas, gambas, frutas dulces, miel y unas hierbas que olían a pedo… Cuando vi toda esa parafernalia y, en el centro, el altar con la estatua de la virgen esa, horrorosa y malrollera, fui hacia Sandro y le

dije: «Saca a esa puta bruja de mi casa» (y me refería a la estatua, no a la madre). Ahí fue cuando me dio el primer bofetón, ¡zas!, con la mano abierta… Y juro que me quedé media hora con la mano en la mejilla, como en las telenovelas, para asimilarlo. Me llevó un buen rato procesar lo que acababa de pasar. Había dejado de lado a todos mis amigos, estaba solo, había metido a un hijo de puta (nunca mejor dicho) en mi casa, lo había metido con su madre, ambos hacían magia negra y estaba sufriendo violencia, solo que no sabía de qué tipo, porque llamé al Instituto de las Mujeres y me dijeron que para que fuese violencia de género el agresor debía ser hombre y la víctima, mujer. Así que no se pudo activar ningún protocolo de rescate…

Total, ya podía haber sido yo la persona más revolucionaria del mundo, la más reivindicativa y la más dispuesta a luchar por las causas perdidas que, cuando tu cerebro no está preparado para una situación, se bloquea para protegerte y te conviertes en una ameba. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba el Sisi que todo el mundo conocía y con el que todo el mundo se reía? ¿Cómo podía ser que Sandro, un puto niñato de metro y medio, me acabase de dar una hostia y yo no se la hubiese devuelto? ¿Por qué no le tiraba un ladrillo o le metía a la Oshun esa por el culo? ¿Cómo era posible que me hubiese dado un guantazo con su madre delante? ¿Y esa señora no iba a decir nada? No, por supuesto que no. Hasta llegó a mirarme inquisitivamente y me ordenó «tener más respeto». Estaba tan impactado con la situación, tan flipado, tan alucinado y tan en shock que, por no discutir, lo único que fui capaz de hacer fue ir a mi habitación y tumbarme encima de mi ropa para escuchar música relajante. Me prometí que, en cuanto estuviese bien, lo iba a dejar,

pero en ese momento solo quería dormir. Y, a ser posible, no despertarme nunca más… Eso fue lo que deseé, pero la paz duró poco. Sandro vino al rato y me dijo: «Mi amor, sabes que yo te amo. Discúlpame. Te di solo un poquito con la mano y no con el puño para no lastimarte. No hace falta que tú reces a Oshun, pero solo respeta. Entiende, es importante para mí y para mi mamá…». Mientras me decía todo eso, empezó a lamerme el cuello, se sacó la polla, me metió un par de dedos y me folló… Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, yo no tenía ganas. Esa situación me conectó con mi infancia y recordé por qué odio a mis padres…

36

La columna de Beto

BETO

—¡Oh! Sí, SÍÍÍ… No pares, cariño… ¡Uh! ¡Ah, oh! ¡Así! ¡AHÍ! ¡Ufff! Pasa, pasa… Y no te ruborices, que aún es muy pronto…

Fonsy me recibió gimiendo la primera vez que llamé a la puerta de su oficina. Me citó en la central de su grupo editorial, en Gran Vía. Desde su despacho, se veía el mítico letrero de Schweppes. Estaba tendida boca abajo en un diván mientras dos reconocidas influencers le hacían un masaje en los pies en un directo.

Entre que había estado unos días encerrado por la bajona, las vacaciones de Navidad, fin de año y la visita familiar a casa de mis padres, no se había dado la ocasión de que mi futura jefa y yo tuviéramos una reunión algo más formal y protocolaria.

A Fonsy la conocía absolutamente todo el mundo menos yo. Al principio no supe qué esperar porque, cuando pregunté, cada uno me contó una cosa distinta: para Josemari era una autoridad; Prada me dijo que era una lianta, porque Fonsy fue quien la emborrachó en Marbella el día que le vomitó el tapizado de tigre al millonario con

mal gusto, y Àlex me advirtió que era «eterna» y «una leyenda» y que me documentase un poco antes de ir a verla.

Mi única referencia era que le gustaban los porros, pero descubrí que, además de un pez gordo editorial, había sido una de las periodistas más populares de Telemadrid. Nunca le gustó hacer pantalla ni que la mandasen. «Desde pequeña, siempre me ha gustado ser jefa». Y añadió una coletilla: «Además, la televisión no hubiese estado preparada para una presentadora con nariz prominente y aires de lesbiana chic». Eso era cierto, Fonsy me recordaba a Rossy de Palma. Tenía una energía muy masculina, que no un aspecto, y, por un momento, llegué a pensar que era una mujer trans lesbiana. Pero no, nuevamente los clichés haciéndome quedar mal. No era ni una cosa ni la otra. Simplemente, tenía raíces vascas y era muy alta.

Fonsy era muchas cosas: polifacética, sarcástica, leída, viajada… Pero no se casaba con nadie, aborrecía las etiquetas, los moralismos y los enfrentamientos categóricos entre el bien y el mal. Se consideraba una prescriptora del conocimiento en formato múltiple, por eso, en su editorial/productora/empresa hacía de todo: revistas, tele, pódcast, libros… Todo cultural y siempre desde el sentido del humor, la ironía y la provocación. A Fonsy le gustaba que las cosas fuesen ágiles, dinámicas y frescas; consideraba que eso no debía estar reñido con la calidad. No era de derechas ni de izquierdas, sino una amante incansable del conocimiento. «Mi ideología son los libros que he leído, la música que bailo y las personas con las que decido compartir mi tiempo». Le motivaba hablar con gente que pensaba distinto a ella porque decía que «con la cultura de la cancelación,

nos hemos negado a nosotros mismos la posibilidad de comprobar que podemos estar equivocados».

Esta forma de pensar también se reflejaba en su orientación sexual, que, según ella, «no importaba más que a quienes tenían que darse por aludidos».

—¡Me caes bien! —aseguró sentándose en su silla mientras las masajistas influencers le terminaban de secar los pies con una toalla, la calzaron y se fueron—. ¿Y sabes por qué? Porque casi quemas a cien maricones. Y, hoy en día, cien maricones menos, con todos los que sois…, ni se notaría… Jo, jo, jo. —Se rio y añadió—: Es broma. Tengo un humor negro muy negro. Bueno, al lío. Quiero que escribas una columna semanal; quiero que tenga un tono fresco, ameno, personal y me atrevería a decir que hasta sincero… Y quiero que empieces explicando las causas que te llevaron a prenderle fuego, presuntamente, a la capa de tu exnovio.

Y, aunque lo que dijo no era del todo cierto, me pareció muy buena idea rentabilizar aquel suceso escribiendo y dando rienda suelta a mi imaginación. Yo tenía un no sé qué para contar las cosas que me pasaban, y Fonsy tenía un don natural para saber encontrar una aguja de oro en un pajar. Me enseñó muchos *tips*, cómo desordenar las historias, cómo darles ritmo, cómo enlazarlas con los temas de actualidad… Mi jefa era una cazatalentos y, más tarde, fue quien me animó a recopilar todos los textos para escribir algo más gordo.

—¡No te quedes ahí mirando! Necesito la columna para hoy a las 17.00. Apunta: entre quinientas y seiscientas palabras.
Y necesitaremos un titular y un par de destacados también. ¡Ah, sí! Y un vídeo de sesenta segundos en vertical introduciendo el artículo.

Cuando lo tengas, pásaselo a Ginebra. Tiene imágenes en directo del incendio y hará un montaje I-CÓ-NI-CO.

—¿Quieres que mencione lo del Semen de chacal con estas mismas palabras?

—Ahora que lo dices…, quiero que el titular sea algo así como… «Semen de chacal para incendiar Madrid».

—¿No será demasiado?

—¿Sabes lo que es el *clickbait*?

—Sí.

—Entonces ¿para qué preguntas? Una teta o un nabo significan clics instantáneos. Muchas veces me acusan de sexualizadora, pero ¿qué quieren que haga si dan buenas métricas? No entiendo por qué la gente se ofende con la genitalidad. A mí me resulta inspiradora…

Así fue como empecé a trabajar para Fonsy escribiendo una columna semanal (y muy personal) para la revista *Lady Bowie*, una publicación que se definía como: «Una revista de tendencias para mujeres con coñocimientos avanzados y hombres que mean sentados (porque el resto son gilipollas)». Después hice otras muchas cosas, como entrevistar a personajes de actualidad como Josemari. El trabajo renovó mis ilusiones y, de repente, me sentía como recién enamorado otra vez. Eso repercutió de forma directa en mi relación con Manu, que estaba un poco en *stand-by*. No lo habíamos dejado, pero nos dimos un poco de espacio. Gracias a mi nuevo y polifacético trabajo, estuve entretenido hasta que llegó la primavera y, con ella, Manu volvió a Madrid de su minigira. En ese momento, nuestra historia concluyó, o empezó de nuevo, según el punto de vista…

37

Chueca te mata

JOSEMARI

Cuando quiero que algo me salga bien, tengo mi propio ritual, que empieza por ponerme una canción que vaya de acuerdo con el estado de ánimo que quiero evocar. Julio Iglesias era el artista perfecto para el día que fuimos de compras a escoger cuál sería el mejor traje para conceder mi primera entrevista como miembro de la lista y como representante del colectivo LGTBI dentro de mi partido. Beto en ningún momento desatendió sus compromisos y obligaciones con mi campaña, pero tampoco es que se tomase la tarea con toda la diligencia, seriedad y dedicación que requería, porque estaba obnubilado con su nuevo empleo. Yo lo entendía, pero él tenía un compromiso previo conmigo y la palabra siempre debía ser lo más importante en un hombre.

—Esperemos encontrar algunos trapos que le queden… —dijo Àlex escéptico nada más ponernos manos a la obra. Acepté que nos acompañase porque, aunque era una *drag queen*, tenía una sólida carrera profesional delante de los focos, diferente a la mía, pero

sólida a fin de cuentas. Àlex podría ser esa persona que me ayudara a dar un paso hacia la modernidad controlada.

Íbamos un poco justos de tiempo, ya que la entrevista iba a ser esa misma tarde. Por lo visto me la iba a hacer Beto, aunque después Fonsy la modificó y terminó poniendo lo que quiso. Yo estaba un poco nervioso porque nunca un atuendo fue tan importante, pero me dejé asesorar sin protestar demasiado… ¡Y mira que no me estaba gustando nada de lo que me estaban probando! Es más, en toda esa confusión de pantalones y camisas que me iban poniendo y quitando, creo que me colaron una blusa de mujer, pero me tenían tan mareado que no podría asegurarlo.

—¿Qué te parece? —le preguntó Beto a Àlex mientras me examinaban de arriba abajo haciéndome sentir como un mono de feria.

—Debemos combinarlo con unos lentes. Eso inspira respeto a demócratas, cristianos y republicanos.

—Aquí se dice «derecha» e «izquierda».

—Para el caso, es lo mismo —respondió él—. Definitivamente, lentes grandes. Se le van a ver mejor… —Y añadió un comentario que no me lo podía creer venido de una *drag queen*—: Y tiene demasiada jotería. ¿Cómo es que le dicen ustedes en España?

—Pluma —corroboró Beto.

—Pues tiene en exceso. Hay que controlarla tantito. Eso no da credibilidad.

—Eso es plumofobia. —Eso me enfadó. Yo no había pagado tantos años a una logopeda para que ahora me dijeran que la tenía.

—No se ponga bravo. Es objetividad, compadre. Aguante, acepte y sea profesional. Eso se espera de usted —opinó. Y me callé,

porque estaba muy centrado en su asesoramiento y se notaba que sabía de lo que hablaba. Cuando uno sabe de lo que habla se nota, y yo chitón. Por eso el contenido de la entrevista no me ponía nervioso, pero la indumentaria sí—. Y ese tirabuzón… —añadió, y tocó mi rizo, que me gustaba mucho porque era el mechón más largo que tenía—. ¡Mande que se lo corten!

—¡Nooo! —chillé amarrándolo como mi mayor tesoro.

—Pues que le pongan un poco de gomina, ese copete lo hace parecer más tonto…

Finalmente, el atuendo fue sencillo pero muy diferente a lo que acostumbro. Pasé de la americana abrochada con pañuelo bordado a un look mucho más informal, fresco y moderno: me pusieron un pantalón chino con una camisa negra vaporosa y ancha con dos botones desabrochados (¡insólito!). Encima me gustó, porque me hacía unos hombros que no tenía, y la camisa lucía unos puntitos blancos muy pequeños que me recordaban un poco a la Feria de Málaga y evocaban en mí ese espíritu vivaracho, flamenco y jubiloso que también tengo. El calzado eran unas zapas deportivas negras, pero de vestir, como las que utilizan los ejecutivos que van de guais, y me permitieron tres accesorios: mi reloj, un fino collar que combinaba con la camisa y las gafas de pasta (de decoración y no de ver). Después, y sin que me vieran, añadí dos detalles más a ese look: dos pulseras, una de España y otra del *lobby* LGTBI, que resultaron ser una provocación para todos los bandos.

—Muy buen trabajo. Muchas gracias… —le dije a Àlex, porque todo el mérito fue suyo y no de Beto. Me miré al espejo y me dije—: ¡Me gusto!

—Solo tenemos una oportunidad de causar una primera buena impresión. Además, fui estilista muchos años… Creo que, si algún día dejo el mundo del espectáculo, me dedicaré a la asesoría de imagen.

—Pues yo quiero ser tu primer cliente. —Y lo dije de verdad.

—Bueno, primero céntrese en su entrevista y prepárese para que la gente le dé muy fuerte al chisme con su vida privada.

—No creo que mi vida privada sea de interés público.

—La vida privada siempre es lo que más interesa, queridito… ¿De qué cree que platicarán, del mensaje político? Yo le puedo asegurar que no. Todo el mundo, ya sea en su partido o en el activismo, de lo único que va a chismear será de su salida del *closet*; y será duro, siempre lo es con los asuntos privados. Lo criticarán, lo alabarán y hasta le desearán la muerte… Así es este juego…

Àlex me impresionó, y poca gente alcanza ese mérito. No entendía su desinterés. Él no ganaba ayudándome, y todo el mundo siempre quiere algo a cambio. Cuando alguien se me acercaba, si no me pedía algo directamente, esperaban que yo les devolviese después el favor. Así han funcionado la política y los negocios siempre. Si había algún interés oculto, no lograba descifrarlo, porque ¿qué iba a necesitar él de mí? Además, a él también lo iban a entrevistar esa misma tarde. ¿Por qué estuvo ayudándome en lugar de estar preparándose su entrevista? Es cierto que para la Buchona solo iba a ser una entrevista promocional más, pero Àlex hizo que me preguntara: ¿existe gente desinteresada de verdad en este mundo?

A propósito, la entrevista se publicó dos semanas después, con la campaña arrancada, y fue la gran sensación:

José María Alcalá de Osorio (Madrid):
«Chueca te mata»

Es licenciado en Administración y Dirección de Empresas y tiene un máster universitario en Análisis Político y Electoral. Presume de tener amistades en la Casa Real y luce con orgullo su insignia de los Reales Tercios y dos pulseras: una de España y otra LGTBIQ+. Entre sus inquietudes destacan el kárate, viajar y los idiomas. Dice no ver demasiado la televisión, leer mucho el BOE y desayunar un pincho de tortilla con una croqueta todas las mañanas, pero José María es todo eso y mucho más, sobre todo, un apasionado de la política que desborda pasión cuando habla del tema, porque lo lleva en la sangre. Muchos le auguran un futuro prometedor (y conservador). En esta entrevista, y por primera vez, se presenta y habla, abiertamente y sin tapujos, de sus referentes, sus ideales, sus planes de futuro y su orientación sexual, convirtiéndose así en uno de los primeros referentes visibles de su partido. Pero, ojo, él no viene a hacer amigos, y muchos activistas ya lo tildan como el «azote LGTBIQ+».

Redacción: ¿Es usted homosexual?

José María: En esta vida he experimentado sentimientos tanto por hombres como por mujeres.

R: Entonces ¿es usted bisexual?

J. M.: Prefiero ser recordado por otros méritos. En este caso, soy José María, representante de mi partido. Y punto.

R: ¿Cómo lleva pertenecer a un colectivo que lo rechaza?

J. M.: Querrá decir *lobby*. Le puedo asegurar que en las juventudes de mi partido hay más homosexuales que en todos esos colectivos y asociaciones a

los que se refiere juntos.

R: ¿No está a favor de las reivindicaciones de los activistas, entonces?

J. M.: Nunca he dicho que no haya que reivindicar derechos, pero me niego a aceptar la reivindicación si esta supone incitar al odio y a la violencia. Siempre que hay elecciones a la vuelta de la esquina, la izquierda trata de apoderarse de temas como el feminismo, el medio ambiente o los derechos de las minorías y utiliza a personas rabiosas en redes sociales para liarla y desviar la atención. Estas personas se ocultan bajo cuentas falsas, se saltan a la torera la ley de protección de datos y señalan públicamente a muchas personas jugando a dárselas de activistas. Eso no es activismo y lo único que persigue es generar más homofobia y más división.

R: ¿Ha sufrido homofobia?

J. M.: Sí, dentro del colectivo (o *lobby*) del que habla. Solo por llevar en una muñeca dos pulseras, una de España y otra de la bandera LGTBI, he recibido señalamientos, insultos y odio en redes sociales. ¿Acaso es malo o una vergüenza ser homosexual y español y sentir orgullo por eso?

R: ¿Suele pasear usted por el barrio de Chueca o lo aborrece?

J. M.: Me alegra que me hagas esta pregunta. El barrio de Chueca es una pena para los vecinos que viven allí diariamente, porque según la época del año eso es un desfase. Está todo lleno de meados, se disparan las infecciones de transmisión sexual y el *lobby* se apodera del barrio valiéndose de un imaginario de los años noventa en los que, efectivamente, el barrio fue un oasis de libertad. Pero hoy en día… ¿En qué te convierte Chueca hoy en día? Se lo digo yo: en un borrego; y siempre hay algún activista por detrás diciéndote cómo vestir, qué pensar y a quién votar. ¿Chueca nos protege? Sí, por supuesto. ¿Chueca nos mata? También (intelectualmente me refiero).

R: Entonces ¿le veremos este año en alguna carroza del Orgullo?

J. M.: No voy a ir al Orgullo. Ya nos podemos casar. No hay nada nuevo que celebrar.

R: ¿Algo más que quiera añadir?

J. M.: Sí. Puede que mucha gente esté en desacuerdo conmigo, pero, por lo menos, soy alguien dispuesto a dialogar. Por eso, quiero lanzar un mensaje para el agresor anónimo que me lanzó el ladrillo rosa en la vía pública: te perdono.

38

Registros akáshicos

ÀLEX

En cuanto se pudo y antes del estreno del programa, cumplí con la tarea de la Petrita y fui a visitar a su amiguita la Juanita para que me hiciera los registros akáshicos. Yo iba listo para todo lo que se me tuviese que atravesar, pero güey… Ni con ayuno intermitente ni con un lavado intestinal ni meditando dos horas diarias y practicando yoga todos los días hubiese estado listo para esa sesión… Aquella experiencia sobrenatural me tocó demasiadas fibras sensibles… Dejó entreabierta una puerta que pronto se abriría del todo para no cerrarse jamás. Les juro que los registros akáshicos me dejaron como pacheca durante una semana entera.

La Juanita era amiga de la Petrita desde hacía muchos años y alguien de su total confianza. Solían quedar algunas tardes en la plaza de Tirso de Molina para echar el chisme y para dar de comer a las palomas. Ella leía los registros akáshicos por vocación y a cambio de la voluntad. Eso podía ser desde unas monedas, unas flores y hasta un *brownie* hecho con mucho amor (o con marihuana, porque, si no, yo no me explico el viaje que hice aquel día…). Igual que con

la Petrita, quedamos en su pequeño y modesto depa. Me recibió en traje de pilates y con una evidente peluca barata, porque la Juanita no tenía mucho pelo y acostumbraba a ponerse pelucas.

Me invitó a pasar a la sala y nos sentamos en el suelo, en una alfombra persa de tonalidades moradas. Me hizo cruzar las piernas y mantener la espalda recta, como en meditación. Me pidió concentrarme en mi respiración, cerrar los ojos e intentar vaciar mi mente y no pensar nada. Una tarea bien cabrona para mí, porque, cuando no estaba hablando la hembra, lo estaba haciendo el macho, pero el chiste es que mi cabeza siempre era una fiesta. Ella hizo lo mismo después de servirme un tecito con un poco de *brownie* alucinógeno y empezó a hacer respiraciones hipopresivas para conectarse con mis guías espirituales. Yo abrí un ojo porque pensé que le había dado un ataque de ansiedad, pero no, estaba «conectando».

Los registros akáshicos sirven para acceder a una información nuestra muy privada que trasciende el plano terrenal; es una técnica mediante la que se logra llegar a «la nube kármica». Es decir, y por hacerlo sencillo: se accede al Dropbox de toda nuestra información, el pasado, el presente y el futuro. En esa nube, la médium contactó con mis guías, que son como un Siri que siempre me andan acompañando, y les hizo cinco preguntas que fueron respondiendo a través de ella. Se supone que uno piensa las preguntas antes de venir a la sesión, pero yo no lo hice porque no lo sabía y porque, nuevamente, estaba de cruda… Así somos en México… Se nos van los tragos de las manos en las cenas. Y yo tuve que sacar a mi Betito de antros para que se desahogara un poquis por la indiferencia del Manuel Petulante y la amargura de la traición de Sisi.

En mi sesión akáshica, la Juani anotaba las respuestas mediante la técnica de la escritura automática: escribía como loca y sin parar en una libreta; números, palabras, dibujos, letras chinas, símbolos mayas… ¡De todo! Anotaba toditito lo que le susurraban los guías para que después yo lo interpretase y le diese mi propio sentido… Pero en nuestra sesión sucedieron dos cosas muy poco comunes: uno, vinieron a visitarme unos guías adicionales que no eran los míos, y dos, antes de establecer la conexión y empezar a hacer preguntas, ya había un mensaje para mí.

No soy una persona escéptica, de hecho, soy creyente, guadalupano y bastante espiritual, como se habrá intuido, pero con la edad y la experiencia uno ha visto y presenciado demasiados charlatanes que intentan aprovecharse de un momento de vulnerabilidad. Es por esas que, hasta que no agarro confianza, suelo poner el misticismo en duda. Pero esa señora derribó mi barrera nada más empezar y, de plano, logró obtener toda mi atención, porque me dijo una cosa que no podía creer. Al minuto uno reveló un secreto familiar que hasta mi propia mamá desconocía, algo que solo sabíamos mi abuelita y yo. ¡Era imposible! La Juanita no me conocía de nada. Entonces ¿cómo pudo ser que lo primero que me dijera fuese aquello? Hay secretos que las familias se llevan a las tumbas, secretos que están mejor guardados que el santo grial, y esa médium, nada más empezar, lo primero que sacó a relucir fue que mi abuelita no era de origen español.

—Te acompañan unos guías espirituales que no te pertenecen… Alguien te los prestó…, alguien que simboliza el amor de una madre en este plano terrenal sin serlo, pero de esto hace muchos años ya…

Dicen que llevan contigo desde que emprendiste un largo viaje… —habló la Juanita mientras pronunciaba en voz alta lo que anotaba.

—Mi abuelita… —dije, y me quedé pensando en algo.

Durante todos estos años, en México y en mis viajes por el mundo, siempre sentí que ella estaba conmigo. Desde que me marché de Barcelona, me pasaron cosas que no podía explicar: se movían objetos, sentía su olor a aceite de almendras, escuchaba su sonrisa, la melodía del tocadiscos… Sentía su presencia en momentos especialmente difíciles. Nunca había hablado de esto con nadie, pero tenía la absoluta certeza de que mi abuelita siempre me había acompañado. Era tan evidente para mí como que el sol calienta los mares y la gravedad de la luna dirige las mareas. Ahora, en cuestión de segundos, la Juanita puso palabras a mis intuiciones.

—Los otros me dicen que tus orígenes no están en estas tierras… Y eso es importante que lo sepas para que termines de abrir tu corazón y entiendas… —Al rato, me hice un lío con lo de los «otros», pero pronto entendí que con eso hacía referencia a los guías espirituales de mi abuelita.

—Eso lo sabe todo el mundo, mamacita —le respondí, porque ¿quién no sabía que la Buchona era más mexicana que el chile? No hacía falta más que escucharme pronunciar «güey» o «verga».

—No, no lo dicen por ti específicamente. Se refieren al origen de la persona que te cedió los guías y que, también, es el tuyo… —Y ahí fue cuando se activaron todas mis alertas. ¿La Juanita estaba insinuando lo que yo creía que estaba insinuando?—. Los orígenes de tu abuela están muy lejos de aquí, pero sus guías fueron los encargados de llevarte hasta allí en un largo viaje para prepararte…

¿Cómo pinches carajos sabía la Juanita que mi abuelita era adoptada? Nadie lo sabía, solo ella y yo. Ni mi mamá ni mi tía… Solo yo supe ese secreto. Solo se atrevió a confesármelo a mí en alguna de nuestras tardes en las que mezclábamos las lecciones de la escuela con la música. Aprendí geografía fantaseando con la idea de nuestro árbol genealógico y, como no me convencía del todo ningún lugar, concluí que mi abuelita era de la ciudad perdida de la Atlántida. Después, simplemente ese tema cayó en el olvido… Pero ahora… ¿Sería posible que su origen estuviese en México y, por consiguiente, también el mío? ¿Serían nuestros antepasados aztecas, mayas o toltecas? Quizá por ese motivo, desde el primer día, sentí una conexión tan fuerte con esa tierra… ¿Y si nada fue casualidad? Todo tenía tanto sentido y, al mismo tiempo, era tan improbable… que me asustaba creerlo.

—Los otros te llevaron a tu origen por un motivo, pero ahora necesitan regresar con quien les pertenece…

—¡¿Le pasó algo a mi abuelita?! —me alarmé.

—Eso no lo sé. Solo sé que no se pueden quedar más porque tus propios guías necesitan manifestarse… Quieren hablar… ¿Les das permiso a los otros para que se marchen?

Por supuesto que podían marcharse, pero lo que me preocupaba era saber por qué lo necesitaban. ¿Acaso mi abuelita estaba enferma? ¿Se me estaba agotando el tiempo para reunirme con ella? O, peor aún, ¿la había perdido ya? Carecía de información y, cuando eso sucede, se dispara la imaginación porque son inversamente proporcionales; y mi imaginación estaba cargada de culpa: por mi mamá, por mi abuelita y por mí mismo.

La Juanita volvió a hacer una respiración exagerada y habló de nuevo:

—Los otros ya se han ido, están satisfechos porque cumplieron con su propósito. Te han mostrado quién eres para lo que viene ahora…

Entonces, se mostró desconcentrada, como cuando es verano y te molestan las moscas. Empezó a pedir silencio, pero yo no estaba hablando…

—¡Shhh! ¡Silencio! De uno en uno… Tus guías están aquí… Están hablando… Y son muchos. Están muy alborotados, parecen adolescentes… Hablan todos a la vez… Hay una lucha interna… No se ponen de acuerdo, pero dicen que necesitas saber algo y que es urgente. Presta atención… —ordenó, y acto seguido empezó a hablar con una voz que no parecía la suya, que, de hecho, sonaba como varias voces al mismo tiempo—: Has sido el niño que otros quisieron que fueras y te perdiste tu infancia, pero podrías recuperarla… Ese camino te ha llevado a ser la persona en la que te has convertido, pero esta persona se encuentra en un punto medio… entre el orgullo de ser para complacer y quien realmente eres… Corres el riesgo de perderte… Y, si te pierdes en este plano, te perderás definitivamente… Debes emprender otro viaje…, el viaje más largo y más complicado de tu vida. Ese tránsito te llevará a la verdad y a la aceptación, pero el que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla…

Esa premonición quedó flotando en el aire con un halo de fatalidad, y las palabras no abandonaron mi cabeza hasta encontrar las respuestas. Mis pulsaciones habían subido drásticamente y por un momento creí que me faltaba el aire, pero no abrí los ojos porque

quería hacer cuatro preguntas más. Tenía cientos de ellas, pero formulé las que me dio tiempo. Fue todo un poco confuso, pero recuerdo que mis guías espirituales me dijeron a través de la Juanita que a nivel laboral me había estancado. Nada me emocionaba como antes y, al mismo tiempo, me daba miedo empezar algo nuevo. También me dijeron que la estrella de la fortuna económica estaría siempre en mí, porque tenía ese poder de atracción y que, tomase las decisiones que tomase, eso no me iba a faltar nunca (y saber que no te va a faltar la lana es un alivio. Eso no lo vamos a negar). Por último, los guías me recalcaron la necesidad de emprender ese viaje tan importante para poder liberarme… Y aún dijeron más: si no emprendía el último viaje, jamás hallaría la paz y esa maldición me perseguiría hasta que mi alma se terminase consumiendo en la eternidad (qué chistosos mis guías…). También destacaron que mi viaje no solo me ayudaría a mí, sino a mucha más gente, porque en mi destino estaba marcado actuar como «filtro purificador». Para terminar de apretarme las tuercas, me advirtieron que el sentimiento del amor, malinterpretado por mi parte, me podría hacer dudar a la hora de escoger el camino adecuado, pero que no tuviese miedo y lo abrazase porque el amor siempre es sanador…

—¿Tiene sentido algo de lo que te han dicho tus guías? —me preguntó la Juanita con su voz normal.

—Puede ser… —respondí muy dubitativo. Tenía dos cosas en mente, como en una balanza, y no sabía cuál pesaba más.

—Entonces, si sabes lo que tienes que hacer, ¿por qué no lo haces?

Y no le respondí. Simplemente me marché. Estuve horas paseando por las calles de Madrid, no paraban de repetirse en mi cabeza las

palabras de los espíritus (o guías espirituales). Me decían: «Debes emprender otro viaje..., el más complicado de tu vida..., el que te llevará a la verdad...». En ocasiones, hasta creí verlos en los reflejos de cualquier escaparate y les grité como una loca: «¿Qué necesidad de esto precisamente ahora? ¡Váyanse todos a la verga!».

Llegué a mi hotel abatido tras librar una dura guerra en mi fuero más interno y, cuando por fin me tumbé a descansar, reparé en que no le había dado la voluntad a Juanita, así que le mandé una de mis mejores pelucas rubias para que luciese como la Marilyn Monroe.

39

CDMX

PRADA

Antonio insistió en traerme él mismo, en persona y a mi casa, el libro prohibido de *La función del orgasmo.* Por supuesto, intercambiamos teléfonos, estuvimos hablando lo justo y zorreando lo más grande. Hasta me envió alguna fotito subida de tono… Yo le envié un tbt, que en jerga de influencer significaba «foto antigua», de hacía tres años en biquini y con eso iba que se mataba, pero no follamos. Y menos mal, porque descubrí que su fetiche eran las embarazadas y pensó que yo era una morbosa preparto. Total, que le dije que nanai hasta no dar a luz, ¡y él se atrevió a ofrecerme dinero! Como si con eso fuese a cambiar de opinión… Y, cuando le pregunté cuánto (porque lo quería saber), me dijo: «Cincuenta pavos al día por tener sexo durante el octavo y el noveno mes». Y lo mandé a tomar por el culo y no le envié a cincuenta rumanos para que le pegaran una paliza porque perdí el teléfono de Nikolai, que si no… Me dio tal asco lo que me dijo el tío ese que hasta me borré todas las apps de citas de golpe. En otra situación, me lo hubiese tirado al momento (en un ascensor, en el baño o, incluso, en un parking),

pero parecía ser que mi hijo estaba logrando que madurase o, como mínimo, que me templara un poco.

No voy a negar que, a veces, me seguía apeteciendo conocer a alguien. De pequeña yo no había visto ninguna peli con el mensaje subliminal de que ser madre soltera por inseminación artificial podía llegar a ser el sueño de mi vida, más bien todo lo contrario. Por eso, la búsqueda de un tío (o un «padre») era inconsciente y siempre estaba ahí. Además, y por si se me olvidaba, una vez se me empezó a notar la barriguita, el comentario de todo el mundo era: «¡Qué contento estará el padre!». A mí eso me tocaba el chocho tanto o más que ver a mi madre. Si tenía ganas de pelear, según el tonto de la frase hecha, respondía: «El padre está muerto…». Y prolongaba ese silencio incómodo todo lo que podía para añadir: «Es que no era muy alto, y un día lo atropellé sin querer dando marcha atrás». La gente se quedaba descompuesta, y yo me meaba de la risa. Después les decía: «Es broma, pero ser madre soltera no lo es».

A todo esto, mi madre volvió a presentarse en casa sin avisar, pero esta vez acompañada solo de la madre de José María; la demonia de la María Escarlata estaba muy ocupada con la campaña preparando las visitas de los futuros diputados al mayor número posible de los ciento setenta y nueve municipios que componían la Comunidad de Madrid para «acercar el mensaje». Nada más llegar, María Servanda me hizo entrega de un obsequio: un ramo de amapolas con una postal y un poema titulado «Flor que fecunda», que había escrito ella misma. No rimaba y decía así:

Será amapola de la pradera, y él mi galán.
Será un gentil zagal que, olisqueando en la corola,

depositará su polen en mí, destinado a engendrar nuevas florecillas.

—Gracias, Servanda… —le dije algo perturbada porque ese poema me pareció hasta porno para una señora como ella y eso me dio muy mal rollo… Pero ella me sonrió de muy buen humor. Supuse que seguía albergando la remota esperanza de que su hijo fuera el padre. Ya lo dicen, la ilusión es lo último que se pierde. Pero ese detalle me hizo recaer en que esa señora estaba peor de lo que pensaba y quizá con principio de alzhéimer, porque la entrevista de su hijo la había leído hasta el papa. Pero la que no parecía estar alegre (ni borracha) era mi madre; hasta tenía un leve mechón fuera de su sitio, y eso en circunstancias normales significaba ir despeinada, y ella siempre iba impoluta. Además, la vi rascarse las manos por encima de los guantes, y yo sabía lo que eso significaba: estrés y psoriasis.

—Tienes que orinar en estos palitos —ordenó haciendo su entrada triunfal, que consistió en tirarle encima el abrigo y el bolso a Àlex, supongo que confundiéndolo con alguien del servicio, para seguidamente sacar un arsenal de cosas parecidas a test de embarazo y pruebas de orina.

—¿Y exactamente para qué? —le pregunté por cortesía, pero en verdad me importaba un pimiento porque no pensaba hacerlo.

—Estoy preocupada…

—¿Preocupada por…?

—Porque no te voy a permitir que arruines tu vida y la reputación de esta familia utilizando tu cuerpo como vientre de alquiler para alguno de tus amigos GAIS… —dictaminó en otro de sus delirios

paranoides, pero este debo reconocer que hasta me hizo gracia. Ante mi risa, añadió—: Es la única explicación a esta deriva que has tomado, así que aquí te dejo estos palitos para hacer las pruebas de ADN y salir de dudas de una vez por todas.

—El hijo es mío. Puedes estar tranquila con eso…

—¿Y cómo estás tan segura tú?

—Porque no soy la Virgen María ni se me ha cagado la santa paloma encima —le rebatí.

Y, cuando Servanda escuchó las palabras «santa» y «Virgen», se puso a rezar en murmullos otra vez:

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores…

—Pero… ¿Por qué? ¡No logro comprenderlo! —dijo mi madre visiblemente enfadada—. ¿Tú sola? ¿A tu edad? ¿Tú sabes la responsabilidad que conlleva un hijo?

—Uy… No me hagas hablar de responsabilidades de los padres con sus hijos, que hoy estoy muy tranquilita porque estoy a punto de irme de viaje… —Y era verdad, en unas horas nos iríamos al aeropuerto rumbo a Ciudad de México.

—¿De viaje? ¿Encinta? María Pradera, mírame a los ojos y dime la verdad: ¿estás metida en algún lío con la mafia portuguesa? ¿Debes dinero a alguien? Soy tu madre, te puedo ayudar…

—No estoy metida en ningún lío. Puedes estar tranquila.

—Eres tan de llevar la contraria… Cada vez te entiendo menos… —dijo dándole vueltas y vueltas a su fría y calculadora cabeza sin lograr comprender los motivos que me podrían haber llevado a querer ser madre yo sola en lugar de haber aprovechado para cerrar un buen negocio basado en un matrimonio conveniente para todas las partes.

—¿Os podéis marchar antes de que pierda la paciencia? —les propuse, pero, por supuesto, la agotaron.

—Las otras pruebas. ¿Te las has hecho? —preguntó mi madre.

—¿Qué otras pruebas?

—Pues cuáles van a ser, las que se hacen para descartar que el niño no venga subnormal…

—Si sale tonto, ¡será mi tonto y ya decidiré yo qué hacer con él!

—Al final, te quedarás sin herencia de tanto disgusto que le das a tu padre… —soltó, pero en esta ocasión no pensaba permitirle que hablase en nombre de mi padre y tratase de utilizarlo para manipularme. Esta vez iba a ser yo quien sembrase la semilla de la duda en ella.

—Mi padre siempre me ha querido, y más que tú… El otro día comí con él y quién sabe… Tengo entendido que hay una plaga de divorcios en el Residencial debido a jóvenes oficinistas muy guapas, con mucha ambición y con piel de lagarta… Así que… Quizá la que podría terminar pronto desheredada seas tú… —Esto me lo inventé sobre la marcha solo para joderla, pero me entró al trapo y, a su manera, estalló y trató de pagar su ira y su frustración con Àlex, que estaba sentado con cara de póquer viendo el espectáculo como el que mira un partido de ping-pong.

—Bueno, bueno… ¡Esto es el colmo! ¡¿Y tú?! ¡Chico, tú! —Le señaló con el dedo, y yo deseé que hubiese señalado a la Doña y tener un duelo de doña Iluminación vs. la Doña Buchona, pero señaló a Àlex que, por lo general, es más calmado—. ¡¿Qué pasa?! ¿No vas a colgar mi abrigo?

—El chico se llama Àlex y no es el criado de nadie. ¡Es MI novio! —Y, del coraje, lo agarré del brazo y le planté un beso en todos los

morros delante de esas dos cacatúas con muchas ganas, pasión y entrega. Bueno, puede que le diera más que un beso y puede también que hubiera un poquito de lengua, porque llevaba varios días de cachondismo acumulado y las hormonas no ayudaban. Me vine arriba.

El espectáculo las confundió, pero logré espantarlas y se fueron por donde habían venido justo a tiempo, porque llegó el taxi y teníamos que cargar maletas e irnos al aeropuerto. Nos esperaban cinco maravillosos días y cuatro noches en CDMX para ver en primicia el estreno, en el Auditorio Nacional, del primer episodio del *reality* en el que participó la Doña Buchona: fiesta privada, alfombra roja, famoseo, cócteles (sin alcohol), fotos, vestidazo… ¡Me volvía loca! Pero de camino al aeropuerto me quedé pensando en algo que también me confundió a mí: ¿cuánto de gay había en Àlex? ¿Un gay se lía con una amiga? Si un gay se lía con una amiga, ¿pasa algo? Y, si se la tira…, ¿deja de serlo o se vuelve bisexual de golpe? Yo, de repente, tenía muchas preguntas, porque el beso fue correspondido, pero Àlex es actor también… ¿Estaba actuando para ayudarme? Tendría sentido, porque mi madre es una grandísima cerda y lo trató como a la chusma… ¡Ay, no sé! Encima, acababa de descubrir que Àlex tenía una boca de hombre, unos labios de hombre y que besaba como un hombre… Quiero decir, lo había visto tantas veces maquillado y con esos morros tan exagerados que se hacía la Doña Buchona que no me había planteado que me pudiese gustar besarle… Y su aliento y esos labios tan carnosos… Pensé: «¡Joder, qué putada que sea gay y *drag queen*!», pero sin más. Lo dejé ahí y me centré en lo verdaderamente importante: ¡el estreno! Además,

¡para la ocasión llevaba un look de premamá que ni la mismísima Pedroche en la gala de Fin de Año!

—¿Qué fue lo que pasó entre ustedes? —me preguntó en el taxi. Se refería a mi madre y a mí.

—Nada, que siempre ha sido una alcohólica disimulada y una madre distante —respondí.

—¿Alguna vez trataste de comprenderla?

—¿Alguna vez ha intentado comprenderme ella a mí? Que soy su hija… —salté a la defensiva.

—Entender es aceptar y comprender siempre es aliviar, Pra…

—Yo solo entiendo que jamás me va a querer porque no quiero ser como ella —alegué hosca.

—¿Y cómo la has querido tú? ¿O cómo la habéis querido los que estáis a su alrededor? —Y la pregunta se quedó flotando en mi cabeza todo el trayecto… En verdad, no lo sabía: ¿cómo había querido mi padre a mi madre? ¿Cómo la quiso su madre antes? ¿Sería ella capaz de experimentar amor?

—Pues no lo sé… —confesé.

—Sabes, durante muchos años traté de convencerme de que no necesitaba el amor de mi mamá… Cuando me fui de casa, quise creer que yo era fuerte, que era autosuficiente, que era independiente… Y que no iba a necesitar abrazos, ni de mi mamá ni de nadie… Pensaba que intercambiar algún wasap con mi abuelita sería suficiente… Esa fue la única vía de afecto que me permití, pero, en este momento de mi vida, me he dado cuenta de que no es suficiente… Quizá sí que necesito a mi mamá, porque no tenerla hace que me dé miedo abrirle mi corazón a otra persona… Pienso: ¿y si después me acostumbro? ¿Y si después necesito amor y no lo

tengo? ¿Y si no hay nadie para mí que me lo pueda dar? Soy muy inseguro en esto, ¿sabes?… Y me doy cuenta de que me engaño para no sufrir… Y me doy cuenta también de que todos necesitamos amor de una forma u otra para vivir, porque, sin amor, la única alternativa posible es el miedo… Y el miedo te marchita desde dentro… Te digo esto porque, ahorita que vas a ser mamá, quizá esa coraza tan dura que creaste contra ella se sienta demasiado pesada y necesites desprenderte de ella… Y quizá también hasta experimentes la necesidad de dejar de odiarla…

—¡Ay, Àlex, qué bien hablas! ¿Por qué no grabas un pódcast? Yo me tiraría horas escuchándote. —Con esa reflexión entendí que había algo que él también necesitaba urgentemente. Sus palabras desprendían tristeza, añoranza y mucha melancolía, y le propuse algo—: ¿Y por qué no visitamos a tu abuela en Barcelona cuando volvamos? Total, en menos de una semana estaremos aquí otra vez…

—¡¿Te volviste loca de repente?! —Y la simple idea lo puso nerviosísimo, pero nervioso que jamás imaginé a una persona como él en ese estado… Así que Àlex también era humano, ¿eh? Dudaba, se asustaba, tenía miedos e inseguridades como el resto… Su vulnerabilidad me pareció tierna. Siempre me había dado la impresión de que Àlex era alguien que estaba por encima del bien y del mal. Así que me propuse ayudarlo, tanto si quería como si no.

El viaje a CDMX me tenía muy emocionada, ¡qué ganas! Llevaba tres años sin salir de la península porque el desgraciado de Félix João siempre me ponía excusas para no irnos de la montaña: *Meu amor,*

aqui estamos bem. Después, echábamos un polvete y se me pasaban un poco las ganas que tenía de viajar.

El departamento de Àlex estaba en la colonia Condesa (barrio Salamanca, para entendernos) y era un dúplex que valía más de un millón de euros, puedo asegurarlo muy tranquilamente. No sé cuánto sería eso en pesos, pero, más o menos, calculaba que unos tres autobuses llenos de billetes. Para acceder, nos recibieron dos vigilantes de seguridad que saludaron a Àlex alegremente («Qué gusto recibirlo, joven») y a mí me dijeron «linda», «señorita» y «joven» también. Así que les di una propina porque Àlex me explicó que, últimamente, México parecía Estados Unidos y se daba propina por todo. Al pisazo de lujo se accedía por la planta de abajo y, nada más entrar, te encontrabas con un salón que me pareció mucho más grande que la plaza de toros de cualquier pueblo del interior de España. El suelo era un parquet pulido de madera buena (ahí no crujía ni una sola tabla) que se veía algo gastada en algunas zonas, disimuladas muy bien con alfombras de colorinchis.

La decoración del dúplex de Àlex era minimalista comparada con las dimensiones del sitio, y con la decoración de mi casa también. Es cierto que había muchas cosas, muchísimas: cactus, cuadros, una Virgen de Guadalupe enorme, obras de arte y objetos de todo tipo con muchos colores tropicales, pero, teniendo en cuenta que ahí dentro cabían los tres autobuses llenos de billetes, pocas cosas me parecía que había. Quedé tan fascinada que, por un momento, casi se me olvida subir al taller donde guardaba todo el arsenal de la doña Buchona, con el que se podría travestir a todas las pijas del Residencial, que son muchas.

—Pero ¡¿cuántos zapatos hay aquí?!

—Supuestamente no más de cien. Le tengo encargado a Laurita que, cuando excedemos esa cifra, escoja los que no quiera y los reparta entre gente que los necesite más que yo para que los vendan y se saquen unos pesitos.

—¡Flipo! ¡Tu casa es una puta obra de arte!

—Es linda… —dijo modesto, pero el pisazo era una puta pasada—, pero tomó mucho tiempo encontrar un espacio al que poder llamar hogar. Para las personas que emigramos, no es fácil… Pero finalmente se logró, aunque creo que el mérito es más de Laurita que mío.

—¿Es tu novia? —le pregunté, y se rio.

—Pra, ¿a poco se te olvidó que se supone que me gustan los machos?

—Es verdad… Qué tonta estoy… —comenté pensando en su beso.

El pisazo estaba tan bien atendido, recogido, limpio y perfecto porque Laurita era su amiga, asistente y quien se encargaba de todo lo relativo a sus asuntos desde hacía muchos años. Ella era la persona en quien más confiaba porque se conocieron en la peor de las condiciones posibles: durmiendo en la calle. Ella huía de un maltratador, y él acababa de llegar al país, tuvo algo de mala suerte con sus primeros agentes y se le había acabado el dinero. Por circunstancias de la vida, coincidieron en Parque España, uno de los más seguros, en la primera noche que ambos dormían a la intemperie. Estaban asustados porque se habían dado casos de asaltos muy violentos a personas sin techo, ya fuese para quitarles lo poco que tenían, o por pura diversión. Así que cuando Laura, algo desorientada y con una niña de apenas dos años en brazos, llegó al mismo rincón en el que se encontraba Àlex escondido entre los

arbustos para descansar, intercambiaron una rápida mirada cautelosa con la que no se leyeron como una amenaza el uno para el otro. Es más, comprendieron que, para sobrevivir, deberían cuidarse esa noche. Lo que no imaginaron fue que esa noche se convertiría en casi una década.

—¡¿Por qué lloras, Pra?!

—Es que es muy triste que una mujer tenga que estar durmiendo en la calle con un hijo… —Y era verdad, esa historia me parecía muy dura y no me podía ni imaginar cómo esa mujer pudo salir adelante… Además, con estos temas yo me ponía muy sensible y empezaba a llorar como una madalena enseguida. O me enfadaba mucho. En este caso, me dio por lo primero.

—No llores, mamacita —me dijo ofreciéndome un pañuelo—. Ella ahorita está muy bien. Está en Veracruz con sus dos chamaquitos visitando a su mamá y a su papá.

Después de todo por lo que habían pasado, se cuidaban, se protegían, se respetaban y se querían mutuamente. Eso podía apreciarse en todas esas fotografías de los cuatro distribuidas por el árbol de la vida que tenía en el salón. Observé que Àlex era algo parecido a un padrino, un tío o incluso a un padre, y entendí de dónde le venía ese espíritu suyo tan protector, familiar y tan líder de la manada. Me confesó que adoraba a esos chamaquitos y que siempre que tenía ocasión los consentía. En las fotos que aparecía como Àlex y no como la Buchona hasta parecían una familia normal, y pensé que Laura era muy afortunada por haber tenido un apoyo como el suyo en su segunda maternidad. Y puede que, por un momento, hasta me pusiera celosa también, pero volví a mirar bien

una foto de Laurita y se me pasó. Indiscutiblemente, yo era mucho más guapa.

—Oye, Àlex, ¿qué son estas instrucciones que tienes en el baño que pone «Qué hacer en caso de sismo»? —quise saber después de ir a mear y sonarme los mocos de la llorera, porque me emocioné mucho con la historia de Laura.

—Es sabido que México tiembla bastante —me dijo quedándose tan tranquilo con el comentario.

—¡¿QUÉ?! —exclamé recordando algunos terremotos en los telediarios. Luego, afirmé tajante—: Yo duermo contigo, ya te lo digo…

—No estamos en época. Puedes estar tranquila. Normalmente, México suele temblar entre septiembre y octubre —me informó.

—¡Me la pela! —afirmé llevando mi maleta a su habitación porque estaba decidido: yo no iba a dormir sola—. ¡Esto se avisa antes!

—Pero Pra… Yo hace siglos que no duermo con nadie. ¡No me dejarás descansar! Y mañana tengo que levantarme bien temprano, porque necesito horas de trabajo para verme como la Doña Buchona… —dijo con cierta súplica.

—Pues te voy avisando que con el embarazo me tiro muchos pedos y, a veces, ronco… Para que te vayas haciendo a la idea… —le solté sin ningún tipo de remilgo. Y aún le aclaré más cosas—: Y, como eres gay, pienso dormir en bragas y con las tetas al aire.

No era consciente de todo el trabajo que suponía la promoción del *reality* para la Doña Buchona. Yo pensaba que por la tarde iríamos al Auditorio Nacional, haríamos la alfombra roja, grabaríamos unos vídeos para la revista de Beto, veríamos el primer episodio y, de ahí, nos iríamos a un cóctel. Jamás imaginé que eso sería lo último y que

la promoción empezaría con tres horas de maquillaje a primera hora, entrevistas hasta la hora de comer, que después la Buchona debía grabar otro programa con todas las concursantes, que había una sesión de fotos y hasta un ensayo general, porque ella iba a ser la presentadora y hasta cantaría una canción… Si lo hubiese sabido, quizá habría dado menos guerra aquella noche…

A mí había tres maneras de morir que me daban mucho miedo: una era morir ahogada, la otra era que me enterraran viva y la última era morir aplastada. Por eso, cuando iba a un centro comercial en coche, nunca aparcaba en el parking subterráneo. Un sismo entraba en esa categoría, y la paranoia de que se me cayera el edificio encima no me permitía relajarme.

—Àlex… —le dije en la oscuridad de su habitación. No me dormí ni contando un millón de ovejas, pero no me quiso hacer caso y tuve que insistir un poco—: Àlex, Àlex, Àlex…

—No manches, Pra… ¿Qué quieres?

—¿Me puedes tocar el pelo? Es que eso me relaja mucho… —se lo pedí sin ninguna doble intención. Solo quería dormirme y eso me relajaba.

—Son prácticamente las dos de la madrugada…

—Porfa, porfa, porfa… —Y con esto no tuve que insistir. Me hizo caso, aunque emitió algo semejante a un bufido.

Me encanta que me toquen el pelo, me quedo frita igual que un perro cuando le rascas la cabeza. Mi peluquera siempre se enfada porque me dice que me abro todas las puntas, pero a mí me relaja. Así que, al principio, me relajé cuando Àlex lo hizo, pero después… Me tocó con sus uñas de una manera que me estremecí de la cabeza a los pies, y, si hubiese tenido vello corporal, se me hubiese erizado

todo también. Pero no fue así porque yo vine depiladísima para la alfombra roja. Nunca nadie me había tocado la cabeza de esa manera: con delicadeza, con suavidad, con peligrosidad, ya que esas uñas estaban muy afiladas, y con conocimiento de la anatomía. Además, ejerciendo un poco de presión en los puntos exactos. Me quedé muy quieta y empecé a escuchar a mi cuerpo. De repente, lo que debía ser relajante se volvió erótico, y me di cuenta porque tenía los pezones disparados como dos cohetes a punto de irse de viaje a la luna. Se me removió todo por dentro, hasta el niño, y volví a hacerme muchas preguntas. ¿Qué era Àlex? ¿Por qué me despertaba tantos sentimientos contradictorios? ¿Cómo le gustarían los chicos? ¿Por qué estaba tan seguro de que no le gustaban las chicas? ¿Habría estado con alguna? ¿Podría hacer una excepción? ¿Yo podría llegar a gustarle? Si me liaba con Àlex, ¿en qué me convertiría? ¿En lesbiana? Me dije: «Quita, quita, ¡qué rallada!». Definitivamente, espanté esos pensamientos, porque no tenía los ovarios de hacerme lesbiana. Podía confesar haberme dado algún piquito con una amiga en algún festival, pero poco más. ¿Eso contaría como bi? Yo creía que no, porque, en todo caso, yo sería bi tirando a la polla. Eso era algo que tenía muy claro, y le puse freno a mi imaginación porque se me estaba yendo la olla demasiado y hubo un momento que hasta me imaginé follando con él disfrazada de travesti, del mismo modo que cuando era pequeña jugaba a papás y a mamás juntando a mis Barbies para que tuvieran hijos.

—Oye, ¿y tú nunca has pensado en hacerte mujer?

—¿A qué viene esa pregunta ahorita? —pareció incomodarse y dejó de tocarme la cabeza, así que me di la vuelta y apoyé la cabeza en su pecho sin pedir permiso.

—No sé. Yo, si fuera tú, tendría un lío… Ahora la Buchona, ahora Àlex, ahora hablo en femenino, ahora en masculino… ¿No te ralla ser hombre y mujer a la vez? Si pudieras escoger, ¿qué te gustaría ser? ¿Hombre o mujer?

—Desde luego, si pudiese ser mujer cuando suene la pinche alarma, sería perfecto, porque así me ahorraría un chingo de horas en arreglarme para verme como la Doña Buchona…

Tumbada en su cuerpo, volví a apreciar esa dualidad: la firmeza de sus músculos y la suavidad de su piel; que estaba duro como una tabla, pero no tenía ni un solo pelo; que era fuerte como una roca, pero olía a rosas… Àlex era eso todo el tiempo: chica y chico, inspiraba ternura y, a la vez, me podía poner cachonda. Era mi amigo, pero podía fantasear con tirármelo… ¡Una cosa rarísima!

—Qué pena que seas gay. Serías un partidazo… —le dije tal cual lo pensé.

—Y qué pena que tú seas hetero. Serías una gran lencha…

—También es verdad. Ojalá me gustasen las tías. Yo creo que todo sería más fácil y triunfaría mucho, porque mira qué tetitas tan bonitas… Pero va a ser que no. A mí me gustan las cosas normales —aseguré.

—A nadie le gusta el café la primera vez que lo prueba… —afirmó. Y añadió—: Duérmete o tendré que drogarte…

—Vale, vale… Me callo, pero frótame un poco más la cabeza… —Y lo hizo y creo que… al fin… me quedé dormida…

40

El hilo conductor

BETO

¿Dónde se había metido Sisi? Llevaba desaparecido mucho tiempo. No era algo fuera de lo común, ya que siempre se ausentaba por periodos de tiempo indeterminados. A veces, había un motivo: trabajo, viajes, un tío o varios… Y otras veces no. Ser constante en las relaciones humanas nunca había sido su fuerte, pero, aunque a veces se perdiera de vista, de vez en cuando daba alguna señal… Yo qué sé, un audio con un insulto gracioso, un *sticker* de Britney Spears drogada, algo escatológico… No sé, cualquier cosa que diese a entender que estaba vivo. Pero esta vez llevaba mucho tiempo desaparecido…, puede que más de dos meses, y lo más extraño de todo era que tampoco publicaba nada en sus redes sociales. Pensé en escribirle más de una vez, pero, entre que seguía molesto por lo de Manu (nunca me dijo: «Lo siento, tíe»), que andaba muy liado con el nuevo trabajo y que el poco tiempo libre del que disponía debía dedicárselo a Josemari, tardé en hacerlo. Porque eso era algo que también tenía muy claro: si no le escribía yo, él no lo iba a hacer. Así que le escribí para darle una sorpresa: le quería invitar a

una cosita que, aunque estaba seguro de que le iba a aburrir, por lo menos permitiría que nos fuéramos de excursión para limar asperezas. Me dolía que nos hubiéramos distanciado y lo echaba de menos, pero al final resultó que la sorpresa me la llevé yo, porque, cuando le envié la invitación, descubrí que me había bloqueado.

—¡Pues ojalá me bloqueara a mí! —profirió Josemari haciendo referencia a la campaña de desprestigio que un anónimo activó en redes sociales en contra de su persona. No teníamos pruebas, pero tampoco dudas de que fue Sisi.

Desde que se publicara la entrevista, el «anónimo» no paró de amargarle la existencia a Josemari mañana, tarde y noche durante toda la campaña electoral. Incluso después de las elecciones y tras los aplastantes resultados por parte del partido de este, aún estuvo una semana más dándole guerra en una maniobra que rozó los límites del ciberacoso. Sisi tenía muchas cuentas falsas con las que, a veces, llevaba a cabo la técnica del ventilador de mierda. Consistía en difamar, difundir bulos y *fake news* para desprestigiar a alguien. Yo sabía de esto porque, en más de una ocasión, había sido testigo de cómo lograba que sus víctimas hasta llegasen a borrarse las redes debido a la presión.

En el caso de Josemari, lo que hizo fue buscar una foto de él en Facebook de hacía diez años, la retocó para que pareciese mucho más calvo de lo que era y, finalmente, empezó a hacer montajes en los que pegaba la cara de este en las portadas de películas como *It*, *El padrino* o *Saw*. Con frases tipo: «Nos acecha, nos vigila y nos odia», «Nuestro voto, su dinero…» o «Gaypitalista». El día de las

votaciones, hasta llegó a involucrarme a mí también y publicó un montaje con la portada de una peli porno de zoofilia en la que se veía a una cabra a cuatro patas a la que pegó mi cara y, detrás, un legionario follándosela con la cara de Josemari. Llevaba por título: «No te folles a un facha o terminas convertido en cucaracha». A mí me dio absolutamente igual, pero Josemari echaba humo con esas cosas porque los resultados finales le tenían muy nervioso. No se fiaba de nada ni de nadie. Todo eran conspiraciones. Además, había otro detalle que tener en cuenta en sus ralladas mentales: Josemari no llevaba nada bien los comentarios negativos, y Sisi no era su único *hater*. Por si fuera poco, no me hacía caso cuando le aconsejé que desactivara las notificaciones y que no respondiera a las provocaciones, con lo cual, todos los días terminaba llorando.

A todo esto, dejó a Stephen. Sí, fue Josemari quien lo dejó… Por todos los motivos destacados, porque estaba extremadamente irascible y porque su madre había dejado de hablarle. Vino a casa a contárnoslo llorando, y Prada con cero delicadeza le dijo: «Cada vez que dices "mamá", me da urticaria…». En todo caso, a Stephen lo mandó a freír espárragos porque leyó su entrevista una semana después de haberse publicado y le dijo que se había dado cuenta de que tenían posicionamientos ideológicos muy distintos, que estaba equivocado en muchas cosas y que él sí que tenía pensado acudir al Orgullo. Total, Josemari la pagó con él y cortó radicalmente la relación. «Si no piensas como yo, no somos compatibles», le respondió sin tomarse la molestia de traducirlo al inglés como otras veces. Y añadió: *Goodbye, my friend*.

El problema de Josemari con su madre venía por lo mismo: la señora procesó la entrevista mediante el silencio y le pidió no venir a

casa hasta nuevo aviso. Él sufría mucho con el asunto y a mí me sabía fatal. Lo único que pude hacer por mi amigo fue escucharlo cuando necesitaba desahogarse, y me decía: «Eres la única persona con la que puedo hablar de estas cosas sin sentirme juzgado…». Yo le recomendé hablar con Sisi del tema. Sabía que tenían mucho más en común de lo que pensaban, pero su respuesta era un no rotundo.

Respecto a mi desempeño en el mundo editorial, las cosas iban estupendamente y me integré enseguida en el equipo. Menos publi y relaciones públicas, que era lo que se suponía que había estudiado, hice de todo en la editorial/productora/empresa de Fonsy. Solamente había una cosa que me preocupaba después de un par de meses: mi columna.

¿Cómo estaba funcionando mi columna? Pichí pichá, es decir, regular. Las métricas iban a días, y yo no terminaba de encontrar el estilo, el gancho o llámalo como quieras… Las visitas no eran estables. Una semana las estadísticas de la columna eran muy buenas y tres eran malas; y para una revista que vive de la publi todas las métricas debían ser, como mínimo, buenas. Fonsy me advirtió: «Ya puedes escribir como Garcilaso de la Vega, que, si no despiertas interés, no te lee ni tu madre». Total, por muy bien que escribiera, necesitaba encontrar ese *punch* pronto o me iba a quedar sin columna… Y eso era lo último que deseaba, porque Carrie Bradshaw era un modelo que seguir y yo me había visto todas las temporadas de *Sexo en Nueva York.* Por lo tanto, mi columna era lo que más ilusión me hacía en el mundo y en ese momento.

Para pulir mi estilo, pedí consejo a las mejores. Prada, la Buchona, Macaulay y yo hicimos un *brainstorming* creativo y decidimos «volver al origen» y «recuperar la esencia». Eso quería decir que la columna

debía seguir siendo una crónica, pero que debíamos expandirla con más historias. De ese modo, seguiría escribiendo sobre cosas cotidianas que divierten, conmueven y hacen pensar, pero con una novedad: no siempre tenían por qué sucederme a mí. Yo sería el hilo conductor, pero no el protagonista. En pocas palabras, mi columna iba a estar inspirada en las aventuras, chascarrillos e intimidades de mis amigos. Eso sí, la editaría yo mismo aplicando esa ironía y ese toque de humor que me caracterizaba.

¿Y cómo resurgió la columna por todo lo alto? Con Prada como mi primera reportera dicharachera en el estreno del *reality* en CDMX. La mecánica era muy sencilla: mandaba a mi colaboradora a un evento con un esquema de guion y allí… que improvisara… Si se podía, yo los acompañaba haciendo de cámara y, si no, mandábamos a alguien. Después, yo unía todas las piezas (fotos, vídeos y audios) de un modo más o menos coherente y ahí estaba: una columna divertida, dinámica, fresca y auténtica. El éxito contando el estreno del *reality* en México fue tal que se convirtió en lo más leído de *Lady Bowie*. Así que empezamos a estirar el chicle y dividimos su aventura en tres partes. Después empezamos a hablar de autoembarazarse, luego de Àlex y las particularidades de la vida de una *drag queen*, también de cuál era el camino para ser diputado y, por supuesto, hablamos de amor, sexo y de la Virgen de Guadalupe. Total, sin apenas darme cuenta, tenía escrita la mitad de la novela cuando Fonsy me propuso unir todas las piezas para darle una «coherencia global» y convertirla en una «historia coral». Pero me faltaba profundidad, por eso, tuve que hacerles rellenar cuestionarios y entrevistarlos a todos uno a uno. La columna era muy divertida, pero la historia debía emocionar también. «Tenemos la responsabilidad de

ir más allá y no quedarnos solo con el chiste fácil o el estereotipo. Necesito que los pongas a todos contra las cuerdas y los bajes al fango», me indicó Fonsy.

A todo esto y paralelamente, Fonsy no paró de mandarme a excursiones para que no perdiese la inspiración. Por ejemplo, me envió a hacer un retiro espiritual de activación de la energía femenina y de la energía masculina a la Costa del Sol y me permitió también llevarme a mis amigos los «chalados», así que los invité a todos, incluido Sisi.

41

El camisón

Àlex

Darme cuenta de que me había enamorado de Pra y, con ello, desconocer cuál era mi orientación sexual se convirtió en un problema secundario una vez entendí y acepté cuál era ese famoso viaje que mis guías espirituales me aconsejaron emprender cuanto antes. Lógicamente, al principio, creí que el viaje era ir a CDMX con esa mujer y confirmar mis sospechas. Se me había antojado ser papá, amarla, cuidarla, respetarla, criar al chamaquito y, con ello, formar una familia (más o menos) tradicional. El tema del sexo no lo tenía muy claro, pero conocía la teoría y pues ya veríamos… Estaba claro que atracción sentía, porque, cuando le rasqué la cabecita, ella me devolvió las caricias y después nos apapachamos tantito y la verga se me paró… Y eso jamás me había pasado con una señora…, así que… ¿Qué más viaje podría haber que ese? ¡A poco no le sacude fuerte ese cambio de pensamiento a un joto! ¡No mames! Pues sí, pero no, y lo más seguro es que quién sabe, hermanas… Aquel sentimiento por Pra apenas fue la primera turbulencia del famoso viaje que iba a cambiar mi vida para siempre… Aquella

noche tan confusa para ambos, Pra me hizo una pregunta que no quise contestar porque me daba miedo la respuesta, pero esta no se iba a demorar. Por lo pronto, acabábamos de aterrizar en el aeropuerto del Prat de Barcelona. Hubo complicaciones con la vuelta de CDMX: mucho retraso, cambios de última hora y no se sabe qué pedos con la compañía aérea, por eso acabamos en la capital catalana y no en Madrid. Ahorita, tomando un poco de distancia, me doy cuenta de que no hubo ningún lío y todo lo tramó Pra… Pero, si llego a descubrirlo en ese momento, le hubiese dado una cachetada en el trasero bien merecida, porque fue muy atrevido lo que hizo… Aunque también es cierto que, sin su empujoncito, quién sabe en qué punto del viaje de no retorno me encontraría…

—No puedo estar en Barcelona, Pra… Se siente demasiado pesado aquí… —dije con la mano en el pecho esperando que nos regresaran las maletas en la cinta, y se escuchó por los altavoces: *Benvinguts a Barcelona*. ¡Cuánta ansiedad me daba eso y cuánto tiempo hacía que no escuchaba nada en catalán!

—¡Pasemos aquí un par de días! —me pidió—. Quiero pasear por las Ramblas, comprar algo en el Born, ver el Port y comer una crema catalana. ¿No me irás a negar dos inocentes días de relax después del trote de CDMX?

—No puedo estar en esta ciudad. Si alguien me reconoce…

—No es Barcelona con lo que no te quieres encontrar, Àlex, y lo sabes… Barcelona es solo un lugar en el mundo —me dijo con una mirada que me desarmó. Intuía lo que se traía entre manos, pero no hice preguntas.

—¿Ahorita eres tú la filósofa?

—No, pero soy tu amiga y estaremos aquí apoyándote —añadió frotándose la barrigota y dándome un abrazo que, por un lado, me dio apuro porque tenía demasiada fuerza y yo temía que lastimara a mi chamaquito—. ¡He reservado un hotel en el centro que te va a encantar!

En esa parada por dos días en Barcelona experimenté lo que en *coaching* se llama un *Oh, shit! moment*. Metafóricamente, es como ese momento en el que sales de tu depa, cierras la puerta y nada más escuchar el portazo recuerdas que olvidaste las llaves dentro y dices: «¡Chingue a su madre!». Y aplicado a la psicología humana se trata de una reacción emocional fuerte (crisis, ansiedad, ataque de pánico) que se produce al descubrir algo que siempre estuvo delante de tus ojos, pero nunca lo has querido ver. El concepto aplicaba perfecto a lo que se desató al día siguiente en mi cabeza por la sorpresita que me tenía preparada Pra… Me llevó de tour. Lo había organizado ella misma: comida en un restaurante tradicional en Plaza España, visita al Park Güell y, finalmente, *sunset* en los búnkeres del Carmel, desde donde se podía admirar toda la inmensidad de la ciudad de Barcelona.

En un momento dado, le pregunté a Pra cuál era su espiritualidad. Me interesaba saber más: cómo pensaba, con qué soñaba, qué leía, qué música escuchaba o cuál era su dimensión de pensamiento sobre cuestiones como estas, que a mí me importaban tanto.

—¿Te refieres a que si creo en Dios? —Y no pude evitar reírme. A veces, me asombraba que alguien que había viajado tanto, que había estado en la India, en África, vivido en la montaña y tomado tantos tipos de terapias alternativas, estuviera tan conectada y tan desconectada al mismo tiempo.

—No, me refiero a si crees que todo está conectado —Y le trasladé mis propias conclusiones sobre la cuestión—: Para mí la espiritualidad es la relación o la conexión con la naturaleza, con las personas, con uno mismo o incluso con Dios.

—¿Y qué diferencia ves tú entre Dios y la religión?

—Para mí, Dios es una energía que siempre está presente, y la religión es la manipulación de esa energía por los hombres. ¿Cómo puede una persona, una institución o un reino matar o conquistar en nombre de Dios? Me parece tan perversa la religión cuando se utiliza con estos fines… ¿Me estás escuchando?

—Claro, claro… ¡Qué fuerte! —comentó, pero era evidente que su pensamiento andaba en otro lugar, porque estaba más distraída de lo normal mientras yo le platicaba de todas estas cuestiones tan importantes para mí.

En verdad, todo mi discurso no era más que una excusa para decirle que sus abrazos me estremecían, que su sonrisa me hechizaba y que el beso que me robó en su depa para contrariar a su mamá yo no me lo podía quitar de la cabeza… También le quería decir que me gustaría dormir muchas más veces con ella y que estaba deseando conocer al chamaquito… Quería decirle todas esas cosas, pero no sabía cómo introducir el tema, porque en mi cabeza había un buen nido de ideas, muy confusas todas. Pero lo más importante lo tenía claro: la amaba. Así que sentí que ese podría ser el momento idóneo para platicarlo… Barcelona me ponía muy emocional y los búnkeres del Carmel eran muy especiales para mí. Siempre habían sido mi lugar favorito de la ciudad y, desde bien chamaquito, fantaseaba con que, si algún día tenía que confesar mi

amor a alguien, debería ser ahí… Por eso, no podía esperar más. Pra debía ser conocedora de mis sentimientos.

—Cada vez creo menos en las casualidades… Desde que he regresado a España, el universo no ha parado de darme pistas para llevarme hasta este camino en el que me encuentro… ¿Y si hay un plan para todos nosotros del que no podemos escapar? ¿No lo pensaste nunca? He hecho tantas cosas en mi vida, visitado tantos lugares, pero siempre tenía la sensación de que me faltaba algo… No obstante, últimamente, siento que por fin lo encontré… Y llevo unos días pensando… ¿Y si todo lo que he estado haciendo me ha llevado hasta este momento? ¿Y si todo me ha llevado hasta ti? Lo que trato de decir Pra es que…

De repente, unas manitas pequeñas y arrugadas, que olían a aceite de almendras, me taparon los ojos por detrás y oí una voz que hacía más de diez años que no escuchaba:

—*Qui sóc?!* —exclamó mi abuelita, que significa «¿Quién soy?» en catalán.

Todos conocen a mi abuelita como la señora Carmen. Tenía una historia de vida bien interesante, pero el punto acá era que siempre fue una mujer muy avanzada a su tiempo. En cuanto pudo (y siendo ya bastante mayor), se separó del abuelo convirtiéndose en una de las primeras mujeres de España en divorciarse. Pero una mujer en esa condición y en aquel momento no estaba bien vista, por ello, la separación supuso un gran coste tanto para ella como para sus dos hijas. Mi mamá siempre le echó en cara ser pobres y haberle privado de su papá, pero en verdad el abuelo nunca quiso saber de ellas. Este precio fue un peso que terminó siendo frustrante para mi mamá y que llegó a echarle en cara en alguna ocasión. Le recriminó que no

tuvo infancia, porque las otras mamás no querían que sus hijas jugasen con las hijas de «la divorciada». Sin embargo, mi abuelita aguantó estoicamente los golpes y nunca dejó que las buenas costumbres mermaran su carácter. El divorcio le sentó igual que la primavera a los campos: floreció. No tenían mucho, pero era feliz. Su sonrisa era tan amplia que lo iluminaba todo a su alrededor; era tan grande que, cuando sonreía, se le alargaban los ojos como chinito. Por eso, yo la llamaba «mi chinita».

Su abrazo por la espalda, a traición y compinchada con Pra, me atravesó como una flecha e inundó todo mi ser, desde lo más profundo, con su luz y con su amor. La gravedad se percibió de un modo diferente y me aturdí. Me sentí completamente embriagado, incluso tuve la sensación de que me elevaba y flotaba. Esa viejita era muy poderosa, lo sabía, y durante mucho tiempo me estuvo protegiendo desde la distancia prestándome a sus espíritus. Por fin nos volvimos a reunir; habían pasado más de diez años y ya no tenía miedo, así que abrí mi corazón… Tomé sus manos sin atreverme a voltearme, por si acaso se desvanecía, y exhalé con gran alivio sin poder detener las lágrimas que brotan cuando alguien alcanza la felicidad absoluta.

—Mi chinita…

Pra había contactado con ella. Lo intuí y estuve alerta durante todo el tour. Imaginaba que, tarde o temprano, aparecería «por casualidad». Hubiese sido más fácil preguntar, pero no me atrevía, así que miraba en todas direcciones para ver por dónde saldría. Finalmente se presentó justo cuando iba a confesarle a Pra que la amaba y, de nuevo, ese tema se tuvo que aparcar.

—¡Al final te vas a secar! —me dijo la embarazada, quien también se puso a llorar y no pudo evitar sumarse al abrazo con esa barrigota que tanto se hacía de notar. Eso fue lo que me calmó, porque juraría que el chamaquito dio su primera patadita.

—Señora Carmen, ¿qué hace usted tan lejos de su casa? —quise saber, porque de Badalona al lugar en el que nos encontrábamos había más de una hora de camino.

—*Què he de fer, carinyo?!* ¡Pues venir a verte que soy tu abuela! —dijo en su mezcla de lenguas—. ¡Qué guapa estás! Veo todos tus vídeos, ¿sabes? ¡Los veo todos en el Facebook!

Mi abuelita siempre tuvo el don de la clarividencia conmigo. Desde bien pequeño era capaz de verme en lugares y escenarios en los que nunca imaginé que iba a llegar, pero ella lo sabía y me lo decía. No eran las típicas palabras de abuela orgullosa de su nietecito, es que ella lo sabía. Siempre supo que yo era diferente y me animó a ser quien yo quisiera, y a saltarme las normas también. Esa viejita sabía que yo era artista antes que yo mismo. Y ahora sabía otra cosa… Y me la revelaría sacándola de su enorme bolso.

—¿Te quedarás a dormir en casa hoy, hija? —me preguntó.

—No lo sé, chinita… —le respondí dudando. Llevábamos un chingo de rato platicando; hicimos un repaso de todas las aventuras de la Buchona que le había explicado por llamada, pero en esta ocasión le podía narrar con fotografías. También le canté, la tomé de las manos, la toqué y le di cientos de besos… Y a cada rato nos emocionábamos. Evidentemente, fuimos a un barecito cercano, y Pra se fue al hotel. Me dijo que no me preocupase por nada, que ella no iba a estar sola, que casualmente su amiga Tamy estaba en Barcelona y habían hecho planes hasta mañana por la tarde, que me

olvidase de todo y disfrutase de mi abuelita a la que tanto había extrañado. La veía igual, aunque con dos tallas menos, un poco más encogida, pero con esa misma sonrisa capaz de derretir un glaciar entero. Platicamos de tantas cosas… De todo menos de una: de mi mamá; por eso, cuando me preguntó si me iba a quedar en casa a dormir, sentí el miedo de nuevo y volví a dudar.

—Tu madre no estará —me aclaró leyéndome la mente—. *No pateixis per això!*

—Pero… ¿Ella supo de este encuentro?

—Sí, pero necesita un poco más de tiempo —me respondió en catalán.

—Entiendo… —dije con melancolía y quizá con un poco de tristeza también. Entonces, ella añadió optimista:

—¡Pero nunca dijo que no vinieras! Algo ha cambiado, Àlex… Lo sentí hace unos meses y ahora que te tengo delante… *Et veig i no tinc cap dubte!* Te veo y parece que lo haga por primera vez… ¡Ahora sí que eres tú de verdad! —expresó misteriosa como si fuese uno de los guías espirituales quien hablaba y no ella.

—Abuelita… —le pregunté con miedo de conocer la respuesta—. ¿Tú eres feliz?

—Àlex, verás… —empezó a decir mientras sacaba un paquete envuelto con papel de regalo de su bolso—: Llevas un camino muy complicado, cariño. En la vida hay momentos muy difíciles, pero siempre ayuda tener referentes. Dios es un referente, pero la familia también lo es. A mí me gusta pensar en ti en los momentos difíciles. Tú eres mi referente. Por eso, si tú eres feliz, yo también lo soy. —Y acto seguido me entregó el regalo—: *Té, això és per a tu*, pero para la Àlex de verdad, para la persona que siempre has sido realmente…

Y, cuando lo desenvolví y vi que se trataba de un precioso camisón rosa con mis iniciales bordadas, tuve una revelación… tan dolorosa como bonita, tan angustiosa como emotiva y tan desgarradora como liberadora… Ese camisón rosa que me regaló mi abuelita hizo que experimentase mi *Oh, shit! moment* y todas las preguntas hallasen sus respuestas.

42

La caja negra

Sisi

Entendía que la gente creyera en Dios. Eso debía de ser más fácil que no creer en nada. Imagino que, cuando uno ya no puede más, creer en Dios o en algo debe de dar un poco de tregua. Yo no tenía nada en lo que creer, nada a lo que aferrarme y nadie a quien llamar… Puede que me lo hubiese buscado yo solito, pero estaba cansado…, muy cansado…, totalmente devastado… y roto… No sabía qué hacer. ¿Merecía la pena seguir adelante? Nunca me había planteado creer en Dios, desde siempre la palabra me producía alergia, era escuchar «Dios» y cagarme en él, en los santos y en la Virgen. ¿Por qué? Porque sí. Nunca me habían gustado ni Dios ni la religión ni los curas, pero estaba tan en el pozo que hasta en hacerme creyente pensaba cuando Sandro me encerraba en mi habitación y tenía tiempo para meditar. Sandro llevaba tiempo haciéndolo; encerrándome, me refiero. A veces eran unas horas y otras eran días. Lo hacía con un candado por fuera y, cuando se le pasaba, me dejaba salir. Generalmente, solía ser por un ataque de celos injustificado, que cada vez fueron a más y a peor. Si pensaba

en el puñetazo que le dio a Winston tiempo atrás, casi me parecía una broma al lado de todo lo que me cayó encima después… Un día podía estallar porque me había salido una rojez en el cuello y creía ver chupetones; otro día, me llamó cochino y me tiró a la basura todos mis dildos, incluido Medusa, porque no quería que me metiera nada que no fuera suyo. Y así suma y sigue… Hasta el punto que terminé yendo al supermercado por videollamada para que estuviera tranquilo.

La primera vez que me encerró, tuvimos un enganche muy fuerte. No recuerdo el motivo, solo que me quería castigar. La idea se le ocurrió viendo no sé qué mierda de película en Netflix. *Obviously*, me resistí y se la lie, pero bien liada. ¡Menudo pollo le monté! Porque yo, con ganas de pelear, soy terrible. *So*, terminamos agarrados del cuello en la cocina, y la madre asustada porque cuando llegó yo tenía un cuchillo en la mano y estaba fuera de mí. Tenía más ganas de sangre que Carrie… Se lo llegué a poner en el pecho y lo amenacé con clavárselo, y el muy tarado aún se acercó más retándome a que lo hiciera… Pero estaba tan agotado física y mentalmente que me rendí y dejé que hiciese conmigo lo que quisiese… Ahí fue cuando me encerró por primera vez. Después, vino lo de siempre: me decía que me amaba, follábamos y él se iba a dormir tan tranquilo… Y al día siguiente se despertaba feliz, sonriente y como si no hubiese pasado nada. Hubo momentos en los que creí que me lo había imaginado todo… Pero había un detalle que me hacía recordar que había pasado de verdad. Cada noche desde ese día, Sandro se dormía con una navaja debajo de la almohada que me enseñaba antes de acostarse. «Por si acaso usted intenta algo, papi», me decía. Después me daba un beso y se acostaba.

Well… Qué decir… Pues que, en verdad, cuando empezó a encerrarme más a menudo, yo estaba encantado de la vida porque así me dejaba tranquilo. Pero tenía que oponer un poco de resistencia para que no sospechase que en verdad quería estar encerrado.

En los cautiverios me aburría, también me quitaba el teléfono y no podía leer porque había perdido la capacidad de concentración, así como la percepción y el control de mi tiempo, de mi espacio y hasta de mi propia vida. Desarrollé una técnica para tener cierta orientación y, cuando me despertaban los primeros rayos de sol, me iba al cuarto de baño de mi habitación, me pintaba los labios y le daba un beso al espejo. Contando mis besos, sabía los días que llevaba encerrado. La última vez conté siete, pero no podía estar seguro, es posible que me dejara alguno, porque la metoxetamina es muy jodida y yo iba puesto cuando me despertó.

—¿Ya es la hora de dormir? —le pregunté a Sandro cuando entró por la puerta. Me parecía que era pronto.

—No, mi amor. Solo te traigo unos dulcecitos para que te relajes…

—Pues no me apetece —le dije desafiante, y era cierto.

Muchas veces, al poco rato de encerrarme, Sandro aparecía con un poco de mefe para que dejara de insultarle a gritos. No le decía que no porque es la droga de la felicidad, y yo estaba demasiado triste.

La mefe es el primer básico de cualquier guarrichill en condiciones. A diferencia de la coca, que a mí me ponía como un niño de diez años hiperactivo, la mefe me hacía estar guay, relajado, supersensitivo y muy amoroso, con ganas de dar abrazos, besitos y cariñitos. Era como emborracharte, pero mejor. Además, una gran

ventaja de tomar mefe era que me inhabilitaba para follar, porque hacía que el pito se me metiera para dentro y se me hacía un chocho; y a Sandro le pasaba lo mismo. Era la droga perfecta porque, cuanto menos follase con él, mejor para mí… ¡Hasta las ganas de eso se me pasaron con ese sociópata!

—No seas malito, va… Voy a comercializar con un producto nuevo y quiero probarlo antes contigo… —Y me dejó en la cama una bandeja con un polvo rosa que pensé que sería tusi. El llamado Frenadol mágico, porque era una mezcla de todo. Además de *escort*, descubrí que Sandro era camello. Retomó esa profesión hacía poco porque había encontrado una socia capitalista, pero no me quería decir quién era.

—Que no quiero. Dáselo a tu madre…

—Va… Si lo pruebas, te regreso tu celular y te dejo cenar en el salón al rato, ¿sí?

—Pesssado eres… —Y acepté porque debía revisar los temas del curro en algún momento. Así que me bajé los *shorts*, me chupé el dedo, lo mojé en el polvo ese y me lo metí en el culo. Normalmente, la gente tritura los cristales y los esnifa, pero yo tenía mi propio método: el culete lo absorbía todo muy bien, y hacerlo de ese modo me ahorraba los mocos y joderme las fosas nasales. Además, fuera de marzo y abril, no convenía meterse nada por la nariz, porque en esas fechas no puedes decir que es alergia.

En menos de un minuto, me di cuenta de que no me había metido mefe. Eso era ketamina como poco… Una mierda alucinógena muy pero que muy fuerte que me hizo empezar a volar, pero a volar muy muy pero que muy alto. Me tumbé en la cama y creo que flipé durante horas: la habitación cambiaba de colores, de formas, de

tamaños; se encogían las paredes, se agrandaba el techo; las ventanas me miraban y me guiñaban los ojos. Y con mi cuerpo pasaba lo mismo: sentía que los brazos se me estiraban como si fuesen masa recién hecha. De repente, uno dejó de responderme, otro se movía solo… No sé, un viaje peor que la ayahuasca, porque hasta me cagué encima… Y en esas Sandro me preguntó: «¿Me amas?». Y mi mente empezó a filosofar otra vez y a hacerse más preguntas: «¿Amar? ¿Qué era el amor para mí? ¿Y el sexo? Y me acordé de que mi psicóloga me dijo que amamos como nos amaron, y la droga sacó a flote mi caja negra, mi recuerdo más oscuro, y tuve el peor *mental breakdown* de mi vida.

Mi peor recuerdo es una historia truculenta que imagino que Beto censurará por dos motivos: su dureza y porque supongo que entrará en conflicto con el espíritu de la novelita rosa que habrá escrito. Pero, aunque breve, tengo que contar cómo mi hermano y Javier, su mejor amigo (y del que estaba platónicamente enamorado), abusaron de mí cuando tenía doce años y ellos quince y dieciséis. Lo hicieron demasiadas veces y en muchos lugares. Quizá, haber hecho esas cosas con Javier no me hubiese importado, pero con mi hermano… Pues no fue agradable, la verdad. Además, después siempre me pegaba con el casco de su moto y me llamaba «marica de mierda». No sé si lo hacía por miedo a que lo delatara o porque en el fondo él era más maricón que yo y eso le enfurecía. Aun así, descubrí el orgasmo gracias a Javier y a mi imaginación. Mis primeras pajas fueron pensando en él y en su fuerte olor a hombre, que lo impregnaba todo a su paso y a mí me dejaba como

embelesado. También su vello corporal me llamaba mucho la atención, porque en aquel momento yo era prácticamente lampiño, y Javier tenía mucho pelo, muy negro y por todos lados. A mi yo preadolescente, aquellos matojos le generaban una mezcla de curiosidad y excitación. Javier se quedaba a dormir en casa muchas veces, él y mi hermano eran culo y mierda, como se suele decir. Lo hacían todo juntos. Eso me permitió espiarlo cientos de veces y verlo sin camiseta… Y, en algunas ocasiones, hasta desnudo. El tema hormonal fue muy jodido en esa etapa vital, y yo no lo podía controlar. Las veces que Javier estaba en casa, lo sabía por el olor… Lo espié mucho, llegué a conocer a la perfección su anatomía, y hacerlo me producía una especie de cosquilleo en la entrepierna que solo podía calmar si me frotaba con el apoyabrazos del sofá cuando me quedaba solo. Así fue como descubrí el placer, y no con las cosas que ellos me obligaron a hacer. No sé cuántas veces tuve que chupársela antes de que mi hermano se matara en aquel accidente de moto, pero fueron muchas. No sé. ¿Doscientas? Y, al principio, tuve que hacerlo varias veces en el mismo día y en muchos sitios diferentes. Les chupé tanto sus pollitas adolescentes que hasta se me cortaban los labios. Por eso, siempre llevaba cacao encima. Y *well*… Ese fue mi primer amor platónico y mis intercambios sexuales… Una extraña mezcla de deseo, acoso, obligación, placer, miedo y felicidad. Hacerlo con Javier no me importaba, pero con mi hermano me daba asco. Por lo tanto, ¿me convertía en una mala persona el hecho de haberle deseado la muerte tantas veces? ¿Fue ese mismo deseo lo que hizo que se matase en aquel trágico accidente? ¿Era yo un monstruo por haberme alegrado tanto el día

que la Guardia Civil vino a casa para informar de que mis deseos se habían hecho realidad?

—Pero ¿me amas o no me amas? —insistió Sandro.

Esa voz distorsionada por el efecto de las drogas y de sus propias alucinaciones me sacó de mi caja más negra después de un rato indagando en mis recuerdos más oscuros. Me incorporé de golpe. Fui hasta el baño con una ansiedad que me moría; no podía respirar y creía que me iba a ahogar. Se me agarrotaron los brazos, se quedaron rígidos y los dedos se me inmovilizaron por completo. También estaba temblando, pero me dio tiempo a meterme debajo de la ducha y abrir el grifo. Permanecí allí un rato, no sé cuánto, pero sé que fue todo el que mi cuerpo necesitó para expulsar un veneno que me había estado corroyendo por dentro desde que con doce años mi hermano y su mejor amigo empezaron a abusar de mí sistemáticamente. Esa era la verdad que no había enfrentado y de la que llevaba huyendo toda mi vida. Ese era el motivo que me hacía follar impulsivamente una y otra vez para intentar tapar mi recuerdo más doloroso. Por eso maltrataba a la gente y me maltrataba a mí mismo, al mismo tiempo que me engañaba queriendo creer que, en parte, sí que me gustó. Pero… ¡Joder! ¡Pues claro que no me gustó! Que yo era un puto crío…

El agua fría me sirvió para aclarar las ideas y darme cuenta de muchas cosas como, por ejemplo, que necesitaba ayuda. Entonces, me acordé de Beto y me enfadé conmigo mismo por haberme portado mal con él, por haberlo bloqueado, por haber publicado aquel póster con su cara, la de José María y la cabra. Por haberle hecho daño y hasta por haberlo odiado injustamente… Necesitaba pedirle perdón. Necesitaba decirle que no era a él a quien odiaba,

sino a mí mismo. Y necesitaba también decirle que él seguía siendo familia para mí y que me avergonzaba de todo… ¿En qué me había convertido? ¿Cómo podía ser que Sandro, un niñato de apenas veinte años, me hubiese sometido de aquella manera? ¿Cómo podía haber permitido que convirtiera mi casa y mi vida en semejante infierno? ¿Cómo pude creer que estaba solo? No, no lo estaba.

Volví a la habitación y vi una imagen lamentable: Sandro tumbado en mi cama roja, con la boca abierta y la baba cayéndole por un lado, volado por la metoxetamina y con mi cagada al otro lado. La estampa la coronaba un cuadro mío horizontal que mandé hacer para el cabecero de mi cama. Era un *collage* con mis mejores entrevistas y un modo de recordarme cada noche que sí, que Sisi sí era importante, que Sisi también era un referente y que Sisi era alguien resiliente a quien le costó mucho estar en cada una de esas entrevistas. No sé si fueron los últimos coletazos de la droga alucinógena, pero juraría que tuve una epifanía y a una de mis fotografías del *collage* se le dibujó un halo y me dijo: «Tienes que salvarte». Le respondí que tenía razón y me dispuse a hacer todo lo necesario para escapar aprovechando que Sandro estaba fuera de combate. Salí al comedor y me encontré con Yuslaidy sentada en una silla, con un pie en un barreño de agua y el otro al aire pintándose las uñas de los pies. Vi mi bolso y me lancé a por él, pero, cuando lo fui a coger, la muy desgraciada se levantó y lo agarró al vuelo también.

—¿Qué crees que estás haciendo, marica? —me dijo mientras forcejeamos. Y yo le respondí venido arriba.

—Mira, pedazo de puta… Más te vale a ti y al cerdo de tu hijo desaparecer, porque, cuando vuelva a esta casa, ¡va a ser con la

Policía Nacional! —Y, antes de que se pusiese a gritar, le pegué una patada y la tiré al suelo.

Recuperé mi bolso y corrí hacia la salida, pero estaba cerrada y no había ninguna llave cerca. La escuché insultarme mientras se levantaba para venir a por mí, pero tuve suerte. Se resbaló con el agua de la palangana y cayó al suelo de nuevo, lo que me dio margen para correr y meterme en el cuarto de Oshun. Menos mal que no habían quitado el cerrojo de dentro.

—Sandro, Sandro, Oshun, Oshun… ¡No la toques! —La escuchaba gritar, y por supuesto que la toqué. Es más, le arranqué la cabeza, la estampé contra la pared y destrocé todo el altar.

En ese estado de estrés, necesidad y puede que un poco de alucinación, mi mente solo pensaba en huir. Y pensé que, si me lo proponía, podía ser una ardilla voladora… Así que decidí que lo más fácil sería saltar por la ventana, agarrarme a las ramas de un árbol que tenía justo enfrente e ir descendiendo. Tenía que escapar, solo había una salida y yo vivía en un primero con entresuelo, así que la hostia tampoco sería para tanto si me caía… Tomé aire, me di ánimos y salté sin mirar atrás con las manos desplegadas para abrazarme a una rama. ¿Cómo lo logré? Eso no lo podría precisar. Solo sé que escapé y que seguía vive para contarlo.

43

Retiro espiritual

BETO

Mi última columna se tituló «Cosas que no cuentan como "cuernos"», y en ella expliqué el origen de la expresión «poner los cuernos». ¿Por qué? Porque la noche previa al retiro no dormí solo y existía la posibilidad de que le hubiese puesto los cuernos a Manuel Petulante, pero en la práctica, que no en la teoría, porque estuve investigando y los puntos de vista eran interpretables. En la teoría, la palabra *infidelidad*, según el *Diccionario de la lengua española*, se refería a «una relación sexual voluntaria entre una persona casada y otra que no sea su cónyuge». Manu y yo no estábamos casados, y creo que la persona con la que dormí tampoco… Por lo tanto, en la teoría no le había sido infiel, y en la práctica no lo tenía tan claro por distintas razones. Para empezar, el chico con el que dormí se quedó frito nada más llegar a casa. Es cierto que dormimos juntos, pero, como bebió mucho, no se pudo hacer nada… Solo algún que otro beso y un poco de abrazo, muy poco, porque yo estaba traumatizado con el hecho de dormir con borrachos porque Sisi me vomitó encima una vez en una borrachera universitaria fuerte. Es

por eso por lo que le puse la muralla de almohadas que solía ponerme Manu a mí y lo mantuve alejado.

En la práctica, tampoco tenía muy claro que eso fueran cuernos porque… ¿Qué éramos Manu y yo? Llevábamos tres meses sin vernos, hablábamos muy poco porque siempre lo pillaba ensayando y tampoco teníamos cibersexo. Aun así, seguía escribiendo ese diario para él, más por obligación que por ganas. Es cierto que él ya no estaba tan hostil; la minigira lo tenía contento y, por lo menos, cuando me respondía me ponía emoticonos. Pero estaba completamente ausente… Y yo, aunque estaba muy ocupado, a veces, me sentía solo… Y también sentía muchas otras cosas, porque era empático y vivir con una embarazada era una montaña rusa emocional: reíamos, llorábamos y se nos iban los ojos cuando pasaba un chico guapo a nuestro lado. Cuando necesitaba desahogarme (básicamente, cuando Manu llevaba tres o cuatro días seguidos sin contestarme), llamaba a Àlex y nos íbamos de tragos y «lo que surja…». En esas, con una sola cerveza ya me apetecía bailar, desatarme y tocar un poco de carne, porque una cosa no está reñida con la otra; uno puede ser muy correcto en general y el alma de la fiesta en particular.

Total, ¿por qué le había puesto los cuernos a Manu? Si es que eso se podían considerar cuernos… Estuve dándole muchas vueltas y encontré mil razones: necesidad, despecho y que me había puesto fino de margaritas. Además de dos detalles que me enfadaron e hicieron que hasta lo insultase en presencia de Àlex, cosa que no había hecho nunca. Por un lado, Manu posteó un carrusel de fotos con Richard en el que, al final, terminaban dándose un piquito (cosa que me daba igual, pero, si lo hacía yo, entonces, era el malo

malísimo). Por otro, cuando le dije que me iba al retiro espiritual me soltó: «No me parece bien que te vayas a un retiro lleno de tíos». Y, no contento con eso, aún me dijo más: «Tú verás lo que te conviene…». Detalle: él volvía a Madrid el preciso finde que yo me iba al retiro, pero por descontado que no iba a cancelarlo. Así que, cuando lo leí, publiqué en *todas* mis redes sociales que me iba de retiro y le pedí a Josemari que también lo publicase y dijera que se venía conmigo. Prada y Àlex no pudieron venir porque ella estaba a punto de explotar. Además, no controlaba y, a veces, se meaba encima por la presión en la pelvis del niño, que ya se estaba colocando para salir… Àlex se quedó con ella, y de Sisi seguíamos sin saber nada.

—Pero ¡¿cómo puede llegar a ser tan GILIPOLLAS?! —despotriqué mostrándole a Àlex el último mensaje de Manu.

—Qué bueno que te diste cuenta, manita. ¡Chinchín! —Y a continuación brindamos muchas veces por eso y por cada una de las pendejadas que Manuel Petulante me había hecho… Y luego apareció el chico ese que terminó en mi cama, y al día siguiente me fui al retiro con el sentimiento de culpabilidad en todo lo alto y una resaca que me moría… Prada me dio dos pastillas de B12. «Mano de santo», me dijo.

El retiro era en la Costa del Sol y, más que un retiro, fue un finde de desconexión, porque todo se resumió en dos días llenos de talleres, conferencias y actividades, casi todo en inglés, bajo el título *Empowerment*, *Energy*, *God & Goddess* y *Femininity and Masculinity*. Se trataba de una iniciación sagrada para conectar con nuestra energía masculina y con nuestra energía femenina. En total, éramos unas cincuenta personas divididas en dos grupos: uno para trabajar

la energía masculina y el otro, la femenina; y al final la organización reunía a esos dos grupos para llevar a cabo una actividad conjunta. Fonsy me apuntó al grupo de energía femenina. Era mixto, había mujeres y hombres de todas las edades, colores, etnias y demás diversidades. Las profes se hacían llamar «angels». Nunca supimos sus nombres e iban vestidas de blanco con ropa vaporosa. Fátima, la coordinadora, dijo que era *swami deva* y, por ello, iba vestida de naranja, que es el color de la iluminación en el hinduismo. Era una mujer cuyo origen era muy difícil de determinar. Estaba claro que era el resultado de la mezcla de mucha sangre y etnias. Por su aspecto, podría ser musulmana, turca, puede que gitana o española mozárabe. Además, hablaba muchos idiomas y los mezclaba, aunque solía predominar el inglés. Pero su acento era un lío y no ayudaba a desentrañar su procedencia. No obstante, en cuanto pasabas cinco minutos con ella, todas esas cuestiones resultaban irrelevantes. Era mucho más productivo e interesante concentrarse en lo que decía, porque hablaba mucho y muy rápido, que no perder el tiempo en intentar ponerle una etiqueta limitante. Fátima era un misterio en sí misma, y ese era su encanto.

De todos los talleres, actividades y meditaciones que se llevaron a cabo, la que más me removió fue el taller del «búfalo», que consistía en identificar a nuestros búfalos para darles caza. El nombre del animal era una metáfora para hacer referencia a esos diablos que, a veces, podían tomar el control de nuestros pensamientos y, por tanto, de nuestra voluntad y tiempo. Ejemplos de búfalos podían ser: tabaco, exceso de alcohol, drogas o comidas pesadas que no aportaban nada a nuestro organismo. También podían ser un uso excesivo de los dispositivos móviles y redes sociales, el sexo o,

incluso, algunas personas… La primera parte del taller consistía en identificarlos y, después, debíamos ordenarlos de más pequeños a más grandes para dar con el peor de todos: «El gran búfalo». ¿Y cuál resultó ser el mío? Manu… Ser consciente de ello fue triste, porque llevaba muchos meses empeñado en querer creer que merecía la pena intentar construir un proyecto de futuro juntos, pero en todos los ejercicios de los diferentes talleres y en todas las meditaciones el resultado siempre fue el mismo: la relación con Manuel Petulante solo me generaba perturbación. Y por mucho que me quisiera empeñar en no dar la razón a mis amigos, en hacer ver que eso no era así o que podía cambiarlo, la verdad era otra. No hacía falta ser experto en *coaching* ni en *mindfulness* para darse cuenta de que teníamos una relación tóxica. Para acabar de reafirmarme, el taller terminó con la siguiente pregunta: ¿qué puedo hacer para cazar ese búfalo y evitar que me absorba? Y la respuesta, en lugar de causarme dolor, me liberó. Por primera vez en meses, sabía qué era lo que me convenía.

Mientras conectaba con mi energía femenina y trabajaba en mis miedos e inseguridades para hallar mis propias respuestas, tanto en la Costa del Sol como en Madrid, pasó de todo: Prada se puso de parto, Àlex emprendió su viaje, Sisi volvió a aparecer y Josemari se liberó por completo… Pero yo fui ajeno, porque una cosa muy buena de este tipo de retiros es que entregabas tu teléfono al inicio para estar completamente enfocado en ti y en el ahora. Si no hubiese sido así, dudo que mi final hubiese sido tan apoteósico.

El retiro terminaba con un *breathwork* seguido de una *full moon sound bath*. Lo primero era trabajo de respiración profundo y lo segundo, una meditación bajo la luz de la luna con un concierto de

cuencos tibetanos para alcanzar vibraciones elevadas. En el *full moon sound bath* se unieron a nosotros el grupo del taller de energía masculina. Era un momento muy especial, porque alinearíamos ambas energías, masculina y femenina, y celebraríamos un ritual de hermanamiento indio conocido como *rakhi*. Además, ese mes Piscis y Saturno se habían alineado para unir fuerzas, con lo cual, el ritual sería mucho más potente. Para ello, debíamos escoger a una pareja del otro grupo y ponerle una pulsera roja que serviría para dar la bienvenida a un nuevo ciclo y soltar lo que ya no era necesario retener. Cuando Fátima explicó todo esto, sentí que parecía que lo habían organizado todo solo para mí… Y en mi estado de misticismo supremo, cuando empezaron a llegar personas del otro taller, por un momento pensé que se me había ido la olla del todo, porque sentí un olor a rosas recién cortadas otra vez y estaba viendo a la única persona en todo el planeta que jamás hubiese imaginado que podría estar ahí… Cerré los ojos y los volví a abrir, varias veces, pero seguía estando… Entonces, hice lo siguiente que se suele hacer en estos casos: frotarlos. Pero seguía sin desaparecer. Solo me quedaba una opción más: darme un bofetón, pero no hizo falta porque él vino directo hacia mí y me dio tal abrazo que la tierra tembló. El retiro me tenía exhausto, pero por supuesto saqué fuerzas de donde no me quedaban para corresponder ese abrazo como se merecía… Esa unión física materializó todos los aprendizajes de todos los talleres que había hecho ese fin de semana: hermandad, espiritualidad, fraternidad, sensualidad, erotismo, amor y luz, mucha luz…

—Tú y yo ya nos conocemos… —dijo con esa voz de galán de telenovela.

—Así es… —le respondí sabiendo cómo iba a concluir la frase.

—… de otra vida —añadió totalmente seguro de lo que decía; y nos tomamos de las manos y nos fuimos con el resto del grupo. Nos tumbamos cada uno en su esterilla y nos miramos a los ojos sin decir nada mientras las *angels* repartían mantas, colchones y todo lo necesario para empezar a meditar durante dos horas que no quise que terminaran nunca.

44

Rainbow party

JOSEMARI

«Hoy todo va a estar bien, hoy *no* vas a llorar», me dije mirándome en el espejo del baño del maravilloso *resort* con vistas al mar de la Costa del Sol en el que me encontraba. Días atrás, mi partido había arrasado en las elecciones y después de las vacaciones tomaría posesión de mi acta en la Asamblea de Madrid. Así que estaba que no cabía en mí de felicidad, de contento y de realización. No había nada más que le pudiese pedir a la vida. No había absolutamente nada ni nadie que me pudiese arruinar el día.

Acompañé a Beto al retiro porque me pareció una estupenda idea para desconectar, pero ya le avisé una vez llegamos y dejamos las maletas que no tenía intención de participar en ninguna actividad ni en ningún taller; lo único que iba a hacer era desconectar y relajarme. No quería saber absolutamente nada de nadie y menos aún quería saber nada de la secta esa liderada por una chamana que parecía la líder de un partido comunista. ¿De dónde había salido la loca esa de Fátima? Es más, ¿dónde encontraba Beto a este tipo de personas? ¿Hacía *casting*? Yo flipé y dejé claro clarinete que no

pensaba salir de la piscina. Como mucho, iría a cenar fuera y a pasear la noche del sábado y, si podía ser solo, incluso mejor. Así que, en la primera mañana de mi merecido fin de semana de desconexión, lo primero que hice fue ponerme la canción de «Hay que venir al sur» de Raffaella Carrà mientras me arreglaba para bajar a desayunar en el bufet continental con mi uniforme de las vacaciones: un bañador largo, una camisa veraniega de palmeras y piñas, unas gafas de sol, la gorra, la toalla, la crema solar y las lecturas de interés: la prensa y una biografía de un presidente de España de los de antes. Estaba tan feliz que sonreía y saludaba a todo el mundo a mi paso, incluso es posible que diese algún saltito camino de la piscina… ¡Aquello era el paraíso! Qué tranquilidad. Ni niños había esa mañana, así que pude leer en paz mientras disfrutaba de mi segundo coco loco. Hasta que, de repente, alguien gritó:

—¡PEPIMARI! —Y me pegué un susto que para qué… Todo el cóctel de coco loco a tomar vientos, desparramado por encima de la toalla, el libro mojado y la prensa arrugada…

—¡Joder! —exclamé y, cuando levanté la mirada, me encontré con una imagen francamente desagradable. Por un momento, pensé que era alguien que quería dinero y estuve a nada de llamar a seguridad —. ¿Quién es usted?

—Pepimari, que soy yo…

Tenía delante una versión Halloween de Sisi: todo vestido de negro, con los ojos desorbitados, ojerosos, rojos e hinchados y completamente desaliñado e irreconocible. No me explico cómo le dejaron pasar a la piscina. He visto perros callejeros en Marruecos con mejor aspecto que él ese día.

—¿Te ha atropellado un camión?

—Mejor ni preguntes… Quita, déjame un sitio… —Por descontado, le iba a decir que no, pero para qué…, si ya se había apoderado de mi tumbona y de lo que quedaba de mi coco loco.

—¿Es que no había otra persona a la que ir a torturar? —me quejé y dije en voz alta—: ¡¿Ni un solo día de paz merezco?! Dicen que Dios no ahoga, pero, cuando aprieta…, ¡se pasa conmigo!

—No proyectes tus patrones sobre mí y pide dos más de esto, que vamos a brindar por los reencuentros… —ordenó con todo su morro.

Me contó una historia rocambolesca que, por un momento, pensé que se la estaba inventando, porque había muchas cosas que me parecían demasiado exageradas. Pero el estado de nervios y algunas evidencias físicas hicieron que le creyera. Tenía marcas por todo el cuerpo: moratones, arañazos y hasta quemaduras en el culo que Sandro le había hecho apagándole cigarros mientras dormía… Sisi no era santo de mi devoción y hubiese preferido que le ayudara Beto, pero este estaba incomunicado y él tenía un problema serio… Bueno, tenía varios problemas. Era cierto que yo podría ser muchas cosas, pero desalmado no era una de ellas. Así que me armé de paciencia, rompí la promesa que me hice frente al espejo esa mañana y eché una lagrimita por debajo de la gafa, porque me parecía muy injusto que me tocase ese suplicio en mis vacaciones… Pero le ayudé e hice de canguro las siguientes cuarenta y ocho horas. Menos mal que las primeras veinticuatro se las pasó durmiendo y, para la hora de comer, yo ya tenía una habitación para mí solo, ya que Sisi se apoderó de la mía, y estaba de vuelta en la piscina tomando el sol y disfrutando de mis lecturas. Nunca me ha

gustado compartir cuarto con nadie. Volví a verlo en la cena, comió algo y dijo que se volvía a la habitación porque estaba petado.

Debo reconocer que la jornada que compartimos en la Costa del Sol me sirvió para encontrarme con un Sisi que desconocía. Pasamos un día de piscina relajado hablando de cómo nos conocimos y le expresé lo mal que me sentó que me dejara con el pañuelo en la mano para que se limpiase el día que lo conocí en aquel baño. Con su risa traviesa, me dijo: «No hubiese imaginado que eras un romántico». Después, se disculpó por ello y me aseguró que lo nuestro nunca hubiese funcionado «por mucho que tengas un pollón»; y no podía estar más de acuerdo, pero lo más sorprendente de todo es que me felicitó por ser diputado y se lo agradecí, aunque aún faltaba un mes para que se constituyese la Asamblea de Madrid y tomase posesión como diputado. Sisi estaba tranquilo, sereno y hasta escuchaba. Beto me había insistido muchas veces en que estaba convencido de que, si hablábamos, llegaríamos a entendernos. Al final, tuve que darle la razón.

Sisi hablaba con una sinceridad pasmosa, y le confesé que le admiraba por ello, porque yo siempre había sido una persona muy celosa de mi vida privada. Y eso nunca iba a cambiar. Por eso, quedé muy impactado con que me contara tan alegremente que odiaba a sus «progenitores», a los que no llamaba «padres». No los perdonaba que no le hubiesen ayudado; según él: «Lo sabían, porque no hay más ciego que el que no quiere ver…». Y pensé que esa frase podía ser muy interpretable, pero también muy cierta porque en mi caso… ¿Mamá siempre lo supo o no? Sisi terminó su relato narrando cómo se fue de casa con dieciséis años. Tras el entierro de su hermano, sus padres instalaron en el recibidor un

altar con su foto, con flores, diplomas y todo aquello que les recordaba cuánto lo habían querido en vida, lo orgullosos que se habían sentido de él y cuánto lo echaban de menos… ¿Y Sisi? ¿Qué pasaba con él? Él seguía vivo y necesitaba de unos padres que, por lo visto, estuvieron ausentes… Encima, cada vez que llegaba a casa, se encontraba de frente con el retrato de su hermano… Yo entendí que eso alimentara su rabia y su desprecio hacia su propia familia, y también que no pudiese más y decidiese marcharse. Eso sí, antes de hacerlo destrozó el recibidor. Me enseñó una cicatriz que tenía en la mano, una que se había hecho dando un puñetazo al espejo. Quería una marca que le recordara siempre de dónde venía. Para él, que sus padres nunca le preguntaran por qué se fue o por qué lo destrozó todo fue una prueba irrefutable de que tenía razón. Su relato era marginal y muy duro, pero descubrí que teníamos algo en común, algo muy profundo y muy privado que tenía que ver con nuestra infancia. Así que yo también me abrí y le conté durante la cena la peor de mis vergüenzas: también fui un adolescente abusado. Sucedió un verano, en un campamento de *scouts* al que me apuntó mamá para «ayudarme». No me desagradó la experiencia como *scout*, obtuve muchas medallas por mis méritos, pero no quise entrar en detalles de lo que pasó con el director del campamento porque no soy como Sisi y no estaba preparado para abordar esa delicada y controvertida cuestión abiertamente.

—*Oh my god!* Vamos a cambiar el *mood* antes de que terminemos como Thelma y Louise y nos tiremos por un puente con tanto drama… —dijo en femenino después de darme un pañuelo para sonarme los mocos y limpiarme las lágrimas tras contarle muy por encima mi humillante relato de pederastia en los *scouts*. Luego

añadió con esa media sonrisa taimada del que esconde información que no piensa revelar—: ¿Sabes qué? No tenía pensado salir hoy, pero te voy a llevar a un sitio. ¡Nos vamos a una *rainbow party*!

—¿Qué es eso? —le pregunté. Y pedí respeto—: Háblame en masculino, por favor te lo pido.

—Una competición de maricones. ¡Te va a encantar!

—¿Deporte a estas horas? —le dije mirando el reloj. Eran las diez y media de la noche pasadas.

De camino a la *rainbow party*, quise saber cómo llegó hasta la Costa del Sol, porque ese detalle no lo habíamos aclarado. Resultó que, tras saltar por la ventana, recorrer unas calles y subirse al metro sin una dirección clara, desbloqueó el contacto de Beto de su teléfono. Necesitaba pedirle perdón y, como él es así de impulsivo, decidió que tenía que ser *ya*. Tras revisar mensajes y redes sociales, descubrió que estábamos de retiro y también que Beto le había enviado su invitación por mail. Entonces me molesté, porque no entendía por qué tuvo que quitarme mi habitación si él tenía su propia reserva; y se atrevió a decirme: «Disfruto molestándote. Eso no va a cambiar, Pepimari». En fin… Sisi llegó hasta la Costa del Sol haciendo autostop, una absoluta temeridad.

No tenía muy claro que quisiese ir a esa fiesta. La última vez que estuve en una parecida fue en casa de Sisi y las cosas no terminaron bien… Y le advertí que, hacía años, un amigo al que le terminé retirando la palabra me llevó a una fiesta de porno en directo tan *hardcore* que me tuve que ir llorando y hasta vomité. Así que él vería dónde me iba a meter ahora que habíamos conseguido llevarnos bien. Pero, tal y como sospechaba, la *rainbow party* tenía tintes sexuales. Supe de la naturaleza de la fiesta mientras subíamos

al apartamento donde iba a tener lugar, uno turístico de un macroedificio de los años setenta construido en la época del *boom* inmobiliario. Estábamos en el ascensor y, conforme nos íbamos acercando a la puerta del piso al que nos habían invitado, más fuerte se escuchaba esa música que al principio sonaba lejana, pero al final daba la sensación de estar en un festival. Por supuesto, no era de Eurovisión, sino un chunda-chunda detestable.

Una *rainbow (sex) party*, porque Sisi omitió la palabra «sex», empezaba siendo una fiesta normal en una casa privada. Había mucha gente apretada, puede que más de cien personas, y sociabilizabas mientras disfrutabas de una copa. Pero a partir de las doce de la noche empezaba la «competición», y el ganador era el primero en conseguir los seis colores que componían el arcoíris. ¿Cómo se lograba un solo color? Debías descubrir quién lo escondía, porque entre los invitados había seis chicos que dentro de su ropa interior escondían un pintalabios que podía ser de color rojo, naranja, amarillo, verde, azul o morado. Eso sí, la regla principal del juego impedía tocar el paquete de ningún invitado, porque si no sería demasiado fácil. Por lo tanto, la gracia estaba en entablar conversación con todo el mundo y tontear para adivinar quiénes los tenían. Una vez creías haber dado con un pintalabios, tenías que llevar a su portador a una zona reservada y meterle la mano por dentro de los calzoncillos para comprobar si tu intuición era buena o no. En caso afirmativo, le pintabas la punta del pene con la barra de labios, y él te dibujaba una raya en el rostro como prueba de la hazaña. En caso negativo, debías pagar con una prenda. Si no te quedaba ninguna, te tocaba hacer una prueba, la que él te ordenase… El juego me recordó a mi época de *scout*, cuando trataba

de dominar las distintas especialidades (nudos, socorrismo, fuego, campismo…) para obtener una condecoración, así que me pareció sencillo. Pero nada más entrar en el piso me sentí fuera de lugar, igual que un condón tirado en el suelo de un bautizo. Prácticamente todo el mundo iba sin camiseta, en tanga o desnudo directamente. Yo me pregunté: «¿Y cómo van a pagar prenda los que se equivoquen?». Otra cosa que llamó mi atención fue descubrir que la fiesta había empezado el viernes y estábamos a domingo… Y respecto al hecho de que todos llevaban gafas de sol lo atribuí al cansancio, pero fui avispado y no tardé en entender que era porque debían de haber tomado algo. Pero me dio igual. Esas cosas no me interesaban y prefería no saberlas, porque, con lo obsesivo que era en ocasiones, solo me faltaba engancharme y volverme un drogadicto. Finalmente, estaba lo del olor…, un tufo que me dejó muy pero que muy preocupado. Alerté a Sisi:

—Alguien se ha dejado el gas abierto…

—Es *popper*. La casa no va a explotar con eso, no te preocupes… —Se retiró a saludar al anfitrión y se ofreció a traerme una bebida.

—Una agüita con gas, muchas gracias —le respondí y me puse a hacer lo que hacen los buenos políticos: sociabilizar y ganarse al electorado, porque un político que pretende ser sobresaliente siempre está en campaña.

Comencé a hablar con la gente y a fijarme en los paquetes, no por lascivia, sino porque soy competitivo. Siempre me ha gustado ganar y, últimamente, estaba en racha. Así que, si pretendía participar en el juego del arcoíris, antes debía asegurarme de quiénes tenían los pintalabios. Además, consideré que era mi obligación como futuro diputado conocer las distintas realidades que componían el mundo

homosexual y, quizá, de aquella fiesta podía surgir alguna idea para una futura proposición no de ley para la Asamblea de Madrid. Pero la gente allí no estaba por debatir y solo les interesaba zorrear unos con otros. De hecho, no se estaban tomando en serio ni la competición, y cuando iba a utilizar el último tema que me quedaba, Eurovisión, vi salir a un perro de una habitación seguido de un chico con una marca azul y del portador del pintalabios azul. ¡Ya tenía localizado a uno!

—Toma, bebe —me dijo Sisi.

—¡Gracias! —Y le pegué un buen trago, porque estaba seco—: ¿Por qué me sabe tan amarga?

—Porque le echaste picante a la pizza en la cena… ¿Tú qué crees? —me dijo en un tono que no supe descifrar—. ¡Tía, estás superloca! Al final vas a ser hasta divertida…

—Que me hables en masculino. Te lo tengo dicho…

—Que sí, que sí… ¿Te lo estás pasando bien? Porque en un rato te lo vas a pasar mejor… —Pero este último comentario no lo entendí hasta más tarde.

—Ya he localizado dos pintalabios —dije señalando al poseedor del azul y a uno que iba a su lado y que estaba seguro de que tenía el verde—. ¿Tú has visto alguno?

—Claro. —Y me señaló a cinco personas más, entre las cuales estaban los dos que yo ya había visto. La información que me había dado significaba que, si averiguaba quién era el último, podría ganar el juego.

A continuación, todo empezó a ser confuso. Yo estaba centrado en localizar el último pintalabios, pero inexplicablemente me hallaba feliz, muy feliz, extremadamente feliz… Casi diría que como el día

que ganamos las elecciones o como cuando casi ganamos Eurovisión. Era como si en mi cabeza cantasen a la vez Julio, Raffaella y Massiel. No lo entendía, porque solo me había bebido el agua con gas y puede que un par de chupitos, pero me sentía muy borracho de una manera «bien». No como otras veces en las que el alcohol me había sentado mal; estaba muy alegre, muy sociable y muy pizpireta. Abracé a Sisi y le dije que lo quería, pero que lo quería como amigo. Me dio una palmadita en la espalda, me dijo «Vale, vale» y saludó a Dennis, un amigo suyo, uno de esos jovencitos modernos con los que suele relacionarse, que se acercó con un atuendo que no sabría describir. Me sentía tan lleno de dicha que su belleza no me resultó insultante, más bien todo lo contrario, ¡me pareció guapísimo y se lo dije!

—Tu belleza incita a la indecencia… —le aseguré después de besar su mano como había visto alguna vez en las películas de capa y espada que tanto gustaban a mamá.

Normalmente doy la mano, pero me apeteció hacer eso, y él, algo sorprendido por mi galantería de las de antes, reaccionó dándome dos besos… ¡Y qué dos besos! Sentí el roce de sus mejillas como pocas veces había sentido el tacto de la piel… Su vello facial de jovencito casi imberbe acarició mi rostro, y cada uno de sus pelos se me antojó como una mano con sus cinco dedos que acariciase mi cara y me hiciera cosquillas… Tuve que pedirle que lo volviera a hacer, que volviera a rozar su mejilla con la mía… Y esa segunda vez fue todavía mejor. ¡Me dieron hasta calambres! Cerré los ojos y me concentré en tratar de comprender qué había pasado con la química de nuestras mejillas…

—¿Se puede saber qué haces oliéndole el sobaco a Dennis? —me preguntó Sisi.

—No lo sé… —alegué; y era verdad, no lo sabía… Pero ahí estaba, inclinado, levantándole el brazo al jovencito y aspirando su aroma… En esa pose, ¡vi el pintalabios que faltaba! Y dije—: ¡Ahora vengo!

—Pero ¡¿adónde vas?! ¡Pepimari, vuelve aquí! —me dijo Sisi cuando salí disparado. Había localizado a los portadores de *todos* los pintalabios.

Las normas del juego de la *rainbow party* no prohibían llevar a más de una persona a la vez a la habitación. Así que salí como una flecha y reuní a los seis chicos que tenían los pintalabios. Dije que solo jugaría si ganaba, ¡y eso pensaba hacer! Una vez todos reunidos, comprobé que no me había equivocado y, efectivamente, tenía los seis pintalabios en mi poder. Me puse de rodillas alegre, feliz y eufórico para recibir mis seis condecoraciones. Recibí muchos aplausos y eso me hizo muy feliz… Me estaba acostumbrando a ganar. Empezó a entrar más gente y todo el mundo me felicitaba, me vitoreaba y hasta me dieron agua, refrescos y puede que algún chupito. Recibí muy complacido todas esas atenciones y muestras de afecto; me sentía muy satisfecho, porque el mundo gay, por primera vez, me veía como lo que era, ¡un triunfador! Pero, de repente, algo se torció… Supe que algo de lo que me había tomado no me había sentado bien, porque una gota de sudor frío me recorrió la espalda. Me pasó algo parecido una vez que doné sangre y me desmayé… Y me empecé a agobiar porque, poco a poco, iba perdiendo el control de mi cuerpo y una terrible idea empezó a repetirse en bucle y sin parar: «Te han drogado, te han drogado, te han drogado…». Nadie reparó en mi agobio; todo el mundo seguía celebrando que yo

era el ganador de la *rainbow party*, y en ese estado de euforia, confusión y ansiedad vi a Sandro y a mi prima María Escarlata… Esa alucinación hizo que me diese cuenta de que estaba en lo cierto: alguien me había drogado… Y ya no recuerdo nada, solo que al día siguiente desperté en la calle, desnudo y tirado al lado de un contenedor de basura.

45

Hacerse la víctima siempre funciona

Sisi

Mezclar chorri con la keta es igual a colchoneta, de toda la vida. Ambos son depresores, pero además la ketamina es alucinógena. ¿Y qué es lo que tampoco se debe mezclar con estas dos cosas? El alcohol. ¿Por qué? Porque también es un depresor. Tomar chorri, keta y alcohol en la misma noche es anestesia para caballos, *everybody knows that.*

Si llego a saber que la Pepimari la iba a liar de aquella manera, nunca me lo hubiese llevado a la *rainbow party*, pero ¿qué iba a hacer? La verdad es que se portó muy bien conmigo en el hotel y me dio pena con los traumas que se traía con su madre, la religión y la homofobia interiorizada, por eso lo saqué a pasear. Pero una cosa era llevarlo a una fiestecita y otra muy distinta era que me robara todo el protagonismo… ¡Que le estaban haciendo la ola cuando salió de la habitación! La madre que lo parió… ¡Toda la casa aplaudiéndole! ¿Por qué las mojigatas son siempre las peores?

La Pepimari ganó la *rainbow party* y se coronó como la más mamona de la fiesta porque, además, les hizo un *bukake* a todos los

tíos que tenían un pintalabios… ¡Terminó hecho un asco! Cuando lo vi, lo tuve que coger de una oreja y arrastrarlo al baño privado y meterlo debajo de la ducha con agua fría para que se despejara, porque no tenía ni idea de qué se había tomado y consideré poco prudente darle otra cosita de mi bolso para contrarrestar efectos. Pero la muy guarra no se quería venir conmigo… ¡Y hasta me llamó cortarrollos y aburrida! Y no sé qué me pareció más fuerte, que me hablase en femenino o que él me llamase eso a mí… *Anyway*, lo duché como se ducha a un perro por primera vez y, cuando fui a por algo de ropa para vestirlo, desapareció… Y yo venga buscarlo, porque me asusté mucho. Llegué a pensar que se podría haber tirado por la ventana tratando de imitarme o creyéndose una ardilla voladora. Yo seré muchas cosas, pero un homicida imprudente no es una de ellas. Después de asegurarme de que no estaba en la casa ni en el puto edificio de quince plantas con más de quinientos apartamentos, fui a buscarlo por los alrededores hasta que Oriol me envió un mensaje para comunicarme que, por fin, había aparecido. Yo creo que ahí debían de ser entre las ocho y las diez de la mañana. En esas, reapareció Beto de su retiro espiritual y me llamó asustado porque vio mis cuatrocientas mil novecientas dieciocho llamadas perdidas. Le dije que viniera rápido al *hall* del *resort*.

Nada más llegar, empezó a contarme un rollo de sexualidad sagrada… De verdad, no entendía cómo era posible que Beto pudiese flipar de esa manera sin drogas, pero lo dejé hablar y, al mirarlo, comprendí cuánto lo quería y cuánto lo había echado de menos… Puse la mente en piloto automático para hacer ver que le escuchaba, pero en verdad estaba recordando momentos muy oscuros de los últimos meses en mi habitación, momentos en los

que llegué a pensar que no lo volvería a ver… Porque, durante mi relación con Sandro, creí que no merecía la pena seguir adelante… Y qué vergüenza me dio haber tenido esos pensamientos mientras miraba a Beto contándome esas tonterías suyas que tanto me hacían sonreír… Durante demasiados días, mis ojos solo habían visto a un novio camello, prostituto y drogadicto que tenía una madre que era igual. Y con esa única visión del mundo me metí en una rueda de hámster de la que era imposible salir si no pedía ayuda… Olvidé que tenía muchos motivos para seguir viviendo, olvidé que Beto era uno de ellos… Él es una de las personas más inocentes que conozco. A veces, hasta me parece tonto… ¡Pero cómo quería a ese tonto! Y pensar que casi le doy el disgusto de su vida tirándome por la ventana… Entonces, la muy pava vio que se me empañaron los ojos, se puso a llorar antes que yo y me abrazó; y al final me hizo llorar a mí también, que nunca lloro… ¡Maldita sea! Y me dijo que me había echado de menos y le respondí: «Pues yo a ti no», pero sabía que mentía y le pedí perdón por lo mal que me había portado con él, con Àlex, con Prada e incluso con la Pepimari.

—¡Hostia, la Pepimari! —exclamé.

—¿Qué ha pasado?

La versión que le di a Beto fue un poco descafeinada, más o menos; le dije que la noche anterior José María mezcló vino con cerveza y chupitos y terminó haciendo *body painting*, pero ese no era el problema. Lo realmente preocupante fue que después desapareció y llevaba buscándolo toda la noche sin suerte hasta hacía cinco minutos, que recibí un mensaje en el que se me informaba de que Azul, el tío que llevaba el pintalabios de ese color, lo había encontrado durmiendo la mona al lado de un contenedor de

basura a un par de calles del *resort*. Estaba desnudo y con insultos pintados con rotulador permanente por todo el cuerpo. Debíamos ir a recogerlo con una muda de ropa antes de que lo detuviera la policía por escándalo público. *Well*, hubiese sido la bomba y un castigo divino para él y para su partido que lo detuvieran por ese motivo, pero lo evitamos.

Paralelamente, recibí un mensaje de Sandro; por lo visto, me había seguido hasta la Costa del Sol. En otro de sus ataques de celos, me dijo que tenían en su poder unas fotos muy comprometedoras de mi nuevo novio y que el diputado iba a pagar todo el daño que yo le había hecho a él, porque según él yo lo había utilizado, lo había engañado y me había intentado aprovechar de él y de su madre. *Anyway*, como es corto de mente y yo estaba sobrio, solo tuve que mentir un par de veces para descubrir por qué hablaba en plural. Sandro no vino solo, sino que estaba acompañado por la prima de José María, la pirada que nos espió y nos grabó en la cantina la noche de la presentación del *single*. María Escarlata resultó ser la famosa socia capitalista del segundo trabajo como *dealer* de Sandro. Ella llevaba meses espiando a su primo tratando de encontrar algo con lo que poder hundirlo políticamente por temas familiares que me daban igual y, por fin, creyó haberlo encontrado. Pero la muy payasa no contaba con una cosa: yo le iba a salvar el culo a la Pepimari, porque nos habíamos hecho amigues gracias a un par de coco locos. Por lo tanto, con esa marifacha solo me podía meter yo.

—Voy a poner mi cargo a disposición de mi partido… —anunció José María mientras dejábamos atrás la Costa del Sol. Tenía la mirada completamente perdida en el paisaje y se le veía más abatido

por el posible escándalo que por el bajón químico. No quería nada, ni una Coca-Cola ni unas chucherías que nos ofreció la azafata del tren. Tampoco quiso ir a la comisaría de Policía antes de embarcar rumbo a Madrid. Tenía otras preocupaciones y su actitud era equivalente a la aceptación del fin del mundo. Terminó por anunciar —: Me ha llamado la vice… Esto ha trascendido a la prensa nacional…

—¿Y qué dice la prensa? —preguntó Beto.

—Ni la he mirado… —respondió evitando confrontar los problemas. Así que ya me encargué yo de echar un vistazo rápido. Se insinuaba lo de siempre: escándalo porque un diputado se había ido de fiesta y se le había ido de las manos.

—¿Y la madre de Prada? —volvió a preguntar.

—Quiere saber qué tengo pensado alegar, porque tiene a su jefe de prensa echando humo y a quince periodistas esperando saber si me apoya, dimito o me expulsa… —Y se puso a lloriquear para no variar, pero esta vez hasta dando un poco de lástima. Algo que me dio una idea…

—¿Y qué quieres hacer?

—¡Ya te lo he dicho! —respondió irritado y dramático como es él —: Voy a poner mi cargo a disposición… —Y no terminó la frase porque ya estaba otra vez con la llorera.

—¡Hijo, qué exagerado eres! Hay que darle a las cosas la importancia que tienen, ni más ni menos. Esto es solo una pequeña crisis reputacional. Relativiza un poco… Estabas desnudo y drogado en la calle. Solo tenemos que limpiar tu imagen, no salvar una vida en una operación a corazón abierto… —Y dejó de hipar y levantó la cabeza como el perro de Prada cuando sabía que había croquetas.

—¿Qué propones?

—¿Confías en mí?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre hay opciones… —dije sintiéndome orgullose de mí misme porque, por primera vez en mucho tiempo, iba a poder hacer algo bueno por alguien, algo que resultaba reconfortante y siempre era más fácil que hacerlo por uno mismo—. Escúchame bien, Pepi: yo nunca, absolutamente jamás, te he ayudado con esto, ¿estamos?

—Sí —respondió asintiendo con la cabeza.

—Te voy a ayudar por dos razones: porque aquí la única villana de esta historia soy yo y porque no quiero que esos dos se salgan con la suya. Eso sí, a partir de ahora, me dirigiré a ti en femenino cuando quiera y tú no rechistarás.

—Pero…

—¡Tsch! Ni peros ni manzanas… ¿Aceptas, querida? —Y me sentí igual que la bruja de *La sirenita* cuando lo dije. Además, le metí una carcajada maligna al final que quedó superbién.

—Solo si lo que sea que estás tramando sale bien… —se atrevió a regatearme.

—Tú relájate y déjame a mí hacer mi magia…

—Pero ¿qué vamos a hacer? —se impacientó Beto.

—Algo que siempre funciona en este país: hacerse la víctima.

En las tres horas que teníamos por delante hasta llegar a Madrid, preparé el guion de un vídeo que se haría viral y reforzaría la imagen pública de José María del mismo modo que otras crisis habían reforzado la de doña Iluminación. Era sencillo, la Pepimari solo debía explicar qué había sucedido siguiendo dos indicaciones: uno, no negar nada y declararse culpable para neutralizar cualquier

acusación pública de Sandro o la prima, y, dos, dar mucha pena para ganarse el favor de la gente y dejar a los otros dos como lo que eran, unos cerdos asquerosos y unos extorsionadores. Eso serviría además para forzar el apoyo público de su partido.

Empezó presentándose, explicando quién era y después pidió perdón a todas las personas del colectivo que hubiese podido ofender con sus declaraciones. Se justificó diciendo que él sufría mucho porque nunca antes había podido decir abiertamente que le gustaban los hombres por cuestiones familiares y políticas. Esta situación, le terminó llevando a contratar a trabajadores sexuales para experimentar desde el anonimato, porque hacerlo de otro modo, además de vergüenza y culpa, le provocaba un estrés tremendo por el cual se estaba quedando calvo (me costó convencerlo, pero al final metimos lo de su alopecia en el relato porque eso lo humanizaba más). Total, la Pepimari terminó confesando que, efectivamente, el fin de semana pasado había salido de fiesta y allí se encontró con un *escort* que había contratado otras veces, quien lo drogó, lo grabó y lo humilló para extorsionarlo después. Se quería aprovechar de su situación de vulnerabilidad motivada por la homofobia interiorizada para chantajearlo con la ayuda de personas de su propio partido. Después de esto, añadió que estaba cansado de callar, por eso, admitía los hechos que eran: le gustaban los hombres y no pensaba esconderse ni callar nunca más por ello. Asimismo, anunció que ponía su cargo a disposición de la vicesecretaria de organización y que quedaba a la espera de saber si su partido lo apoyaba y tomaba las medidas correspondientes contra quienes habían ideado toda esa persecución. O si, por el

contrario, volvían a condenarlo y, con ello, dejaban a la violencia y la homofobia campar a sus anchas.

Quise utilizar uno de mis perfiles falsos para terminar de joder a la prima e inventarme que era un ex que la dejó por loca, manipuladora y agresiva, pero no hizo falta porque abrimos una línea de aludidos indirectos y apareció un tal Guillermo, amigo de la infancia de ambos, que fue acosado de verdad por ella, con lo cual no me tuve que inventar nada al final.

—¡Chicos! —nos interrumpió Beto. Estábamos encerrados en el baño de minusválidos en el ensayo final del vídeo—. Vamos a tener que ir al hospital. ¡Prada acaba de dar a luz!

—¡Estupendo! Ese es justo el escenario que necesitamos para grabar el vídeo…

46

Conversaciones con una verga

Àlex

El chamaquito decidió hacer acto de presencia el día que todas las comadres de esta historia nos volvimos a encontrar en el hospital. Beto, Sisi y el licenciado llegaron como mariachis joteras haciendo mucho ruido y mucho choucito. Yo estaba en un box recuperándome de un desmayo cuando Sisi me reanimó lanzándome unas gotas de agua desde la distancia (hizo bien, porque de haber estado cerca la hubiese agarrado del chongo). Me solicitó la camilla en la que me encontraba *just a moment*, porque debía filmar un vídeo con el licenciado. Se había robado una bata de enfermo y se la puso a José María para la tarea. No hice preguntas, los dejé haciendo sus pendejadas y fui en busca de una enfermera para averiguar dónde andaba Pra y mi varoncito, porque apenas lo había visto dos segundos antes de mi desvanecimiento.

Antes de encontrarme en el hospital, Pra me llamó anunciando: «Te juro que esta vez es de verdad: ¡el okupa viene ya!». En ese momento, yo andaba con la Petrita brindando con un tequila rosa que tenía escondido por su casa contándole que ya había iniciado el

viaje y muchas curiosidades acerca de las conversaciones que se mantenían en los camerinos de las *drag queens*, porque son como las cocinas de las casas, en donde siempre se han tenido las mejores pláticas. Muy seguido, una pregunta que se repetía era: «¿Y las chichis pa cuándo?». Esa pregunta, que ni siquiera era para mí, me ruborizaba de una manera… Una vez hasta llegué a tocarme las mías cuando surgió el tema, pero rápidamente pasé a la siguiente cuestión, porque cuando la mente no está preparada para algo, simplemente, lo omite. ¿Lo había pensado en alguna ocasión? Sí, por supuesto, no lo iba a negar. Pero el ser humano piensa demasiado. Tenemos una media de sesenta mil pensamientos al día y no se puede estar a todo. ¿Alguna vez había pensado en matar a alguien? Sí. ¿Iba por las calles con un rifle? No todo el tiempo.

Recibir el camisón rosa de manos de mi abuelita me hizo comprender que iba a cambiar el molde. Ese camisón fue la pieza del puzle que siempre me había faltado. Ahí estaban todas mis respuestas; entendí por qué razón rechacé el puesto de inspector de la Hacienda Pública después de tantos años de esfuerzo para conseguirlo; entendí que no me fui de casa huyendo de mi mamá, sino de un trabajo de «señor» que no iba conmigo; comprendí el motivo por el que cerré la puerta a la posibilidad de enamorarme y también por qué nunca le había agarrado la onda al sexo. Todas esas imágenes sueltas y recuerdos que eran mi vida se fueron ordenando solos hasta completar el rompecabezas. Hubo muchos momentos en los que sentí que no era lo bastante inteligente y que no terminaba de comprender lo más básico; por más que leyese libros y ensayos, por más que investigase y por más que tratase de entender por mi propia cuenta, había algo que no tenía sentido…

Algo faltaba, y se sentía como una función sin show final. En cualquier momento, el público podía venir a reclamar a la taquilla el dinero de su boleto. Ese camisón empezó a ordenarlo todo, todos los recuerdos de mi infancia, de mi adolescencia y de mi madurez que se habían desconectado de la fuente principal y andaban sueltos por la mente haciendo preguntas incómodas de tanto en tanto. Como un cubo de Rubik, todas esas ideas empezaron a ordenarse solas y a cobrar sentido; y a velocidad turbo, porque andaban apuradas y tenían mucha prisa. Eran frases que alguna comadre me había dicho, imágenes de mujeres que me habían impresionado, la visualización del modesto estuche de maquillaje de mi mamá, unos pendientes de mi abuelita, las mantillas o incluso vergonzosos episodios de mi vida sexual en los que cerré los ojos imaginándome con otro cuerpo… También me vi de chiquita orinando sentada (siempre lo hacía sentada); recordé a mi adolescente evitando los espejos cuando iba encuerada para no toparse con la realidad, y hasta me acordé de que una vez intenté cortarme el pito con unas tenazas porque sentía que aquello no debía estar ahí… Se me apareció la Doña Buchona también, toda vestida de blanco como una diosa del Olimpo, y me guiñó un ojo. No lo dijo, pero pensó lo siguiente: «Culera, siempre lo supiste. Así que, ahorita, póngase pilas». ¿Cuándo se me apareció por primera vez? Quién sabe, ella siempre estuvo allí y ahora me daba su bendición. Finalmente, se me reveló con total nitidez lo que me dijo mi abuelita justo antes de partir de Barcelona: «Cuando sientes que no perteneces a este mundo es porque viniste a crear uno nuevo…». En verdad, ahí fue donde todo empezó. Esa viejita siempre me había estado dando todo lo que necesité: alas para volar. Cuando de chiquito

simplemente quería cantar, ella encendía el pinchadiscos; cuando quise perseguir el sueño de ser artista, ella me ayudó a preparar la bolsa, y ahorita que necesitaba su amor incondicional para hacer lo más difícil de todo, tratar de ser yo misma, ella me lo dispensaba como manantial que no se agota. No había un rumbo fijado, y el camino no se presentaba recto; tampoco se iba a poder dar marcha atrás, en mi mente se había producido un golpe de Estado y nada iba a volver a ser igual… El gran viaje de mi transición había empezado, pero esta vez no iba a estar sola.

Mi voz interior llegó reclamando su espacio, ¡y qué fuerte venía, carajo! Traía una preguntera más extensa que la de Beto cuando empezó a redactar el libro. Por suerte, conocía a mucha gente a la que poder recurrir e intercambié unas palabras con una especialista que me recomendó platicar con mi propio pene. «Eso ayuda a empezar a encontrar respuestas». Aunque suene muy bizarro, puedo asegurar que a mí me vino bien; tuve unas conversaciones muy incómodas con él, pero muy profundas. Al principio, mi pito estaba enojado: «Te la has pasado ignorándome todos estos años…», «Yo siempre he estado cuando me has necesitado…», «Pareciera que te da asco tocarme…». Así de sensible estaba él… Pero yo le dije la verdad: por supuesto que lo ignoré, por supuesto que no le hice caso y, por descontado, quise que desapareciera… En mi infancia hasta le recé a Dios antes de ir a dormir para que al amanecer eso se hubiese caído… Igual que se cae la reina de la noche, la flor del cactus.

Ahora lo pienso y creo que, simplemente, me acostumbré a habitar este cuerpo y no presté atención a la decoración. También es cierto que no le di importancia, porque tenía asuntos más urgentes:

comer, lograr una chamba, ganar mucha plata para asegurar un futuro, contratar un seguro médico, sobrevivir en la calle, tratar de que no me matasen en algunos momentos, buscarme un buen abogado por si un día llegaba a tener un problema con la policía, hacer terapia por todo lo anterior y mantenerme en foco para los escenarios, las redes sociales y los fans. Sí… Hubo demasiadas cosas que atender y, además, a mí siempre me gustó seguir formándome y eso demandaba mucho tiempo. ¿Cómo iba a iniciar el viaje con ese ritmo frenético de mi vida? Además, invertía otro chingo de horas en verme bonita como Buchona, porque como dijo Céline Dion: *When you're beautiful, you perform better*; y eso es bien cierto. Además, conocía perfecto la realidad de mis hermanas y no era nada fácil por muy bonito que lo pinten en Netflix. Bastante tenía con ser *drag queen* y joto, o eso creía.

Quienes también me protegían a toda costa eran Pra y mi abuelita. Me quedé una semana entera en Barcelona después de lo del camisón. Esos días pasaron volando y fueron como un dulce sueño anhelado por mucho tiempo. Los recuerdos de esos momentos pasaron a convertirse en unos de los más felices de mi vida desde hacía muchos años. Me sentía flotar, me sentía como alebrije y como duende al mismo tiempo. Pra pasó uno de esos días con nosotras y después se regresó a Madrid. Aproveché el tiempo para reencontrarme con el barrio, con lugares y hasta con algunos vecinos. La sorpresa fue saber que hasta en Badalona la Doña Buchona tenía fans. Llevé a mi chinita a comer a los mejores lugares, la llené de atenciones, de regalos, entre ellos un tocadiscos nuevo con muchos vinilos, le regalé nuevas mantillas y unos taconcitos medio planos, me la llevé al teatro, a un concierto y hasta

a jugar a un bingo. Algo que siempre le había llamado la curiosidad, pero nunca antes se había atrevido por complejo de pobre. Yo también arrastré ese complejo al principio. Cuando nunca has tenido mucho, la abundancia abruma.

A mi mamá no la llegué a ver, se fue a Sevilla con su hermana, con quien hizo las paces después de años sin hablarse, y se negaba a regresar hasta que yo no me marchase, pero el iceberg que levantó entre ambas se fue derritiendo conforme pasaron los días. Tanto mi tía como mi abuelita, quien le envió una foto de nuestro reencuentro, tuvieron mucho que ver porque, finalmente, cedió a las presiones y me escribió al celular. Menos mal que, cuando lo hizo, yo andaba con la chinita, si no, me hubiera desmayado. La conversación fue fría y breve, pero ese pequeño paso significaba un gran avance para ese viaje tan largo que había emprendido y que, poco a poco, me transformaría como oruga en mariposa.

Hola, Àlex, soy tu madre

Hola, mamá, ¿por qué no nos tomamos un café?

Mi hijo estaba muerto y enterrado, y ahora no conozco de nada a la persona que tengo delante

¿Y te gustaría conocer a esa persona?

Sí, me gustaría…

Ya solo me quedaban dos cosas por hacer en Madrid: aclarar por qué motivo me odiaba Samuel y explicarle a Pra que me había enamorado de ella, pero que no iba a poder amarla porque antes debía amarme a mí misma. Ambas cuestiones se aclararon en el hospital. La primera fue muy sencilla. Antes de que todos fuésemos a ver a Pra, Beto nos preguntó: «Pero ¿vosotros de qué os conocéis?», y Sisi dio una versión completamente distorsionada por su imaginación de putona rebelde. Según él yo era su exnovio; según yo y los hechos objetivos no interpretables, solamente quedamos un par de veces cuando él era un adolescente que se escapaba a Barcelona a pasar el fin de semana y yo me encontraba a punto de terminar mis oposiciones. Creo que quedamos para tomar algo, fuimos al cine y puede que estuviera la noche del karaoke, pero enseguida descubrí que me mintió y que era menor de edad. Sabía que era jovencito, pero su altura me despistó. Puede ser que nos diéramos un par de besitos, pero no pasó nada más. Yo simplemente lo traté con amabilidad y educación, algo que, por lo visto, se le quedó clavado y grabado porque, en aquel momento, estaban abusando de él o lo habían hecho recientemente. Mi cortesía le llegó al alma. No estaba acostumbrado a que lo trataran como una persona en lugar de como un objeto.

—¿Alguna vez me quisiste? —me preguntó cuando expuse mi visión de los hechos.

—Sisi… —empecé a decirle llamándolo por el nombre que él quería y no por el que yo lo recordaba—. La depresión, la ansiedad y el aburrimiento son las grandes enfermedades del siglo XXI. Estamos tan sobreestimulados que no sabemos manejar emociones tan complejas como el dolor. Creo que solo podrás encontrar el sentido de tu existencia si te detienes y comienzas a hacerte preguntas reflexionando de verdad sobre las respuestas… Si no, solo te quedarás atrapado en la superficialidad. Pero, para ello, se necesita tiempo y ayuda profesional.

—Nadie me ha querido nunca… —continuó, instalado en el dolor, en el sufrimiento y en hacerse la víctima, que era a lo que estaba acostumbrado.

—Yo creo que la pregunta es dura y es otra: ¿alguna vez te quisiste tú a ti misme?

Lo desarmé… A Sisi le aterraba sentirse solo y no quería aceptar sus limitaciones. Además, le daba miedo querer a los demás, porque entendía que eso le podría hacer vulnerable. Entendía que el amor, a la larga o a la corta, era sufrimiento.

Por mi experiencia, sabía que la positividad es una actitud que se trabaja y que se entrena, pero también requiere mucho esfuerzo, porque el mundo tiende a ser negativo. Por eso, cuando alguien se encuentra en modo alerta de forma prolongada, cuando alguien lleva demasiado tiempo con pensamientos negativos o depresivos, debe pedir ayuda para salir de ese agujero. Eso traté de transmitirle porque, a veces, no basta con querer tener pensamientos positivos.

A veces necesitamos pedir ayuda. Darte cuenta de eso, en mi caso, me terminaría convirtiendo en una mujer aún más fuerte.

Ese día, Sisi reconoció que era incapaz de activar el optimismo. Los motivos eran muchos, pero se resumían en que había sufrido demasiado y durante demasiado tiempo. Aceptó que tenía problemas y se comprometió a hacer terapia con la Petrita (logramos convencerla para aceptar a otro «último» paciente más). También dijo que checaría su problema de adicciones y nos permitió ayudarle a resolver el pedo del terror que le producía volver a su departamento. Por eso, cuando salimos del hospital, nos acercamos como Escuadrón Suicida dispuestos a enfrentarnos a Sandro y a su mamá, pero no fue necesario. En esa casa solo hizo falta un equipo de limpieza, porque los muy cochinos se marcharon, pero antes dejaron pis y excrementos por todas partes. Algo asqueroso, pero prueba irrefutable de ADN que corroboraría su presencia en ese departamento en la denuncia que más tarde pondría Sisi.

47

Caballo de Troya

PRADA

Todo lo feliz, contenta, guapa, alegre, *happy* y *smiley* que había estado durante el embarazo se me pasó en las últimas semanas. De repente, la idea de parir me daba un miedo que te cagas y le pedí al okupa de mi hijo que no saliera. Había pensado que era mejor idea que se quedara a vivir ahí dentro… Mi entorno intentaba tranquilizarme y me explicaba el procedimiento «seguro y moderno» basado en chutarte oxitocina en vena para inducir el parto cuando a mí o al doctor nos viniese bien. Pero yo no me relajaba; estaba cagada y en las dos semanas previas no paré de ir al médico cada dos por tres, a cada pequeña molestia y por cualquier tontería. Llamaba corriendo a Àlex o a Beto pensando que se me había adelantado el parto y que, por supuesto, iba a morir. La primera vez que nos presentamos en Urgencias durante la cuenta atrás resulta que solo tenía flato. La siguiente fueron gases. También recuerdo ir por un pinzamiento del nervio ciático que me tenía alarmada por si eso me impedía empujar y se me quedaba el niño atravesado… Pero la peor de todas fue cuando creí haber roto aguas y resulta que solo

me había corrido… «Pradera, estás cachonda», me aseguró Gabriel, el doctor (un gay superultramegaguapo que me subía las pulsaciones aún más cada vez que me exploraba). Le tuve que confesar que me había dado por leer novelita erótica, porque era lo único que me relajaba… Pero, por lo visto, esas lecturas activaban la oxitocina de forma natural y por eso experimenté alguna contracción falsa.

Mi cuerpo se estaba preparando. Notaba cómo el okupa se iba colocando para coger pista, y lo peor de todo no era parir. Había un segundo miedo que era mucho más intenso que el dolor físico. Me refiero al miedo de que la etiqueta «madre» me quedase demasiado grande. Cuanto más se acercaba la hora, más acojonada estaba y, en parte, no quería que mi hijo naciera. ¿Y si mi madre tenía razón? ¿Y si no estaba preparada? ¿Y si no era capaz de dar a luz? ¿Y si salía mal? ¿Y si el niño se ahorcaba con el cordón umbilical? ¿Y si después experimentaba una depresión posparto y lo quería devolver? Me daba pavor y llegué a creer que no estaba preparada, pero que no lo estaba de verdad, y todas las noches le decía a mi ombligo: «Quédate ahí, quédate ahí, quédate ahí…». Era contradictorio, lo sé. A ratos me sentía como una puta egoísta de mierda que solo quería ser madre por capricho y, al mismo tiempo, me moría de ganas por conocerlo. Estaba hecha un lío y un mar de dudas.

A todo esto, tenía a mi madre muy presente, pero le había prohibido venir a verme. Me ponía muy nerviosa y solo hacía que me sintiera más y más culpable, algo que como primeriza me venía fatal. Durante mi embarazo, muchas personas me acusaron de haberme inseminado por un arrebato, por rebeldía, por llevarle la

contraria o por joderla y no porque en verdad quisiera ser madre, cuando yo siempre había soñado con ello. De hecho, retrasé el momento porque encadené algunas relaciones y esperé pensando que quizá ese podría ser el indicado. Aguanté y aguanté hasta que me cansé y me dije a mí misma: «¡A tomar por el culo la imagen de la familia tradicional!». ¿Me hubiese gustado que el padre fuese Félix João y haber estado pariendo con mi maridito cogidos de la mano mientras le decía que le odiaba y que le quería al mismo tiempo? Pues, mira, sí, pero no, porque tenía a mucha gente que me quería a mi lado. En parte, me aventuré a ser madre gracias a mi padre. Sentía que tenía al mejor padre del mundo; él siempre me había dado todo el amor, la confianza y la seguridad que una hija podría necesitar y que una madre requería para sentirse fuerte. Sin embargo, con mi madre tenía una relación de mierda. Siempre pensé que estaba celosa y me odiaba porque cuando nací acaparé todo el interés y toda la atención de mi padre, pero algo cambió dentro de mí con el embarazo y el parto y empecé a ver las cosas de otra manera respecto a ella. Me refiero a que algo cambió metafóricamente, porque físicamente todo cambia cuando estás embarazada. No hay más que poner en Google: «Cómo se mueven los órganos internos de una mujer durante el embarazo». El okupa, además de mis entrañas, revolvió mis sentimientos, y las palabras de Àlex acerca de cómo habían querido a mi madre me estuvieron persiguiendo desde el viaje a CDMX. De hecho, cuando me puse de parto estaba pensando en mi madre y en lo mucho que me dolía su ausencia… Durante todo el proceso, Àlex me acompañó, supo tranquilizarme y disipó mis miedos. Me ayudó a entender que ser

madre soltera no significaba estar sola, y eso fue algo que nos unió para siempre.

Parir es muy doloroso y agotador y largo… Mil veces pensé que estaba dilatadísima, pero, cuando me levantaba la falda y le pedía a Àlex que mirara (porque yo estaba convencida de que el niño se iba a caer en cualquier momento), me decía que no, que aún faltaba «un chingo». ¡Pero al final salió! Y, con ello, ¡quedaba menos para disfrutar de mi botella de vino! Jamás había estado tanto tiempo sin beber vino y yo, entre otras muchas cosas, me considero casi enóloga. Eso sí, terminé exhausta, aunque me recuperé rápido gracias a que no hizo falta cesárea. En un par de horas me pude poner de pie, pero eso fue asquerosísimo, debo decir… Los enfermeros te avisan y te dicen que no te asustes cuando te llevan al baño… Pero, por mucho que te avisen, cuando tu cuerpo empieza a expulsar todo lo que ya no necesita… Qué quieres que te diga… Yo creo que saqué veinticinco litros de cosas que ya no necesitaba mezcladas con mucha sangre. Me puse a mirar al techo y les pedí a los enfermeros que me pusieran a Bon Jovi a todo trapo, porque, si miraba, me iba a desmayar. Pero no lo hice. Quien se desmayó fue Àlex después de cortar el cordón umbilical; le invité a que lo hiciera, pero no fue una buena idea. No sé si lo hizo porque le hacía ilusión o por no hacerme un feo, pero los médicos sujetaron el cordón con dos pinzas, le dieron unas tijeras de charcutería y, en cuanto lo cortó, se desplomó. Se lo tuvieron que llevar a un box un rato hasta que recuperó el sentido. Yo en su lugar no lo hubiese hecho, la verdad. Quiero mucho a mis amigas, pero a mí que no me pidan ver sangre… En todo caso, tuvieron que pasar unas horas hasta que pude presentarle a mi hijo, León Alejandro. ¡Pero tranquilidad! No lo

íbamos a llamar así, que yo no soy mexicana. Su nombre de pila fue Leo.

—¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? —pregunté extrañada cuando abrí los ojos. Estaba viendo muchos globos, flores, regalos, pero también a Beto, a José María y hasta al desaparecido de Sisi.

—¡¡¡Felicidades!!! —empezaron a aplaudir, celebrar y chillar muy fuerte y muy emocionados como gais que, básicamente, era lo que eran.

—¿Tienes hambre? ¿Te traemos algo? —me preguntó Beto cuando terminaron de contarme todo.

—Claro que tengo hambre. Es más, ¡estoy muerta de hambre! —Ya lo podrían haber pensado antes, porque se necesitó más de una hora para contarme lo del retiro, la fiesta de los colores, Oshun, el intento de chantaje de Sandro y María Escarlata, el vídeo que acababa de publicar José María…

A José María le recordé lo que siempre le había dicho: «La novia cadáver (o sea, su prima) no es trigo limpio». A Beto le aseguré que las conclusiones a las que había llegado en el retiro respecto a Manuel Petulante se las hubiese dicho yo una tarde cualquiera tomando un par de cañas y sin tanto rollo místico. Y a Sisi lo miré a los ojos y le advertí con el dedo índice en alto: «Nunca más». Por supuesto, los obligué a prometerme, tanto a él como a José María, que en cuanto salieran del hospital irían a la policía a denunciar los hechos; y a José María, después de ver el vídeo que acababa de subir coronándose como la víctima de España, le mandé a hacerse un análisis de toxicología. Algo que Sisi apoyó: «¡Es verdad! Un informe siempre da credibilidad». Acto seguido se fue a buscar a la

enfermera para lo del análisis y para pedir algo de comer para mí. A los dos minutos estaba de vuelta.

—Nena, aquí solo tienen sopa y yogur natural —me informó.

—¡¿Sopa?! ¿Qué soy ahora?, ¿vegana? Que alguien me traiga un entrecot al roquefort, ¡por favor! —Se rieron y se fueron dejándome sola con Àlex.

—Pra, hay algo que hace tiempo vengo queriendo decirte… —empezó. Teníamos una conversación pendiente, y yo no sabía cómo sacar el tema sin liarla, pero ese momento me pareció el mejor, porque estaba tan en paz y tan relajada que hasta permanecí callada mientras me decía todo lo que me tenía que decir—. ¿Recuerdas el día en Barcelona que se apareció mi abuelita de sorpresa?

—Claro que lo recuerdo. Lo organicé yo misma…

Àlex me explicó cómo de especial fue aquella noche de reencuentro con la señora Carmen, comparable a pegarte una buena fiesta con viejas amigas siendo damas de honor en una boda tras años sin veros. La señora era divertidísima y, además, tenía una fuerza… A mí me dio unas palmadas en la espalda que casi me disloca un hombro. Encontrarla fue muy fácil. No había publicación en la *fanpage* de la Doña Buchona en Facebook que ella no hubiese comentado, así que le escribí y entre las dos montamos la encerrona en los búnkeres del Carmel. Después supe por Àlex que esa noche que pasaron juntas cambiaron las tornas: fue Àlex quien peinó y maquilló a su abuelita y no al revés, como en su infancia. Me enseñó una foto de cómo la dejó y estaba guapísima. No le hizo el típico maquillaje de señora mayor guapa, sino que le dibujó cosas étnicas de algo que tenía que ver con «reencontrarse con sus guías

espirituales». A mí me pareció un maquillaje del Orgullo, pero según Àlex era un «colibrí-alebrije». Además de eso, tomaron un poco de vino, cenaron, pusieron música y cantaron juntas para darle la bienvenida a la nueva Àlex, la que iba a estrenar el camisón rosa. Pasaron una de las noches más mágicas y más maravillosas de sus vidas. Por primera vez, la señora Carmen vio a la mujer que Àlex siempre había sido, y Àlex vio a una mujer fuerte que desafió a una sociedad machista para ser libre. Se reconocieron, se mostraron respeto la una a la otra y celebraron esa oportunidad que la vida les había dado de compartir y reencontrarse. En ningún momento Àlex me dijo: «Praderita, ahorita soy una mujerona, güey». Eso es un topicazo. No hizo falta, y yo hacía semanas que lo había dado por sentado.

—¡Qué susto! Pensaba que me ibas a decir que estabas enamorada de mí y casi me colapsa el cerebro… —me burlé cuando terminó de hablar, porque ese era *el* tema del que no habíamos hablado todavía. Aunque era más que evidente; la una se enamoró de la otra y la otra se había enamorado del uno…, ¿o de la otra?

—Sabes que eres una pendeja, ¿verdad?

—Sí, lo sé… Desde la noche que dormimos juntas, me he rallado bastante con el tema… No sabía si me había enamorado de un tío, de una tía, de una travesti o si eran las hormonas del embarazo que me traían loca.

—Yo supe desde el primer momento de quién me enamoré… —aseguró mirándome con esos ojos que no miran, atraviesan—. Pero para mí el pedo no estaba en el quién, sino en el por qué. No sabía si fue porque me impresionaste o porque vi en ti el reflejo de la mujer que me gustaría llegar a ser.

—La verdad es que me hubiese encantado enamorarme de ti, Àlex… Hubiésemos hecho muy buena pareja, pero, aunque no vayamos a ser novias ni amantes, eso no cambiará el hecho de que te quiero y no te pienso dejar marchar nunca de mi vida. —Y tiré de su camisa y la atraje hacia mí para darle un beso en los labios, porque, obvio, yo quería mi beso de despedida antes de que Àlex se convirtiese en un megapibonazo. Esta vez no le metí la lengua.

—Y a mí también me hubiese gustado, amiga… Pero el amor se transforma y, sea como sea, es correcto en todas sus formas. Además, ahorita ambas tenemos otras cosas más urgentes que atender. Tú ya eres toda una mamazota, y yo debo descubrir poco a poco a la mujer que siempre fui.

—Vas a ser una tía de puta madre. Bueno, ya lo eres, pero en tía… Bueno, es igual. Tú ya me entiendes… —le aseguré y, de repente, hubo una cosa que me preocupó—. Oye, ¿y cómo te vas a llamar?

—Soy y seguiré siendo Àlex.

—¿Y qué va a pasar con la Buchona?

—La Buchona se va a tomar unas largas y merecidas vacaciones…

—¿No te da miedo tener que volver a empezar después?

—Este oficio es siempre así. Siempre nos la pasamos empezando de nuevo, reinventándonos una y otra vez… Y está bien, es como la vida misma. ¿Sabes qué es lo único constante en el universo? El cambio. Las cosas cambian a cada rato y se transforman, igual que el agua se congela, se evapora y después cae en forma de lluvia sobre las semillas que se convierten en árboles para volver a ser semillas. Es un ciclo que no tiene fin, igual que el amor. Y ya no tengo miedo…, porque ahora los tengo a ustedes: a mi abuelita, una

nueva oportunidad de volver a conocer a mi mamá, a Betito y a ti… Me siento más renovada y más capaz que nunca.

—¿Y dónde te vas a quedar?

—En tu departamento, por supuesto. Alguien tendrá que cuidar de la mamacita y los chamaquitos —dijo haciendo referencia a Leo y a Beto.

—¡Estupendo! Porque el otro día me encontré unos picardías por casa que cuando te pongas las tetas… ¡Te van a quedar que flipas!

—Bueno, bueno… Lo de las chichis nos lo vamos a tomar con calma, que aún no he decidido ni cuándo voy a empezar a tomar hormonas…

Y me contó un montón de cosas que hacían las mujeres trans que yo desconocía (hormonas, endocrinos, médicos, abogados, burocracia…). Y pensé: «¿De verdad le merece la pena todo esto ahora?», porque me pareció que cambiar de sexo daba más trabajo que organizar una boda, y puedo asegurar que eso es una de las cosas que más trabajo da en este mundo. Pero yo la iba a apoyar y a ayudar en lo que hiciera falta.

—¡Como una reina te voy a tener!

—Pra, ¿recuerdas que cuando regresé de Barcelona te dije que la venganza se sirve en plato frío?

El corazón me dio un vuelco cuando supe que mi madre estaba en el hospital. Sentía la necesidad de verla y de hablar con ella; y quería matar a Àlex por darle el capricho a mis deseos, porque una cosa era lo que yo quería y otra muy distinta era que me sintiera preparada para ello. Me sentía más vulnerable que nunca: tumbada en la camilla del hospital, recién parida, agotada y un poco irascible también, porque hacía un rato que se habían llevado al niño y ya me

estaba empezando a preocupar. ¿Y si me lo habían robado? En España se robaron más de trescientos mil bebés desde 1940 hasta 1990, que eso también lo busqué… Se me hizo un nudo en la garganta y me acordé de una frase que mi madre repetía mucho: «Quien bien te quiera, te hará llorar». Y empecé a hiperventilar y me acordé también de la famosa pregunta de Àlex: ¿cómo había querido yo a mi madre? ¿Cuánto la habría hecho llorar? Porque seguro que la hice llorar… Era imposible que nuestra mala relación no la hubiese afectado… Acababa de culminar el proceso físico de ser madre y, ahora más que nunca, entendía que era imposible que no me quisiera; llevar a un ser humano en tu interior durante nueve meses genera un vínculo que es imposible de romper. ¿Por qué no habíamos sido capaces de entendernos? Mi madre no me odiaba. Estaba convencida. La gestación, el parto y la maternidad eran un vínculo demasiado fuerte…, tanto que sería capaz de disolver hasta el orgullo entre nosotras… Tuve que aceptar las cosas tal y como eran; en el fondo yo seguía siendo esa niña que echaba de menos un beso de buenas noches de su madre.

—Respira… Poco a poco… Respira por la boca… Eso es… —Àlex me puso las manos en las mejillas y respiró profundamente conmigo para que la imitase y, con ello, serenarme. Cuando me calmé, le dije que hiciese entrar a doña Iluminación… Pero se demoró un poco más. Antes pasó María Servanda. Necesitaba hablar conmigo con premura. Traía cara de funeral e imaginé que sería por el disgusto de la fuga de la delincuente de su sobrina, pero no, de quien necesitaba hablar era de su hijo. Como de costumbre, venía vestida de luto, con su mantilla, un moño y sus rosarios. Me trajo un niño Jesús para el bebé y unas violetas escarchadas para mí.

—Siéntese, señora —la invité.

—Muchas gracias, María Pradera. Eres muy amable, pero no puedo. Le he hecho una promesa a la Virgen de la Macarena para que atienda mis plegarias, porque ella siempre nos ilumina con su esperanza, pero a cambio no puedo sentarme en un año entero, por la promesa. Esa será mi penitencia para que… —Y se echó a llorar.

—Bueno… Pues no se siente, pero lo que sí que le pido es que no me llame María Pradera. Soy Prada. ¿Sus promesas le permiten tutearme o eso tampoco?

—Claro, claro, María Pradera… Digo, Prada… —Y se dio un golpe en la espalda con un cíngulo, que era una especie de cinturón hecho con cuerdas que llevaban los penitentes. Pero ella lo había convertido en látigo con el que azotarse y sufrir cuando consideraba que se lo merecía. En este caso, por no haberme tuteado.

—Usted dirá… —dije perpleja ante su pasión.

—Yo… Verás… No tengo mucha experiencia en estas cosas… Yo… Tan solo intento ser una buena cristiana y una buena madre… Pero, a veces, siento que nado a contracorriente porque no termino de entender el final de este milenio… Las cosas se tuercen y, por más que me esfuerce, no logro enderezarlas… Me pasa también con las orquídeas… Les pongo tutores, pero se tuercen… Y estos días han sido tan difíciles… ¡Qué digo estos días! Estos meses… Se han dicho tantas cosas de mi familia, de mi sobrina y de mi hijo… Y, en el fondo, yo sé por qué. Sé perfectamente dónde está el problema y cuál fue el error… Cuál fue el impío momento en el que dejé entrar al demonio dentro… Es que… Yo… Verás… ¡La culpa fue mía! Sabes a qué me refiero, ¿verdad? —Y se echó a llorar. Así que le di una botellita de agua que tenía a mano y un par de pañuelos.

—Pues no, la verdad… —No sabía si quería hablar acerca de la homosexualidad de su hijo, algo que era de titularidad pública, de la polémica del desnudo o de María Escarlata.

—Cuando Pepito tuvo lombrices, yo pequé… Pradera, ¡SOY UNA PECADORA! —Y se pegó dos veces con el cinturón, una por pecadora y otra por llamarme Pradera otra vez. Le pedí que parase porque al final me iba a dar a mí.

—¿Y qué hizo?

—Lo que me ordenó el doctor: le administré supositorios durante diez días, pero hice algo más… Quise asegurarme de que mi hijo se curara y le administré otra cosa: además de los supositorios, le hice lavativas con agua tibia y aceite de romero, un litro al día durante diez días. ¡Le administré diez litros de agua por donde afloran todos los males, y seguro que fue así como se le metió el diablo dentro! ¡Soy la culpable! ¡EL PECADO ES MÍO! ¡El fuego de Sodoma me abrasará en el infierno!

Dicen que para que el mal triunfe solo hace falta que los buenos no hagamos nada. Por eso, yo siempre he sido más de pensar que, si no puedes con tu enemigo, únete a él y reviéntalo desde dentro, como el caballo de Troya. Nunca he sido de ir a manifestaciones, pero tampoco me he dado por satisfecha si escuchaba barbaridades a mi alrededor. Así que eso fue lo que hice ese día con la madre de mi amigo: me armé de paciencia, porque eso iba para largo… Y, poco a poco y sin que se diera cuenta, hice que terminara aceptando las cosas y, con ello, que le explotase la cabeza de paso. Yo no sería una psicóloga ni una *coach*, pero era muy persuasiva y era amiga de su hijo de toda la vida. Servanda sabía que quería y apreciaba a su hijo, y hablar conmigo fue el único modo de lograr que empezara a

empatizar y, con ello, a entrar en razón. Pero me llevó más rato del que esperaba… ¿Por qué le costó tanto aceptar las cosas, dejarme tranquila e irse a hacer las paces con su hijo de una maldita vez? ¡Qué pesadez! Puedo asegurar que esa conversación con María Servanda ha sido el mayor favor que le he hecho en esta vida a José María.

—Entonces… ¿mi hijo nunca ha experimentado sentimientos hacia las mujeres?

—Él ha dicho que sí en alguna ocasión, pero ya le aseguro yo que no…

—¿Y cómo estás tan segura?

—Del mismo modo que usted lo está de la existencia de Dios.

—¿Y dices que todos mis esfuerzos por curarlo han sido en vano?

—Lamento decirle que no hay nada que curar… —Y la hice llorar y le di más pañuelos.

—Entonces… ¿le he hecho sufrir? ¿He sido una mala madre?

—El bien y el mal son relativos. Usted ha hecho lo que ha considerado mejor sin tener en cuenta los sentimientos de su propio hijo…

—Pero…, pero… —Le temblaba el labio y seguía sollozando y repitió un proverbio—: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece, mas el que lo ama, desde temprano lo corrige…».

—Somos lo que nos han enseñado, María Servanda. No se culpe… Pero eso no quiere decir que no podamos equivocarnos y, con ello, estar a tiempo de rectificar y aprender cosas nuevas.

A continuación, por fin hizo su aparición mi madre. Entró sin hacer ruido, pero su presencia siempre se hacía notar, ya fuese por su perfume, el sonido de sus tacones o porque, simplemente, hasta el

aire se paraba en seco. Mi señora madre destilaba autoridad y respeto allí donde fuera. Imagino que llevaba un rato escuchando en la puerta, porque lo primero que hizo fue ponerle una mano en el hombro a su amiga y decirle lo que sabía que ella necesitaba escuchar. Yo, la verdad, lo agradecí, porque estaba harta de esa señora que era un hueso muy duro de roer y que, además, olía a iglesia vieja, cerrada y con humedades.

—El señor la entenderá, María Servanda. No se atormente. Él lo ve todo y es compasivo y misericordioso… Además, deje de sufrir, piense que la Iglesia se ha modernizado mucho. Fíjese que hasta el papa bendice las uniones entre personas del mismo sexo, y José María es un buen chico…

—¡Por los clavos de Jesucristo! —clamó esta recuperando un poco la compostura y preguntó—: ¿Está segura de lo que está usted diciendo, doña Iluminación?

—Tan segura como que María Escarlata pagará muy cara su osadía —afirmó tajante, y yo me quedé entre sorprendida y orgullosa. Entonces, me miró y vi muchas emociones en sus ojos. Algunas las pude descifrar y otras no, pero por primera vez detecté inseguridad, algo que no había sido capaz de percibir hasta ese momento.

Siempre he sido impaciente, por eso, cuando Àlex me preguntó: «¿Y a tu mamá cómo la han querido?», empecé a indagar… Y no me costó demasiado descubrir gracias a un pequeño soborno a su psiquiatra que mi padre nunca fue un santo y que le había sido infiel varias veces. Para mi madre, la fidelidad y la lealtad eran muy importantes, por ello pasó por varios episodios de estrés, depresión y ansiedad. El trabajo fue su vía de escape y el alcohol, su anestesia en casos de extrema gravedad. Nunca nadie podrá decir que mi

padre no fuese un buen padre conmigo, pero lo que no fue es un buen marido con mi madre. Ella tenía un carácter fuerte, eso era notorio, pero por lo visto, debajo de todas sus capas (la de señora de…, la de baronesa política, la de vicesecretaria, la de mujer influyente o la de madre), se escondía un viejo corazón dolido por una serie de engaños que, poco a poco, la convirtieron en una mujer muy desdichada en la intimidad y llena de rabia. Estaba obsesionada con ser perfecta, porque ese era el único modo que ella entendía que le serviría para preservar a su familia. Ese perfeccionismo la convirtió en una eterna insatisfecha que no podía relajarse ni un solo minuto y, mucho menos, mostrar alguna debilidad; y ella percibía el amor como una debilidad.

Mi madre le tenía miedo a la soledad. Era huérfana desde que tenía diez años y, por eso, le pasó por alto muchas cosas a mi padre en su matrimonio… Cosas que no tienen que ver conmigo y que desconocía. Nunca empaticé con ella y nunca había sido capaz de verla desde la compasión y la comprensión. Nunca vi en ella a un ser humano dolido. Solo veía a una madre egoísta y, sin darme cuenta, yo lo era más. No hacía más que echarle en cara: «Mi padre me quiere más que tú». Y cada vez que se lo dije agrandé el abismo que había entre nosotras. Dejar de ver a mi padre como un dios y mirarlo como el hombre que era, con sus virtudes y defectos, me hizo ser capaz de entender muchas cosas como, por ejemplo, por qué despedimos a Evelyn I o a qué se debían las erupciones en la piel de mi madre y sus picores en las manos. Me había costado cuarenta años, pero por fin había logrado empezar a comprenderla. Quise decirle muchas cosas, que me sentía orgullosa de ella, que la admiraba por todo lo que había conseguido, que era loable cómo se

enfrentaba a un mundo dominado por hombres, pero ya habría tiempo de hablar de todo eso… Lo más urgente era hacerla sentir que formaba parte de la familia que yo misma estaba construyendo y, para hacerla partícipe, hice algo que sabía que deseaba: le pedí ayuda.

—Mamá, soy un desastre comparada contigo. Nunca voy a llevar el pelo impoluto, ni la ropa recién planchada, ni voy a hablar en público sin soltar tacos, ni me voy a fijar en tíos que se supone que son convenientes, y mucho menos voy a ser perfecta en nada, pero quiero que sepas que, en mi caos, yo soy feliz. Y acabo de dar a luz y he comprendido una cosa: no puedo ser madre sin ti. ¿Me ayudas?

Desde la camilla, observé cómo Àlex tenía razón: el miedo cerraba nuestros corazones, pero el amor era mucho más poderoso. Y el viejo corazón oxidado de mi doña madre se ablandó, y tuvo que sacar un pañuelo de seda de su bolso y quejarse del polvo y los ácaros del hospital que le tenían los ojos irritados. En ese mismo instante, llegó la comadrona con mi hijo, que reclamaba teta a pleno pulmón. Se lo habían llevado a observación y por fin me lo traían. Llegan a hacerme esperar media hora más y digo que ya no lo quiero… ¡Harta estaba de tanto esperar! Al puto niño lo había visto todo el hospital menos yo, que era la madre. ¡Y ya me estaba empezando a poner nerviosa! Hasta pensé en enviar a Sisi a por él, que hubiese sido la única persona capaz de robarlo de donde sea que lo estuvieran observando.

—Quiero presentarte a alguien, mamá. Se llama Leo.

—¿Leo por León Tolstói? —preguntó María Servanda, y preferí no responder… Le llamé Leo porque de pequeña me enamoré de un

león en un safari en Kenia y nunca me dejaron adoptarlo. Además, el nombre me gustaba y era muy internacional.

Mi madre logró reprimir las lágrimas con mis palabras, pero fue ver a su nieto y abalanzarse como una leona hacia la enfermera. Le quitó al niño, lo acunó y empezó a decirle todas esas cosas que yo le decía a mi perrito mientras le resbalaban las lágrimas por las mejillas de su imperturbable rostro lleno de bótox. Otra persona no lo hubiese notado, pero yo sabía que todas esas emociones acumuladas durante años estallaron como un volcán. Por esa costumbre suya de tratar de disimular los signos de debilidad. Yo sonreí y disfruté de la imagen. También pensé: «Si lo llego a saber, me quedo preñada antes…». La abuela estaba tan entregada que hasta olvidó que el niño tenía hambre, y la comadrona necesitó ayuda para arrancárselo casi por la fuerza y pasármelo a mí. Pero lo más superhipermegaultrasorprendente, y lo que me hizo comprobar que los milagros existían, fue que, mientras le estaba dando de mamar, ella se me acercó y me dio un tímido beso en la frente. Y ahí yo me puse a llorar tanto o más que María Servanda, porque aquella niña que fui y que creció sin el beso de buenas noches de su madre, por fin, lo recibió y de muy buen grado.

—¡Aleluya! ¡La vida es un milagro! —vociferó Servanda y se sentó en la butaca rompiendo su absurda promesa a la Virgen y, de paso, salvándose a sí misma también, porque después llegó su hijo y tuvimos otro momento emotivo fuerte.

48

Última hora

En prisión los dos investigados por sumisión química de la llamada operación Prima

Redacción. Celos, motivos pasionales e intereses políticos son algunos de los ingredientes de la denominada operación Prima, una historia que bien podría ser el inicio de una novela negra con mucha acción, suspense e intriga, pero no. La operación Prima fue la pesadilla por la que tuvo que pasar el político de veintinueve años José María Alcalá de Osorio el pasado fin de semana en la Costa del Sol. Una historia que ha acaparado la atención de todas las tertulias de actualidad y ha sido la responsable de hacer arder las redes sociales durante la última semana, después de que Alcalá de Osorio hiciese público desde la camilla de un hospital que había sido víctima de una sumisión química a través de un sincero, impactante y emotivo vídeo que ya acumula más de un millón de reproducciones y que, a su vez, ha puesto en jaque a su propio partido. La vicesecretaria de organización, doña Iluminación Álvarez-Guzmán, ha reaccionado y ha asegurado: «Nosotros siempre hemos estado a favor de las parejas de hecho, indistintamente de su condición». También ha afirmado: «Desde el partido no vamos a tolerar que entre nuestras filas haya criminales ni homófobos». Por ello, ha trasladado públicamente todo su apoyo y el del partido a José María Alcalá de Osorio e, incluso, lo ha tildado de «valiente» y «estoico».

Por otro lado, las investigaciones policiales de la operación Prima se iniciaron tras la denuncia que la víctima interpuso en una comisaría madrileña después de haberse sometido a unos análisis toxicológicos que corroboraron que había dado positivo en MDMA y en ketamina, sustancias alucinógenas que Alcalá de Osorio ha asegurado no haber consumido antes y que le hicieron amanecer desorientado, sin ropa y tirado en la calle al lado de un contenedor de basura con mensajes de desprecio y odio en todo su cuerpo.

Fuentes cercanas al diputado han permitido averiguar que los responsables son dos: Luis Sandro Andrés Martínez, un ciudadano de origen colombiano con una larga lista de antecedentes como asaltos, hurtos, robos, tráfico de drogas y malos tratos, y María Escarlata Osorio, el cerebro de la operación y prima carnal de la víctima. Más fuentes ratificaron que la motivación principal respondía a un odio personal, familiar y pasional de María Escarlata hacia su primo.

Gracias a la colaboración ciudadana y el amplio eco en las redes sociales, ambos han sido detenidos mientras trataban de huir a Gibraltar en un vehículo de alquiler y han pasado a disposición judicial, pero el juez decretó su ingreso en prisión de inmediato y sin posibilidad de fianza después de que el ciudadano extranjero declarase que «lo volvería a hacer», porque «él me quitó a mi papi y a ella le quitó su sueño» (y a otro papi también). Por todo ello, los dos se enfrentan a un concurso de delitos contra la integridad moral y física de José María Alcalá de Osorio, así como por amenazas, chantaje y humillación. Paralelamente, la policía los investiga por posible tráfico de drogas, pero aún hay más. Luis Sandro Andrés Martínez debe hacer frente a una segunda denuncia de una persona no binaria que le acusa de otro concurso de delitos por lesiones y malos tratos en el ámbito familiar y tentativa de secuestro. Este medio ha salido a las calles y, ante esta historia, los ciudadanos se preguntan: ¿harán los Javis una serie o Almodóvar una película? Todo hace pensar que así será, porque bajo el *hashtag* #OperacionPrima han empezado a aparecer fotografías de actores muy famosos que podrían interpretar a los protagonistas de esta trama.

49

El corona-novio

BETO

Setenta y dos horas lo cambiaron todo para mí. Setenta y dos horas que comprendían las cuarenta y ocho del retiro espiritual y las veinticuatro previas. En ese espacio de tiempo, pasé de «A ver cómo le cuento a Manu que me he "medio" acostado con un tío» a «Vamos a ver cómo le explico que me he "medio" acostado con un tío y me he hermanado con Rodrigo…». Ja, ja. ¡Qué risa! Seguro que se lo iba a tomar estupendamente bien… Sobre todo, la coletilla final: «¡Ah, sí! Y una cosita más: te vuelvo a dejar». Esa parte sería la que más le iba a gustar (léase la ironía). Estaba convencido… Pero voy a ir por partes.

La persona con la que coincidí en mi meditación bajo la luz de la luna y con la que hice el ritual de hermanamiento fue Rodrigo, mi corona-novio mexicano con el que me recorrí el país de punta a punta, ese que evité mencionarle a Manu porque era mucho más guapo que él, estaba buenísimo y, además, era un dios del sexo… Pues ese mismo fue el que me encontré en el retiro y del que no me separé más que para ir al baño. Àlex siempre dijo que se lo había

«robado», que era su amor platónico y que me andase con cuidado porque medio México me iba a desear la muerte por estar con él. Era cierto, las veces que subía fotos conmigo y me etiquetaba siempre terminaba recibiendo insultos y amenazas por parte de los *followers* de Rodrigo; era muy popular. Nunca pasó nada malo entre nosotros. De hecho, manteníamos una relación estupenda. Simplemente, nos dimos un *break* porque a él le surgió una buena oportunidad laboral en Los Ángeles y yo no sabía cuánto tiempo iba a estar en México. Era una tontería querer mantener nuestra relación en la distancia. Rodrigo no era alguien a quien se pueda querer lejos; eso me hubiera desquiciado. Además, mi cabeza ya estaba pensando en volver a España. Por eso, nos dijimos adiós con una increíble cena y una fogosa despedida con varios polvos en su cama. Por la mañana, cuando se marchó al aeropuerto, le deseé buena suerte, le dije que hasta pronto y él me dijo: «Siempre terminaremos encontrándonos…». Yo me quedé una hora tomando café y mirando a través de la ventana pensando que ojalá esas palabras fueran ciertas y que se acababa de marchar el hombre de mi vida… Así que deseché los pensamientos lo antes posible, porque pensar en Rodrigo me quemaba por dentro. Si yo parecía un fantasioso, un telenovelero y cosas parecidas de las que se me ha acusado en esta historia, puedo asegurar que al lado de Rodrigo era un mero aficionado.

Pero aquí la cuestión no era cómo nos despedimos en México, sino cómo nos reencontramos en España y cómo en ese reencuentro terminé durmiendo con él en su habitación del *resort* en la Costa del Sol, aunque lo de dormir es un decir, porque dormir…, dormimos poco. Las comparaciones son odiosas, pero no podía ser que yo

tuviese «novio» (o llámalo equis) y que llevase meses sin sentirme deseado, cuidado, amado, respetado, penetrado y penetrador, entre otras muchas cosas. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie me había besado con esa pasión? Creo que no quedó un solo rincón de mi cuerpo sin besar. Me duché antes de ir a desayunar al bufet, pero su rastro de saliva y su olor seguían impregnados en mi piel… En cuanto me abrazó justo antes de la meditación bajo la luz de la luna, deseé que la noche acabase así y, cuando me besó una vez terminamos de meditar, me dije: «De perdidos, al río». Total… Cuando llegase a Madrid, tenía pensado poner punto y final a mi historia con Manu. Y ya no venía de otro coito más, ya fuese místico o terrenal…

Ese encuentro me tuvo con la cabeza loca… Àlex lo supo nada más darme dos besos en el hospital: «¿Por qué hueles a Rodrigo?», me preguntó, y Josemari, que nunca se entera de estas cosas, cuando lo recogimos del contenedor y aún bajo los efectos de las drogas, señaló que me veía diferente, pero lo atribuyó al retiro. Sin embargo, Sisi descifró hasta las posturas sexuales solo escuchando el tono de mi voz y mis suspiros: «¡Joder, tía! Porque te conozco y sé que eres una zorrita romántica, que si no diría que has estado en una orgía…». Era verdad; siempre he sido un romántico. Nunca he concebido follar sin hacer el amor. Puedo follar primero en plan salvaje, pero necesito terminar con abrazos y apapaches, y con Rodrigo fue así todo el rato: ganas, urgencia, pasión, luego relax, luego vuelta a empezar… No sé cuántos orgasmos mundanos tuvimos, pero fueron muchos, porque no me dejó dormir en toda la noche y no nos hicieron falta las palabras. Nos comunicamos a través del enredo de nuestros cuerpos entre las sábanas, la piel, el

calor, el sudor y nuestros ojos. Claro, volver a Madrid y quedar con Manuel Petulante era un momento de bajón muy fuerte después de esto, pero debo destacar que necesitaba zanjar las cosas de una vez por todas. No por cómo Rodrigo me había hecho sentir, sino porque no estaba dispuesto a volver al miedo y las dudas. Me negaba a tener que pedir perdón por todo, a tener que cuidar absolutamente cada palabra para no herir sensibilidades, a estar todo el rato enfocando mi energía en «a ver qué puedo hacer para que deje de estar enfadado y no me la lie…». Yo no podía más con eso. Me sentía encorsetado y hasta había perdido la sonrisa… No podía estar con Manu porque él pretendía que yo fuese una persona que no era, y eso me estaba marchitando. Si me quedaba alguna duda acerca de que lo nuestro no funcionaba y de que no iba a funcionar, las despejé mientras tomaba café y tostadas con Rodrigo en el bufet completamente extasiado por una de las mejores noches de mi vida.

—¿Y a qué viniste a España? —quise saber sin soltarle la mano durante el desayuno.

—¡No lo vas a creer! —dijo con esa sonrisa tonta que te dura todo el día después de una noche como la que habíamos tenido—. Vine con mi mamá y con mi papá a vacacionar a España, se dio la oportunidad de este *retreat* y me alisté… ¡Y qué bueno que lo hice!

—¿Por qué no me llamaste?

—Traté de hacerlo, pero me robaron el cel al poco de aterrizar en Barcelona. Logré escribirte desde el de mi mamá, pero nunca respondiste, y justo cuando había perdido la esperanza… ¡Te apareces! Como el milagrito que eres…

—El milagrito de San Miguel de Allende —apunté recordando ese viaje que hicimos a Guanajuato.

—Estás muy guapo, Beto… México te sentó muy bien, pero España te sienta mejor… —Y lo dijo tocándome el pelo y mirándome a los ojos. Luego, para rematar me preguntó—: ¿Cuándo volvemos a viajar juntos?

Entonces, recordé que él siempre había querido conocer Europa y se me ocurrió algo… Pero no podía proponerle nada sin antes saber cuánto tiempo iba a estar en España.

—¿Cuándo te marchas?

Miró su reloj y dijo:

—En verdad, ahorita debería estar con mis papás. Salimos hacia el aeropuerto en treinta minutos…

—¡¿QUÉ?! —Saber que volvía a separarme de él en tan poco tiempo me generó demasiada ansiedad. Rodrigo producía ese sentimiento todo el tiempo. Nunca querías que se marchara. Pensar en esa idea hacía que lo echaras de menos aunque lo tuvieras delante. Era una persona demasiado adictiva. Si no aprendías a dosificar, podías perder el control muy fácilmente y terminar enganchado, pero me dio igual. No perdí el tiempo y lo abracé, lo olí y traté de sentirlo un poco más cerca, porque cada segundo que pasaba sin tocarle era un segundo menos sin sentir su cuerpo contra el mío.

—Betito… —me dijo al oído mientras me acariciaba el pelo con esas manos tan bonitas de dedos redondos que tenía.

—Dime… —le contesté con un hilo de voz.

—Sabes que nos volveremos a ver pronto, ¿verdad?

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque siempre terminamos encontrándonos…

Y nos besamos, nos abrazamos, nos acariciamos, nos apapachamos, nos metimos mano, nos olimos y nos embriagamos otra vez el uno del otro hasta que su madre vino a por él: «Mihijitos, pónganse pilas con ese beso, que nos está esperando el auto». Eso dijo, y la amé y la odié al mismo tiempo. Pero debo reconocer que me pareció muy simpática y muy guapa. Me quedé en el bufet sonriendo y diciéndoles adiós, pero, en cuanto se fueron, me puse a llorar por muchos motivos: por el torbellino emocional, porque no sabía si todo había sido un sueño, porque no quería ver a Manu, porque quería volver a ver a Rodrigo, porque mi camiseta olía a él. Pero, sobre todo, lloré de felicidad porque ese fin de semana me había devuelto una cosa que había perdido: la ilusión. Y, antes de ver en mi teléfono que Sisi me había llamado y ser conocedor de todo lo relativo a Sandro, Josemari y María Escarlata, estuve un rato sentado contándole a la camarera de sala los detalles de ese desayuno, porque lo vio todo y no pudo evitar acercarse a preguntar. Me dijo: «Mi niño, ¡a por todas!». Y tenía razón.

Ya en Madrid y una vez Prada dio a luz, salió del hospital, se instaló en casa y todo volvió a la normalidad, tardé tres días en escribir a Manuel Petulante. La excusa de Leo me vino estupendamente, y él ni se dignó a venir a ver a Prada, lo cual fue estupendo para mí porque no me apetecía estar con él. Yo en lo único que pensaba era en biberones, pañales y en que quería que Fonsy me mandara a México de corresponsal especial para volver a ver a Rodrigo. Además, se me había acumulado mucho trabajo en la editorial/productora/empresa y andaba entretenido, pero, en cuanto me sentí estable después de todos los subidones y bajones emocionales, quedé con él. No quería estar viviendo con la culpa de

saber que tenía algo pendiente, y estaba convencido de mi necesidad de un cambio de ciclo y de energía en el amor. Así que, finalmente, intentando caer lo menos posible en los tópicos, le escribí lo siguiente: «¿Nos podemos ver?». Y veinticuatro horas después de duras negociaciones, porque todo el rato ponía pegas para el sitio y la hora, logramos quedar en un bar castizo de Madrid regentado por asiáticos para «picar algo rápido», porque tenía prisa. Desde luego, no hubo sitio más cutre, sucio y ruidoso para dejarlo, pero como lo escogió él…, yo no objeté absolutamente nada.

Por descontado, llegué el primero, pero en verdad fueron solo unos minutos y también fue porque le puse mucho empeño en que así fuese. Me hubiese parecido una falta de respeto hacerlo esperar para dejarle, la verdad. Cuando lo vi llegar de lejos, me preocupé, porque venía sonriente y con un ramo de flores en la mano… Y, por un momento, me temí lo peor, pero, en cuanto se cruzaron nuestras miradas, torció el morro y se presentó con ese carácter tan agrio que venía caracterizándolo en los últimos meses. Entendí que las flores no eran para mí (¡y menos mal!). Se las había regalado Richard por el éxito de la minigira de «Boy on Fire». No necesité tenerlo delante para captar que mi presencia no le resultaba agradable y, además, le irritaba. Nos dijimos hola, sin un qué tal ni un beso ni dos, ni el apretón de manos de cortesía de los heteros. Nada. Tal como me saludó, entró y se sentó donde le pareció, y yo me animé diciéndome: «Tranquilo, Beto. Todo va a ir bien porque le vas a decir la verdad, y eso te hará libre…».

No sabría precisar cómo empezó la conversación, solo que pedimos algo de comer y comenzamos por los monosílabos: qué tal la gira, qué tal la revista, qué tal está Prada… Todo preguntas

externas para no hablar de lo nuestro. La situación era visiblemente incómoda y un claro paripé, como se suele decir, pero, tras un tiempo prudencial de cortesía, fui directo al grano, porque no quería prolongarlo más. Quizá no tendría claro lo que deseaba en mi vida, pero sí que tenía muy claro lo que no quería. Así que, cuanto antes zanjáramos, mejor.

—¿Qué tal ha ido tu finde?

—¿Qué tal ha ido el tuyo? —me rebatió rápido como si eso fuese esgrima.

—Bueno, ha sido movidito… —aseguré.

—Imagino… Con tanto tío suelto… —Y, mientras lo insultaba mentalmente («idiota») y me controlaba para dejar de hacerlo porque no quería proyectar negatividad, Manu sacó su teléfono para enseñarme una foto de Rodrigo y mía que él acababa de postear: eran nuestras manos entrelazadas con las pulseras de hermandad de la ceremonia del *rakhi*, con la luna llena de fondo… Pero me daba igual que me espiara, solo podía fijarme en lo bonita que era la foto.

Cuando vi eso casi se me sale el corazón por la boca, pero, al mismo tiempo, me dio toda la paz y toda la fuerza para que la ironía y la mala leche de Manu no me afectaran. Él, por su parte, siguió acusándome no sé de qué y leyó el texto de Rodrigo.

—«Alzo mi plegaria a la luna para que me conceda la oportunidad de poder encontrarme pronto con este hermano *rakhi* que sé que conozco de otra vida. Tarde o temprano, nos terminaremos encontrando…». —Después añadió—: Vaya, vaya… Así que tienes un hermano *rakhi* nosequé… Qué místico todo, ¿no?

Antes de darle la oportunidad de seguir por el camino del sarcasmo, los celos, los reproches, la desconfianza y todas esas

cosas en las que se regodeaba, decidí poner punto y final.

—Manu, creo que esto no está funcionando…

Se hizo el silencio y noté cómo me miraba, calculando cada gesto, expresión y movimiento mío. La pausa dramática se alargó bastante y me resultó incómoda. Por su expresión, no sabía descifrar cómo de enfadado estaba porque, por un momento, hasta me pareció percibir cierto alivio. Pero no quería dar lugar a falsas interpretaciones o cualquier atisbo de duda, así que incidí para reiterar lo que estaba tratando de decirle de la forma más breve, clara y concisa posible:

—Creo que lo nuestro, definitivamente, no funciona…

Entonces sucedió algo que no vi venir: a Manu le cambió la expresión, se relajó y se le dibujó algo parecido a una sonrisa, pero una sonrisa bien y no con sorna. Soltó un suspiro y toda la hostilidad con la que me había tratado estos últimos meses se esfumó de golpe. Por primera vez desde que me presentara en su casa con un alebrije, me miró a los ojos sin dobles intenciones, sin pensamientos enmascarados, sin elucubraciones o sin tratar de descubrir si le ocultaba algo. Su mirada era serena y no había fricción. De hecho, hasta sentí que me miraba con cariño, y eso no lo sentía desde antes de irme de Madrid y cruzar el charco. Entonces, por fin, desde que traté de reconquistarlo, Manu fue sincero conmigo, y consigo mismo de paso, y me respondió:

—¡Uf, pues menos mal que lo has dicho tú, cari! Porque yo no sabía cómo hacerlo…

Y, tal como lo dijo, el camarero nos plantó el bocadillo de calamares y las bravas y nos soltó:

—Que aproveche, pareja.

Lo miramos, nos miramos y empezamos a reír. Ambos pensamos lo mismo: ¡qué tontos hemos sido! ¿Por qué nos esforzamos tanto en intentar cambiar a los demás para que nuestras relaciones sean como nosotros imaginamos? Especialmente cuando se trata del amor.

La mente suele confundir pasado, presente y futuro; y, además, los mezcla con nuestros recuerdos para reafirmarse en lo que quiere creer. Por supuesto, esto no lo digo yo, lo dijo muchas veces Àlex junto a una frase del filósofo español Ortega y Gasset que dice: «Los pensamientos los tenemos y en las creencias estamos». Yo quería creer que el amor romántico debía triunfar sí o sí y me obstiné alimentando el presenté con recuerdos del pasado. Recuerdos como nuestras primeras citas, las innumerables sorpresas y declaraciones románticas de Manu o la fogosidad con la que hacíamos el amor, pero de eso hacía mucho tiempo. No hubo ni un solo momento romántico, fogoso o incluso cariñoso entre nosotros desde que volví a Madrid. Es más, yo diría que todos nuestros momentos fueron más desrrománticos e iban abocados a ver cómo terminaría dejando a Manu en lugar de cómo terminaríamos juntos y comeríamos perdices. Aun así, me empeñé en engañarme a mí mismo y alimentar el presente de recuerdos y puede que de fantasía también. Por suerte, haber conectado con otras personas me hizo despertar de esa fantasía, y mi franqueza parece que era lo que ambos necesitábamos, porque Manu tampoco fue honesto consigo mismo. De hecho, me atrevería a decir que hasta fue hipócrita, porque llevaba saliendo con Richard desde que empezó su minigira y, aun así, me estaba pidiendo explicaciones a mí. Pero imagino que en su sistema de creencias pensar que el malo era yo le daba paz. No

obstante, me daba igual. Yo no quedé con Manu con la intención de competir por ver quién engañó a quién, porque lo único que yo pretendía era dejar de engañarme a mí mismo.

Eso sí, Manu no me dijo que tenía un noviazgo paralelo con Richard, me dijo que él había estado muy enamorado de mí y que, cuando aparecí de nuevo con esa fuerza y ese ímpetu, dudó. Al principio, tenía pensado rechazarme; después, hacerme sufrir y, finalmente, pensó que, como en su momento había deseado tanto esa situación, pues por qué no intentarlo. Pero no funcionó. Le seguía pesando el resentimiento y todo eran desconfianzas. Era consciente de ello y, finalmente, se disculpó por algunos desplantes. Sus disculpas sonaron sinceras, pero a mí me sentaron como una mierda, y perdón por la expresión, porque me confesó que nunca se había acostado con Sisi. Nos engañó a todos, Sisi incluido, y se lo inventó para vengarse. Claro, Sisi se tiró a tanta gente aquella noche, además de tomar cositas, que no contrastó la versión de Manu y la dio por válida. Y la opinión de Josemari no contaba, porque él siempre ha visto lo que cree que quiere ver. Respecto a lo de volver a tirárselo el día que le llevé el alebrije, era otra mentira que nunca contrasté con Sisi, porque Manu me lo dijo la noche del incendio y después de eso nos distanciamos. Total, como siempre ha dicho Sisi: «El hambre de polla es muy mala», tanto que hasta le hacía dudar a él mismo de lo que se comía y lo que no. Pero, como siempre he creído que la sinceridad se valora a la larga y para mí fue liberador hablar con Manu, decidí no hacer reproches y llevarme un buen recuerdo. En verdad, Manuel Petulante hasta era gracioso (un rato solo) y estaba muy bueno (eso no era discutible), y yo me lo pasé muy bien. Así que nos despedimos sin rencores y con un

abrazo. Pero, antes de irse, me pidió hacernos un selfi. Sabía para qué era, pero me presté. No me costaba nada hacerle feliz. A los cinco minutos de marcharse publicó la foto con el texto: «Ruptura oficial».

Epílogo

¿Y tú qué harías si no tuvieras miedo?

FONSY

En primer lugar, me gustaría disculparme con las lectoras habituales de *Lady Bowie*, porque, tal y como temía, esta narración se ha terminado alargando más de lo previsto… ¡A pesar de lo mucho que he censurado! Pero si tenemos en cuenta que aquí han hablado una embarazada en la crisis de los cuarenta, un diputado a punto de perderlo todo por hacer nudismo, una persona no binaria en proceso de rehabilitación, una *drag queen* mexicana que toma setas y un enamorado de la idea de estar enamorado… Hasta podríamos decir que corta se ha quedado la novelita…

En todo caso, cuando me encontraba revisando las cinco tramas del manuscrito final, Beto vino a mi despacho muy preocupado.

—¡Fonsy! —exclamó—. ¿Quién va a ser el villano de esta historia? Porque yo no lo tengo claro… A ratos, podría ser Sisi… Pero la madre de Prada es mucho más potente, aunque al final hayamos descubierto su lado humano… ¿Y Manuel Petulante? ¡No, no puede ser! Resulta demasiado histriónico para ser un villano… ¿Quizá

Sandro? ¿O María Escarlata? Pero creo que tampoco, porque salen demasiado poco en la historia… ¡¿Qué hacemos?!

Entonces, lo miré como lo hago siempre que invito a alguien a utilizar eso que tiene encima de los hombros y esperé pacientemente mientras cruzaba las piernas y las ponía encima de mi escritorio.

—¿En serio no te has dado cuenta?

—No.

—Tu peor villano siempre serás tú mismo…

Y, con esa idea tan contundente, ejercí mi papel de editora y decidí que debíamos concluir con la famosa carta de Beto que se había quedado a medias, pero le sugerí que no se la escribiera a ninguno de sus novios, que fuese para él, para su yo del futuro. Así siempre recordaría todo lo que había aprendido.

Querido Beto:

Empezaste esta carta con un contundente «Sí, quiero». Soñando con campanas de boda y creyendo que, por fin, habías encontrado al que (seguro) iba a ser el amor de tu vida… Por suerte, no ha sido así. ¡Y menos mal! Porque, como se suele decir, hay que tener cuidado con lo que uno desea… Ya que, por regla general, la expectativa versus la realidad tiende a ser una catástrofe y puede llegar a convertirse en una maldición… Si no…, ¿qué tenía Prada en la cabeza cuando decidió ser madre?, ¿sabía realmente Josemari a todo lo que debía renunciar para ser diputado?, ¿por qué durante más de

diez años Àlex evitó reencontrarse con su abuelita? ¿Y tú? ¿Por qué crees que te obsesionaste con la idea de encontrar «un amor para toda la vida»?, ¿quizá por el mismo motivo por el que Sisi se aferró a un clavo ardiendo?

Todo el mundo desea encontrar el amor y ser feliz, pero ¿qué es el amor para ti, Beto? No hay una única respuesta, pero tú sabes que te gusta estar enamorado. Esa sensación mola, ¡y mucho! En tu caso, por ejemplo, cuando estás enamorado no paras de liarla... Ves el mundo de otra manera, todo te parece bien, la gente borde te parece amable y actúas como si siempre fuese primavera. Es cierto que cada uno siente el amor de forma distinta, pero en tu caso te da fuerte... Cantas, saltas y bailas tú solo por la calle y llevas una envidiable sonrisa en la cara todo el día. Sonrisa que no hay quien te quite, todo sea dicho.

En verdad es ventajoso, porque estando enamorado eres inmune a la tristeza y al dolor. Eso por no mencionar que necesitas dormir menos, eres más productivo y agudizas mucho la memoria, ya que eres capaz de aprenderte todas las letras de todas las canciones que te recuerden a él..., incluso en inglés.

Sí, te gusta estar enamorado. Es más, te enganchas y te aferras a esa sensación, pero recuerda que ese amor que persigues incansablemente siempre empieza en ti. Así que, y por si aún no te has dado cuenta, ten presente que tú eres el director, el guionista y el actor de tu propia

telenovela... Por ello, no tengas miedo ¡y sigue creando maravillosos papeles para ti!

Y hasta aquí los desvaríos de Prada, Àlex, Josemari, Sisi y Beto de los últimos meses que, como en la vida misma, han estado llenos de luces y de sombras, de momentos brillantes y otros que han sido un poco más sombríos. Pero nuestros cinco protagonistas han estado de acuerdo en una cosa: nunca una sociedad que había estado tan conectada te podía hacer sentir que estabas tan solo. Por eso, la felicidad no la quisieron medir tanto por lo que alcanzaron individualmente, sino por lo que habían compartido estando juntos. Solo así pudieron vencer al gran antagonista: el miedo. Y ahora yo te pregunto a ti: ¿qué harías tú si no tuvieras miedo?

Agradecimientos

Escribiendo esta novela he hecho amigos de esos que se pueden contar con los dedos de las manos para lo que me quede de vida. También he interiorizado una cosa que Rosa Montero explica en *La loca de la casa*: «Con la madurez, un escritor aprende lo más fundamental: tomar distancia de lo que escribe para poder hablar de las cosas que le pasan a los demás, incluso cuando habla de sí mismo». Y es que la base de estas cinco historias las encontré rebuscando en conversaciones de WhatsApp archivadas, fotografías, cartas, audios, llamadas y cajas llenas de recuerdos (míos y de gente muy cercana), pero, gracias a mis lectoras cero y a nuestro club de lectura —al que terminamos llamando «El club de la botella rota»—, todo cobró vida y…, lo siento, pero ya no sé distinguir entre lo que es real y lo que mis personajes me susurraron que era su verdad.

Muchas gracias, Ilumi, Mery, Eva, Miren, Raquel y Linisho por dar vida a Prada, Josemari, Sisi, Àlex y Beto. Cada uno de estos personajes, con sus luces y sus sombras, creo que nos representan en algún momento de nuestras vidas y, sin vosotras, no hubiese logrado reír, llorar, enfadarme y reconciliarme con todos ellos.

Por supuesto, gracias también a Roberto, a mi familia (mención especial a Raquel), a mis amigos (en especial a Pedro), a mi perro,

al Refugio, a la revista *Shangay* (en especial a Alfonso), a Jaime Poniente por inspirar con su «Prefiero» algunos versos del *single* de Petulante en esta novela, al equipo de Suma y a todas las personas que, de forma desinteresada, creen en mí y me ayudan en cada nueva locura que se me ocurre.

A ti, que estás leyendo esto, también te doy las gracias, porque, sin gente que lea y recomiende los libros que les emocionan, la escritura pierde su magia.

Y, por último (y muy necesario), gracias a mí mismo, a mi yo miedoso e inseguro que, aun con todas las dificultades que hubo por el camino, no se rindió. Ahora estoy en paz, estoy muy bien acompañado, me siento bendecido y soy feliz.

JOSE

Esta vez “Sí, quiero”



Beto acaba de aterrizar en España después de una temporada en México. Se fue para escapar de Manuel Petulante, un actor de musicales que no dejaba de presionarlo con la idea de hacer «oficial» su relación, pero una vez de vuelta, su postura cambia radicalmente cuando, en el avión de regreso, se le aparece la virgen de Guadalupe y le da señales claras de que -quizás- Manuel sí que era el hombre de su vida. Así pues, le hace una promesa a la virgen y su principal objetivo, aparte de encontrar un trabajo, será lograr que el amor triunfe y, con ello, reconquistar a su antiguo amante cueste lo que cueste. Le acompañarán Josemari, un homosexual de derechas que hará lo imposible por ingresar en las listas de un partido conservador -incluido, salir del armario-; Prada, una mujer independiente -y en plena crisis de los cuarenta- que decide inseminarse para cumplir su sueño de ser madre; la Doña Buchona,

una drag mexicana de origen español que vuelve para enfrentar fantasmas del pasado y reencontrarse con una madre que hace más de diez años que no ve y, finalmente, Sisi, un activista no binarie que no dejará de enfrentarse ideológicamente con Josemari y que se meterá en más de un lío por culpa de su adicción al sexo y a los hombres.

El escritor y periodista José Mola construye en *La maldición del sí quiero* una novela llena de situaciones hilarantes que explora con hondura la dificultad de establecer vínculos afectivos en una sociedad gobernada por la inmediatez de las pantallas. Un retrato actual que a través de las aventuras y desventuras de un grupo de amigos tratará de manera inteligente y efectista temas como la identidad, las adicciones, la búsqueda idealizada del amor, el ansia por alcanzar la fama, las dificultades de ser madre soltera o de ser honesto con uno mismo. Una historia poliédrica que explora las heridas emocionales generadas por unas rupturas o la propia familia a través del sentido del humor y la ironía.

José Mola (Tarragona, 1989) es escritor, ensayista y periodista especializado en diversidad por la UCM. Colabora en tertulias para Radio Nacional de España, la SER o Cuatro. También, escribe para medios como *HuffPost* o revista *Shangay* y da clases sobre escritura creativa y literatura queer en universidades como la UJI de Castellón y la UCSJ de Ciudad de México. Es autor de *Menos drama y más banana* (2018) y *Memorias de Shangay: 30 años de historia LGTBIQ+ de España* (2023) y *La maldición del sí quiero*, su primera novela en Suma.



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Jose Mola
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Laura Vidal, por la traducción

Diseño de portada:
Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Santa Rita

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19835-70-3

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La maldición del sí quiero

Prólogo. ¿Virgencita de Guadalupe?

1. El milagrito de San Miguel de Allende
2. La carta (parte I)
3. Operación Refri
4. Chilango de corazón
5. Un hombre de polo, camisa y zapato
6. La loca de la pradera
7. *Turboqueer*
8. El dos romano
9. La carta (parte II)
10. La Doña Buchona
11. Manuel Petulante «oficial»
12. *O refúgio da floresta*
13. Venerofobia
14. 28-M
15. De tal palo, tal astilla
16. Tráfico de influencias
17. *Red flag*
18. Qué culpa tendrá mi corazón si no está bien de la cabeza
19. *Free rider*
20. No soy tu vaca lechera
21. Reivindico mi derecho a ser un monstruo
22. Polis y cacos
23. Complejo de Edipo y Yocasta
24. Chupipaji
25. Las tres Marías
26. El supermartes
27. El «macho»
28. *Emotional support*

29. La «hembra»
30. La última cena
31. Prefiero el daño al olvido
32. Todo me sale mal desde que estoy contigo
33. Huele a *match*…
34. Quien busca la verdad corre el riesgo de encontrarla
35. Oshun
36. La columna de Beto
37. Chueca te mata
38. Registros akáshicos
39. CDMX
40. El hilo conductor
41. El camisón
42. La caja negra
43. Retiro espiritual
44. *Rainbow party*
45. Hacerse la víctima siempre funciona
46. Conversaciones con una verga
47. Caballo de Troya
48. Última hora
49. El corona-novio
Epílogo. ¿Y tú qué harías si no tuvieras miedo?
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Jose Mola
Créditos